
W. BLAKE,
OLD BOOK SPECIALIST.
13 De Septiembre 13
MEXICO CITY, MEX.

IRONIAS DE LA VIDA.

IRONIAS DE LA VIDA,

NOVELA DE COSTUMBRES NACIONALES

POR EL JOVEN MEXICANO

D. PANTALEON TOVAR,

AUTOR DEL DRAMA TITULADO

LA CATEDRAL DE MÉXICO.



MÉXICO.

Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma num. 4.

1851.



Luisa y su criada

XXV.

INQUIETUDES.

La noche del dia del rapto de Luisa, se hallaban reunidas en la sala de la casa de la jóven, la señora de San Leon, la tímida Clara, la hermosa morena, y la bulliciosa Rosa.

Esa criatura traviesa y anjelical, había perdido su carácter jovial; y su boquita, risueña y murmuradora, tenía una espresion de seriédad, demasiado estraña en el rostro de una niña tan avispada y tan retozona.

Las cuatro jóvenes de que hablamos, porque tambien la señora de San Leon lo era, estaban sentadas en el sofá; y ninguna de ellas hablaba una palabra, pues ya habian agotado todas las conjeturas, respecto de la ausencia de Luisa.

D. Francisco Loaza y su hermano corrian la ciudad en todas direcciones, yendo á casa de sus amistades, preguntando por la linda boquirubia; y haciendo pública, de este modo, la desaparicion de la jóven, quien encerrada con su camarera en la sala de casa de Gerarda, cavilaba profundamente sobre los motivos que podian tener aquellos hombres, para haberla arrebatado á su familia.

Vamos ahora á procurar describir lo mas esactamente que nos sea posible, la posicion de la casa de la Campanita.

A dos pasos del zaguan quedaba la escalera, cuyo primer tramo sería de ocho ó diez escalones, y que de él, se daba vuelta á la derecha y se subía hasta llegar al porton que quedaba tambien á la derecha, dando entrada á un pasadizo, con un balcon para la calle, una puerta á la izquierda por la que se entraba á la sala, y otra frente del balcon, que conducía á la antesala ó recibimiento.

En este último había tres puertas: una al frente, por la que se iba á una recámara, de ésta al comedor, luego, torciendo á la izquierda se pasaba al corredor y á la cocina. Por otra puerta de la antesala, que formaba ángulo con la de la recámara de que hablamos, se pasaba al corredor, y por la otra, situada en el rincon opuesto al de ésta última, se entraba á la recámara que habitaba Gerarda.

Esta recámara tenía á la derecha una ventana, que caía á un pequeño patio de la vecindad; y al frente de la ventana habia una puerta que llevaba tambien á la sala, la que tenía un balcon para la calle.

El tamaño de la sala era regular y casi cuadrado, y los muebles conque estaba ajuarada, eran de madera fina y hechos á la última moda.

Pero desde el momento en que Simon decidió el rapto de Luisa, la Campana, siguiendo las instrucciones del bandido, varió algo el aspecto elegante de aquella pieza, colocándo en uno de sus rincones un mullido lecho para que reposara la jóven; y tanto el balcon, como la puerta que del pasadizo conducía á la sala, las cubrió con dos grandes roperos, para interceptar la vista y la luz, y cortar hasta donde fuera posible la comunicacion de los sonidos; de manera, que la sala no tenia mas entrada que la que quedaba en la recámara de Gerarda, la que estaba encargada por Simon de vijilar á las prisioneras.

Estas estaban tristes como debian estarlo, pues no podian es-

plicarse el objeto por qué las habian redueido á semejante reelusion.

Luisa, sentada junto al rodapié de la eama pensaba en su familia y en Cárlos, quien indudablemente iría á buscarla á la Alameda; y no eneontrándola, habría atribuido su auseneia bien á una desgraeia, ó bien á culpa de la rubia, quien por cierto estaba demasiado inoeente de lo que la habia sueedido; y la criada, sentada á los pies de su ama, lloraba como una Magdalena, y se estremeeia al menor rumor que eseuehaba.

Una bujía de esperma eolocada sobre la mesa redonda, era la úniea luz que alumbraba aquel euadro melancólieo; y el solo ruido que se oía, eran los sollozos de la eamarera de Luisa.

En esta situaeion estuvieron mueho tiempo, hasta que entró por la puerta de la reeámara una mujer que llevaba cubierto el rostro eon una eareta, y que eondueia en las manos un eajon de esos en que se aeostumbra llevar la comida.

Llegóse á la mesa redonda, puso los manteles y las viandas, aeereó una silla; y despues se aeereó á Luisa, y la dijo, proeurando duleifiear el acento de su voz:

=Señorita, ahí tiene usted eena, para usted y para su criada...

Y despues, viendo que la jóven no respondia, eontinuó:

=Vamos, vamos, no se aflija usted... Su prision no durará mucho tiempo, porque su papá de usted proeurará libertarla... le conozeo bastante para...

=Le eonoce usted..?—Preguntó Luisa eon ansiedad.

=Pues... digo...—eontinuó Gerarda eonoeiendo que acababa de eometer una tontera.—Digo que conozeo demasiado el afeeto que los padres tienen á sus hijos, para ereer que el de usted la dejará abandonada á su mala suerte.

=Ah..!—Esclamó Luisa desconsolada.

Y volvió á guardar silencio.

=Vamos, vamos, señorita; vaya usted á eenar... ahí tiene

usted vino, pescados blancos, salchichas... Oh..! los manjares están esquisitos, y aseguro á usted que mientras esté aquí, será tratada como una reina. Y pardiez que se lo merece usted..! Tiene usted una carita de anjel, y á fé de mujer que debe usted de tener muchas rivales..! Oh..! si yo fuera jóven, no la querría á usted... Pero qué, no cena usted..? Vamos, déjese usted de chiquilladas... No es bueno dejar de comer porque esté una apesadumbrada, porque lo único que se gana, es tener mucha hambre, enflaquecer y morir de debilidad... Pero, ah..! —esclamó Gerarda como iluminada.—Seguramente tiene usted desconfianza de que en la cena hayan mezclado alguna mala yerba, no es esto..? Pues mire usted; para tranquilizarla voy á tomar de todos los manjares, y á beber un buen vaso de vino, entiende usted..?

Dichas estas palabras se dirijió á la mesa, y tomó un bocado de cada una de las viandas que habia llevado: luego llenó un vaso de vino, y;

=A la salud de usted, señorita...—dijo, y apuró el líquido.

Pero todas estas precauciones eran inútiles, pues Luisa no temia que los potajes estuvieran envenenados; y si no queria cenar, era porque estaba demasiado aflijida para tener hambre.

=Vamos, y ahora..?—dijo Gerarda acercándose á la jóven. —Respóndame usted á lo menos, señorita. Yo no la quiero á usted mal.... si tengo á usted encerrada, es por cumplir con las órdenes que me han dado... no soy mas que una criada; y ya vé usted que donde manda capitan, no..: Decididamente,—continuó viendo que Luisa se obstinaba en callar.— Decididamente ha enmudecido este anjelito... Paciencia..! Me voy, señorita, hasta mañana no me volverá usted á ver.... Ustedes cenarán cuando tengan gana, y si algo se las ofrece, no tienen mas que llamar á esa puerta;—dijo señalando la por donde habia entrado, y despues añadió azorada y corriendo.— Ah..! la dejé abierta al entrar..! pues si hubieran querido, pu-

dieron sujetarme entre las dos, y marcharse sin que yo pudiera impedirlo. Soy una tonta y es preciso que tenga yo cuidado, pues de lo contrario, me espongo.

Y salió de la recámara, y cerró la puerta dando dos vueltas á la llave.

Dejemos por ahora la casa de Gerarda, y volvamos á la de Luisa.

Como dijimos al principio de este capítulo, María, Rosa, Clara y la señora de San Leon se hallaban sentadas en el sofá de aquella sala, donde pocos dias antes hicimos conocimiento con las tres últimas.

Las cuatro jóvenes estaban mudas y tristes, porque la pérdida de su Luisa, á quien todas querian entrañablemente, habia sido un golpe mortal para aquellos corazones francos é injénuos.

Mas de cuatro lágrimas corrían silenciosamente por los rostros de nuestras amigas, y muchos suspiros se escapaban de aquellos pechos oprimidos por el dolor.

Las circunstancias que las reunieron allí fueron unas mismas; pues como llevamos dicho, los hermanos Loaza, desde que estrañaron la tardanza de Luisa, habian mandado preguntar por ella á algunas de las casas donde visitaba; y no encontrándola en las primeras comenzaron á alarmarse sériamente, y acabaron por salir ellos mismos á recorrer la ciudad, rogando á Cárlos que los ayudase, yendo á preguntar por Luisa á casa de la señora de San Leon, á casa de Rosa y á casa de María.

De ahí es, que en el momento en que las jóvenes supieron la desaparicion de la rubita, fueron inmediatamente á su casa, para saber lo mas pronto posible el resultado de las indagaciones.

Y como está probado que en este mundo, los acontecimientos que aflijen á algunas personas, son el oríjen del placer y de la felicidad de otras, María, quien sentia con toda su alma la

desgracia de Luisa, se alegró de poder salir esa noche de su casa, pues Agustin debia ir por ella á la de Luisa; y de este modo acabaría tal vez de anudar sus relaciones, con el jóven que creía que la adoraba.

Y cuidado con culparla por ese sentimiento de egoísmo, porque en iguales circunstancias todos somos así.

Mas de dos horas habian transcurrido desde la reunion de las jóvenes, y nadie se presentaba á calmar sus inquietudes.

Por fin, la señora de San Leon fué la primera que rompió el silencio en que yacían.

=No comprendo,—dijo.—Me es absolutamente imposible comprender la ausencia de Luisa... Jamás la he conocido ninguna inclinacion capaz de arrastrarla hasta el grado de abandonar á su familia, así es que se me hace increible lo que está pasando... Y, no hay duda,—añadió despues de un momento de reflecsion.—Es preciso que alguna desgracia la haya sucedido, porque...

=Ah..! sí; sin duda.—Esclamaron las demas jóvenes; y Rosa continuó.

=Solo una desgracia puede habernos arrebatado á Luisa, porque ella, es imposible que huyera de su casa, donde sus caprichos son leyes, donde es querida y respetada, tanto por su familia, como por los que tenemos la dicha de tratarla. .

=Pero cuál puede ser esa desgracia..?—dijo la de San Leon.—Por mas que pienso, por mas que cavilo, no me es posible imajinar lo que sucede.

=Ni yo tampoco, señora,—dijo melancólicamente la hermosa morenita.—Y sin embargo, no puedo creer otra cosa... Luisa es tan buena, tan virtuosa, tiene un corazon tan bello, una alma tan noble; son sus pensamientos tan elevados, que no dan lugar á la duda. Así es que la menor sospecha que formemos respecto de su proceder, es un ultraje que la hacemos... Pobre amiga mia...!

Y otro nuevo silencio se siguió á las últimas palabras de María.

Clara, la tímida Clara estaba cabizbaja.

La desaparicion de Luisa la privaba á ella de una hermana, y á Cárlos de una amante.

Aunque hacia muy poco tiempo que la trigueñita conocía á Luisa, se habian tratado lo bastante para conocerse y amarse; y ademas, ecsistia entre las dos una reciprocidad de afectos, formada de antemano por las relaciones amorosas de Cárlos y de la rubia.

María y Rosa estrañaban á una amiga íntima; y la sensible morena, sentia con todo su corazon la desgracia, que la privaba de la primera persona que supo apreciar sus virtudes y su situacion.

Cárlos estaba desesperado.

La primera noticia que recibió de la ausencia de su amante, le habia dejado inmóvil de sorpresa y de dolor; pero despues, instado por D. Francisco Loaza, condujo á su hermana á casa de su amada y salió en busca de ésta, esperando hallarla en cada casa adonde entraba, y saliendo desesperado de no encontrarla.

Caminaba el pobre jóven con el sombrero echado ácia atras, con la frente ardiente y el corazon oprimido por el pesar; entraba y salia á las casas de los conocimientos de Luisa, esperaba y desesperaba, creía y dudaba; y muchas veces, esta lucha contínua de tantos sentimientos diferentes, venia á concluir en un suplicio espantoso.

Los celos.

Sí; el pobre Cárlos pensaba que la ausencia de Luisa no podria ser el resultado de ninguna desgracia, porque no habia nada que hiciera sospechar la ecsistencia de semejante desgracia; y la consecuencia de sus dudas, era que el jóven se persuadia de que Luisa habria huido con algun perverso que hu-

biera logrado seducirla; y aunque á veces se decia, que pudo haber sido robada contra su voluntad, acababa por convencerse de que Luisa, cuyo carácter era resuelto y altivo, no se hubiera dejado robar de dia, y sin dar voces para reclamar el ausilio de los vecinos.

Despues no creía ni la primera ni la segunda de sus reflecciones, y entonces se decia; *tal vez* se fué con un seductor... *tal vez* ha sido forzada... *tal vez*...

Y en ese *tal vez,* habia un tormento inesplicable...!

Y así pasó todo el dia y parte de la noche, yendo y viniendo por las calles, entrando dos y tres veces á una misma casa, y repitiendo veinte veces una misma pregunta; hasta que al fin, desesperado y agobiado de cansancio, se dirijió á casa de Loaza, para saber si el padre ó el tio de Luisa habian sido mas dichosos que él, y habian descubierto el paradero de su amada.

Llegó, pues, á ella, y atravesó todas las piezas sin hallar una alma que le saliera al paso; y al llegar al dintel de la puerta de la sala, se quedó parado y sorprendido al ver á las jóvenes, quienes al mirarle lanzaron un grito de ansiedad.

El motivo de la sorpresa de Cárlos, fué porque entre aquellas mujeres creyó ver á Luisa.

Tanto puede la fuerza de los deseos..!

Pero despues de un momento de observacion, y convencido de que no estaba allí, se acercó lentamente al estrado, dejóse caer en uno de los sillones que había al lado del sofá, y esclamó con voz desfallecida:

=Nada..!

=Nada..!—repitieron en coro las señoras.

=Nada..!—volvió á decir Cárlos.—He andado todo México; he estado en todas las casas donde podria encontrarla... he cometido tal vez muchas torpezas, muchas necedades, y nada he conseguido..! Oh..! Estoy desesperado..! Luisa..! Luisa..!

=Esto es un misterio impenetrable..!—esclamó la señora de San Leon.

=Sí, sí señora,—continuó Cárlos.—Este es un misterio impenetrable; pero un misterio que me desespera, que me abruma.!

=A mí,—dijo Rosa;—no me queda mas esperanza, sino que su papá y su tio pueden haber descubierto algo.

=Y yo no la tengo,—prosiguió Cárlos.—Habrán andado é indagado mucho; pero por mas que haya sido, habrán hecho tanto como yo.

=Es verdad..!—dijo Clara.—Desde esta mañana saliste, y hasta ahora no has descansado... Pobre hermano mio..!

Y volvieron á callar, porque los grandes sentimientos siempre son mudos.

Media hora despues llegaron los hermanos Loaza, y como habia previsto Cárlos, nada habian conseguido.

Cuantas calles tiene México, cuantas casas conocidas, todo lo anduvieron, todo; y nada pudieron conseguir; así es que el padre y el tio volvieron á su casa desconsolados y pensativos.

Aquella sala, que algun tiempo antes habia sido el teatro de las ridiculeces de Hilarion, de las inocentes burlas de Rosa y de la felicidad de Luisa, de Clara y de Cárlos, se encontraba triste la noche de que hablamos, porque las siete personas que estaban en ella, no hablaban ni una palabra y estaban meditabundas.

El dolor, reservado é intenso se revelaba en aquellos semblantes, aunque habia allí un corazon cuyo hermoso dueño *tal vez* iba á ser feliz en esa noche; pero un acontecimiento inesperado acabó de nivelar los sentimientos.

Agustin se presentó en la sala, acompañado de la madre de María.

Unida á la familia de Luisa con los lazos de la mas sincera amistad y tambien de la gratitud, la buena señora abandonó sus quehaceres para ir á casa del señor Loaza, á informarse so-

bre la desaparicion de Luisa; y esta determinacion echó por tierra los hermosos castillos que María habia formado en su fantasía.

Pasado algun tiempo de conversacion, reducida toda á conjeturas, reflecsiones y esperanzas, se fueron retirando las visitas, escepto la señora de San Leon y Clara, quienes se quedaron aquella noche en casa de la ausente Luisa, la primera por no dejar abandonado á su cuñado, y la segunda para acompañar á la hermosa é interesante viuda.

Y mientras que esto pasaba en la casa de la rubia, ésta, á pesar de las instancias de Gerarda rehusaba tomar la cena que le habia llevado, y se quedó en la misma postura en que la dejamos; esto es, sentada junto al rodapié de la cama de su prision.

Despues de que la Campanita salió de la sala y cerró la puerta, la criada instó á su ama para que cenara, pero ella resistió de nuevo; y abrumada por sus pensamientos y por sus dolores, se quedó dormida, con su linda cabeza reclinada en el hombro de la fiel recamarera, quien se habia sentado á su lado.

Cuando despertó habia pasado algun tiempo, pues la vela estaba prócsima á acabarse; y entonces, impulsada por la debilidad se levantó del sitio en que estaba, se acercó á la mesa y tomó un poco de vino.

Los vapores del líquido ejercieron su influjo en aquel estómago vacio, así es que la hermosa jóven se sintió con algun apetito y comió unos trocitos de carne fria, tomó otro poco de vino, volvió á su lecho, y siguió meditando en su situacion.

El tiempo pasaba y la vela se consumía visiblemente, circunstancia que no echaba de ver Luisa, pues abismada en sus reflecsiones melancólicas no se cuidaba de lo que la rodeaba; y bien pronto, la luz vacilante de la vela pronta á apagarse, era el solo resplandor que alumbraba aquel cuadro de tristeza, de temores y de esperanzas.

Un suspiro trabajoso y ahogado retrajo á Luisa de su ensimismamiento; y volviendo la vista al lado de donde venia, vió á su criada, la que despues de haber velado el sueño de su ama, se acostó en el suelo y se durmió, mientras que Luisa habia ido á la mesa y fortalecia su debilitado estómago.

La fiel recamarera tenia puesta una mano sobre el corazon, y movia la otra en ademan de defenderse, y se arrastraba en el suelo acosada por la pesadilla.

Viéndola Luisa en semejante estado, no pudo menos de despertarla.

=Micaela..! Micaela..!—dijo llamándola con su vocesita de ánjel.—Despierta, hija mia, despierta... Pobre de tí..! Tambien padeces por mí..! Micaela..! Micaela..! Despierta, despierta..! Oh..! Dios mio..! Dios mio..!

La criada abrió los ojos, y se sentó apoyando su cuerpo en uno de sus brazos, y mirando á todas partes con el aire mas asombrado del mundo.

=Micaela..!—continuó diciendo Luisa.—Qué tenias, hija..?

=Ah..! señorita. Estaba soñando.

=Y qué..?

=Una cosa muy fea..!

=Cuál era..?

=Soñé que nos sacaban de aquí... que nos llevaban como nos trajeron... dentro de un coche y vendados los ojos... que despues de caminar mucho tiempo, llegábamos á un paraje muy despoblado; y que allí nos amarraban de las manos, y nos daban de puñaladas..!

=Oh..!—esclamó Luisa horrorizada.

=Tengo el estómago muy frio..!—dijo la criada.

=Pobre Micaela..! Lo que tienes es mucho ahilamiento... espérate un poco... voy á darte algo que comas, porque seguramente estás muy débil.

Y la bondadosa rubia se dirijió paso á paso á la mesa, por-

que el dudoso resplandor de la moribunda bujía le impedia el ver su camino.

Llegó, pues, á la mesa, tomó un plato con salchichas, llenó un vaso de vino y volvió lentamente al sitio en que estaba su criada.

Y en esta situacion tan interesante, la hermosa jóven, bañada por intervalos por la vaga é indecisa luz de la sala, parecia una de esas fantásticas heroinas de las poéticas y misteriosas leyendas alemanas.

La criada la veía llena de admiracion; y cuando Luisa se llegó á ella y la presentó el plato y el vaso, no pudo menos de sobrecojerse y de esclamar con cierto temor:

=Señorita..!

=Qué..? Qué..? De qué te admiras..? Toma y come.

=Usted, se ha dignado servirme... á mí... á una criada..!

=Aquí no hay ama ni criada,—respondió Luisa.—Somos compañeras de desgracia... Vamos; toma y come.

=Pero señorita...

=Te lo mando.—Dijo Luisa sin altivez, pero con una dulzura mas poderosa que la autoridad de un amo.

La criada obedeció llorando; y cuando hubo acabado de comer, dejó á un lado el plato y el vaso, se acercó á los pies de su ama, y se los cubrió de lágrimas y de besos.

Luisa quiso resistir, y la preguntó:

=Qué haces, Micaela..?

=No lo vé usted..? Oh..! Pobre señorita..! Quién habia de pensar que un dia me sirviera usted..?

=Vamos; déjate de eso, y suelta mis piés, que tengo frío.

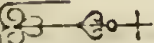
=Yo los calentaré entre mis manos..?

=Déjalos, Micaela;—dijo Luisa en tono de súplica.

Pero la criada en vez de obedecer multiplicó sus besos.

La luz se apagó completamente, y la sala quedó á oscuras.

La hora era demasiado avanzada; y Luisa, cuya imajinacion



estaba cansada de cavilar, y que sentia pesada la cabeza, gracias á la fermentacion del vino que tomó, se sintió con ganas de descansar de aquella fatiga mental, y dijo á su criada:

=Vamos á recostarnos un poco sobre la cama. Anda... acuéstate á mis piés, y procura no soñar, pues al fin no nos ha de suceder nada.

Pobre Luisa..! Queria infundir á Micaela el valor que á ella le faltaba..!

Poco tiempo despues, el ama y la criada dormian profundamente.

. . . .

Ya era de dia.

Gerarda, despues de haberse puesto la careta, abrió con precaucion la puerta que de su recámara conducia á la sala; y viendo que ésta estaba á oscuras, introdujo la cabeza por entre la hoja de la puerta y la pared, y se puso á escuchar atentamente.

=Con que están durmiendo..?—Dijo al oir la respiracion compasada de las presas.—De todos modos, esto es menos malo que otra cosa. Voy á que les dispongan el desayuno, cosa que cuando despierten, no tienen que esperar.

Y cerró la puerta y se retiró.

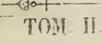
Cuando salió halló á Simon en la antesala.

=Buenos dias, Gerarda. Como te vá con esos anjelitos..?

=Perfectamente, hijo mio. Ahora es cuando están haciendo mas ruido, y eso gracias á que están durmiendo. No sé si habrán cenado... por mas empeños que hice anoche, no quisieron probar bocado.

=No le hace,—dijo el Tiñoso.—Procura que todos los manjares que les dés, sean muy buenos y muy bien hechos; y que nada les falte en su prision, escepto la luz, la comunicacion y la libertad.

=Digo..! pues es poco lo que les quitas..! La luz, la co-



municacion y la libertad..! Pues faltando todo eso, querido mio, maldito para lo que sirven los buenos alimentos.

=No importa. Dales de comer bien, porque me interesa que vivan.

=Oye; sabes que la rubita es muy linda..?

=De veras..?

=Como un ánjel..! Y dime, qué piensas hacer con ella..?

=Tenerla encerrada.

=Nada mas..?

=Nada mas.—Antes habia yo pensado escribir una carta á su padre, diciéndole que la persona que tenia á su hija, se la devolvía en cambio de los papeles de la caja de ébano; y que para efectuar el trueque, concurriera á cierto paraje; pero he reflecsionado, que el padre puede concurrir acompañado de la policía, y esto maldito lo que me place. Así es, que he resuelto tenerla presa para que, ocupados sus parientes en buscarla, no se acuerden de esos documentos y me dejen en paz; mientras la comadre Francisca, que ya tiene mis instrucciones, descubre el paradero de los papeles; y cuando los tenga yo en mi poder, pondré en libertad á Luisa y á su criada.

=Ah..!—dijo Gerarda en tono de aprobacion.

=Y si antes de que eso último suceda, se les antoja hacer uso de ellos, entonces...

=Entonces, qué..?

=Entonces... el diablo me inspirará..!—dijo Simon.

Y nosotros le conocemos demasiado para dudar de la veracidad de sus espresiones.

=Inter tanto,—continuó el Hombre-Mómia,—cuida bien á esas criaturitas; y procura que nada les falte, escepto la libertad, el aire y la luz.

=Lo último me parece imposible... No las dejaré ver la luz natural; pero no podré privarlas de la artificial. Anoche les dejé una vela de esperma encendida.

=Reniego..!—gritó Simon dando un puñetazo en la cabecera del sofá.—Cómo diablos les dejas vela ardiendo..? Y si se les antoja quemar la casa con esperanza de fegarse..?

=Ay..! ay..! ay..! chilló Gerarda.—Tienes razon, hijo mio, tienes razon. Y á mí que no se me habia ocurrido..! Pero no tengas cuidado; ya no lo volveré á hacer. Les llevaré luz cuando les lleve alimentos, y si no quieren comer, las dejaré á oscuras y que coman á tientas.

=Ah..! tú eres la mujer que se necesita para las grandes empresas. Me voy, querida *Campana*. Recomienda á la *comadre* Francisca que vijile por la caja de ébano, y á la *comadre* Nicolasa, que esté al tanto de los movimientos de la señora de San Leon.

=Esta última mandó decir ayer que su ama fué á la calle de la Moneda, y que probablemente no volvería hasta otro dia.

=Preciso; como que se le perdió la sobrina.

=Y qué sobrina..!

=Conque me marcho. Voy á hacer una visita á una costurerita de la calle de Vergara, por la que se interesa mi queridísimo Jacinto. Adios, querida Gerarda. Cuida bien á tus prisioneras, y no olvides mis instrucciones.

Simon salió de casa de Gerarda, y se dirijió á la calle de Vergara.

Tranquilizado ya con respecto á los documentos que le hicieron tener miedo por la primera vez de su vida, resolvió dar principio á la perdicion de María; y escudado con las armas mas homicidas que se conocen en el mundo, y son los recibos de la renta de la casa, entró á la de la morena, y subió á la sala, en la que solo se hallaba la señora.

Antes de continuar, advertirémos que Simon llevaba un traje modesto, pero bastante decente, para el papel de cobrador de casas que iba á desempeñar.

La señora estrañó la presencia de Simon, pues no tenia mo-

tivo ninguno para conocerle; y cuando éste la dijo el encargo nada agradable que le proporcionaba *el gusto* de conocerla, y la participó que él era el sustituto del antiguo cobrador, la buena viuda perdió el color y estuvo á punto de llorar.

El Hombre-Mómia observó eso, pero se hizo disimulado, pues había resuelto mostrarse inflecsible, para que le suplicaran, y ceder con una aparente jenerosidad á los ruegos de la aflijida señora, quien no encontrando otra disculpa que darle, rogó al bandido que volviera dentro de ocho dias, y que le entregaría el dinero.

Simon salió de la casa creyendo poco en la promesa de la viuda, y deseando menos que se realizara; y dejó á la señora, con el corazon comprimido, y pensando en ocultar á María la nueva desgracia que las amenazaba, y que tal vez seria irremediable.

=Ah..!—se decia la buena señora.—Parece increible que tantas aflicciones agobien á una familia..! Hoy, que mi pobre hija, ha ido á empeñar su tápalo (1) de seda para tener con que desayunarnos, vienen á cobrarnos el arrendamiento de la casa... Qué será de nosotras..? Qué sucederá..?

Pobre madre..!

Si ella hubiera sabido cuál era el verdadero objeto de Simon, indudablemente habría abandonado aquella casa dejando en ella todo cuanto poseía; y abrazada de su hija, habría caminado por las calles, alimentándose con los mendrugos de pan negro, que los ricos arrojan á los pobres en medio de las banquetas, y se habria considerado la mas dichosa de las criaturas.

Pero como ignoraba que se trataba de arrebatarle á su hija, de deshonrarla; y como lo único que temia era que la lanzaran de la casa, la sensible viuda se aflijia pensando adónde iria

(1) Manton.

con su hija; y la miseria, resultado preciso de su desgracia, la helaba el corazon, porque preveía los padecimientos sin número que debian caer sobre su hija.

Y mientras que estas reflecsiones aflijian á la señora, Simon se felicitaba por el buen écsito que presentaba su *negocio;* y se prometia que acabando de arreglar su proyecto, habia de hacer que el mayordomo le pagara á *peso de oro,* todos los servicios que le habia prestado.

Halagado con esta esperanza se dirijió á la calle del cuadrante de San José, y se encontró con D. Jacinto al tiempo de entrar á su casa.

Los dos subieron la escalera y entraron al gabinete.

=Qué te trae por aquí, Simon..?

El Hombre-Mómia metió la mano en su bolsillo, sacó un pomito de cristal, y dándoselo á Jacinto;

=Este pomito,—le dijo.

=Y qué contiene tu pomito..?

=Eres un imbécil..! Qué ha de contener sino la posesion de Antonia y el pasaporte de Ignacio.

=Ah..!!!—gritó D. Jacinto lleno de alegría.—Y cómo se hace esto..?

=Muy sencillamente. Echas algunas gotas en un pañuelo, en una flor, en... en cualquiera cosa; procuras que lo huela el individuo, y basta.

=Muere pronto.

=Pronto no; pero de seguro sí. Y lo que á tí te conviene, es que Ignacio muera lo mas tarde posible, para que no haya lugar á malos comentarios. Con que supuesto esto, arregla tus acciones.

=No tengas cuidado. Y María..?

El Tiñoso iba á decir al mayordomo lo que acababa de hacer; pero reflecsionó un momento, y se quedó pensativo.

=Por qué callas..?—insistió Jacinto.

=Por que...—dijo Simon; y luego pensó para sí.—Voto al diablo que no es este el momento oportuno de decir á Jacinto lo que hay; porque aunque es cierto que me pagará mi trabajo, no le sacaré todo el partido que debo, si escojo un instante propicio... callemos, pues, por ahora... tal vez no le será posible seducir á Antonia; y si cuando esté desesperado le presento á la morena, estoy seguro que me dá hasta la camisa... chiton, y esperémos..!

=En qué piensas, malvado..!—dijo Jacinto con impaciencia.

=Pues,—dijo Simon, repentinamente inspirado.—Pienso en que bajo cualquier pretesto... verbi-gracia... diciendo que quieres adelantar por un año las rentas de las casas que pagas por caridad, le pagues á Ignacio hasta otros... diez meses, los recibos del arrendamiento de la accesoria que habita María, para que de este modo estemos seguros aunque *se muera* el cobrador; no te parece, hijo mio..? Vamos, qué respondes..?

=Que siempre tienes razon, querido Simon; que eres un sábio..!

=Mas de lo que á tí te parece,—pensó el Tiñoso; y luego añadia en voz alta.—Ahora, otra cosa.—He robado á la hija de Loaza.

=Y con qué objeto..?

=Con el de que la sigan la pista y nos la dejen á nosotros, mientras que me apodero de esos malditísimos papeles.

=Si te lo he dicho..! Eres un sábio..!

=Y ya me lo vas haciendo creer. Tenme prevenido algun dinero, porque es mas que probable que lo haya de menester; y... Adios, querido Jacinto.

=Adios Simon.



XXVI.

UN MES DESPUES.

Un mes ha transcurrido desde el rapto de Luisa hasta el momento en que proseguimos nuestra narracion; y vamos á imponer suscintamente á los lectores, de los acontecimientos que sucedieron en ese tiempo.

Gerarda, siguiendo estrictamente las instrucciones de Simon, trataba á sus reclusas lo mas humanamente posible; aunque cada vez que entraba á llevarles los alimentos, cerraba la ventana de su recámara para que no vieran la luz del dia, y para que no conocieran la localidad de la casa.

Luisa y su criada, resignadas á su suerte como dos pajarillos encerrados en la jaula, esperaban con paciencia el dia en que sus guardianes las volviesen la libertad.

Nada habia cambiado desde el dia de su captura; solamente la belleza de Luisa se marchitaba como las flores que no reciben ni un rayo de sol, ni un beso de la brisa; y una languidez notable, pero encantadora, se habia apoderado de todos sus movimientos.

Su alma, pura como el pensamiento de un ánjel, se habia fortalecido en el infortunio; y aunque estaba hondamente ape-

sadumbrada por la falta de su familia, aguardaba con tranquilidad el instante en que Dios pusiera término á sus penas.

Solamente algunos momentos y en medio de la oscuridad de su prision, la hechicera rubia se desesperaba, pensando en su amante.

Se figuraba que la creía infiel, que la habia olvidado, y que habia maldecido el momento en que la conoció; y abrumada por estas imájenes desconsoladoras, la sensible niña creía que otra mujer, mas feliz que ella, y acaso menos digna de serlo, era la reina y señora de aquel corazon que tantas veces habia palpitado con sus miradas...

Entonces tenia celos..!

Celos injustos, porque ignoraba que Cárlos habia perdido la alegría; ignoraba que el pobre jóven no vivía, sino que vejetaba; ignoraba que padecia mas aún que ella, porque la intelijencia virjinal de Luisa, no la habia descubierto otro motivo mas sério de inquietud, que la esperiencia á Cárlos hizo conocer.

La deshonra.

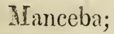
Porque en efecto, qué pensaría la sociedad de la repentina desaparicion de Luisa..?

Nada mas que la jóven habría huido con su amante.

Y aun cuando esto no fuera cierto, como en efecto no lo era; y aunque su familia y sus amigos defendieran la reputacion de Luisa, no por eso habrian de lograr desvanecer esas sospechas, porque el mundo juzga por las apariencias; y desgraciadamente, las apariencias condenaban á la rubia.

Todo esto era un tormento para Cárlos; y no bastaba, porque habia mas.

Celoso tambien; y, preciso es confesarlo, celoso con mas razon que Luisa, no se podía esplicar el acontecimiento que le arrebataba á su amada; y otras veces, creía que ella, olvidando sus juramentos, se había echado en los brazos de algun hombre indigno de poseerla, y marcádose con un sello indeleble:



Manceba;

Y esta sola palabra era la deshonra..!

Despues, deshechaba estos pensamientos al recuerdo de las virtudes de la jóven, y entónces no estaba celoso; pero entonces *dudaba*..!

Y este otro tormento es tan atroz como los *celos*..!

Mas apesar de tantos padecimientos, el jóven no cesaba de indagar el paradero de Luisa; y secundados sus esfuerzos por el padre, por el tío de la jóven, y por todos los que se interesaban por la familia, habia salido de México en busca de su amada, volviendo siempre sin saber nada, ni el menor indicio; y comenzando siempre nuevas indagaciones, que no daban mejores resultados.

Mientras tanto, las dos *comadres* encargadas de vijilar á la señora de San Leon y á la familia de Loaza, no habian adelantado mucho en sus observaciones; la caja de ébano permanecia ignorada, y Luisa y su recamarera seguian en su prision.

Y así se pasó un mes.

. . . .

Era una tarde de Setiembre.

El cielo estaba encapotado y la lluvia caía á torrentes.

Cerca de la puerta de la sala de casa de Antonia, se hallaban sentados ésta y su hermano.

Una tristeza incisiva y profunda se revelaba en el semblante de Ignacio, y en sus párpados, mústios y pesados, se conocía la cercanía de la muerte.

No hay que dudarlo.

Ignacio se moría lentamente, porque el mayordomo le hizo oler una flor, en la que habia vertido algunas gotas del líquido que le dió Simon; y como el pobre jóven, gracias á la debilidad que se apoderó de él, no pudo continuar sirviendo su destino, suplicó á D. Jacinto confiando en su finjida caridad, que buscara quien se encargase de sustituirle mientras se restablecia.

D. Jacinto aceptó con gusto, no solo la súplica del jóven, sino que tambien le prometió que él buscaría médico que le curase; y este medicó fué Simon.

Los lectores calcularán los resultados.

El Hombre-Mómia dijo que la enfermedad del hermano de Antonia provenía del pesar de haber perdido á su madre: habló del *pericardio,* de los *bronquios,* de la *aorta;* y concluyó asegurando que el sentimiento habia causado á Ignacio una fuerte afeccion de corazon, y que esta enfermedad no tenia remedio; y como ya había introducídose á casa de María, donde era apreciado por haberlas evitado del lanzamiento, y convenido en que le pagarían en abonos, no le importaba que Ignacio se muriera.

Este último, por su parte, en el momento en que se vió desahuciado, rogó á D. Jacinto que entregara los papeles de cobranza al mayordomo de las fincas de que fué cobrador, reencargándole mucho que recojiera un recibo del año de renta de casa, que D. Jacinto había pagado por María.

Este encargo no se lo hizo á sordo ninguno.

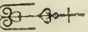
El mayordomo cumplió *relijiosamente* con la súplica del moribundo.

Como hemos dicho antes, Ignacio se hallaba sentado cerca de la puerta de la sala; y Antonia, que estaba á su lado, leía algunos capítulos de la Biblia, pues aunque no gustaba mucho de lecturas relijiosas, esta vez lo hacia por agradar á su hermano.

Y admas, Antonia era hija y era hermana: la muerte de su madre habia causádola mucha pena, y la seguridad del próc-simo fin de su hermano, la afiijía profundamente...

Los dos hermanos duraron en la situacion que dijimos hasta despues de la oracion de la noche, hora en que entró el mayordomo, á hacerles su visita de costumbre.

Ignacio se sonrió al verle, y Antonia hizo un jesto de disgusto.



Apesar de todas sus gazmoñerías, D. Jacinto no habia podido vencer la repugnancia de la jóven.

=Cómo sigue nuestro enfermo..?—dijo el hipócrita.

Antonia no contestó, é Ignacio solo hizo un movimiento de cabeza.

El corazon del perverso se estremeció de alegría.

En la accion de Ignacio habia una espresion indudable de desfallecimiento, y la idea de la muerte de aquel hombre que le estorbaba, era el triunfo supremo del mayordomo.

=No ha venido el médico..?—preguntó dirijiéndose á Antonia.

=No.—contestó la jóven, no pudiéndose negar á responder.

D. Jacinto se puso á pasear en la sala, y cuando hubo dado unas cuantas vueltas, volvió junto á Ignacio, tomó el libro que Antonia habia dejado, y se puso á rezar fervorosamente.

Ignacio parecia que le escuchaba con una calma ejemplar, y sonreía de cuando en cuando, como un idióta á la vista de un objeto estraño; y Antonia, la altiva Antonia, presenciaba aquella escena sarcástica sin dar muestras de impaciencia, ni tampoco de terror.

Habíase efectuado en el alma de la jóven, una revolucion completa; sus ideas de placer si no habian desaparecido, se habian embotado; y los sentimientos de la naturaleza dominaban en su corazon.

Una sospecha, vaga como la sombra de la penumbra, había herido su alma; y era la de que aquel hombre, por quien ella sentía un desvío invencible, iba á ser la causa de su desgracia, así es que aun en ese momento en que el sentimiento la dominaba, le miraba con un desden que rayaba en el desprecio.

Por su parte, el mayordomo conocía las disposiciones de Antonia; pero no hacia caso de ella, porque ya se habia decidido á valerse de la fuerza para poseerla.

Indudablemente, la noche de que hablamos iba á morir Ig-

nacio; y D. Jacinto contaba minuto por minuto los que faltaban para que aquella vida acabara de estinguirse.

Parece increible; pero el mayordomo tenia todos los vicios y todas las *virtudes* de su asquerosa pasion.

Era paciente, constante, resignado, sufrido y reservado; pero todo esto lo era *para poseer mas, para gozar mejor*..!

Horrendo contraste..!

Encadenado á su vicio como Prometeo á la roca, le era imposible sacudir su yugo; y en lugar de amortiguar la lava que le abrasaba, atizaba mas el fuego con las imájenes lúbricas de su fantasía...

Pocas veces pedía, las mas tomaba; y ciego como una fúria, despedazaba todo cuanto se le oponia:..

La vida del hombre, el honor de una madre, la inocencia de una vírjen; nada le detenia, todo lo arrollaba...

Era uno de esos seres malditos, que pasan sobre el mundo incendiando cuanto encuentran á su paso...

Era un hombre condenado en vida...

Su mala suerte le habia proporcionado los medios de gozar en este mundo, para perderse en el otro; y él corria desaforado por esa senda sembrada de placeres, sin cuidarse ni de lo que dejaba atrás, ni tampoco de lo que sería despues...

Gozar..! *gozar*..! *gozar*..! esta era su sed, su ambicion, su creencia; y para satisfacerlas hollaba todos los derechos, violaba todas las consideraciones, y afrontaba todos los peligros....

Nada le contenía;

En el camino de su vida, iba dejando huellas de sangre; sus deseos eran el mal, y su fin...

Hallaría la sociedad un castigo que imponerle..?

Creemos que no, y que solo Dios podia encontrarlo..!

Y tambien creemos, que ese castigo lo tenia en su mismo vicio, porque su sed era insaciable, y esa sed era su tormento...

El esceso escitaba su deseo, y el deseo le arrojaba en el es-

ceso; é identificado con sus seducciones, no tenia ni valor ni fuerza para refrenarlas...

Gozando siempre y *deseando* siempre, se parecía á esos LADRONES y ASESINOS, que se llamaron *inquisidores*, quienes mientras mas oro atesoraban y mientras mas sangre vertian, deseaban mas oro que atesorar, y mas sangre que verter..!

Nada hacia como no fuera para asegurar sus goces.

Por eso representaba con tanta tenacidad el papel de *santo* con que engañaba al mundo...

Por eso tambien, Dios le habia condenado en vida.

Pero nos estamos estraviando de nuestro próposito, y ya es tiempo de proseguir la relacion de los sucesos que nos ocupan.

Como recordaran los lectores, Antonia estaba sentada al lado de su hermano, y éste parecia escuchar atentamente la lectura de la Biblia.

Mucho tiempo se pasó así, sin que se oyera en aquella casa mas ruido que la voz del mayordomo y la respiracion estertorosa de Ignacio.

Por fin, este hizo un movimiento como queriendo colocarse bien en su asiento, y apenas concluyó de hacer su esfuerzo, cuando dejó caer la cabeza hácia atrás, y sus manos cayeron pesadamente sobre sus muslos.

Antonia, al ver los movimientos de su hermano, se puso en pié, le tocó la frente y sintiéndola helada, conoció que habia muerto; y D. Jacinto, dejó la Biblia sobre una silla, tomó la vela y alumbró las facciones del jóven.

Oh..! Si hubiéramos podido leer lo que entonces pasaba en el pensamiento y en el corazon del mayordomo, sin duda que nos hubieramos aterrado..!

Despues de un minucioso reconocimiento, D. Jacinto fijó la vista en Antonia, é iba á dirijirla la palabra; pero la jóven llevó el dedo indice á la boca imponiéndole silencio, y el hipócrita no tuvo valor para desobedecerla.

Antonia encendió otra luz, y se fué á la recámara de su ya difunto hermano, para disponer el lecho mortuorio; y cuando hubo concluido salió á la sala acompañada de su criada, tomaron en sus brazos el cadáver de Ignacio, y ayudadas del mayordomo sin que pudieran impedirlo, lo llevaron á la recámara, y lo tendieron en el lecho. Antonia encendió una sola vela de cera, se arrodilló en un rincon y se puso á orar.

D. Jacinto iba á hacer lo mismo, pero se lo impidieron unos toquidos muy fuertes que daban en el porton de su vivienda.

Entonces salió de la alcoba, no sin decir á Antonia que volvía; pasó á su vivienda y se encontró con un jóven, que era el que tocaba.

El mayordomo reconoció á Hipólito: sacó la llave que llevaba en el bolsillo, abrió el porton, y entró á su casa acompañado del jóven.

Antes de continuar vamos á referir una circunstancia.

El ama de llaves no estaba ya en casa de D. Jacinto; y el motivo porque éste la habia despedido, no era mas sino porque le estorbaba para sus futuros proyectos.

Tambien habia despedido á su cocinera, y se quedó absolutamente solo en su casa, de la que no salía mas que para ir á la de Antonia, así es que no necesitaba quien cuidara sus intereses; y la comida se la hacia llevar de un bodegon situado en la plazuela de San Juan de la Penitencia.

Cuando Hipólito y su tutor se encontraron en la sala, dijo este último.

=Podré saber, hijo mio, el motivo que me proporciona la indecible satisfaccion de ver á usted..?

=Sí señor. En primer lugar, he estrañado mucho que usted no haya ido á verme para arreglar los negocios de mi casa.

=Oh..! no me culpe usted. Hace un mes que estoy enteramente solo. Mi ama de llaves se fué, y mi cocinera se marchó tambien; de ahí es que, no pudiendo dejar mi casa aban-

dodada, me ha sido absolutamente imposible salir á ninguna parte. Ademas, mis ocupaciones son tantas, que no me dejan mas hora de descanso que las noches; y como caigo tan postrado de las fatigas del dia, no me hallo con fuerza para alejarme de mi casa.

Hipólito aparentó creer lo que le decía su tutor, y le contestó.

=En segundo lugar, vengo á pedir á usted dinero porque quiero hacer un viaje.

=Un viaje..!—esclamó el mayordomo sinceramente admirado, porque no comprendía cómo Hipólito se decidia á salir de México, donde le detenian intereses muy poderosos.—Un viaje..! Y adonde piensa usted ir..?

=Muy cerca. A Toluca.

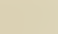
=Ah..!—dijo el mayordomo; y pensó para sí.—Este vá á buscar á su licenciado... pues probablemente no le hallará.—Y,—volvió á decir en voz alta,—que objeto lleva usted á Toluca..?

=Distraerme,—dijo Hipólito con sequedad.

=Oh..!—Si es eso, hijo mio, me alegro infinito de la resolucion de usted; porque en efecto, necesita usted divagarse, para que se amortigüe el dolor que siente por la muerte de su querida madre. Y qué tiempo vá usted á permanecer allí..?

=No lo sé. Acaso será mucho, ó será poco... no puedo asegurarlo, porque eso depende de que me agrade ó no la poblacion.

=Pero en todo caso, hijo mio, no deje de escribirme para no estar con cuidado respecto de la salud de usted, que me es demasiado preciosa... Ya sabe usted que su querida y difunta madre y señora mia, me le dejó recomendado como á un hijo; y que al pié de su lecho de muerte, le juré que trataría á usted como tal. Me envanezco con el título de *padre de us-*



ted; y cifraré mi mayor placer en procurarle todo el bienestar posible, y en velar por su ecsistencia.

Hipólito escuchaba con disgusto las palabras de D. Jacinto; y siempre que le oía hablar, sentia mas desapego á aquel hombre, á quien jamas habia tenido el menor cariño.

En cuanto á las intenciones que llevaban al jóven á Toluca, no se equivocaba el mayordomo.

Estrañando el silencio de su amigo, é ignorando su muerte porque Hipólito no habia salido de su casa, sino hasta el momento de que nos ocupamos; é inquieto ademas por la completa ausencia de su tutor, y deseando quitarle el poder que aún conservaba, se decidió á ir á Toluca en busca del abogado, creyendo que tal vez estaría enfermo y por eso no habria contestado á la carta que le escribió, cuya respuesta, merced á la infidelidad de un empleado público, se hallaba en poder de D. Jacinto, junto con la carta de D. Francisco Loaza.

=Gracias,—contestó Hipólito al discurso del hipócrita.

=Y cuando se vá usted..?

=Tal vez mañana.

=Y la casa de usted, en que estado queda .?

=Cerraré todas las puertas de los altos, y se la dejaré encargada á la portera, que es una mujer honrada.

=Lo apruebo. Yo no dejaré de ir á ver el estado en que se halle; y suplico á usted que no dilate mucho su vuelta, porque le voy á estrañar mucho.

Esta última espresion era singular, é Hipolito no pudo menos de decirse:

=Cómo me estrañará este hombre cuando nunca me vé..?

=Volveré pronto,—dijo en voz alta;—y volveré pronto para *arreglar definitivamente* los negocios de mi casa.

Hipólito acentuó ese: *arreglar definitivamente,* y el mayordomo que lo notó, dijo para sí:

=Ya lo verémos.

=Tiene usted la bondad de darme dinero,—dijo Hipólito; —porque es tarde, y ya vé usted que vivo léjos.

El hipócrita entró al gabinete, salió un momento despues y dijo á Hipólito, entregándole un cartucho de dinero.

=Aquí tiene usted, y feliz viaje.

=Gracias. Adios, señor tutor.

=Adios, hijo mio.

Hipólito dejó al mayordomo, quien se quedó diciendo:

=Conque vas á Toluca y vuelves á *arreglar definitivamente* los negocios de tu casa..! Pero no sabes que tu abogado ha muerto, y que eso de arreglar tus negocios depende mas de mí que de tí. Bien, bien; ya verémos quien de los dos es el que vence. De aquí, á allá, todavía hay tiempo... Vamos ahora á consolar á Antonia.

Y se disponía á salir cuando llamaron al porton.

D. Jacintó renegó del importuno que le molestaba; pero abrió la puerta, y una persona entró al corredor.

Era D. Pedro.

=Buenas noches, señor D. Jacinto.

=Dios venga con usted señor D. Pedro. Pase usted adelante.

El recien llegado siguió el consejo y los dos personajes entraron en la antesala.

Sentáronse en dos sillas que estaban juntas, y hubo un momento de silencio.

El semblante del buen anciano estaba triste, y sus ojos hinchados de llorar.

El mayordomo lo observó, y dijo para sus adentros.

=Qué diablos le habrá sucedido á este vejete que ha llorado, y que no habla..? Habrá díchole Inés... Oh..!

D. Pedro seguía silencioso y con la vista clavada en el suelo; sus manos temblaban convulsivamente, y las lágrimas se resbalaban por sus mejillas arrugadas por los años.



D. Jacinto, viendo que no hablaba, y deseando salir de dudas y desembarazarse de él, se decidió á provocar la conversacion, diciendo:

=Cómo, tan tarde por acá, señor D. Pedro..?

=Es muy estraño, no es verdad..?—dijo el anciano.—Usted perdonará que le moleste; pero en las grandes desgracias es cuando se buscan á los verdaderos amigos.

=Oh..!—pensó el mayordomo tranquilizado con este ecsordio.—Donde tú me hablas así, es porque Inés no te ha dicho nada. Conque soy tu *verdadero amigo..?* Nunca me ha parecido tan hermoso ese título... Como no quieras sacarme ahora de aquí, todo está bueno.

=D. Jacinto,—continuó D. Pedro.—Yo soy un buen cristiano, y me conformo con la voluntad de Dios... Su divina Majestad me tenia reservados algunos padecimientos en mi vejez, y yo los soporto con paciencia, porque así lo quiere Dios... Creame usted, no sé como no me he muerto de pesadumbre, ni tampoco sé como decirle la desgracia que me abruma... pero es fuerza... usted es mi mejor amigo, y por eso me he decidido á pedirle consejo, en estas circunstancias tan aflictivas.

=Pero tendrá usted la bondad de decirme...

=Sí... sí... mas no sé cómo... Dios mio..! Dios mio..! Señor D. Jacinto... sepa usted que mi... Inés... Ah..!

Estas palabras hicieron en el alma del mayordomo, la impresion que hubiera hecho un baño de agua fría sobre su cuerpo.

=D. Jacinto..!—continuó D. Pedro con mas honda espresion de angustia.—Mi linaje está deshonrado..!

=Pero...—balbució el mayordomo, mas bien por instinto que por deliberacion.—Quién ha sido el...

=No lo sé.

=Pero su hija de usted, no le ha dicho..?

=No tan solo no confiesa quien fué el infame, sino que

hasta niega el estado en que se halla, apesar de que se está mirando.

=Ah..!—esclamó D. Jacinto respirando á sus anchas.

=Y por desgracia,—continuó D. Pedro;—la lastimosa muerte del padre Anselmo me priva de sus consejos. Pero usted es mi amigo, y no rehusará decirme que es lo que debo hacer en esta situacion.

El anciano lloraba á mares; y el hipócrita se quedó pensando la manera de salir de semejante ahogo; y no encontrándola muy á mano, resolvió ganar tiempo, mientras se veía con Simon.

=Escuche usted, señor D. Pedro. Su hija de usted es cristiana y virtuosa; usted le ha dado una educacion esactamente moral, y es imposible que la haya sucedido lo que usted se imajina...

=Ojalá y fuera cierto..! pero...

=Oigame usted. Si fuera positivo lo que usted dice, estoy firmemente persuadido de que ella no lo negaria... Ama mucho á la virtud y tambien á sus padres, para que los hubiera deshonrado; y si por desgracia lo hubiera hecho, estoy seguro de que se habría hechado á los piés de usted, pidiéndole el perdon de su falta; y esto lo haría para tranquilizar su conciencia.. Ademas, hay ciertas enfermedades que se confunden....

=De veras..?—preguntó D. Pedro.

=De veras. Para estos casos lo que se necesita es un facultativo que reuna la prudencia al saber; y yo, en obsequio de usted, me comprometo á enviarle uno que es la reserva personificada, y á quien se puede usted confiar enteramente.

=Oh..! Gracias..!

=Y para que Inés no se obstine en negar, si desgraciadamente es cierta su deshonra, no la diga usted que ha venido á verme, ni menos que yo he proporciado á usted el médico;

sino que usted, confiado en su instruccion y en su sijilo, lo lleva para que la cure; me comprende usted..?

=Sí, sí, sí.

=Yo por mi parte, instruiré al médico del modo con que debe presentarse en la casa de usted; y usted le recibirá como si ya lo conociera de mucho tiempo ha, estamos..?

=Lo haré así, lo haré así.

=Pues por ahora, váyase usted porque es tarde y vive usted muy lejos... y no hay que desesperar; tal vez no sea cierto.

=Gracias, amigo y señor D. Jacinto, gracias..! Me ha consolado usted algo con lo que acaba de decirme... adios... hasta mañana.

Y el anciano salió de aquella casa, confiado en la buena fé del hombre que tan infamemente le engañaba.

El mayordomo volvió á quedarse solo.

Lo que acababa de pasar le tenia perplejo.

=Solo Simon,—decia hablando consigo mismo, y paseándose en la sala.—Solo Simon puede sacarme de este atolladero... Es preciso ir á verlo; pero para esto es necesario dejar sola á Antonia, y eso no quiero... Maldita sea Inés y maldito su padre que me ha venido á inquietar..! Oh..! y esto es una desesperacion... Cómo demonios voy á remediarlo..? Y si por fin, Inés confiesa... No; no me queda mas esperanza que Simon... Le he prometido un médico al viejo, pero ese médico debe ser el Tiñoso... y qué hará en este caso..? El tiene espedientes para todo, y estoy seguro de que me salvará sin que le arredren los obstáculos... ademas, él sabe un poco de medicina y... Oh... Simon..! Simon..! Ahora que tanto le necesito, no vendrá... no vendrá..!

El mayordomo se equivocaba; porque Simon, semejante al diablo, nunca hacía falta donde le necesitaban; y en el momento en que Jacinto le llamaba, se presentó en la puerta de la sala, y dijo imitando á los *pecados* de las pastorelas:

=Quién me ha llamado..?

=Ah..! Tú eres, Simon..?

=Si es que no se te antoja que sea otro.

=Te necesitaba como á la vida.

=De veras, hijito..? Alguna de tus patrañas, no es verdad..?

=Escucha, escucha... Acaba de irse D. Pedro.

=Y qué diablos se le ocurre á ese viejo..?

=Ha descubierto el estado de Inés, y...

=Uuy..! y ella ha confesado..?

=Al contrario; niega hasta la evidencia.

=Bueno, bueno..! Y qué sucede..?

=D. Pedro vino á pedirme consejo; yo le dije que en tales casos la reserva era muy necesaria, y le prometí un médico que es la discrecion. Hice mas: recordándole las *virtudes* de su hija, finjí no creer que estuviera deshonrada, y le dije que no debia alarmarse, porque hay ciertas enfermedades que pueden confundirse.

=Magnífico..! te has portado como un sábio..!

=Por supuesto, el médico eres tú; pero este caso es muy difícil, y se necesita...

=Un médico y una comadre; ó lo que es igual, un hombre y una mujer. Ya me proporcionaré yo esta última; y á fé de Simon que todo saldrá bien, ó que el diablo me lleve..!

=Tambien ha estado aquí Hipólito...

=Sí..?

=A despedirse, de mí, porque se vá á Toluca.

=Y á qué..?

=No lo adivinas..?

=Ah..! ya caigo..! Quieres que le hagámos lo que al abogado..?

=Ya te dije que no, porque podría imputárseme su muerte.

=Y no se equivocarían.

=Por lo mismo...
=Insistes en lo del bebedizo, no es esto..?
=Sí.
=Y el enfermito..?
=Ya murió.
=A qué horas..?
=Serían las siete.
=Como un pajarito, no es verdad..?
=Sí.
=Y por supuesto lo vas á velar.
=Se entiende.
=Y pagarás su entierro.
=Sí.
=Qué caritativo eres..! Quieres que te dé un consejo..?
=Cuál..?
=Que te moderes por algun tiempo, porque de lo contrario lo pierdes todo. Ya sabes que siempre tengo razon.
=No tengas cuidado: seré cuerdo.
=Está bien. Pues hasta otro dia.
=Adios. No se te olvide Inés.
=Ni tú dejes de rezar.

Simon se marchó á la calle, y el mayordomo pasó á la vivienda de Antonia.

Esta, acompañada de su criada, rezaba por el alma de su hermano; y cuando entró D. Jacinto se puso á rezar devotamente, manifestando mucho sentimiento.

Pasaron la noche en vela; y al otro dia, D. Jacinto, vestido de riguroso luto, acompañó á la sepultura á los restos mortales del hermano de Antonia; y volvió á dar á ésta el *pésame*, por la pérdida tan sensible como irreparable que había sufrido.



XXVII.

EL PRESIDIO, LA HORCA, EL ROBO.

La misma tarde del entierro de Ignacio, entró Simon á casa de Gerarda, y la encontró ocupada en escribir sobre la mesa de la antesala.

El Hombre-Mómia se quedó parado en el dintel de la puerta, esperando á que la Campana concluyera la tarea que tan sériamente la entretenía; y Gerarda, despues de dar la última plumada, levantó la cabeza con aire importante y satisfecho, y se quedó mirando al Tiñoso.

=Qué haces ahí..?—le dijo.

=Te contemplaba.

=De veras..?

=Sí; y al ver el empeño con que escribias, me pareció estar mirando á un hombre de estado, ocupado en redactar un proyecto de ley, para esquilmar mas al pobre pueblo.

=Lo que es precisamente un proyecto de ley, no; pero sí una cosa que se le parece como un huevo á otro huevo.

=Cierto..?

=Acércate y verás.

Simon se aprocsimó á la mesa, y Gerarda le entregó el papel que acababa de escribir.

El Hombre-Mómia se puso á leer.

=" La *comadre* Narcisa, colocada de criada en el primer
" cuarto de la derecha de la casa número 17 de la calle del
" Padre Lecuna, dá noticia de que ese cuarto lo habitan una
" jóven de 16 años, bonita y llamada Mariana; y una señora
" de edad avanzada que es tía de la jóven. Dice, que conse-
" cuente al encargo que tiene, ha observado las costumbres de
" aquella vecindad, y lo mas interesante que hay para el objeto
" propuesto, es que á las diez de la noche se cierra el zaguan,
" y no vuelve á salir ni entrar alma nacida. Respecto de los
" veinte mil pesos, la *comadre* sospecha con mucha razon, que
" están debajo de las vigas que quedan abajo de la cama.
" Cree, que el momento oportuno para efectuar el *mormollo,*
" es de las doce de la noche para adelante, pues á esa hora ya
" todos los vecinos están durmiendo. Ella se compromete á
" quitar la tranca del zaguan, así que toda la vecindad se ha-
" ya recojido, para que de este modo puedan abrir la cerradu-
" ra, á cuyo efecto, entrega un molde de cera, sacado de la
" chapa de la puerta. En cuanto á la entrada del cuarto, en-
" trega tambien el molde de la llave, pues la señora la quita de
" noche de la chapa, seguramente por desconfianza, y la *coma-*
" *dre* se compromete á quitar la tranca. Los *golosos* no de-
" ben tener recelo ninguno, pues con sorprender á las dos mu-
" jeres, éstas no se atreveran á gritar; y para que vayan con
" mas confianza, dá las señas de como está el interior del
" cuarto. A la derecha de la entrada hay un ropero, en fren-
" de este una mesa, en el interior, entre el ropero y la pared,
" está la cama donde duermen la tía y la sobrina, á un paso
" de la puerta está el bracero, y entre este y el rincon el *tina-*
" *jero* (1). La comadre nada mas espera el aviso necesario
" para estar dispuesta."

---

(1) Armazon de madera en el cual se colocan los trastos de cocina.

=Bravo..!—gritó Simon.—Esto se llama entender su oficio.

=Estás contento, querido mio..?

=Como un marido que enviuda.

=Qué resuelves..?

=Que esta noche se hace el *mormollo.*

=Tan pronto..!

=*Calientito compagrito* (1),—dijo Simon.—Dame los moldes.

Gerarda entró á la recámara, y salió con dos trozos de cera que entregó al Hombre-Mómia.

Este los ecsaminó, y luego dijo:

=Pst..! Llaves de zaguan y de cuartos de vecindad... casi todas son iguales... así como así, deben sobrar ganzúas que abran esas puertas. Ahora, escucha. Manda ver á la comadre... pero no; mejor será que yo vaya, porque... Demonio..! las mujeres son muy escandalosas, y pueden perder á los *golosos*... diablo, diablo..! No se como arreglar esto... Si se les antoja chillar á esas *arrastradas,* todo se lo lleva *patetas*..! Por vida...!

Simon se puso á meditar, y luego dió un grito.

=Ah..! Eso es, eso es..!

=Pero qué, hijo mio..?

=Qué..? Escucha. Voy á llevarle á la comadre unos polvitos para que sazone la cena de esas malas hembras.

=Para todo tienes espedientes, Tiñoso renegado. Decididamente eres el rapáz mas perverso que ecsiste sobre la tierra.

=Te agradezco la calificacion, hija mia. Me evado, querida Gerarda... Ah..! dime, como están tus prisioneras..?

=Buenas y malas. Buenas porque no se han muerto; malas porque ni ruido hacen: indudablemente han enmudecido.

=Nunca te han hablado..?

---

(1) Espresion indíjena que equivale á decir: á hierro caliente batir de repente.

=Solamente una vez me habló la rubita, suplicándome que le dejara ver la luz del sol, á cuyo ruego me resistí.

=E hiciste bien, brujita mia, hiciste bien. Esa rubia es muy *despavilada*; y si llega á ver estas localidades, y sale alguna vez en libertad, no faltaría ocasion en que reconociera el sitio que hubiera visto; y entónces, Gerarda, ay de todos nosotros..!

=Y ay de tí..! en particular, que no quieres convertirte por mas que te predico el arrepentimiento y la penitencia..!

=El diablo te queme viva con todo y tus sermones. Me voy, queridísima Campana. Cuida á tus prisioneras, porque ya sabes que para nosotros son un tesoro inapreciable.

=Cáspita si lo son..! Pero confía en mí, que no ignoras lo que soy.

—Vaya si lo sé..! Adios, hija mia, pronto nos verémos.

Simon se salió de casa de Gerarda, fué á su accesoria, sacó de ella un papelito que contenia unos polvos, luego se dirijió á la calle del Padre Lecuna, entró al número 17, salió de allí, y tras de él una mujer con la que habló un momento; la entregó unos polvos, y despues de dos horas y media de camino, llegó al tabuco de la Lagartija.

En el momento en que entró á él, pasaba una escena que no podemos menos de referir.

La Lagartija estaba cerca del brasero, componiendo un guisote de esos que solo se acostumbran en las pulquerías; es decir, una gran cantidad de *chile* que al tomarlo quemaba como el áxido sulfúrico; y una poca de carne de tocino, frita y mezclada con el *chile*.

En el estremo opuesto al brasero, estaba Pascuala, borracha como un tonel, con un vaso de aguardiente al lado, y arrojada encima del lodo, como un monton de basura en medio de un muladar.

La infeliz criatura resollaba como una mula con muermo;

sus párpados rojos y pesados por efecto de la embriaguez, se cerraban sobre los globos de sus ojos, de los que destilaba un licor ardiente y avinado; y su desnudez, fea y repugnante, dejaba ver sus miembros blancos, pero cubiertos con el cieno del piso, y con los moretones que la resultaban de los golpes que contínuamente se daba.

Al lado de Pascuala, estaba el hijo del Enano, súcio y asqueroso como su madrastra, y entretenido en acariciar á aquella mujer borracha.

Al derredor de la mesa grasienta que conocemos, estaban agrupados algunos bandidos, esperando la hora de comer el guisado de la Lagartija; y entreteniendo el tiempo unos en jugar al conquian, otros trazando ciertos planos en un papel, y otros sériamente ocupados en limar algunos utensilios de fierro, como llaves, punzones, ganchos y otras cosas.

Y en una esquina de aquella mesa se encontraba un hombre que representaba treinta años, pero que á penas frisaba en los veinte; de facciones enjutas y enfermizas, ojos negros y grandes, pero hundidos y rodeados de un círculo oscuro, que los hacian parecer los huecos de las órbitas de una calavera.

Todo anunciaba en la fisonomía de ese jóven las huellas de una vejez anticipada por los escesos del vicio.

En el momento de que hablamos, estaba cargado de codos sobre de la mesa, y la espresion de su semblante dejaba adivinar un pesar terrible.

No hablaba ni hacia caso de lo que estaban haciendo los demas: sumerjido en sus pensamientos que debian ser espantosos segun lo aterrado de su fisonomía, tenía el entrecejo arrugado y los ojos fijos en un punto, como si estuviera mirando algun espectáculo que le horrorizara.

Luego se estremecía y dejaba caer su cabeza con muestras del mas visible abatimiento, volviendola á levantar para seguir en sus tenebrosas cavilaciones; y en una de estas veces

en que seguramente llegó á su colmo la especie de fascinacion que le dominaba, se puso en pié como si algo le atrajera, abrió espantosamente la boca como para pronunciar una palabra que murió en sus lábios, y volvió á caer sobre su asiento como herido de una centella.

=*Cachafo*..!—dijo Jarilla que estaba limando una ganzúa. —Qué diantres tiene ese *Flaco* que parece que se muere..?

=Tiene miedo,—dijo Manos-Largas, cuya ocupacion era trazar unas líneas en un papel.

=Miedo..!—gritó el Enano que jugaba al *conquian* con Macedonio.—Miedo..! já, já, já..! Y de qué, hombre..?

=De que van á ahorcar á su hermano.—Replicó Manos-Largas.

=Bah..!—clamaron todos á un tiempo; y Jarilla continuó: —Pues no está mala esa *joteada*..! Qué hará cuando lo lleven á *hacer la oveja* como probablemente le sucederá..?

El *Flaco* lanzó un jemido, al tiempo que dijo el Enano:

=Sota, caballo y rey. Embono.

=No ladres, *joto* (1),—dijo Manos-Largas.—Al fin y al cabo todos hemos de acabar así, y te aseguro que es mejor eso, y no que nos manden á San Juan de Ulúa por toda la vida.

=Ya se vé que sí..!—gritó Jarilla.—Mas vale *hacer la oveja* que no ir á las hoyas.

=Del presidio se puede uno fugar...—dijo el Flaco con una voz ahogada.

=Eso del presidio, pero no de las hoyas del castillo; y si no, pregúntaselo al otro, que quisiera mejor estar condenado y no metido entre el agua y el suelo.

=Caramba..!—gritó el Enano.—Que me ahorquen mejor..!

=*Y qué feos ahorcados hemos de hacer todos nosotros..?*

=Já, já, já, já..!—hicieron todos.—y Macedonio añadió:

---

(1) Cobarde.

=Los cuatro sietes. Embono.

=*Chínguere*..!—gritó la Rota.

=Y si nos ponen en fila como cuando Yañez y Cipriano Márquez, te prometo que me han de quitar á mí del palo, para que te aprieten á tí, Flaco *mentiroso* (1).—Dijo Jarilla.

=A mí no me importa que ahorquen,—replicó el Flaco.—Lo que me puede es que ahorquen á mi hermano.

=Eso te puede..?—dijo el *Enano*. Pues no está fea la disculpa. Lo que tienes es miedo de que te lleven á *hacer la oveja.*

=Te digo que no..!

=Y te aseguro que morir ahorcado es mejor que vivir encerrado en San Jnan de Ulúa; sin ver el sol mas que una hora diaria, sin hablar con nadie, mas que con el carcelero, con los piés engrillados y trabajando á fuerza.

=*Cachafo*..!—esclamaron todos.

=Que miedo..!—dijo el Enano estremeciéndose, tirando las cartas y paseándose en la taberna. Indudablemente prefiero que me ahorquen... no una, sino diez veces, porque... ah..!

=Y yo tambien prefiero que me ahorquen..!

=Y yo..!

=Y yo..!

=Y yo..!—Clamaron sucesivamente los malhechores.

=Porque á lo menos,—continuó el Enano.—A lo menos, eso no dura mas que cinco minutos, mientras que la prision dura diez años, ó toda la vida..!

=Toda la vida..!—dijo Jarilla.—Toda la vida encerrado, sin ver la calle... mas vale morirse... Oye tú, Flaco, que dices de esto..?

=Que es mejor vivir.—contestó con tristeza el interpelado.

=Vaya una salida..!—replicó Manos-Largas.—Ya se vé

(1) Charlatán.

que es mejor vivir; pero no se te pregunta eso, sino que qué es lo que prefieres, vivir para siempre en las hoyas de Ulúa, ó *hacer la oveja en el Ejido..?*

=Vivir en las hoyas de Ulúa..!—respondió el Flaco.

=Caramba..!—esclamaron todos los bandidos llenos de asombro.

=Tú eres mas valiente que nosotros,—continuó Jarilla.—Por vida del diablo que no te creía yo tan *sombrero.* Qué dices tú, Manos-Largas..?

=Digo que ese *todo se vuelve pico.* Yo lo quisiera ver encerrado como el otro, á ver que le parecía... *Caray..!* A ver si como ladra muerde. Por mí, yo no quiero hacer la esperiencia.

—Yo ya la hice,—dijo Manos-Largas.—Y te juro que estoy arrepentido de haberla hecho; y eso que no fuí á San Juan de Ulúa ni á San Diego de Acapulco, sino que estuve seis años en el grillete, donde tiene uno con quien hablar y sale á la calle, y ve á los amigos; pues ahora, qué será eso de vivir encerrado en un calabozo y dentro de un castillo, y...

=Canario..!—gritó el Enano—Oye tú, Flaco; nunca has estado preso..?

=Nunca.

=Ah..! pues por eso prefieres el presidio á la horca; pero oye, te voy á decir lo que hacen con uno cuando cae en manos de los *viejos* (1). Lo primero que ejecutan es meterlo á un *separo.* Sabes lo que es un *separo..?* Es un calabozo largo, angosto y muy alto; con una puerta pequeña que sirve de entrada, y una claraboya arriba de la puerta, por cuya claraboya entra la luz. Allí te tienen encerrado é incomunicado hasta que no te toman las principales declaraciones, para que no te pongas de acuerdo con los testigos ni con tus compañeros;

(1) Jueces.

y mientras estás incomunicado, no te sacan al sol mas que una hora todos los dias, cuidando de que no hables con ninguno, y volviéndote á encerrar hasta otro dia. Cuando ya se efectuaron las primeras dilijencias, te bajan al pátio y te consignan al presidente de algun calabozo. Entonces pasas el dia paséandote por la cárcel, ó jugando y haciendo trampas; y si te cojen los empleados en alguna *mácula*, maldito lo que te importa, porque al cabo, *ni mas adentro ni mas afuera*; y á la oracion de la noche, te llaman, pasas lista como los soldados, entras al calabozo, y no vuelves á salir hasta otro dia. Esta vida dura tanto como tu prision; y te juro por mi madre, que la tal vida es infernal; y eso que ves á tu familia y á tus amigos, pues si no los vieras, qué tal..? Otra cosa; si tienes quien te lleve de comer, la pasas mejor; pero si no, te amolaste. Tendrás que contentarte con la caridad, que consiste en un tarro de atole, frijoles ó garvanzos que parecen balas, y en un pan bazo con que puedes aplastarle á cualquiera la cabeza. Qué tal, eh..? Qué dices de esto..?

=*Monos..!*—gruñó la Rota.

=Quién te habla á tí, *arrastrada..!* Estás *briaga* como una úba, y todavía pides mas aguardiente. Vamos, Flaco, qué te parece..?

=Que de todos modos, mas vale vivir.

=Pues yo te digo,—continuó el *Enano;*—que prefiero que me *aprieten* veinte veces el gañote, y no que me tengan un año encerrado como al otro.

=Eso,—dijo el Flaco con voz sorda.—Eso por que tú no tienes hermano á quien ahorquen... si lo tuvieras, te aseguro que te arrepentirías como yo, de...

=Arrepentirme..! Te has arrepentido..! que *poco hombre* eres... canario..! Nunca creí que *llamaras á nana*; pero estoy mirando que te *fifias*, y nada mas de miedo de que te ahorquen; y lo peor es, que mal que te pese, ya has hecho bastan-

te para que te lleven á *hacer la oveja*, conque, es inútil.... Vaya, vaya.... Qué dicen ustedes del arrepentimiento de éste..?

=Já, já, já..!—hicieron los malvados.

=Oye, Flaco,—dijo Jarilla.—Te aseguro que si te oyera el tio Simon, te mandaba desollar vivo..! Se ha arrepentido...! já, já, já, já..!

=Bah..! Despues del niño ahogado, tapen el pozo.

—Y, dinos,—dijo Manos-Largas.—Qué, te vas á meter á fraile, ó vas á alistarte á la compañía de los diurnos..?

=No,—dijo el Flaco con firmeza.

=Pues entonces,—continuó Manos-Largas fijando sus ojos en Jarilla, quien le contestó con una mirada de intelijencia.—Entonces te vas á meter á *bermejo* (1).

=Menos..!—gritó el Flaco ya impaciente por las pullas de los demas. Menos á *bermejo* que á diurno, porque un *bermejo* es la causa de que cojieran á mi hermano y de que lo ahorquen tambien.

=Un *bermejo*..!—esclamó Jarilla.—A ver cuéntanos como fué eso.

=Sí, sí, cuéntanoslo, dijo el Enano.—Y para que oigamos sin perder nada, nos pondrémos á comer. Eh..! Lagartija..! La comida.

La Lagartija se levantó pesadamente; condujo la cazuela de chile al lugar que estaban los bandidos; estendió sobre la mesa un mantel mas súcio que un trapo de cocina, puso los platos, llenó los vasos de pulque, y se volvió á sentar junto al brasero.

Los malhechores se rodearon de la mesa, y comenzaron á comer su *guisote*, con muestras de tanto gusto como apetito.

---

(1) El que se introduce entre los ladrones para entregarlos á la policía.

El Enano tomó en brazos á su hijo, y comenzó á darle de comer aquel manjar de fuego, á pesar de los gritos y de los jestos desesperados de la pobre criatura; y le hacia tragar sendos chorros de pulque, pegándole cuando se resistía á pasar aquellos alimentos tan groseros como irritantes.

=Vamos, Enano,—dijo Jarilla.—calla al muchacho, y que nos cuente el Flaco la historia de su hermano.

=Es verdad,—replicó Manos-Largas.—Conque dínos, por qué está preso tu hermano..?

=Por *misionero*;—contestó el Flaco (1).

=Hombre..! Y de qué parte..?

=Del camino de Puebla.

=Y sabía bien su oficio..?—preguntó el Enano.

=Como el mejor;—contestó el Flaco.

=Y desde que edad comenzó..?

=Desde edad de trece años. Eramos huérfanos de padre, y mi madre que era *tortillera*, se iba todas las noches á vender sus tortillas al Puente de la Leña, y nos dejaba á nosotros solos en el cuarto en que viviamos en la plazuela de la Concepcion. Como no teniamos qué hacer, cerrábamos la puerta y nos íbamos á la *vinatería* de la esquina, á robarles á los muchachos los tlacos con que iban á comprar las cosas que les encargaban; y con esos tlacos nos emborrachábamos, guardando la mitad de lo que nos robábamos para jugar á la *pítima* con los muchachos del barrio, los que siempre *salian de costillas*, porque nosotros les haciamos *munchas* trampas. Todos los dias tenía mi madre quejas de nosotros, y siempre estaba pegándonos y regañándonos; nos amenazaba con llevarnos al Hospicio, y nosotros le prometiamos que no volveriamos á hacer lo que causaba aquellos enojos; pero apenas se descuidaba, y ya nos habiamos salido del cuarto, y andábamos corriendo por la vecindad, pegándoles á los muchachos *llama-*

(1) Ladron de caminos reales.

nes, robándonos los pollos, apedreando á las jentes, y *jurtándonos* cuanto podiamos de en casa de los vecinos. Esto último nos cuadraba mas, porque despues íbamos al *baratillo* á vender lo que nos robábamos, y con el dinero nos íbamos á comer golosinas y á beber aguardiente. Un dia, que habiamos hecho pedazos á pedradas las vidrieras de un balcon, fué el dueño de la casa á quejarse con mi madre, la que tuvo por conveniente darnos una buena paliza, concluyendo el largo sermon que la acompañó, con la promesa de que á otro dia nos iba á llevar á la casa de correccion. Yo me asusté con la amenaza, y hasta me hinqué rogando á mi madre que no me llevara; pero mi hermano, que era mas *sombrero* que yo, no se le dió cuidado el enojo de mi madre; y cuando ella se fué á vender sus tortillas, cerró él la puerta del cuarto, encendió una vela, hizo un envoltorio con su ropa y con la mia, se cojió algunas cosas de mi madre, y me dijo:

=Vámonos.

=Adónde..?—le pregunté.

=A donde no nos lleven á la casa de correccion.

=Pero...

=No quieres irte..?—Bueno, quédate. Mañana verás como te llevan á encerrar, y ya no juegas al *pique,* ni te cojes las gallinas, ni comes pambacitos compuestos, ni bebes aguardiente, ni corres por las calles; y verás como allí te pegan todos los dias, y te.... quédate, quédate.

=Y se iba á salir del cuarto. Yo corrí detras de él, porque lo que me dijo me dió miedo; y salimos de nuestra casa sin saber dónde íbamos ni dónde dormiriamos; pero mi hermano *que no era sierpe* (1), tenía un amigo pulquero en la plazuela de la Bola; y allí fuimos á quedarnos aquella noche. El amigo nos recibió con mucho gusto, y nos estuvimos escondidos ocho dias en su casa, al cabo de los cuales, salimos á la

(1) Que no era tonto.

calle. Entonces pregunté á mi hermano que qué hariamos para comer, y el me respondió que su amigo que era *ladron*, le habia dado una *industria* para mantenerse sin trabajar. Cuando llegamos en medio de la plazuela, vió mi hermano á todas partes, y así que miró que ninguno le veía, se puso un parche en el ojo izquierdo, se vendó con un trapo tapándose tambien el ojo derecho, y dándome la mano, me dijo:

=Llévame como si fuera yo ciego; y me paras en todas las casas que te parezcan ricas, y delante de todos los *rotos* que encuentres por ahí. Ten mucho cuidado por si ves á mi madre, cosa que me avisas, y echamos á correr. Vamos, anda.

=Hice lo que me dijo, y ese dia juntamos seis reales de limosna, con lo que tuvimos para comer y emborracharnos. En esta vida duramos mucho tiempo. De dia andábamos por las calles, y de noche nos parábamos en los portales, ó en el café del Progreso, porque es en el que siempre hay mas jente. Pero conforme íbamos creciendo, fuimos necesitando mas, y fueron disminuyendo las limosnas, pues como nos veían grandes, decian que trabajara yo para mantener á mi hermano, al que todos creían ciego; y mas de cuatro veces se convencieron por sus propios ojos de que era mentira. Entonces nos hicimos *liseros* (1). Todo el dia lo pasábamos en la plaza del Volador, en los portales, en el Parian, y en las iglesias en que había funcion, sacando mascadas, relojes, *pañitos*, robándonos la fruta, los jéneros de los cajones; y empeñando ó vendiendo lo que nos robábamos, teniamos lo suficiente para comer y para beber. Así pasamos mucho tiempo, durante el cual hicimos amistad con varios compañeros, los que nos enseñaron, *el mandado, el niño envuelto, la medalla* (2), y otras *industrias*

(1) Rateros.

(2) *El mandado.*—Este es un robo que efectúan de la manera siguiente. El ladron ó ladrona, habilitado de una carta en cuyo sobre va escrito el nombre de una persona supuesta, echa á andar por esos mundos, buscando á un criado que conduzca alguna cosa aunque sea de poco ó mucho valor; cuando ha logrado ha-

que nos sirvieron de mucho. Por fin, nos volvimos *hormiguitas*. La primera casa que asaltamos fué un empeño, del que nos robamos muchas alhajas que nos produjeron mas de quinientos pesos, los que repartidos entre cinco que éramos los *golosos*, nos tocaron á cien pesos cada uno. Esto nos agradó á mi hermano y á mí; y siendo tan paseadores, y tan gastadores, pronto se nos acabó el dinero y tuvimos necesidad de fra-

---

llarlo, lo para en un zaguan, le detiene al pasar; y aparentando un pretesto repentino, le dice que si le hace favor de subir la carta al dueño de la casa, prometiéndole alguna gratificacion, como una peseta, un toston etc.

Si el criado es un tonto como jeneralmente los hay, acepta la gratificacion y el encargo; y queriendo cumplir con el último, toma la carta y se dispone á subirla á quien se le dice; pero en el momento de marchar, le detiene el ladron diciéndole que para que no se moleste deje á su cuidado el envoltorio, canasto, ó lo que lleva.

El criado se resiste ò cede: en el segundo caso todo está arreglado; en el primero, el ladron apela á toda su *lábia*, (vulgo, persuasion), hasta que logra del desdichado que le entregue el objeto que conduce.

Entonces el criado sube á la casa, busca al sujeto para quien es la carta, vé que no vive allí, y baja á buscar al ladron; pero éste ha tomado las de Villadiego con todo y envoltorio, y... echénle un galgo..!

El niño envuelto.—Hé aquí otro modo de robar tan sencillo como industrioso, y que regularmente lo comete un hombre.

Figúrese usted que va por la calle, y que de repente se vé delante de un individuo de sombrero gacho, y que lleva un *zarape* echado á las espaldas; éste detiene á usted enseñándole un par de medias, un rebozo, ó cualquiera otra tela que lleva envuelta en un papel, y diciéndole al mismo tiempo:

—Compra usted esto..?

—No, ó sí. Cuánto vale..?

—Tanto.

—Es muy caro. Daré tanto.

—Adios; pues qué me lo he robado..?

Y al decir esto envuelve su efecto, y lleva las manos á la espalda en ademan de guardárselo.

Despues dice:

—No me dá usted tanto..?

—No.

—Pues cómo quiere que se lo dé en ese precio..? Es muy bueno y muy barato, y etc. etc.

guar otros *mormollos,* que se nos desgraciaron unos, y otros nos salieron bien, pero no ganamos lo que queriamos. Mi hermano, á quien no le gustaban mucho todas las precauciones y el espacio y la paciencia que se necesita para dar un *coscorron* ó un *zoquetazo,* prefirió hacerse *misionero,* y tomó el portante para los caminos reales, uniéndose con los *misioneros* de Puebla. De esto hace seis años; y en todo este tiempo, ha

---

—Está bien; pero no he de dar mas.

Y continúa usted su camino; pero el ladron le detiene diciendo ésta ú otra cosa semejante:

—Qué he de hacer..? Necesito dinero. Tómelo usted en lo que me ofreció.

Y al mismo instante saca las manos de detras de la espalda, y entrega á usted el efecto envuelto en el papel.

Si usted anda vivo, desenvuelve el bulto y pilla al ladron; pero si se duerme sobre las pajas, entrega el dinero al vendedor, toma el objeto que le dá y se aleja del perverso.

Cuando llega usted á su casa, quiere enseñar á su familia la compra *tan barata* que hizo; desenvuelve usted el papel, y se encuentra con que en lugar de un rebozo, medias, ó etc., lo que ha comprado usted no es mas que un rollo de trapos viejos y súcios, buenos solamente para echarlos á la basura.

Y sabe usted en que consistió esto..?

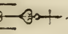
En que cuando el ladron llevó las manos á la espalda, cambiò el rebozo por el envoltorio de trapos que llevaba detenido entre el cuerpo y el *ceñidor,* y cuyo envoltorio estaba enrollado en un papel del mismo tamaño, figura y color, que el en que estaba el efecto que enseñò á usted y que creyò usted comprar.

La medalla.—Audacia, aplomo, sangre fría, todo esto se necesita para efectuar ese robo; y todo eso lo poseen los malhechores hasta un grado inesplicable.

Supongámos que el juego de *la medalla* lo van á ejecutar Simon, Jarilla y Macedonio; y que el Hombre-Mòmia, como que es mas ladino que los otros, es quien debe representar el principal papel en la comedia.

Macedonio y Jarilla se visten con un traje decente, y Simon lleva un vestido pobre: los tres se proveen de una medalla cada uno: las del Tiñoso y de Jarilla son de cobre, pero perfectamente doradas; y la que lleva Macedonio, es efectivamente de oro.

Equipados de esa manera, salen á andar las calles, buscando á algun sujeto cuya fisonomía les indique su poca viveza; y cuando lo hallan, á una seña convenida pasa Macedonio delante de la víctima, Jarilla camina de la otra acera sin perderlos de vista; y Simon detrás *del escojido,* va en acecho de la circunstancia oportuna para ejecutar la maniobra.



vaciado muchas veces la dilijencia, y ha desnudado mas de mil pasajeros; y todavía seguiría en las *misiones*, si no fuera porque se metió en ellas un *bermejo*, que lo delató á los *cuicos*, y entonces los cojieron y los encausaron. Mi hermano ha ofrecido á los *tinterillos muchos testigos* de su *inociencia*, pero todos se han hecho del rogar, y ayer lo sentenciaron á *hacer la oveja*.

Llegado el momento, Simon se adelanta hasta caminar al lado de su individuo, y así que llega, deja caer al suelo su medalla de cobre.

El cuitado, que no sabe lo que le espera, se vuelve *naturalmente* al oír lo que cayò, y al ver la medalla se inclina á cojerla: Simon sigue sus movimientos y se agacha al mismo tiempo, pero dejando siempre que el otro tome la medalla; y entonces se entabla una disputa, sobre quién es el dueño de ella. El otro, que fué quien la levantò, defiende sus derechos á la posesion; pero Simon le replica:

—No; es mía, yo la ví pimero y la iba á levantar.

—Yo tambien la ví, y la he alzado. La medalla es mía.

La disputa se acalora, hasta que por fin, Simon aparenta ceder, diciendo:

—Pues entonces, es de los dos; porque los dos la vimos, los dos la íbamos á alzar y á los dos nos pertenece.

El otro se resiste; pero al cabo, gracias á la *lábia* de Simon, no puede menos de condescender.

Entonces comienza la curiosidad sobre de qué metal es la medalla: Simon sostiene que es de oro, y para satisfacerse, dice:

—Vamos á preguntarle á aquel señor, que debe saber mas que nosotros.

Y dicho esto, alcanzan á Macedonio.

—Señor,—dice el Tiñoso.—No me hace usted favor de reconocer esta medalla, y decirme si es de oro..?

Macedonio toma la medalla, y no tan solo la reconoce, sino que con una destreza innata en esa jente, cambia la alhaja de cobre por la de oro, y devolviéndosela al Hombre-Mòmia, responde:

—Es de oro, y muy buena.

—No me hace usted favor de decirme cuanto valdrá..?

—Hombre,—valdrá ocho, diez ò doce pesos.

—Y dònde la comprarán..?

—Pues... es de la Vírjen de Guadalupe; creo que se la comprarán á usted en la Villa.

—Mil gracias, señor.

Y se retiran de Macedonio.

El Tiñoso continúa la conversacion.

=Y por eso tienes tú tanto miedo..?—preguntó Manos-Largas.

=No tengo miedo. Lo que tengo es sentimiento.

=Y,—dijo el Enano;—por eso te has arrepentido..?

=Sí.

=Y tratas de no seguir siendo *mañoso..?*

=Quién sabe..?

—Qué le parece á usted..? Es de oro y vale doce pesos; pero solo en la Villa la pueden comprar, y la Villa está muy léjos. Vamos haciendo un trato..?

—Cuál..?

—Deme usted la mitad de su valor, y se queda usted con ella.

—Hombre... está bien.

Simon, al ver que acepta y que se puede quedar con la medalla de oro, le sale al encuentro, diciendo:

—O mejor, harémos otra cosa. Vamos á ver si aquel señor nos la compra.

Y sin esperar respuesta se encara con Jarilla.

—Compra usted esta medalla..?—le dice.

Jarilla, que sabe su oficio, toma la alhaja, la vé escrupulosamente; y con una viveza nunca vista, la cambia por la de cobre, y devolviéndosela al Tiñoso, responde:

—No.

—Es de oro,—insiste Simon.

—Ya lo veo; pero no la compro.

Simon y su compañero se retiran, y el Tiñoso entrega al otro la medalla en el precio convenido.

Esto es en el caso de que el otro acepte el convenio; pero si no es así, entonces le dice Simon.

—Vamos á que la tasen en una platería y verémos si nos arreglamos.

En efecto, van á la platería; y despues de que el platero reconoce y tasa la medalla, es cuando Simon ve á Jarilla para que se la compre; y es tambien cuando el último responde que no, cambiando la medalla de oro por la de cobre.

El Hombre-Mòmia se va con el engañado; y á fuerza de *lábia,* logra que el otro le dé por la medalla aunque sea la tercera parte de su valor; y satisfecho de su ardid, se marcha con sus compañeros burlándose del otro, quien vá contentísimo por haber comprado tan barata una alhaja de tanto valor; y cuando descubre que es de cobre, se tira de las barbas, y mortajas faltan.

Los dos modos de robar que acabamos de referir, prueban prácticamente aquello de que:—*Lo barato cuesta caro.*

=Entonces,—dijo Jarilla haciendo una seña al Enano;—entonces quieres meterte á *cuico,* ó quieres ser un *bermejo.*

=Te digo que no; porque un *bermejo* fué el que causó la desgracia que le sucedió á mi hermano.

=Pues qué es lo que quieres ser..?

=Hombre de bien.

=Hombre de bien, eh..?—dijo el Enano con cierta songa.

=Sí, hombre,—replicó Manos-Largas.—Pues no te lo ha dicho...?

=Ya..! Muchachos, respeten al *hombre de bien.* Já, já, já, já..!

=Te ríes, Enano..?—dijo el Flaco.

=Yo..?—contestó burlescamente el interrogado.—No, hombre, se te habrá figurado, te parecerá...

=Lo que me parece, es que me haces burla.

=Nada de eso... y si me río es porque me dá la gana... já, já...

=O porque me estás *chongueando..?*

=De veras..?

=Me parece.

=Y lo que á mí me parece es que tú quieres *escandalito...*

=Como quieras. Yo soy muy *sombrerito.*

=Y yo tambien,—dijo el Enano poniendo á su hijo en el suelo.

Jarilla y el Enano se vieron de una manera significativa.

=*Y traigo con que quererlo* (1).

=*Y yo con que rayarlo.*

=Hum..!—hizo el Flaco puesto en pié y meneando el cuerpo.

=Hum..!—hizo tambien el Enano mirando fijamente al Flaco, y cambiando con Manos-Largas otra mirada de intelijencia.

(1) Traigo arma.

El Flaco y su antagonista volvieron á quedarse mirando como dos hombres que se desafían, y que semejantes á los gallos, están prontos á rebanarse el cuerpo, y á sacarse las asaduras.

Al cabo, el Flaco hizo un movimiento de desprecio, que visto por el Enano, gritó encolerizado:

=Ahora tú eres el que me burlas, y yo te voy á enseñar cómo me has de *chonguear*, y cómo has de dejar á los amigos.

Y cojiendo la cazuela que contenía el resíduo del *guisote*, la arrojó á la cara del Flaco, sin darle tiempo para que pudiera ponerse en salvo.

Antes de proseguir, dirémos la causa de ese ataque tan imprevisto.

El motivo era muy sencillo.

El Flaco se había arrepentido de sus crímenes, y queria hacerse hombre de bien.

Esto era todo; y por esto fué por lo que Jarilla, Manos-Largas y el Enano, que se entendian con una sola mirada como Satanás y sus secuaces, decidieron quitarle la vida al Flaco, pues temian que se alistase en la *cuajada*, ó que fuera un *bermejo*.

El Flaco, ciego de cólera por la agresion del Enano, saltó á gatas encima de la mesa, armado con una enorme daga que sacó de su *ceñidor*; é indudablemente hubiera matado á su provocador, si éste, que no le habia atacado sin prevenir con una ojeada los medios de su defensa, no se hubiera retirado á tiempo de que su contrario armó aquel salto terrible.

La misma fuerza con que brincó el Flaco, le hizo resbalar las manos y caer de cara y colgando la cabeza contra el borde de la mesa, de cuya posicion quiso aprovecharse el Enano para acabar con él; pero al acercarse á la mesa, se encontró detenido por la misma silla en que estaba sentado, y mientras se desembarazó de ella, el Flaco se puso en pié y se echó sobre él.

Entonces comenzó una escena burlesca, sangrienta, inesplicable.

El ruido de los golpes que se daban los bandidos despertó á Pascuala; el bote de una silla hizo llorar al hijo del Enano; Manos-Largas y Jarilla empuñaron sus dagas, pues estaban decididos á matar al Flaco si éste mataba al Enano.

Hé aquí el cuadro.

Los malhechores reñían encarnizadamente;

Jarilla y Manos-Largas esperaban el resultado de la lucha;

El hijo del Enano lloraba;

La Lagartija estaba sentada junto al brasero, sin inquietarse por lo que pasaba;

Y Pascuala, sentada y bamboleándose de borracha, cantaba con una voz aguardentosa:

=“A mí no me importa
“que se maten veinte,
“si mientras me dejan
“beber aguardiente.

“Dénme *chinguirito,*
“déjenme *chumiar,*
“y á la pasadita,
“ta... riran... rán... rán...”

Por fin, el Enano atravesó al Flaco el corazon.

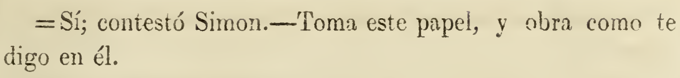
Este dió un jemido, y al mismo tiempo entró Simon á la taberna.

=Qué diablos sucede aquí..?—dijo el Tiñoso.

=Que he *dormido* á éste, porque se quería meter á hombre de bien;—respondió el Enano.

=Hiciste bien; pero métanlo allá adentro, y échenlo esta noche en el canal. Manos-Largas..? *Ya está el arroz.*

=Cuál; el de los veinte mil pesos..?—preguntó ávidamente Manos-Largas.



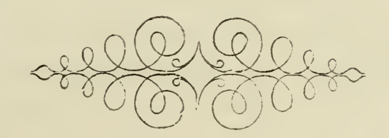
=Sí; contestó Simon.—Toma este papel, y obra como te digo en él.

Simon salió de la Taberna.

. . . .

. . . .

Y al otro dia, la *comadre* Narcisa habia desaparecido de la calle del padre Lecuna; y Mariana y su tía, no tenian ni que comer.



XXVIII.

FLORES Y ABROJOS...!

Eran las siete de la noche.

Acababa de caer un fuerte aguacero; y la luna, se trasparentaba débil y mústia al través de las nubes que entoldaban el cielo.

El aire, denso y húmedo por efecto de la lluvia, corría por las calles de la populosa ciudad; y los transeuntes se agolpaban en las esquinas para atravesar las boca-calles, esperando que pasara el que iba adelante, porque, gracias á la bondad del piso, todos temían tomar un baño de piés, en uno de los innumerables charcos que forman la *alfombra* de nuestra capital.

La ciudad estaba casi oscura, pues no habían encendido los reverberos, porque era noche de luna; y aunque ésta no brillaba porque las nubes interceptaban su luz, la municipalidad creyó conveniente economizar algunas libras de aceite, á despecho de los desgraciados que se metian en el lodo hasta las pantorrillas, ó que caían renegando de la oscuridad y de lo malo del empedrado; y uno de estos desdichados, era Agustin, quien á la hora que hemos señalado, se dirijía apresuradamente á casa de la morenita.

María se hallaba sola cerca del balcon, envuelta en un manton de lana y sentada neglijentemente en su butaca.

Habia enrollado la cortina de la vidriera, y dirijia sus miradas á la acera de enfrente; y escuchaba con atencion el menor ruido que percibía en direccion á la puerta de la accesoria.

Una sola luz estaba colocada en la consola de la sala, y los únicos habitantes que había en la casa eran María y Manuela, pues la viuda habia ido esa tarde á casa de D. Francisco Loaza, para informarse con la señora de San Leon, del estado que guardaban las indagaciones respecto del paradero de Luisa; y al marcharse, dejó órden á María, para que suplicara á Agustin que tuviera la bondad de ir por ella.

María, como todos los que ansían por ser felices y que lo esperan todo de las circunstancias, se alegró tanto de la partida de su madre como de quedarse sola, porque esperaba ver á Agustin, y acaso la realizacion de sus ilusiones, que ya otra vez se le habían desvanecido.

Todavía no llegaba Agustin; todavía no le veía, y ya su corazon palpitaba tiernamente, sobresaltado por la situacion escepcional en que se colocan dos séres que se aman, ó que lo creen sinceramente, la primera vez que se encuentran sin testigos, y que pueden esplicarse sus afectos con esa modesta timidez, que dá mas realce á la hermosura y mas valor al sentimiento.

Todavía no veía á Agustin, y ya creía la morena escuchar el acento de aquella voz, que la ofrecía amor y felicidad... Todavía no le miraba, y ya se figuraba verle... quién sabe..? tal vez arrodillado, prometiéndola una constancia sin límites, un amor sublime, una obediencia absoluta, una adhesion inmensa..!

Y arrullada por estas dulces ilusiones, se preguntaba María la manera cómo había de portarse en tal ocasion.

Sería decoroso confesarle injénuamente que le amaba..?

Esto parecería coquetismo.

Le diría que la dejara reflecsionar algun tiempo..?

Esto en primer lugar era inútil, pues bastante le habia dicho con sus miradas que le amaba; y en segundo, decirle semejante cosa, sería usar de un recurso de que usan todas las mujeres; y María, cuya imajinacion era elevada y poética, no quería confundirse con las mujeres vulgares.

Ademas; tambien eso serviría para prolongar por mas tiempo la situacion anómala en que se encontraban; sería sentenciarse á *padecer* el silencio, porque tambien el silencio llega á ser un tormento; y tambien sería perder la ocasion propicia que se les presentaba, para embriagarse en una dicha pasajera, pero por lo mismo mas cara y mas preciosa.

Y en efecto; por qué habia de negar María con la boca, lo que sus ojos habian declarado tantas veces, lo que su corazon la inspiraba, y lo que quería gozar..?

Parece increible á primera vista; pero debía negarlo por algun tiempo nada mas porque era mujer; y porque las mujeres, esclavas mas que los hombres, de las preocupaciones del mundo, tienen que cerrar los lábios cuando debieran abrirlos, tienen que callar cuando quisieran hablar, y tienen que padecer cuando debieran gozar.

Y sin embargo; el corazon de la mujer siente lo mismo que el del hombre, desea lo mismo, padece lo mismo, goza lo mismo; pero el decoro, esa preocupacion que causa muchos bienes y tambien algunos males, obliga á la mujer á que se consuma en silencio, con el fuego inevitable de una pasion profunda; esperando á que su amado pronuncie las palabras *sacramentales*; resistiéndose á las primeras instancias; dando esperanzas á las segundas y sucumbiendo á las últimas; y durante todo el tiempo que transcurre desde la declaracion hasta el consentimiento, padeciendo y haciendo padecer al hombre á quien,

acaso desde que le vió, hubiera querido estrechar entre sus brazos..!

Y todavía; si el hombre á quien elijió le es infiel; si engañando los primeros sentimientos de su alma, se burla de ella y se sirve de sus cartas para reírse en las tertulias y en los cafés; y si, ciega como un niño, se ha entregado sin saberlo, en los brazos de un seductor que corriendo el velo de su virjinal pudor, la abandona á la befa y al escarnio de la sociedad, haciéndola indigna del amor de un hombre honrado; entonces, qué sucede..?

Sucede que la desgraciada mujer tiene que escojer entre el silencio ó la prostitucion; tiene que resignarse á una vida sin goces y sin ilusiones, ó que someterse á la vergüenza de confesar que está perdida, decidiéndose á ser manceba y á renunciar para siempre al título de esposa.

Ah..! El perverso que seduce á una mujer; el que engaña infamemente la inocencia de una jóven, arrancando la corona virjinal de su alba frente, no sabe, ni es capaz de comprender el hondo abismo á que arroja á ese ánjel, tesoro de ventura, manantial purísimo de amor, cuyos castos sentimientos se retratan en sus ojos, cuya dulzura forma los encantos de la vida..!

Ley inevitable, la que sentencia á las mujeres á sufrir y á que hagan sufrir..!

Ley injusta, cuya fuerza destroza los corazones que han nacido para amar..!

. . . .

María, pues, fluctuaba entre los límites del decoro y los deseos de su corazon.

Creía imposible resistir á las instancias de aquel niño enamorado, que habia rendido su alma, bajo la influencia de una sensacion violenta al mismo tiempo que tranquila, ardiente, inmensa, inesplicable.

El mundo la imponia sus inecsorables preocupaciones; pero su corazon rebosaba ternura, y la impelia á satisfacer su sed de ese placer infinito y castísimo, que se goza en el cáliz enflorado con que nos brinda el amor.

Pobre jóven..!

Ignoraba que ese amor, como todas las pasiones que dominan el alma, tiene tambien sus lágrimas y sus infortunios; y no sabía que en el fondo de ese cáliz de ambrosía, descansa la gota de acíbar, como en el seno de una fuente cristalina, se encuentra el sedimento que la opaca.

Mecida en sus ilusiones se estasiaba gozando de una felicidad indecible, sin que el espectáculo de una lágrima se deslizara en medio de las risueñas ideas de su fantasia; y creida como un infante, se solazaba en su ventura.

Ah..! Feliz, sin duda, el sér que muere, sin que la realidad implacable se interponga entre él y su florido pensamiento...!

Feliz mil veces, el que muere en el momento de humedecer sus lábios en esa copa de néctar que embriaga con sus olores..!

Porque si despues vive, que es lo que le queda..?

El recuerdo de la dicha gozada, pero perdida...

El fantasma del torvo desengaño, que semejante al remordimiento, mata pausadamente...

La idea del placer pasado, y la triste certidumbre de no volverlo á gozar...

Acaso hay almas que han tenido la fortuna de saborear por muchos años los goces sensitivos de ese amor sacrosanto, emanado de Dios, destello de su lumbre; acaso tambien, durante mucho tiempo, no ha enturbiado el llanto las niñas de sus ojos; pero al fin, habrá llegado un dia, en que todos sus placeres se hayan consumido bajo el rayo devorador del sol del infortunio; y entonces, la mortal tristeza se habrá apoderado de sus corazones y habrán maldecido su suerte..!

Y todo esto, por qué es..?

Es porque en el mundo no hay dicha que sea completa...

Es porque la suerte guarda siempre uno de sus golpes, para descargarlo sobre la cabeza de las criaturas que se acercan mas á la felicidad...!

Ah..! Uno de nuestros poetas, y acaso el mas sensible, ha dicho con razon:

—"Desde la infancia hasta la edad decrépita
"El niño, el hombre, la infeliz mujer,
"Corriendo van tras una sombra májica
"Que llaman dicha, que jamás se ve (1)."

Y esto es cierto.

A pesar de todos los desengaños nadie retrocede en ese camino lleno de obstáculos y de sufrimientos; todos buscan la felicidad; y á escepcion de algunos séres vaciados en un molde verdaderamente estraño, todos buscan la dicha en el *amor*.

Y María la habia buscado en el *amor*.

Durante muchos años de su vida, habia meditado profundamente en ese afecto inefable; y en las pocas veces que concurria á los círculos del gran mundo, observó el valor que ese afecto tiene entre la *jente de sociedad;* y se convenció de que ese *amor* no ecsiste, y que se halla reemplazado por cierta *ironía social,* que comienza con el matrimonio y acaba con la deshonra; en la que se compran los cuerpos, dejando aislado el corazon, é imponiendo á los conyuges el peso de una esclavitud que se llama *fidelidad,* la que quebrantan las mas veces, arrepintiéndose de la *honrada mercancía* que hicieron con sus cuerpos, casándose llevados del interes, por el interes y para el interes.

Entonces comprendió María que no era en esa sociedad avara en donde habia de hallar el amor que ella conocia; y se retiró á esperar en el seno del hogar doméstico, el dia feliz en

---

[1] F. Calderon.—El Tornco.

que la Providencia le presentara un hombre que sintiera como ella, que deseara como ella, y que buscara lo que ella.

En estas circunstancias, una de esas casualidades inesplicables que deciden de la vida, llevó á Agustin á casa de María.

El jóven, al ver aquel rostro gracioso y seductor como la misma felicidad, y al oir aquella vocesita dulce como la de un ánjel y fascinadora como la de una sirena, se sintió dominado por la revelacion de una sensacion nueva para su corazon, sensacion que él creyó verdadera, pero que en realidad no era mas que una alucinacion, un ensueño de una fantasía precoz y sorprendida.

Con todo; ya dijimos en otro lugar que no engañaba á María; su amor no era verdadero, pero era sincero.

Nos esplicaremos.

Era sincero, porque él creia que amaba; no era verdadero, porque realmente no amaba, sino que soñaba.

Pero, como todos creemos aquello que nos halaga y que satisface las necesidades de nuestro pensamiento, Agustin creia en su amor con la mayor buena fé del mundo; y contribuyendo su inesperiencia á mantenerle en su engaño, ni siquiera sospechó que lo que él sentia no era *amor*, sino un alucinamiento de su imajinacion.

María, por su parte, viendo la tenacidad de las miradas de Agustin; conociendo su carácter franco, leal y caballeroso, y el empeño minucioso que ponia en servirla siempre que la ocasion se presentaba, habia llegado á habituarse tanto á su trato, que comenzó por estrañarle cuando no iba á verla, y acabó por amarle con toda la fuerza y la efervescencia de su corazon.

Agustin conoció pronto el dominio que ejercia en el alma de la hermosa morenita; aunque tímido, desconfiado, y mas que todo, contenido por el respeto absoluto que infundian las virtudes de María, no se atrevia á declararse de palabra, haciéndolo con la manera esquisita con que la servía; y María no

queria dar á conocer, pero tampoco procuraba ocultar, la influencia que las acciones delicadas de Agustin tenian sobre su corazon.

Al cabo, Agustin se declaró.

La jóven oyó con gravedad, pero sin desagrado la declaracion de su amante; y por mas súplicas que éste la hizo, no pudo obtener de ella ni una palabra de esperanza: todo lo contrario; muchas de desconsuelo.

María comenzó por hacer notar al jóven la diferencia de edades, y acabó por decirle que no podia corresponder á su amor.

Esto último, sobre todo, desesperó al pobre amante, quien salió de la casa de María, decidido á no volver á verla; pero esta resolucion tomada en un momento de despecho, se debilitó en el instante en que el jóven puso el pié en los umbrales de la puerta.

Al otro dia de este suceso, pensó volver, y al tercero volvió.

Al presentarse delante de María, se puso pálido y la saludó con timidez.

María le devolvió el saludo acompañado con una sonrisa anjelical, y el jóven se tranquilizó.

Entonces comenzó para ambos una vida absolutamente nueva; vida de temores y de esperanzas comunicadas con una mirada, con una palabra, ó con el inocente descuido de una lijera opresion de manos.

En este estado se hallaban ya cuando comenzamos nuestra novela, y en el mismo se encontraban cuando empezamos este capítulo.

Ahora, continuemos los sucesos.

Segun hemos dicho, hallábase María sentada cerca del balcon y envuelta en su manton de lana, porque lo lluvioso de la tarde habia humedecido el aire; y pensaba sobre la decision que habia de tomar con respecto de Agustin, cuando oyó que llamaban á la puerta de la calle.

La jóven se estremeció; Manuela que se hallaba cocinando abrió la puerta, y Agustin entró á la accesoria.

En el momento en que María escuchó la voz de su amado, volvió el rostro á la vidriera aparentando que veia á la calle; y en ésta posicion se resolvió á esperar la llegada de Agustin.

Este último subió la escalera; creyendo que la sala estaba sola avanzó hasta el centro de la pieza, buscando á quien saludar; y no encontrando á ninguno se dirijió al balcon, y se quedó hecho un poste al ver á la hermosa morenita, que finjió no haberlo oido.

=Buenas noches, señorita;—balbuceó Agustin.

=Buenas noches;—dijo la jóven saludando á su amante con un movimiento de cabeza, gracioso y adorable.

Y los dos enamorados se quedaron mirando sin pronunciar ni una palabra mas.

Hay entre el *amor sincero y el amor verdadero,* un punto de contacto; y éste es el silencio en que se quedan dos amantes cuando se hallan á solas.

Agustin continuaba en pié contemplando á María, y temblando como un reo de muerte delante del cadalso; y María miraba al jóven indeliberadamente, pero le miraba sin mover la cabeza, sin pestañar siquiera.

=Siéntese usted,—dijo María.

Agustin obedeció; y despues dijo:

=Y su mamá de usted...?

=Salió; y me dijo que suplicara á usted, que fuera por ella á la calle de la Moneda.

=Lo haré con mucho gusto;—contestó Agustin.

Y volvieron á quedarse callados.

Sentados frente á frente, los dos jóvenes se veian, y miraban á la calle, al cielo, y volvian á mirarse, pero siempre sin decirse una palabra.

Y sin embargo, aquellos dos corazones ansiaban por palpi-

tar el uno junto del otro; y aquellas dos bocas se deshacian por pronunciar todas esas palabras que fascinan con su cadencia, que enloquecen con su armonía.

=Ay..! Qué noche..!—murmuró María.

=Está muy triste..!—dijo Agustin.

=Triste..?

=Sí; como mi corazon..!—esclamó el jóven algo animado.

=Y por qué está usted triste..?—Preguntó María *casi* involuntariamente.

=Porque... porque amo y no soy amado..!

La jóven *no quiso* responder, y fijó sus ojos en el cielo.

=No me oye usted..?—volvió á decir Agustin.

=Qué..?

=Que amo, y que no soy amado.

=Ah..!

=Y que no podré vivir, si no corresponde usted á mi amor..!

=Pero...

=Qué..?

=Ya le dije á usted que es imposible.

=Imposible...! Y por qué...?

=Porque...

=Eh..?

=Porque soy ocho años mas grande que usted, y...

=Qué..?

=Y vamos á ser desgraciados.

=Oh...!

=No lo dude usted.

=Lo que no dudo,—dijo Agustin animándose por grados. —Lo que no dudo, es que seré mucho, muy desgraciado si usted no me ama...!

=Es usted muy jóven, Agustin; casi un niño que vive de ilusiones.

La palabra *niño,* hizo en el alma del jóven una impresion

desagradable; y herido en su amor propio, se rebeló contra el temor que lo contenía.

=Seré un jóven, un niño en la edad,—dijo con cierta especie de amargura templada por el amor;—pero mi corazon es de hombre..!

=Se engaña usted, Agustin,—replicó María con tranquilidad.—Su corazon de usted está conmovido, pero nada mas conmovido; y por eso se cree usted con fuerzas para conservar el amor que dice usted me profesa.

Advertirémos que todo esto lo decía María, no porque conociera el estado del alma de Agustin, pues ella creía que la amaba; sino porque antes de rendirse quería una lucha para dar mas valor á su derrota.

=No;—contestó Agustin.—No vivo engañado. Sé que amó á usted con toda mi voluntad... Estoy convencido de que este amor es mi dicha, y de que sin él la vida me es insoportable..!

=Repito que se equivoca usted.

=Ah..! Si usted pudiera leer en el fondo de mi alma...

=Vería que está usted alucinado, y le convencería de su error.

=Imposible..!

=Se lo aseguro á usted.

=Me está usted martirizando..!

=Lo siento mucho; pero no tengo la culpa.

=Es usted muy cruel..!—dijo Agustin con un acento tan doloroso, que lastimó el corazon de la enamorada María.

=Escuche usted, Agustin,—replicó con dulzura.—Yo no soy bella; no soy una de esas jóvenes blancas y rosadas que brillan con su hermosura, que deslumbran con sus hechizos; no poseo ningunos bienes de fortuna mas que el trabajo de mis manos, y no tengo mas tesoro que mi honor. Sé bien que no soy acreedora al amor de ningun hombre, y por eso no

quiero creer en el que dice usted que me profesa... Ademas, soy ocho años mayor que usted, y esta diferencia de edad nos separa para siempre... He llegado á la edad en que nosotras las mujeres, somos vistas como incapaces de inspirar amor; y usted se halla aún en una, en que puede aspirar á la posesion de una niña, que como usted, sonría con las ilusiones, y viva con los encantos. Dice usted que me ama; yo no creo que me engañe, sino que vive usted engañado; y cuando mi imájen se haya desvanecido de su pensamiento, conocerá usted que hizo mal en hablarme de un amor que no ecsiste en su corazon; y entonces hallará usted una jóven bella, que con sus ojos negros y ardientes le atraerá á sí; y correrá usted tras ella verdaderamente enamorado, pidiéndole la felicidad que ahora me pide á mí... Entonces conocerá usted lo inútil de las palabras que me ha dirijido, y sentirá haberse atormentado con un capricho de su pensamiento; y amará usted de veras, y será usted amado, y me olvidará, porque la razon habrá recobrado su imperio sobre usted. Seamos, pues, buenos amigos, y olvidémos lo que ha pasado; pues se lo repito á usted; no le amo, y es absolutamente imposible que haya relaciones amorosas entre nosotros.

No podrémos decir quien de los dos padeció mas; si María que voluntariamente se martirizaba pronunciando unas frases tan heladas y tan contrarias á sus deseos, ó el jóven á quien esas frases se dirijan.

Agustin se quedó aterrado.

La dulzura anjelical del tono de María, unida á la severidad de sus palabras, causaron un efecto doloroso en el alma del alucinado amante, y sin saber qué responder se quedó frío como un mármol, y mudo como una estátua.

María quitó sus ojos del semblante de Agustin, y los volvió á la calle; pero esto lo hizo para disimular su emocion.

Había conocido la penosa impresion que causaron sus palabras en el jóven, y dos lágrimas imprudentes se asomaron á sus párpados y rodaron por sus mejillas.

Agustin no vió esas lágrimas.

Si las hubiera visto..!

Ah..! Si las hubiera visto, se habría echado á los piés de María, bendiciéndola por su dicha..!

Mucho tiempo se pasó, y los jóvenes no se hablaban.

Agustin estaba triste, cabizbajo y pensativo...

María, vuelta ácia la vidriera, limpiaba furtivamente las lágrimas que bañaban su semblante.

La hermosa morenita, atormentando el corazon de Agustin, había torturado el suyo; y se arrepentía de todo cuanto acababa de decir, tanto por ver lo que padecía su amante, como porque le había hecho enmudecer.

Dieron las ocho; y la plegaria comenzó su toque lúgubre y melancólico.

Entónces María acabó de enjugar su llanto, y dijo á Agustin:

=No vá usted por mamá..?

=Sí;—contestó el jóven.

Pero no se movió de su lugar.

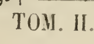
María se levantó, y fué á espabilar la luz.

Agustin siguió con la vista los movimientos de la morenita; y al mirar su andar de reina, lanzó un jemido en el que iba envuelta su alma.

María volvió otra vez á su butaca, y dirijió su vista á la calle.

Pasado un momento, Agustin se levantó y fué á encender un cigarro, en cuya operacion se dilató mas de cinco minutos, durante los cuales le estuvo contemplando María; y cuando le vió ir otra vez á su lugar, volvió á fijar su vista en la acera de enfrente.

Agustin se quedó parado cerca de su asiento, mirando la cabecita de aquella criatura que acababa de desgarrarle el alma; y cuando concluyó de fumar su cigarro, tomó el sombrero para marcharse.



=Adios..!—dijo entrecortando la palabra con un suspiro.

=Adios..!—contestó María, con bondad.

Agustin se la quedó mirando sin dar un paso para irse.

=Va usted por mamá..?—dijo al fin María.

=Sí;—respondió el jóven.

=Ah..!—esclamó María; pero ese:—ah..!—mas bien fué un suspiro que otra cosa.

=Y...

=Qué..?

=Nada.

=Oh..!

=Decía...

María esperó que continuara, pero Agustin se quedó callado.

=Ya son las ocho y cuarto;—dijo la morena despues de un momento.

=Me voy; pero...

=Qué..?

=Acaso...

=Y bien..?

=Tal vez...

=Qué..?

=No nos volverémos á ver..!

=Por qué..? Acaso no somos buenos amigos..?

=Sí... segun usted quiere...

=Porque debe ser.

=Para usted; pero para mí...

=Me aprecia usted tan poco..?

=Yo..!

=Sí.

=Yo..!

=Puesto que no quiere usted volver á verme...

=Pero...

=Eso me hace conocer que mi amistad no tan solo le es á usted indiferente, sino que le es fastidiosa.

=Oh..! Todavía..!

=Mil gracias.

=Pero me está usted martirizando... me está desgarrando el alma..!

=Yo..!

=Sí; sí..!—esclamó el jóven desesperado.—Sí..! Si no quiero volver á ver á usted, no es porque no la aprecio; es porque la amo, porque la adoro con todo mi corazon... Es porque sin su amor de usted no puedo vivir... Es porque si la siguiera visitando, lo único que lograría sería aumentar mas y mas el amor que la profeso, y con él la certidumbre desconsoladora de que no ha de ser usted mía... Es porque no quiero ser testigo de la dicha de otro, que posea lo que yo amo... lo que yo respeto, lo que yo adoro... lo que contemplo como á un ánjel, que acaba de destruir la dicha de mi vida..! Oh..! sí; sí... porque ya no seré feliz... porque hace un momento que acaba usted de destrozar fríamente mi corazon, quitándome la esperanza de obtener su amor..!

=Por fin,—dijo para sí María mirando la ecsaltacion del jóven.—Por fin se ha esplicado; por fin ha hablado como habla el que ama..!

Agustin, abrumado por sus emociones se había dejado caer en una silla que estaba cerca de María; y ésta, tenía la cabeza inclinada sobre su seno, palpitante de amor y de ventura.

=Adios, María;—dijo el jóven.—Me voy... sea usted feliz... yo... no viviré dichoso; pero sonreiré con su felicidad..!

Y entonces sí se dirijió á la escalera.

María ya no pudo resistir, y le dijo:

=Escuche usted.

El jóven se volvió.

=Siéntese usted, y óigame.

Agustin obedeció.

=Soy una pobre, que me mantengo de coser ajeno...

=Y qué me importa..!—esclamó el amante.

=No me interrumpa usted. Soy una pobre que me mantengo de coser ajeno, y algunas veces no tengo para comer; no poseo mas riquezas que mi honor, y tengo ocho años mas de edad que usted; pero tambien,—añadió María con un acento enérjicamente conmovido;—tambien tengo un corazon que palpita, que siente, que vive... que ha nacido para amar, y que no ha podido resistir al afecto que usted, niño caprichudo, ha sabido inspirarme... Agustin..! Yo tambien amo á usted..!

=Ah..!—esclamó el jóven cayendo á los piés de María.

=Sí... yo tambien amo á usted..! Ningun esfuerzo... tal vez ningun martirio he ahorrado á mi corazon, para arrancar de él este amor inefable y supremo, en que consiste mi felicidad....

=Y me ha hecho usted padecer tanto..!

=Y yo, no he padecido..? Cree usted que me ha costado poco resistir á sus insinuaciones y á sus ruegos..? Cree usted que cada una de mis repulsas no ha sido un sacrificio, un tormento para mi alma que es de usted, y que jamas será de otro..?

=Oh..! yo estoy soñando..!

=No..! no, Agustin..! ahora no sueña usted... y quiera Dios que yo tampoco sueñe..! Ha esclavizado usted mi corazon, y yo me he doblegado bajo ese yugo dulce y envidiable; me he dejado encadenar por ese lazo de flores; y lo único que pido á usted, la sola cosa que le suplico, es que no deshoje esas flores, y que no las arroje al lodazal..!

=No... no... no... Yo la amo á usted como á una vírjen, y la respeto como á Dios..! Su amor de usted, es la sola cosa que me hace desear vivir, y no profanaré con una ingratitud el recuerdo de esta noche preciosa que me ha llenado de feli-

cidad..! Por nada del mundo olvidaré á usted, por ninguna mujer le seré infiel..! Usted será el solo objeto de mis pensamientos, y el único fin de mis deseos..! María..! María..! Usted es mi dicha... su amor de usted, es la gloria en el mundo; y un instante de este amor vale una vida de felicidad..!

=Agustin..!

=María..!

Y los dos jóvenes cayeron de rodillas; y abrazados uno del otro, desahogaron sus corazones vertiendo un torrente de llanto.

La plegaria acabó de dar.

Entonces María recordó cariñosamente á Agustin, que su mamá le esperaba en la calle de la Moneda; y dándose el primer beso de amor, se despidieron los jóvenes, y Agustin bajó la escalera.

María se quedó sola.

El corazon de la jóven se había dilatado con su soñada ventura, y las lágrimas que corrían de sus ojos, servían para desahogar á aquel pecho henchido de ternura.

Sentóse otra vez en su butaca, y volvió sus ojos á la calle para ver á su amado cuando pasara á la otra acera, y sonreirle al través de la vidriera, segura de que Agustin miraría aquella sonrisa con los ojos del alma.

Ah..! por qué, pues, el amor que sentía la jóven, tan grande y tan inefable, había ido á reposar sobre el corazon de un niño alucinado, que acaso mas tarde iba á envenenar la vida de la que tanto lo adoraba..?

. . . .

Agustin iba de prisa, porque las jentes que se creen felices, están espeditas para todo, y desean llegar pronto á donde van.

María tambien se creía dichosa, y daba gracias á Dios por la felicidad que acababa de concederla.

Y ahora, preguntamos;

Quién de los dos era feliz..?

Ninguno..!

Por qué..?

Porque María amaba, y Agustin *creía* que amaba...

Vieron las rosas, pero no las espinas..!

Y sabían ellos lo que sucedería despues..?

No.

Triste condicion humana..!

Tu mayor felicidad que consiste en el amor, es tambien una ironía..!

En efecto;

Flores y abrojos..!

Hé ahí la vida.



XXIX.

VIOLACION.

Cuatro dias han pasado desde la muerte de Ignacio.

Acababa de dar la oracion de la noche; y Antonia, que había dejado su costura, se hallaba sentada junto á la rinconera que se encontraba en frente de la puerta del corredor.

La luz de la vela que estaba encima de la mesita, derramaba un baño de oro sobre el rostro de la jóven, pálido, triste y melancólico, que formaba un contraste notable con lo negro de su traje.

Antonia estaba dominada por un dolor acerbo é indecible, porque en menos de un mes, había perdido á su madre y á su hermano, quedándose sola en el mundo; y los sentimientos del corazon, que dominan en todos tiempos y en todas edades, se habían sobrepuesto á las ecsijencias de su naturaleza.

Antonia dejó de ser la mujer ecsaltada, para convertirse en hija y en hermana sensible.

La muerte de su madre había herido su alma, y el fallecimiento de su hermano ahondó mas aquella herida.

Reflecsionando sobre su vida pasada, la jóven conoció que no hay nada tan santo en este mundo como el cariño de una madre; y que el vacío profundo que deja en el corazon la falta de ese cariño, no puede llenarlo ningun afecto; y pensando en las circunstancias que acompañaron á la muerte de su madre, y tambien á la de su hermano, no podia esplicarse la violencia estraordinaria de la una, y el rápido decaemiento que causó la otra.

Uno de aquellos presentimientos estraños, inesplicables, pero impasibles como una roca, la hacía sospechar que alguna causa oculta ecsistía en el fondo de ese drama tenebroso, que la privó de su madre y de su hermano.

Reflecsionaba tenazmente buscando esa causa; pero lo único que lograba, era confundirse en el dédalo de sus cavilaciones.

Como quiera que sea, lo cierto es que ya estaba sola en el mundo.

Y esta verdad, fría y flemática como la razon, comprimía terriblemente el alma de Antonia, porque le presentaba la perspectiva de una série de humillaciones, que estaban en completa oposicion con su carácter altivo y orgulloso.

Porque, en efecto; qué haría sola en la tierra, sin amigos, sin parientes, sin nadie que se interesara por su suerte..?

Morirse de hambre, vender su libertad, ó prostituirse.

Para lo primero, nadie tiene valor; para lo segundo, Antonia era soberbia; para lo tercero, la jóven era de una naturaleza copiosa, pero le daba asco la prostitucion.

Ya hemos dicho antes cuáles eran sus ideas:

Esposa ó manceba; pero nada mas.

Y para cualesquiera de estas dos cosas, necesitaba amar al elejido, pues de otro modo nadie la llamaría suya.



De ahí es que muchas desgracias posibles se habían conjurado en un momento contra la hermosa jóven;

La orfandad, el aislamiento, la miseria.

Quería amar y dar sus gracias; pero no había encontrado quien la amara: perdió á su madre y á su hermano; y con esto se halló en el abandono y en la pobreza.

Otra jóven, no tan ecsaltada como Antonia, pero sí mas lijera de cascos y mas desenvuelta, no se habría arredrado delante de un porvenir tan descolorido; y un momento despues de haber perdido á su madre y á su hermano, hubiera vuéltose de espaldas á los cadáveres, habría acercádose á un espejo, y mirándose jóven y bella, se hubiera dicho:

=Soy niña... hermosa... hechicera... tengo unos ojos que queman, y un seno que provoca... qué me puede faltar en el mundo..? Venderé caros mis favores, porque todos me buscarán..!

Pero Antonia no era así.

Antonia no quería lujo ni elegancia; quería placeres y amor.

Antonia no se vendía; se daba al que la quisiera como ella sentía querer.

Este desinterés venía á ser en ella una especie de virtud que la elevaba á sus propios ojos; y aunque hubiera estado muriéndose de lasitud, no habría vendido ni uno solo de sus besos para que la dieran pan.

Su orgullo, frío como el egoísmo, no transijía con ninguna clase de concesion, hecha por la dignidad femenil en cambio de ese oro, al que aborrecía por instinto y por altivez.

A sus ojos, todas esas mujeres que se arrastran por las calles pregonando su vergonzosa profesion, eran otra cosa peor aún de lo que son; y si hubiera podido, las habría borrado de la lista de su secso.

Iniciada por su naturaleza en esos goces qué devoran, conoció que tenía que ceder á su influencia; pero le repugnó ese

comercio miserable que otras hacen de sus cuerpos; y dotada ademas de un corazon ferviente y de una imajinacion elevada, desechaba todo aquello que humilla la condicion humana confundiéndola con las bestias, y deseaba amar para poder gozar.

Por eso era por lo que la aterraban su orfandad y su miseria.

Si ella hubiera hallado un hombre á quien amar, se habría entregado á él sin titubear; pero abandonada como estaba, y teniendo tal vez que coartar su libertad, temía ir á dar á un precipicio, entrando de costurera á alguna casa, y cayendo en poder de alguno, que abusando de la fuerza, la redujera á la desesperacion.

Este pensamiento hería tan fuertemente el alma de Antonia, que cada vez que lo tenía, lanzaba un jemido; temblaba toda entera; se mordía los lábios impulsada por una cólera vehemente y sin igual, y se meneaba en su asiento, como una viborita picada por un insecto.

Y no había remedio; era preciso que se muriera de hambre ó que fuera costurera, esponiéndose á todos los riesgos que corre una jóven hermosa y hechicera como ella.

La alternativa era cruel; y la resolucion de Antonia, fluctuaba indecisa como las hojas que el viento arranca de los árboles: la lucha entre su orgullo y su necesidad era tenaz, y la imájen de sus temores hacía esa lucha mas incesante, mas contínua.

Era preciso decidirse, y pronto, porque el tiempo urjía, y la casa en que estaba la inspiraba un desvío inconcebible.

Esto era lo que la tenía preocupada en el instante en que comenzamos este capítulo.

Sus ojos, tan negros y tan hermosos, estaban mústios, y su brillo se había opacado; su frentecita tan limpia y tan tersa se hallaba arrugada y sombría, como el cielo en una tarde de

Agosto; su boquita tan provocativa tenía una espresion de amarga ironía; los colores de su rostro se habian apagado, y una palidez indefinible había cubierto sus facciones, haciendo resaltar mas la negra sombra de su bozo.

Ese cambio tan sensible en la fisonomía de la jóven, tenía una causa muy natural.

Desde la muerte de su madre, y luego, desde que su hermano comenzó á enfermarse, habia pasado muchas noches de insomnio, curando al paciente y reflecsionando en la suerte que la esperaba.

El dolor y los temores se apoderaron completamente de aquella alma que no había pensado nunca mas que en gozar; y la imájen de las humillaciones que se iba á ver precisada á sufrir, la torturaban de una manera inesplicable.

Muchas lágrimas de despecho había vertido, porque se veía obligada á apelar á la compasion insultante de los estraños, los que la ofrecerían que comer en cambio de su prostitucion; y esos dolores y esos temores, y esas alternativas indecibles, era lo que habian hecho decaer á aquella hermosura sensual, digna de un templo de la antigua Roma.

El mayordomo, por su parte, había prodigado á la jóven todos los cuidados que reclamaba su situacion; la ofreció sus servicios, su casa, su dinero y su proteccion; pero ella, que desde el principio de su estancia en aquella vivienda había conocido el carácter de D. Jacinto, ácia el que hemos dicho que sentía una repugnancia invencible, veía con desden todos sus agasajos y despreciaba todas sus promesas.

Conocía cuales eran las miras que se había propuesto el mayordomo; y al través de su máscara de santidad, adivinaba los fines miserables á que se dirijía.

Franca de carácter por las mismas necesidades de su naturaleza, odiaba á la hipocresía como á uno de los vicios mas inmundos, y apreciaba á la lealtad como á una de las virtudes; y

conociendo que la hipocresía era uno de los defectos dominantes de D. Jacinto, le aborrecía irremisiblemente.

Los favores y beneficios que había hecho á su familia, no los calificaba ella mas que como un epílogo de la santurronería del mayordomo; y por eso era por lo que no sentía ácia él, ni aún esa gratitud forzosa que se debe á las bondades recibidas.

La devocion de Jacinto, sus caridades, y sus repetidas mácsimas de moral y amor al prójimo, eran para Antonia otros tantos crímenes que palpitaban en el corazon del malvado, y que la inspiraban un horror de aquellos que estremecen, que erizan los cabellos.

Figúrese ahora el lector á aquella jóven tan altiva como hermosa, colocada en una situacion tan difícil como desesperada, por hallarse á merced de un hombre que la inspiraba un desprecio absoluto, y del que conocía todo lo asqueroso de su carácter y los fines infames que se proponía; sin poder huir de su lado porque no tenía á quién recurrir en su abandono; sola en su vivienda como una sombra que vaga en medio de un cementerio; perseguida por sus recuerdos y por sus temores, sin porvenir, sin esperanzas, sin nada..!

Indudablemente esa situacion era despiadada.

Antonia era mujer, y débil, fisicamente hablando; de ahí es que si el mayordomo quería usar de la fuerza con ella, tal vez sucumbiría á su suerte, y entonces quedaba perdida para siempre.

Para este mal, que acaso no estaba muy léjos, Antonia se había provisto de un cuchillo que llevaba contínuamente en el seno; y estaba resuelta á matar, ó á matarse, en el momento en que se sintiera sin fuerzas para resistir.

La hoja fría del arma, que prensaba incesantemente el centro de los dos globitos de su pecho, la recordaba minuto por minuto, lo delicado de su situacion; y ese contacto no inter-

rumpido, la hacía tener presente que debía velar si no queria perecer.

Y así, cavilando siempre, dudando siempre, temiendo siempre, y no esperando nunca, la desdichada Antonia pasaba dias y noches enteras en un sobresalto contínuo, llorando de despecho, temblando de cólera ó estremeciéndose de miedo; y esta vida inquieta y desasosegada, había debilitado sus fuerzas físicas, cubriendo á su hermosura con un velo fúnebre y sombrío.

Su cabecita, antes tan orgullosa y tan enhiesta como la palma del desierto, se había inclinado bajo el peso de la desgracia, como los tallos de la rosa á la caida de la tarde; el fuego de sus ojos estaba amortiguado como la luz de un lucero interceptada por una nube; y del vivo carmín de sus mejillas, no quedaba mas huella, que los bordes de las ventanas de su nariz, lijeramente sonrosados...

Pero así, todavía estaba hermosa; así, todavía provocaba; así todavía, Antonia era la hija del Sur.

Todo cuanto la rodeaba participaba de su tristeza y de su desaliento.

Desde que murió su madre no volvió á regar sus macetas.

Sus dahalias estaban marchitas...

Sus monacillos, esos chinescos vejetales, habían inclinado sus hojas...

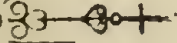
Y sus rosas se habían deshojado...

Todo allí era duelo; todo era luto...

Los chupamirtos no bajaban ya á gustar el néctar de las flores...

La Naféa se hallaba enferma; y sus plantas, otro tiempo tan fragrantes y lozanas, manifestaban con su abandono el estado del alma de su reina...

Y todo eso lo había causado un solo hombre, arrastrado por un apetito inmundo y desenfrenado..!



Y ese miserable, era visto y considerado en el mundo como un hombre bueno, cristiano y caritativo..!

Y la sociedad le señalaba como un ejemplo de hombría de bien..!

Espantosa ironía..!

Ironía espantosa que abruma el pensamiento..!

. . . .

Pasó mas de una hora sin que Antonia se moviera de su lugar.

El pábilo de la vela habia crecido; y la llama turbia y opaca, apenas alumbraba la sala en que se encontraba nuestra heroina.

Los objetos que se hallaban en el estremo opuesto al en que estaba la luz, apenas se divisaban como unas sombras vagas, mudos espectadores de la inmovilidad de la jóven, quien sumerjida en sus intrincados pensamientos, salió de su ensimismamiento cuando hirió su oído el sonido vibrante y prolongado de las campanas.

Eran las ocho.

Antonia lanzó un suspiro y se pusó en pié.

Hallábase sola en su casa, porque la criada se habia marchado por *consejo* del mayordomo, quién, gracias á la lójica irresistible del dinero, logró que la interesable doméstica abandonara á su señora.

Antonia, al escuchar el toque de ánimas, encendió una vela de cera, se puso de rodillas y comenzó á orar.

Su voz, acentuada con toda la impresion de la afliccion, resonaba en la sala, como un cántico sagrado en las bóvedas de un coro; y su espíritu, profundamente conmovido, comunicaba á sus oraciones cierta especie de uncion relijiosa y dominadora.

Y mientras que la pobre y aislada jóven, rezaba por el descanso eterno de sus parientes, un hombre, que habia entrado

á paso de lobo, se colocó en la puerta de la sala á la que Antonia estaba de espaldas; y contemplaba con una risita fina y diabólica, á aquella criatura por cuya posesion habia cometido dos asesinatos.

Aprovechando el éstasis ascético en que se hallaba su víctima, el mayordomo cerró con sumo cuidado y sin hacer el menor ruido la puerta en que se encontraba, quitando la llave de la cerradura, y guardándosela en el bolsillo.

Luego avanzó paso á paso hasta colocarse cerca de Antonia; y semejante al verdugo que espera encima del cadalso la llegada del reo, así esperaba el mayordomo á que la jóven acabara de rezar.

Pero viendo que la oracion se prolongaba, é impaciente por consumar su iniquidad, quiso abrasar á Antonia por la espalda; y ésta, al sentir los brazos que intentaron oprimirla, se levantó con lijereza, y veloz como una gacela corrió al otro estremo de la sala, sacó el cuchillo de su seno, y se puso en estado de defensa.

El mayordomo se quedó petrificado.

Los ojos de Antonia chispeaban de cólera; y amurallada contra un rincon, blandía el arma que tenía en su mano, y miraba al mayordomo como una leona, que mira al cazador que quiere arrebatarle sus hijuelos.

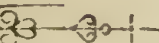
Toda esta escena pasó con mas rapidez que la que hemos necesitado para describirla.

D. Jacinto tambien veía á Antonia, pero con los ojos del deseo y de la torpeza; sus lábios temblaban de sed, y sus narices se inflaban como el fuelle de una fragua.

En esta situacion duraron algunos minutos, hasta que al fin, el mayordomo estendió sus brazos ácia la jóven, y la dijo con una voz temblona y sofocada:

=Antonia..!

Antonia no contestó.



=Antonia..!—continuó el condenado.—Eres muy hermosa... y yo te adoro..! Ven, ven... no huyas de mí... yo te idolatro..! Eres pobre y quiero hacerte rica... te daré oro... mucho oro... pero sé mía.. Quiero que bebas la copa del placer para que aprendas á vivir..!

Antonia, por toda respuesta, lanzó un jemido lleno de rabia, y se apretó mas contra la pared.

La vista de aquel hombre tan despreciable y tan feo, la causó un disgusto inesplicable, y las palabras que le dirijía lastimaban sus oídos como la voz de un demonio.

=Antonia..! Antonia..!—continuó D. Jacinto viendo que la jóven no le respondía.—Yo te adoro... ven, ven á mis brazos y te colmaré de delicias... Serás mi reina... tendrás lujo... brillarás mas que el sol, porque eres mas hermosa que él... Respóndeme... Oh..! respondeme... díme que me amas, y, te lo juro..! si lo quieres pondré al mundo bajo tus piés..! Antonia... Antonia... amada mia..! seré tu esclavo... tu idólatra... y tu serás mi diosa... te levantaré un altar y te adoraré arrodillado, porque eres bella, encantadora... Acércate á mí... ven... verás con que ternura te recibo .. sentirás el calor de mis besos, y él reanimará la sangre de tus venas y sonrosará tu cútis que está ya descolorido... Antonia..! Antonia..! —prosiguió el mayordomo cayendo de rodillas.—Ven... ven... yo te lo ruego, te lo suplico... No has de hallar nunca quien te ame como yo, ni quien te haga brillar como yo, si consientes en ser mía... no desconfíes... si quieres satisfacerte, escucha... Esta mañana cuando saliste á misa, depositê en tu caja, una porcion de onzas de oro... Anda... tómalas... son tuyas... son para tí... para tí sola, entiendes..? Y te daré mas, muchas mas... pero ven, ven... Si lo quieres... si lo ecsijes de mí, seré tu marido... me casaré contigo, y... y serás rica... muy rica... tengo oro... tengo fincas... y todo será tuyo si quieres! Oh..! eres muy hermosa, y me volverás loco si no

me amas..! Ninguna mujer me ha alucinado como tú; á ninguna he amado como á tí... Ah..! Eres hechicera..! Eres una Vénus... tus lábios convidan á besarlos... tus ojos abrasan... Eres muy linda..! y serás muy rica, si lo quieres... Pero ven..! ven..! ven..!

Antonia miraba espantada al mayordomo.

El cuerpo de éste temblaba como un resorte, sus ojos eran de fuego, su voz estentórea, y toda su figura odiosa.

=No me contestas..?—continuó poniéndose en actitud mas suplicante.—No me contestas..? No quieres ser mia..? No quieres ser rica..? No quieres brillar..? Oye... oye... cuando seas mi mujer, te llevaré á los bailes... en ellos serás la diosa.. todos los hombres se postrarán á tus pies... yo me encelaré, y los despedazaré con mis uñas..!

=Oh..!—gritó Antonia horrorizada.

=Te espantas..!—prosiguió Jacinto.—Te espantas..! Pero los mataré porque te amo tanto que no querré ni que te miren..! No sabes..!. no; no sabes todo cuanto te adoro..! Mi alma es tuya... mi aliento es el tuyo... tu vida es la mia... me arrastras á tí como el imán y el acero atraen al rayo... yo te adoro..! Ahora que vives, vivo; y cuando mueras, moriré tambien... Antonia... Antonia... criatura endemoniada... dime... dime... no quieres venir..?

=No..!—dijo la jóven medio sofocada.

=Cuidado..!—replicó el mayordomo con un acento diabólico.—Cuidado... porque si me ecsalto... no sabes lo que soy... todo lo atropello... todo lo despedazo.. ven... ven... porque si no...

=No..!—volvió á gritar Antonia.

=Pues escucha,—continuó D. Jacinto parándose.—Te he rogado y no has querido... te he dicho que te adoro... y no has querido... te he ofrecido oro, y no has querido... pues ahora, vas á ser mia á fuerza... lo oyes..? á fuerza..! á fuerza..! á fuerza..!

Y jadeando, mas bien que andando, y beodo por su alucinamiento se dirijió al rincon á donde estaba Antonia.

Esta, azorada, no tuvo tiempo mas que para tomar la primera silla que tenía á su izquierda; y poniéndosela delante, se sentó en el rincon atrincherándose tras del mueble.

El mayordomo llegó á ella; y entonces comenzó una lucha terrible, sorda, odiosa, inesplicable.

Antonia contenia la silla con la mano izquierda, y con la derecha tiraba de cuchilladas á D. Jacinto, sacando el brazo por entre los barrotes del respaldo, para evitar que se le acercara; pero él, arrastrándose por el suelo logró tomar la silla por los pies y la arrojó lejos de sí, hasta el centro de la sala.

Antonia se puso en pié y se replegó al rincon; y el mayordomo se arrojó sobre ella, como un tigre sobre su presa; pero al ir á apoderarse de su víctima, ésta le hirió en el brazo izquierdo y el malvado retrocedió.

=Ah..!—gritó desesperado.—Me has herido, mas no te escaparás..!

Y volvió á arrojarse sobre ella.

La apurada jóven describía violentamente en el aire varias figuras con su puñal; y D. Jacinto, amedrentado por su primera herida, buscaba la manera de apoderarse de ella, evitando encontrar en el camino la punta de su cuchillo.

Nada se oía mas que los jemidos apagados de los dos combatientes, y el roce que causaban sus movimientos.

La tenacidad de la lucha y la sangre que corría de su herida, debilitaban las fuerzas de D. Jacinto; y la jóven, por su parte, tambien se sentia desfallecer.

Encajonada en aquel rincon, teniendo delante la figura de aquel demonio que quería despedazarla, pugnaba por libertarse de él, y procuraba sacar fuerzas de flaqueza.

El mayordomo, enfurecido como una hiena, quiso acabar de un golpe la lucha; y agachando el cuerpo y levantando los bra-

zos, intentó cojer con una mano el cuerpo del vestido de Antonia, y con otra detener la mano con que tenía el puñal.

Logró el primer objeto, pero no el segundo; porque la jóven pudo desviar el brazo del infame, y le descargó un golpe en las espaldas.

Este golpe fué débil, porque Antonia estaba cansada; pero con todo, la punta del cuchillo penetró en el cútis del mayordomo; y éste volvió á retroceder, desgarrando con su mano derecha el vestido de la jóven, y descubriendo á su vista el nítido seno de la encantadora criatura.

Don Jacinto se quedó parado mirando fijamente á Antonia, la que con el brazo levantado como la diosa de la venganza, parecía desafiarle á que se acercara de nuevo.

El mayordomo tenía el brazo izquierdo desmayado por la falta de la sangre; y su pasion, acrecentada por el calor de aquella lucha estraña, hacía estremecer todo su cuerpo, como las copas de los árboles batidas por el huracan.

Su respiracion laboriosa, ajitaba su pecho é hinchaba sus narices; el sudor bañaba su frente, y sus cabellos enmarañados le daban el aspecto horrible de un condenado.

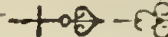
La inaccion de Don Jacinto dió tiempo á Antonia para poder serenarse; cubrió con su mano izquierda la parte de su pecho que había descubierto el ataque brusco del mayordomo; y mantuvo la otra en su actitud amenazadora, midiendo con la vista á su contrario, y previniéndose para recibirle con el arma homicida que empuñaba.

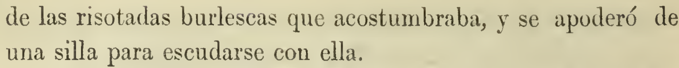
Don Jacinto tambien la veía; y despues de un momento se decidió á renovar la lucha, y dió un paso ácia la jóven.

Esta procuró afirmarse mas sobre sus pies, y blandió su cuchillo diciendo al mayordomo:

=Acércate, y te mato...!

El desdichado se contuvo, y volvió su vista en derredor de la sala, buscando algo para defenderse; y de repente soltó una





de las risotadas burlescas que acostumbraba, y se apoderó de una silla para escudarse con ella.

Antonia dió un grito de rabia, y el mayordomo se dirijió á ella, gozándose anticipadamente en su triunfo.

La lucha volvió á comenzar mas terrible, mas odiosa que antes.

Antonia prodigaba inútilmente sus golpes con el cuchillo, y el mayordomo los evitaba con el asiento de la silla, procurando asir á la jóven con su mano derecha.

Mas de cinco minutos duró este nuevo combate; y la desdichada Antonia, iba á ejecutar la resolucion de quitarse la vida atravesándose el corazon, cuando oyó que llamaban fuertemente á la puerta de la calle.

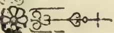
Esta circunstancia la reanimó, y emprendió con mas denuedo su defensa.

Entonces, Don Jacinto se ocupó nada mas en parar con la silla los golpes repetidos que le asestaba Antonia; y ésta, aprovechándose de la atencion que tenía su contrario en defenderse la caja del cuerpo, agachó el suyo y logró escaparse entre el suelo y la silla, dando al mayordomo un arañazo en un muslo.

D. Jacinto lanzó un bufido, y dejó caer la silla contra el suelo llevando la mano á su nueva herida; y Antonia corrió á encerrarse hasta la última recámara, atrancándose por dentro con los muebles que halló á mano, y añadiendo á todos esos estorbos el peso de su fatigado y hechicero cuerpo.

El mayordomo se quedó en la sala, mirando á todas partes como un toro que busca al picador que le ha herido; y no encontrando á Antonia, murmuró una maldicion tan espantosa, que seguramente hizo estremecer al infierno.

Dejóse caer en una silla hipando como un caballo que acaba de correr; y se quedó sin moverse, y sintiendo un volcan que le abrasaba.



Ese hombre, que en el discurso de su vida había perpetrado muchos delitos, muchas infamias; ese hombre, que no se arrepentía de dar el primer paso, por vil que fuera, para conseguir su objeto; y que jamas se habia visto detenido por ningun obstáculo, pues todos los vencía con el poder del dinero; ese hombre, malvado y miserable, sintió una desesperacion inaudita al ver á una jóven mas débil que él, y que sin embargo, resistía con todas sus fuerzas á la violencia que se propuso hacerla.

Todos los placeres repugnantes que había gozado en su vida; todos los momentos en que se había hundido en el vicio; todas sus maldades; todas sus víctimas, en fin, se presentaron á su calenturienta imajinacion; y recorriendo en su pensamiento las circunstancias que habían acompañado á todos esos acontecimientos, y los estorbos que tuvo que remover, no comprendía cómo una niña como Antonia, se defendía tan tenazmente, resistiendo al brillo fascinador del dinero.

El combate furibundo que acababa de pasar, había enardecido su sangre, la que discurría por sus venas en chorros de fuego; y uno que otro jemido sordo y prolongado, se escapaba de la boca de aquel condenado, á quien Dios sentenciaba á padecer en este mundo, tal vez para perdonarlo en el otro.

Postrado por la fatiga, estaba inmóvil en su asiento, con los ojos sanguinarios y rechinando los dientes, dejándolos ver entre sus lábios; y en esa posicion se parecia á uno de esos precitos, representados tan vivamente en el cuadro del infierno que ecsiste en la casa de ejercicios de S. Ignacio.

Pobre hombre..!

Sin fuerzas para resistir á la tentacion, caía en ella desesperadamente, violándolo todo, destruyéndolo todo, pisoteándolo todo para conseguir su objeto; y sin piedad por las lágrimas ni por los pesares, se reía cuando otros lloraban, y se carcajeaba cuando otros sufrían...

Hasta el momento en que hablamos, nada se le había resistido.

Todos sus proyectos, todos sus deseos, se habían realizado, gracias á la fortaleza de aquella voluntad paciente y destructora...

Ah..!

Al ver á esos hombres de carácter enérjico y vigoroso, constante é impasible; y al ver que esas facultades las emplean en cometer el mal, cuando dedicándolas á la virtud podian hacer felices á muchas criaturas, nos es imposible prescindir de reflecsionar hondamente, en esas monstruosas contrariedades que ecsisten en la tierra.

Porque, no es cierto, que si el mayordomo, aprovechando esa paciencia, esa constancia, ese vigor y esa enerjía, en un trabajo de esos que por los muchos bienes que producen y de que gozan la sociedad y la humanidad entera; no es verdad, repetimos, que en lugar de lamentar y aun de horrorizarnos de esas facultades, bendeciríamos al que tenía la dicha de poseerlas, y nos regocijaríamos de manifestarle nuestra gratitud...?

Sin duda que sí, y que nada nos sería tan satisfactorio.

Pero ver á un hombre que pudiendo hacer el bien vive en el cieno del vicio, paciente para el mal, vigoroso en la maldad, enérjico en el crímen, y constante en su carrera de desolacion, dejando rasgos de sangre en el corazon, y huellas de fuego en su camino...

Eso no puede menos de estremecer el corazon, y de aterrar el pensamiento...

El mal y el bien..!

Terrible contraste..!

Pero ese contraste, helado é imperturbable, no puede ser desechado de la vida, porque está inoculado en ella como se incrustan las piedras de distintos colores, para formar un mosaico...

Por eso es imposible salvarse de la influencia implacable que ejerce sobre nosotros ese equilibrio contínuo de lo bueno y de lo malo, de la virtud y del vicio, de la dicha y la desgracia..!

Y esas monstruosidades inesplicables, esos abortos espantosos de la naturaleza, ecsisten en la tierra, hiriéndonos sensiblemente el alma, quemándonos con su aliento, y horrorizándonos con sus miradas...

En vano lamentamos sus maldades y condenamos sus crímenes; la suerte los ha colocado donde están, y nos es preciso sufrirlos, quejándonos tal vez, pero sin poder dar otra direccion á su destino, porque es necesario que acaben como empiezan, y que mueran como han vivido.

Terrible ley, sin duda; pero no por eso menos inflecsible..!

Y cuando despues de echar una ojeada sobre esas miserias espantosas, busca uno un remedio, ó por lo menos, un alivio para tantos males, el corazon relijioso y cristiano dirije sus deseos á la otra vida.

La vida eterna..!

Hé ahí la suprema esperanza de los que padecen, y de los que lloran por las desgracias de la humanidad....

La vida eterna..!

Esa es la fé, es la felicidad para aquellas almas que jimen en este mundo..!

Cuántos, al considerar la ecsistencia de esos hombres criminales, ladrones por vicio, asesinos por costumbre, é infames por sistema, no se regocijarán al pensar que hay otro mundo en donde brilla la virtud que se esconde en éste, y en donde es castigado el malvado, que nosotros, pobres y míseros mortales, nos vemos obligados á sufrir..?

Ah..! Sin duda que reflecsionando en esto, muchos de aquellos séres que no han desmentido su oríjen, desearán abandonar la tierra para ir á vivir en el cielo.

Y, en efecto; mientras mas males miramos en este suelo; mientras vemos mas infamias cometidas, mas delitos perpetrados y mas crímenes impunes, mas deseamos y mas debemos creer; mas debe elevarse nuestra intelijencia para conocer el verdadero fin para que fuimos creados; y mas y mas debemos anhelar llegar al cabo de nuestro camino.

La historia de muchos individuos, de muchas familias... la historia de la humanidad entera, es un triste testimonio de que en el mundo la virtud padece y el vicio goza; y ésta, verdad tan penosa como inmutable, nos convence de esta otra que Víctor Hugo dejó escapar de sus lábios, al hablar de los que padecen:

=*"La muerte es una restitucion."*—

Y esto es cierto;

La muerte es una restitucion para los que sufren, porque en la otra vida debe de darles Dios los bienes de que les privó en esta...

La muerte es una restitucion para los que lloran, porque en la otra vida deben sonreir al pié del trono de Dios....

La muerte es una restitucion para los que jímen, porque en la otra vida deben entonar cánticos de gloria al Autor de lo criado...

La muerte es una restitucion para los desgraciados, porque en la otra vida deben ser dichosos...

Y tambien, la muerte es el principio del castigo de los malvados, porque en la otra vida deben sufrir para siempre..!

Este último pensamiento descarnado, es, sin duda, la sentencia de los crímenes del mayordomo.

. . . .

. . . .

Martirizado, mas bien que ecsaltado por su torpeza, el hipócrita estaba inmóvil, sin quitar la vista de un punto fijo, y acaso sin pensar en nada.

Mientras tanto, los golpes que daban en la puerta se multiplicaban, porque el que llamaba indudablemente estaba ya demasiado impaciente, y renegaba de que le hicieran aguardar tanto tiempo; pero D. Jacinto, que seguramente no oía los golpes, continuaba hecho una peña, procurando comprender lo que acababa de pasar, y que se le figuraba fabuloso é imposible.

Tocaba las heridas que tenía en el muslo y en el brazo, y se enjugaba el sudor con las manos; clavaba la barba sobre el pecho, mojándoselo con la baba que corría de su boca.

Así pasó mas de un cuarto de hora, durante el cual procuró Antonia fortalecer la entrada de su guarida, mientras que el que estaba en la calle, repetía sus toquidos á menudo.

Por fin, el mayordomo recobró algo el conocimiento; y tomando la vela de cera que aún estaba ardiendo, se puso á buscar á Antonia por las piezas que quedaban del lado de la cocina, pues en el acaloramiento de su defensa, no vió ácia donde se había dirijido.

No encontrándola por esa parte, iba á bajar al patio para buscarla, cuando recordó que le faltaba rejistrar las recámaras, y se dirijió á ellas.

Entró á la primera y no halló nada; y queriendo pasar á la segunda, observó que la puerta se le resistía, y esto le hizo conocer que allí estaba.

Dejó la luz en el suelo, y comenzó á empujar la puerta para abrirla; pero Antonia, algo repuesta con la tregua que sucedió á la lucha, contenía con su cuerpo los muebles, y hacía inútiles los intentos del mayordomo, cuyas fuerzas se hallaban disminuidas por la pérdida de la sangre.

=Antonia..! Antonia..!—dijo al fin desesperado.—Abreme... Abreme... yo te adoro... abre... abre..!

La jóven guardó silencio.

D. Jacinto prosiguió queriendo abrir la puerta dando con



su cuerpo contra ella, y Antonia gastaba sus fuerzas, procurando impedir la entrada al mayordomo.

=Abre... Antonia... abre... yo te adoro..! oh... sí... tanto... tanto, que por poseerte voy á condenarme... porque... escucha... envenené á tu madre y á tu hermano..!

=Ah..!—gritó Antonia.

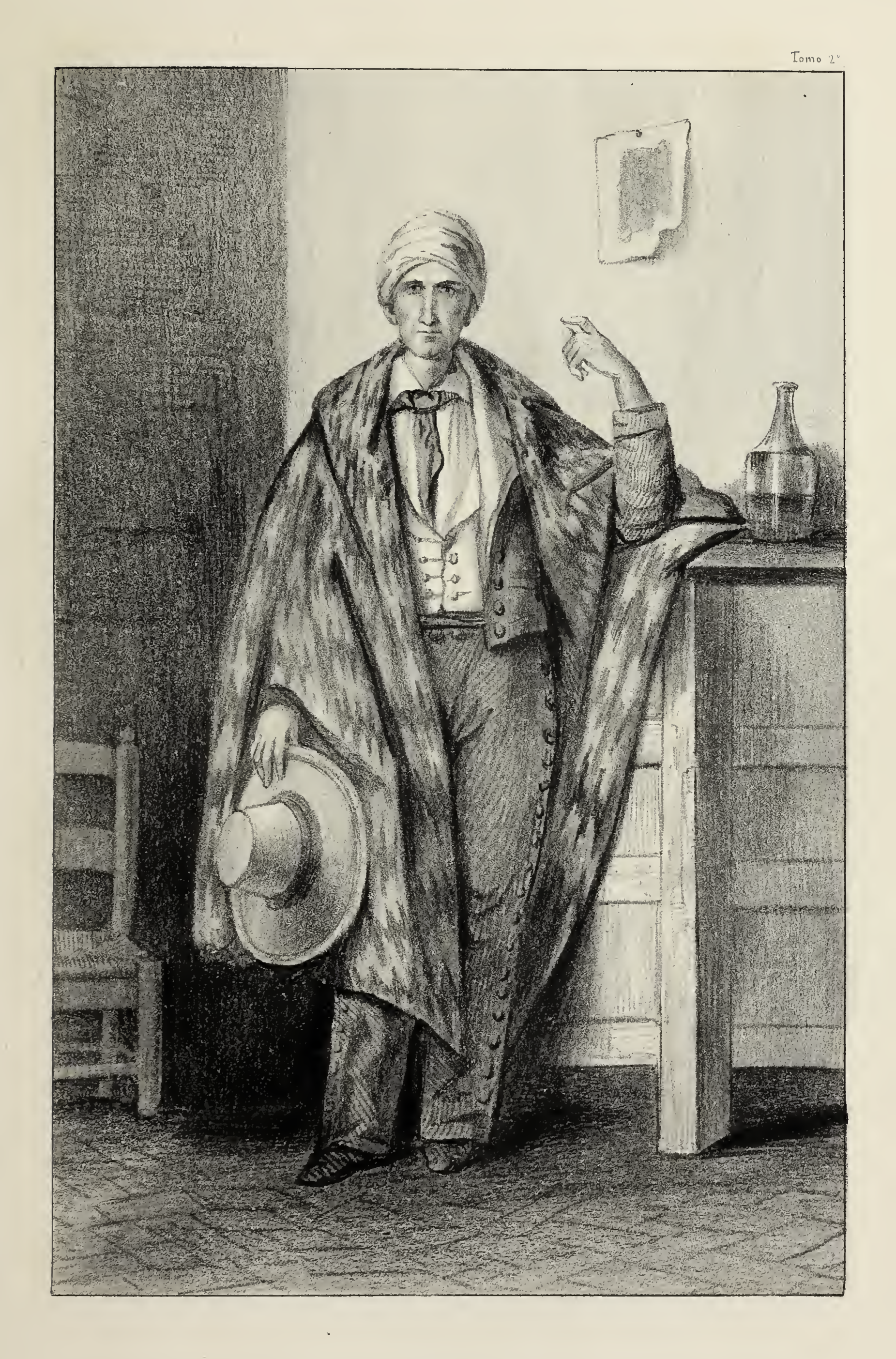
Y al mismo tiempo se oyó un ruido sordo, como de un cuerpo que caía, seguido de otro ruido mas vivo, causado por los muebles que se desplomaron.

La revelacion del hipócrita fué un golpe terrible que destrozó el corazon de Antonia, quien postrada por sus pesares y por la lucha espantosa que había sostenido mas de media hora, no pudo resistir esta última puñalada de la suerte; y cayó aterrada, sin sentido, arrastrando tras de sí algunos de los muebles con que había atrancado la entrada, y debilitando de este modo el obstáculo que se oponía al mayordomo.

Este redobló sus esfuerzos con nuevo vigor.

Y al cabo, abrió la puerta.





Simon



XXX.

SATANAS Y SU COMPLICE.

Por fin, el mayordomo oyó que llamaban y bajó á abrir el zaguan.

El que esperaba entró, y D. Jacinto se olvidó de cerrar la entrada.

=Reniego..! Reniego..! Reniego..!—dijo el recien entrado bailando de impaciencia.—Estabas acaso muerto, que me has tenido esperando y llamando mas de media hora..? Por vida de..! Ya tengo hinchada la mano de tanto golpear la puerta, hijo de una grandísima perra... diablo forrado de hombre...!

Es inútil que digámos quién era el que acababa de hablar, porque los lectores deben haberlo conocido.

=Sube, sube,—respondió el mayordomo.—Sube, que la noche está fría y puedo tomar un constipado.

=Mal rayo..! Ojalá y te pegara una fiebre que no te diera el tiempo necesario para contarla.

=Tan mal me quieres..?

=Lo que es eso no te interesa, porque ya sabes cual es mi carácter. Abre el porton.

=Vamos; ya está. Entremos ahora al gabinete, y allí sabré el negocio que te trae.

Un minuto despues se hallaban en el gabinete.

El mayordomo se sentó en el sillon, y esperaba á que Simon tomara asiento; pero éste se lo quedó mirando con el aire mas azorado y al mismo tiempo malicioso que pueda imajinarse.

=Qué me ves, Simon..?

=Que qué te veo..? Hombre... poca cosa. Dime, has jugado al carnaval esta noche, ó te has dado de bofes con alguno..?

=Por qué..?

=Tienes la cara, y... diablo..! tambien la pechera de la camisa llena de sangre. A qué juego has jugado, hijo mío..?

D. Jacinto se vió la camisa, y se puso á reflecsionar un momento.

Con la satisfaccion brutal que acababa de tener, había olvidado completamente sus heridas, sin sentir ni aun los dolores; y hasta el momento en que lo advirtió Simon, fué cuando recordó todo lo que había sucedido.

=Demonio..!—prosiguió el Hombre-Mómia haciendo un jesto de disgusto.—Qué feo estás, hijo mío. Te aseguro que si vas al infierno espantas á todos los diablos. Conque, respóndeme, qué cosa has hecho..? Quién te hirió..?

=Antonia..!—dijo el mayordomo, riéndose como debe reirse Satanás.

Simon abrió tantos ojos, si es que puede abrir tantos ojos un hombre que los tiene pequeños; y luego añadió:

=No te lo dije, Jacinto..? No te dije que esa Antonia va á ser la causa de tu perdicion..?

=Ya es mía..!—replicó el hipócrita riendo otra vez.

=Tuya..!—esclamó Simon incrédulamente.

=Sí; no te admires. Me costó mucho trabajo... luché mucho... me hirió; pero al fin, vencí...! já já já já..!

=No te rias, que me espantas..!—esclamó Simon.

El Hombre-Mómia tenía razon.

D. Jacinto, con sus cabellos erizados y su frente chata; con sus cejas juntas, sus ojos pequeños y encapotados, su nariz de gancho, su boca abultada, sus bigotes espesos, y sus mejillas hundidas; y todo esto, manchado de sangre y lustroso de sudor, era el vivo retrato de uno de esos demonios que el capricho de los pintores nos presenta, para aterrar á la raza humana con la vista de un verdugo del averno; y su risa, parecida al graznido del cuervo, tenía algo de maldito y de infernal.

Y aquella noche reía con gusto y con gana, porque había consumado una obra de iniquidad; y los criminales siempre se gozan en su obra, con un placer cínico y bestial.

=Vamos,—dijo á Simon.—Dime, á qué has venido..?

=Te lo diré; pero con la condicion de que vayas á lavarte la cara, y de que no te vuelvas á reir.

=Tanto te espanto..?

=Digo; ya no me iré de este mundo con deseos de haber conocido al mismísimo demonio, ó por lo menos á su *vera efijie.*

=No ecsajeres..!

=Qué..? Ven acá.

El Tiñoso tomó al mayordomo con una mano, y salió á la sala llevando la luz en la otra.

Puso á D. Jacinto enfrente de un espejo pequeño que se hallaba encima de una rinconera, y colocó la vela de manera que el mayordomo pudiera mirarse bien la cara.

=Qué te parece..?—dijo Simon.

=Já, já, já, já..!—fué toda la contestacion de D. Jacinto.

=Reniego..!—Quieres no reirte..? Cada vez que abres la boca, se me figura que me traga el infierno..!

=Y te dá miedo..!

=No; lo que me dá es horror.

=De veras..?

=Hasta me espeluzno..!

=Já, já, já, já..!

=Maldito seas..!

=Hombre, hombre. No te impacientes.

=Pues no me he de impacientar..! Te parece que la figura que tienes es muy divertida..? Canario..!

=Já, já, já, já..! Voy á limpiarme la cara, pero con una condicion.

=Cuál..?

=La de que me laves las heridas.

=Anda, y acabémos.

Simon se quedó solo en el gabinete; y el mayordomo fué á lavarse la cara al comedor.

El Hombre-Mómia, asombrado todavía por el espectáculo que acababa de presenciar, se puso á reflecsionar sériamente sobre el carácter inconcebible de D. Jacinto.

=Este hombre,—se decía paseándose á lo largo de la pieza;—este hombre ardiente y desaforado, va á ser víctima de su apetito desordenado... Su pasion se parece á uno de esos torrentes, que naciendo en la cima de un monte, se precipitan desenfrenados arrastrando cuantos obstáculos encuentran á su paso; y que aullando como un lobo furioso, van á perderse en el mar... Es el esclavo de su torpeza... sensual, desde la médula de los huesos hasta la superficie de su cútis, no puede contener sus deseos, y se arroja al fondo del abismo, dando de botes sobre las quiebras... Oh.!! Su concupiscencia es espantosa, y su fin va á ser terrible..! Vive en el fuego... goza en el fuego... se revuelca en el fuego... morirá en el fuego..! No sé cómo chorrea sangre por sus heridas... debía de correr lava..! Pobre hombre..! me dá lástima... Es una brasa de

lumbre que se opaca y que se aviva... Es un tizon cubierto de ceniza, que parece que no arde, pero que quema cuando se le toca... Oh..! Oh..! va á perecer..!

Diciendo así, se paró junto de la mesa.

Por algunos instantes mas conservó su espresion sombría; y despues, se fué serenando poco á poco, hasta que al cabo se sonrió.

=Bah..!—dijo recobrando su acostumbrado tono.—Y qué diablos me importa á mí que se condene este hombre..? Qué niño soy..! Acaso me quemo yo..? Nada de eso. Lo único que me interesa es que no se muera antes de que yo le deje encueros; lo demas, dáseme un pito... Si se quema, que se eche agua; y si no, que se abrase, lo mismo me dá. Le estoy sirviendo con mas dilijencia que á mi propio padre, y cree que me paga con lo que me dá ó con lo que le pido... Cá..! Yo tengo mis proyectos; y á fé de Simon, de Hombre-Mómia, y de Tiñoso, que los he de llevar á cabo, así entienda que necesito matar diez mayordomos..! Ojalá y pudiera..! No me saldría mal la cuenta. Pero lo que es éste está en mi poder. Los dos tenemos nuestro lado de morir. Yo tengo ambicion de brillar algun dia; pero tambien tengo paciencia. El siempre está bebiendo y nunca se sácia; y ademas, tiene un carácter impaciente y bilioso. Decididamente soy superior á él por los cuatro costados; y al fin y al cabo, yo he de salir ganando. Dejémos correr el tiempo, y esperémos... Y si mientras me muero; entonces, *finis coronat opus*.

Despues de esta conclusion tan filosófica, Simon continuó su paseo; pero ya su espíritu estaba completamente tranquilo, pues como buen bandido, había echado á las espaldas todas las consideraciones humanitarias, ocupándose solo de él y para él; y mandando al diablo todo lo que fuera estraño á su persona, se resolvió á continuar su carrera sin detenerse por nada.

Solazábase pensando en su porvenir, cuando entró D. Jacinto al gabinete, y parándosele delante, le dijo:

=Y ahora, te causo miedo..?

=No.

=Pues vamos á que me laves las heridas.

Entraron á la recámara, y el mayordomo se puso á disposicion de Simon, quien con una limpieza que hubiera hecho honor á un cirujano, lavó las heridas y las ligó con unas vendas improvisadas de unos pañuelos de batista.

Cuando hubieron concluido, volvieron al gabinete.

Jacinto se arrellanó en su sillon, y el Tiñoso acercó una silla y se colocó á su lado.

=Con que, á qué has venido, Simon..?

=A comunicarte cosas interesantes..?

=Respecto de María..?

=Sí.

=Qué hay..?

=En primer lugar, ya sabes que me presenté en su casa á cobrar los arrendamientos; y que segun convenimos, dije que había yo sustituido al antiguo cobrador.

=Sí.

=Pues bien. La viuda me ofreció que á los ocho dias me pagaría el dinero, en cuya promesa creí como en la salvacion de nuestras almas, entiendes..?

=Sí.

=En seguida volví muchas veces sin lograr que me pagaran. Las amenacé con embargarlas y con lanzarlas de la accesoria; me suplicaron, y me mantuve firme; lloraron, y me enternecí, las dije que arreglaría el negocio, y héteme aquí que soy uno de los mejores amigos de la familia.

=Pero no habrán maliciado...

=Si estuviera yo tan apasionado como tú, las hubiera dejado que maliciar; pero como estoy en mi asunto, he tomado

mis providencias. Escucha. He convenido con ellas en que me paguen el mes corriente, y un abono de dos pesos por lo que adeudan. No tenemos nada que temer, pues como has pagado un año de renta, nadie se presentará á cobrarles.

=Entonces, quiere decir...

=Quiere decir que están á nuestra disposicion, y que el dia que se te dé la gana...

=Por ahora no. Antonia... já, já, já, já...!

=No te rias..!—gritó Simon impaciente.

=Ya vuelves á tener miedo..?

=No; sino que ries de una manera que molesta.

=Bueno, bueno. Has ido á casa de Inés..?

=No.

=Eres un zote..!—dijo D. Jacinto algo colérico.—Cómo ves eso poco mas ó menos, cuando sabes que puede perderme Inés, revelándolo todo..?

=Sabes que eso sería divertido..?

=Simon..!—dijo espantado el mayordomo.

=No te asustes, no te asustes,—contestó Simon;—pero no me desagradaría eso..!

=Simon..!—repitió el mayordomo, ya encolerizado por la chanzoneta del Tiñoso.

=Oye, oye,—continuó el último siguiendo el tema que se había propuesto.—Te parece que me divertiría poco, oyendo contar tu aventura..? Oh..! cuánta risa me daría..! Já, já, já, já..!

La risa del Hombre-Mómia, si no era tan infernal como la de D. Jacinto, era mas asquerosa.

Su cara, chata y pálida como el papel, se contraía burlescamente á cada una de sus risotadas; sus ojos pequeñitos lucían como dos trocitos de lumbre, y su rostro tenía el aspecto siniestro de un cadáver que se carcajea, si es que un cadáver puede carcajearse.

El mayordomo, que antes había aterrado á Simon con su risa, se aterró tambien con la de éste último, y con la imájen que se le presentaba si Inés confesaba todo cuanto había pasado, pues D. Jacinto, como todos los hipócritas criminales, era cobarde á la vista de un peligro que podía perderle.

Simon que observó esto, quiso vengarse á su vez del horror que le había causado el mayordomo con su risa; y prosiguió diciendo con su tono burlon é incisivamente irónico.

=Sí, sí, santurroncito mío. Me daría mucha risa ver destruida esa reputacion de hombría de bien, que á costa de tanto trabajo y de tantas privaciones te has formado.... Já, já, já, já..!

=Endemoniado..!

=No lo dudo; pero escucha. Figúrate que tú, que desde la edad de quince años oyes misa todos los dias, y que te confiesas y comulgas cada quince... Figúrate que tú, que has hecho muchas caridades durante el tiempo que eres mayordomo; y que desde que lo fuiste, comenzaste á juntar con mucha paciencia tus *piedrecitas*, y tu *mezclecita;* y que has hecho tus *casitas*, las que ha avaluado el comisionado del gobierno en *trescientos mil pesitos*, para cobrarte el tres al millar de contribucion... Figúrate que tú, que estás recibido en la sociedad, cual un hombre santo y sábio como un jesuita; y que vives respetado como el mismo *Domingo de Guzman, fundador del santo Tribunal de la Inquisicion...* Figúrate que tú, humilde hermano y cofrade del Santísimo Sacramento, y del hospital de Terceros; padre de los desgraciados y consuelo de los aflijidos; terror de los criminales y esperanza de los justos; azote de los malvados y recompensa de los virtuosos.... ejemplo edificante de la caridad....

=Miserable..!—gritó el mayordomo abrumado por las alabanzas sarcásticas del Hombre-Mómia.—Miserable..!—repitió apretando los puños, y moviéndose en su sillon como un perro

encadenado en su cubil.—Si me sigues hablando de ese modo, por el alma de mi padre que te aplasto la cabeza..!

=Y quién fué tu padre..?—le preguntó Simon parándose de su asiento, y poniéndose fuera del alcance de las manos de D. Jacinto;—porque hasta ahora no me has dicho...

El mayordomo se paró como estirado por un resorte; su cuerpo, flaco y tieso como el asta de una bandera, se mecía pausadamente como un árbol mediano azotado por el viento; sus facciones estaban lívidas; sus dientes rechinaban hasta causar calosfríos, y su boca se movía para hablar y no podía.

El hombre estaba insufriblemente feo; y toda esa alteracion la había causado la mofa que Simon estaba haciendo de él, y el tono superficial y burlesco con que le hablaba.

Simon, arrinconado en un estremo del gabinete como un gato á caza de ratones, le veía riéndose con toda la befa imajinable; y el mayordomo, ciego de rábia, movía las manos en ademan de cojerle, sin conocer que desde el lugar en que se hallaba, le era absolutamente imposible.

=Hijo mío, hijo mío,—le dijo al fin Simon.—Modera tu cólera y hagámos las paces.

Jacinto dió un pujido, y se dejó caer en el sillon.

Simon se acercó á él, y se lo quedó mirando.

El mayordomo tenía los ojos cerrados y la boca abierta, por la que arrojaba un baho, cuyo calor abrasaba.

El Tiñoso le miraba asombrado, y diciendo para sí:

=Indudablemente, yo soy superior á éste.

Así que D. Jacinto salió de su letargo, volvió la vista á todos lados, como un hombre que despierta de un sueño horroroso; y cuando hubieron pasado algunos segundos, lanzó un suspiro largo y trabajoso.

=Simon..!—dijo queriendo pararse sin poder hacerlo, porque su cuerpo se hallaba torpe y fatigado.

=Aquí estoy, hijo mío, aquí estoy;—respondió el Hom-

bre-Mómia con una voz cariñosa.—Repónte y hablémos como dos buenos amigos, echando al olvido todo lo que ha sucedido.

=Me has martirizado..!—dijo el mayordomo.

=Lo siento, Jacinto; pero tú tambien me diste un rato muy penoso; y hablando francamente, he querido desquitarme. Conque, lo pasado pasado, y...

=Sí, sí;—replicó D. Jacinto.—Continuemos siendo amigos, pues nos necesitamos el uno para el otro.

=Como ha sucedido hasta ahora, santurroncito mío,—contestó Simon, recobrando gradualmente su acostumbrado tono. —Ya sabes que te soy adicto de cuerpo y alma, y que puedes contar conmigo para todo lo que se te ofrezca.

=Como tú conmigo, Tiñoso renegado..!—replicó sonriendo D. Jacinto, y acomodándose bien en su asiento.

=Bien, y adelante. Qué quieres que haga..?

=Que vayas á casa de Inés.

=Mañana mismo.

=Preguntarás por D. Pedro, y le saludarás como si lo conocieras de mucho tiempo ha, pues así lo he convenido con él, para que Inés no sospeche que yo te envío; despues...

=Obraré como me convenga... buscaré el nombre de una enfermedad la mas á propósito para engatuzar á ese vejete, y te respondo del buen écsito de la empresa. Pero dime, hijo mío; llegado el caso, qué diablos piensas hacer del muchacho..?

El mayordomo pensó un momento, y luego dijo:

=Ya dispondré de él.

=O yo lo haré por tí. Te conformas..?

=Me es indiferente,—replicó D. Jacinto, cuyo corazon perverso era inaccesible á los sentimientos de la paternidad.—Y cómo harás para salir bien de este atolladero..?

=Ya verémos. Ya sabes que soy hombre del momento.

=No olvides que nadie debe sospechar...

=Lo entiendo, hijo mío, lo entiendo. Tu reputacion quedará ilesa, y el muchacho no te estorbará.

=Eso es precisamente lo que quiero.

=Y eso sucederá. No importa cómo; pero te juro á fé de Simon, que todo saldrá bien.

=Y tu recompensa será grande.

=Gracias. Hablemos de otra cosa.

=Dí.

=Ya sabes que me robé á la hija de Loaza.

=Y es bonita...?—preguntó Jacinto, cuyos ojos brillaron inmediatamente como los de un perro en un lugar oscuro.

Simon miró al mayordomo de hito en hito, y le dijo con una espresion sentenciosa y benévola:

=Jacinto, hijo mío, es necesario que tengas cuenta con lo que haces... modérate, porque si no, vas á acabar de una manera tan triste, que al pensarlo me estremezco..!

=Pero si no puedo,—contestó aquel hombre;—no puedo; mira lo que he comprado,—añadió levantando un pañuelo que cubría un bulto de media vara de largo, que estaba encima de la mesa.—Mira. Ves que bonita..?

El Tiñoso meneó la cabeza.

Lo que descubrió D. Jacinto fué una Vénus de mármol, cuyos puros contornos eran obra de un famoso estatuario estranjero, que estaba radicado en México.

=La obra es buena,—dijo Simon;—pero te aseguro que sus efectos van á ser muy perniciosos.

=De qué lo infieres..?—preguntó D. Jacinto.

Simon se sonrió con lástima, y replicó al mayordomo:

=Cubre tu Vénus, y hablemos de negocios.

Jacinto cubrió su estátua, y se sentó otra vez.

=Con que has robado á la hija de Loaza, eh..?

Antes de continuar, advertirémos, que aunque D. Jacinto

había visto á la boqui-rubia en el balcon de la casa de María, ignoraba absolutamente que era hija de Loaza.

=Sí;—respondió Simon á la pregunta de su interlocutor.

=Y con qué objeto..?

=Con el de evitar que nos delaten.

=Robar á la hija, para... Si no me esplicas eso, no te entiendo en toda la noche.

=Lo concibo; porque lo que es ahora, estás hecho un podenco.

=De lo que no me arrepiento. Esplícame...

=Escucha. No pudiendo indagar el paradero de ese malditísimo cajon de ébano, y conociendo que si no nos apoderábamos de los papeles, éramos perdidos sin remedio, me puse á cavilar la noche del dia del fracaso del Padre Anselmo, de qué modo arreglaría yo la manera de obtener esos *malditísimos* testimonios de la muerte del padre de Loaza. Ay, hijo mío..! Y qué noche que pasé..! Recordarás que á otro dia vine á verte, y que te dije que tenía yo miedo, no es verdad..? Pues bien; lo que es eso era cierto, y te lo repito ahora. Tenía yo miedo por la primera vez de mi vida; y el oríjen de ese miedo, no era otra cosa mas que esos documentos condenados, pues estando los Loaza dispuestos á servirse de ellos, nada les era mas fácil que presentarlos á los tribunales y ponernos en mil apuros, de los que no saldríamos sino en el Ejido ó en San Juan de Ulúa. Como decía, pasé toda la noche cavilando: primero me ocurrió matar á los Loaza; pero esto me presentaba el inconveniente de que era necesario asesinarlos en la calle á los dos de una vez, cuya resolucion no se podía realizar: despues se me puso asaltar la casa; mas para esto se necesitaba mucha jente, y como el cuartel de los Bravos está en la acera de enfrente, no quise esponer el resultado de la maniobra. En esto me sorprendió el dia, y salí á la calle, sin saber á dónde iba; y no podré decirte asertivamente lo que hice antes de ver á la

campana, en cuya casa me puse á leer detenidamente las noticias de la *comadre* Francisca. Ya las había leído mas de diez veces sin sacar ningun partido, cuando, héteme aquí que dí con el ovillo.—,, La hija de Loaza,"—me dije,—,,vá todas las ,, mañanas á la Alameda, á platicar inocentemente con su amante... Pues bueno; mañana, despues de que ella salga de su ,, casa, saldrá la *comadre* Francisca pretestando alguna cosa ,, creible; entrará en un coche que la esperará en la puerta de ,, la iglesia del Señor de Santa Teresa; se dirijirá á la Alameda, adonde la aguardaré con Manos-Largas y Macedonio, ,, quienes llevarán unas vendas y unas mordazas, para hacer ,, uso de ellas segun las circunstancias. La *comadre* Francisca se apeará del coche, irá en busca de la jóven, la dirá que ,, mandó avisar su tía que la robaron; y que el amo la envió á ,, buscar, para que inmediatamente se fuera á casa de la señora ,, de San Leon, y que por ir pronto ha tomado un coche del ,, sitio. La *comadre* es bastante *despabilada*; y la jóven, que ,, no tiene motivo de desconfiar de ella, la creerá á piés juntillas, la seguirá, entrará al coche acompañada de su recamarera, el cochero finjirá dirijirse á la calle del Puente de Alvarado, dará vuelta por la calle que de San Fernando desemboca al Paseo-Nuevo, atravesará éste, y al cabo de la calzada, mis compañeros y yo entramos en el coche, amenazamos ,, á las mujeres, las vendamos los ojos, corremos las persianas, ,, y negocio hecho."

=Y salió bien tu plan..?—Preguntó D. Jacinto que había estado escuchando atentamente á Simon.

=Perfectamente. La chica y su criada están en mi poder hace mas de un mes.

=Y qué logras con eso..?

=Una friolerita. Que no se ocupen de nosotros sino de buscar á la jóven; y mientras, la *comadre* Francisca, que volvió á casa de Loaza como si tal cosa, indagará el paradero de

esos papeles, nos harémos dueños de ellos, y entonces pondré en libertad á mis prisioneras.

=Pero si no se logra que la *comadre* Francisca descubra en dónde está la caja de ébano..?

=Me queda el último recurso...

=Cuál..?

=Proponer á los Loaza el cambio de la muchacha por los papeles. Esto tiene sus riesgos; pero ya veré cómo los evito. Ahora, dime; qué sucede con tu pupilo..?

=No ha vuelto de Toluca.

=Y por fin, qué harémos de él...

=Hombre... no sé. Lo del bebedizo me parece difícil, porque es en estremo desconfiado, y... maldito...! Me dijo que *volvía á arreglar definitivamente los negocios de su casa..!*

=Ahí está lo malo...

=Oh..! y yo no sé qué hacer..!

=Ni á mí me ocurre...

Los dos miserables se quedaron pensativos; y despues de un momento, se miraron, se acercaron uno á otro, hablaron en voz muy baja y se rieron estrepitosamente.

=Un mismo pensamiento..!—esclamó D. Jacinto.

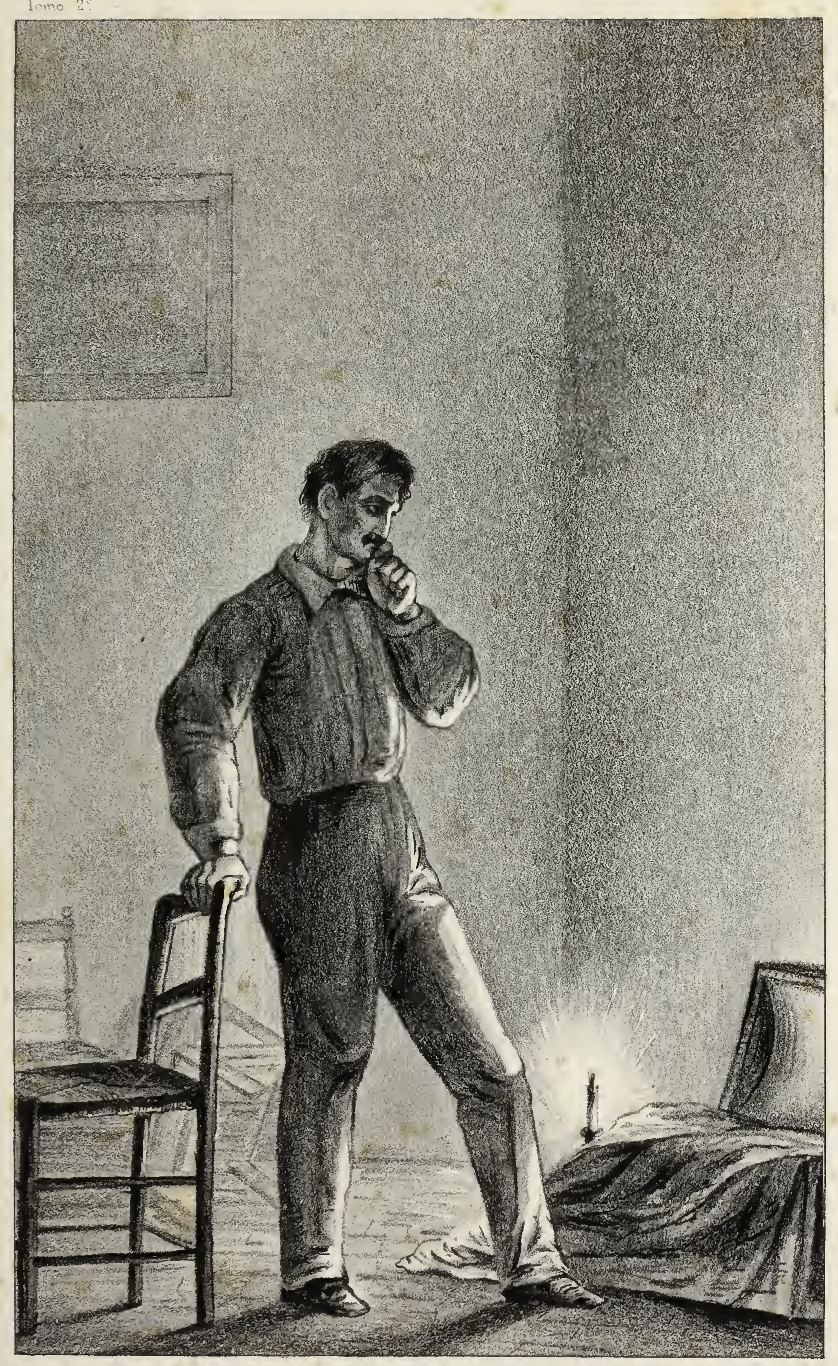
=Sí;—replicó Simon.—Pero por qué nos lo dijimos en secreto..?

=Sería porque no lo oyeran las paredes; já, já, já, já..!

Un momento despues Simon salió á la calle; y el mayordomo, así que cerró el zaguan, subió á la vivienda interior.

Que fué lo que tan simultáneamente pensaron esos dos hombres..?

Tal vez lo sabrémos; pero aseguramos de antemano, que no será nada bueno, porque uno de ellos era Satanás, y el otro su cómplice.



Despues de la fuga



XXXI.

LAS LUCES DE REGINA.

Véamos ahora lo que sucedió con Antonia, mientras que Satanás y su cómplice se entretenían en su conciliábulo.

Pasado algun tiempo de su desmayo, la desdichada criatura volvió en sí; y como si despertara de un sueño pesado, llevó á la frente una de sus manos, colocándose la otra sobre el corazon, y procuró coordinar sus ideas y recordar por qué estraña casualidad se encontraba en aquel sitio.

Su cuerpo, fatigado por la lucha inesplicable que acababa de sostener, estaba tan cansado que con dificultad podía estarse sentada en el suelo; los párpados de sus ojos se cerraban de debilidad, sus sienes ardian, y su cabecita estaba pesadamente inclinada sobre su pecho.

Un estremecimiento repentino la ajitaba por intervalos, y un suspiro trabajoso se escapaba de aquel seno comprimido por tantos dolores, por tantas angustias.

Sentada cerca de la puerta, rodeada de muebles y apenas alumbrada por la luz opaca de la vela, que el mayordomo dejó en la recámara anterior á la en que se hallaba Antonia, la postrada jóven parecía mas bien una aparicion de los mil y un fantasmas de Dumas, que una mujer carnal.

En ese estado pasó algunos minutos; y se hubiera prolongado mucho tiempo, si no hubieran herido sus oídos las estridentes y satánicas risotadas que soltaba D. Jacinto, á despecho de la impaciencia, y del terror del Hombre-Mómia.

Para que á los lectores les parezca creible esa circunstancia, es preciso advertirles, que la pieza en que se hallaba la jóven, podía ponerse en comunicacion con la recámara y con el gabinete del mayordomo, abriendo una puerta en la pared de la derecha.

Esas carcajadas hicieron en el alma de Antonia el efecto que hace la luz en la vista de una persona que mira el sol, despues de haber estado mucho tiempo en la oscuridad.

Sus recuerdos, adormecidos por la postracion de su físico, se despertaron de repente al oir la risa de su verdugo; y como azotada por un golpe eléctrico, se puso en pié cubriéndose el rostro con las manos, y lanzando un jemido semejante al que lanza el desgraciado á quien traspasan el corazon con un puñal.

Todo cuanto había pasado, todo cuanto acababa de suceder, se presentó con fuerza á su imajinacion, hiriéndola de una manera incisiva y terrible....

Su cuerpo se estremecia convulsivamente; sus ojos brillaron como dos carbunclos; y sintiéndose desfallecer, se cargó contra la pared, y en esa posicion se puso á reflecsionar sobre su situacion....

Lo pasado, lo presente, lo futuro... en todo pensaba, todo se lo representaba de un modo triste y desconsolador...

Recordó á su madre, á su hermano; recordó la lucha tremenda que acababa de pasar; y por fin, pensó en su deshonra...

Entonces, un grito desgarrador y colérico salió de aquella boquita de granate, y un relámpago de fuego devorador pasó por sus negros y rasgados ojos, al mismo tiempo que dos lágrimas se deslizaron lentamente por sus mejillas.

Aquella criatura tan hermosa como altiva, sintió una desesperacion indefinible al verse violada por el mayordomo.

Para un carácter como el de Antonia, semejante atrocidad no era solo la deshonra.

Era mas todavia.

Era un ultraje inaudito, una humillacion forzada impuesta á la dignidad femenina, á la que ella tenía eminentemente aristocratizada.

Así es que, reflecsionando en su inevitable situacion, Antonia se sintió herida vivamente en su orgullo, lejítimo, si se considera la posicion social de la mujer.

Abrumada por esos pensamientos implacables, viéndose deshonrada, perdida, arrojada al precipicio por un hombre tan repugnante como el mayordomo, á quien aborrecía como un pobre al ajiotista que le roba impunemente; y ademas, encontrándose sola en la tierra, sin ninguno que castigara al malvado que la perdió, se convenció de que ella sola era la que podía vengarse; y desde ese momento proyectó una venganza tan espantosa, como la manera con que el hipócrita la había deshonrado.

Ya se había resuelto á ello, cuando una circunstancia vino á oponerse á su decision.

Cómo se vengaría..?

A esta pregunta desfalleció su valor.

Y en efecto, la respuesta era dificil.

No tenía ni un amante, ni un pariente que la vengara; ella sola ecsistía sin nadie que pudiera interesarse por ella; pero por lo mismo que estaba sola, cómo podía realizar esa venganza, si era mujer, y una mujer sin influencia social y sin dinero..?

Apelaría á la justicia..?

Era pobre, y la justicia...

La justicia quiere ser rica.

Podía obtener el castigo del mayordomo, entregando sus gracias á un tinterillo, á un escribano ó á un juez....

Pero esto no quería Antonia..!

Y, ademas, que haría la justicia para vengar á la jóven..?

Solo dos cosas.

Obligar á D. Jacinto á que se casara con ella;

O hacer que la pagara una pension vitalicia.

Lo primero la espantaba.

Lo segundo era pagarla su honor con dinero;

Y ella no quería dinero...!

Quería venganza..!

Y no una venganza vulgar, sino una venganza tremenda....

No sabía cuál; pero así la quería.

Y estaba fluctuando en su indecision, cuando otro nuevo recuerdo acrecentó su cólera.

El mayordomo había asesinado á su madre y á su hermano..!

Entonces volvió á pensar en acudir á la justicia; pero siempre tendría que dar sus hechizos para lograr que castigaran al criminal; y con esto, qué lograría....?

Que lo ahorcaran.

Esto es una pena; pero no una venganza; y, lo volvemos á repetir;

Antonia quería vengarse.

Le quedaba un recurso.

Ser la querida de alguno.

Pero para que ese la vengara, necesitaba decirle lo que la había pasado; y esto, para ella, era otra humillacion.

Confesarse deshonrada delante de un hombre..!

Semejante pensamiento le era insoportable.

Y es necesario confesar que en esto había palpable contra-

diccion; porque, en primer lugar, ella no tenía la culpa de su desgracia; y en segundo, una mujer que quiere vengarse, no se para en los medios de conseguir sus fines.

Pero esta contradiccion era inevitable; ecsistía en el carácter de la fogosa Antonia.

De ahí es que la desdichada criatura no sabía qué resolucion había de tomar para obtener, no una reparacion, sino una venganza tan grande como la ofensa que acababa de recibir.

Su pensamiento, ofuscado por las ideas que atropelladamente se le ocurrían, llegó por fin á embotarse á fuerza de tanto cavilar, y la postracion moral sucedió al desaliento físico que un momento antes la abrumaba.

Los asesinatos de su madre y de su hermano; el combate indescribible que precedió á su desventura; la imájen de su estado actual y su sed inecsorable de venganza, todo se presentaba á su imajinacion enferma y ecsaltada; pero todo de un golpe, sin descanso, sin tregua, sin misericordia..!

Y martirizada por tantas desventuras, ni pensaba, ni discurría...

Veía.

Su pecho, cruelmente oprimido por la angustia, se elevaba fuertemente, movido por su trabajosa respiracion; su gracioso y delineado cuerpo temblaba imperceptiblemente; y punzada por sus dolores, mordia la yema de su dedo índice con sus blancos y afilados dientes, y profería unos aulliditos semejantes á los que lanza una tigre que llora por sus hijuelos....

Las torturas de ese corazon eran de las que no se esplican, por mas que uno procure describirlas.

La hermosa criatura, que poco tiempo antes tenía familia; aquella jóven, bella y lasciva como una diosa de la mitolojía, que media hora antes, pensaba en su suerte y se ponía en guardia contra asechanzas de un malvado, decidida á darse la muerte antes que verse deshonrada por él, se encontraba, sin

poderlo evitar, huérfana y sola en el mundo, y perdida, á pesar de su resolucion y de sus precauciones.

La vida, que en una época se le presentó encantada con la esperanza de encontrar un hombre que la amara, para entregarse á él sin reserva, se le presentaba despues de sus desgracias, con los mas negros colores que pueden ocurrirse á una imajinacion tan irritable como la de Antonia; y el helado contraste de lo que era y de lo que podía ser, era un tormento mas que pesaba sobre aquella alma, demasiado fuerte para resistir tantos pesares.

Perdida en un laberinto de reflecsiones; atormentada por esa transicion repentina del bien al mal, de la dicha á la desgracia, la infeliz criatura sentía oprimidas las sienes y pesada la cabeza; y su cuerpo, dominado por esa afliccion incesante, se debilitaba progresivamente....

Pero así, todavía era hermosa....

Así todavía, hubiera inspirado amor al hombre que la hubiera visto....

Al cabo sintió que le faltaban las fuerzas; sus piernecitas flaquearon; y entonces se volvió á sentar en el suelo, dejando resbalar su cuerpo por la superficie de la pared....

Y en esta situacion tan natural como incómoda, hubiera podido confundirse con la heroina del Leoni de J. Sand, la noche que sin quererlo, escuchó la bella manceba, la relacion del asesinato infame, que, ayudado por el vizconde Lorenzo de ****, cometió su querido en la persona del noble y caballeroso Pablo Henryet.

Tanta afliccion, tantos tormentos debían de causar una reaccion moral en la persona que los soportaba; y estó fué lo que al cabo sucedió con Antonia.

Despues de ese abismamiento tan confuso, una idea, sola como el sol en medio del dia, se enseñoreó del pensamiento de la ofendida jóven, como el remordimiento del corazon del

criminal.... Sintió sed; pero sed de venganza; y esa sed era tan ardiente, tan cruda como el sufrimiento que la abrumaba, y tan implacable como la lujuria feroz del miserable que la había perdido....

Reanimada por ese deseo incesante, la encantadora criatura se puso en pié, y sacudió su cabecita como queriendo arrojar de sí todo pensamiento que fuera estraño á esa venganza; anduvo algunos pasos á la ventura, y sin quererlo, se encontró en el centro de la sala, en cuyo lugar se quedó inmoble, como una pirámide de Egipto en medio del desierto.

La sala estaba casi á oscuras, porque la luz se había consumido; y el brillo de la luna, opaca por los nubarrones que entoldaban la tierra, y que penetraba por la puerta vidriera de la sala, alumbraba débilmente un trecho de aquella pieza, mudo y elocuente testigo de los esfuerzos desesperados que hizo Antonia, para escapar de las garras del mayordomo....

Y allí, parada en el centro del lugar en que minutos antes había pensado en su suerte, en que se había puesto á rezar por su madre y por su hermano, y en que se había visto atacada por el hipócrita, la pobre jóven volvió á quedarse sumerjida en sus cavilaciones...

O mejor dicho, dejó ya de pensar....

Había caido en una de esas atonías insondables en que la confusion letárjica de las ideas, priva al que padece de la facultad de discurrir, haciéndole sufrir un dolor opresivo, vago é inesplicable.

Antonia, con la faz pálida, como la luz de la luna; con los lábios temblorosos y con los ojos tan espantados como los de una loca, recorría con su vista aquella sala, y la detenía de cuando en cuando, en el lugar en que se sentaba á coser al lado de su madre; en el sitio en que había muerto Ignacio; en el lugar en que se había arrodillado á orar; en el rincon en que se había defendido, y en los muebles de que se había servido para su defensa...

Pero si la hubieran preguntado qué era lo que miraba, seguramente no habría podido responder, ni mucho menos esplicarlo...

Miraba en derredor de sí; pero miraba dominada por una fuerza estraña...

En su alma había reminiscencias; pero en su pensamiento no había recuerdos...

Y, cosa singular..! Su fisonomía tomaba la espresion del dolor, del ódio, de la cólera y del miedo, segun los lugares en que se fijaba su vista...

Perecía un autómata magnífico, á quien el artista hacía mover á su antojo...

Por último, despues de ese combate moral y tan terrible, un jemido prolongado y desgarrador salió de aquel seno torturado; y un río de ardientes lágrimas, se desprendió de aquellos ojos, nacidos para devorar con el fuego de sus miradas.

Pasados algunos segundos, la infeliz Antonia, enjugó su llanto...

El dolor se había desahogado.

La cólera, el ódio y la sed de venganza, volvieron á despertarse en aquel corazon tan cruel como infamemente vulnerado; y despues de una fluctuacion entre la vergüenza y su deseo vengativo, se resolvió á apelar al último recurso que la quedaba.

=Sí;—dijo estremeciéndose de rábia como una loba enjaulada.—Sí; yo me vengaré... Necesito mucho valor... pero lo tendré..! Necesito mucha paciencia... tendré tanta como la que tuviste para asesinar á mi madre y á mi hermano... tanta... como la que tuviste para esperar el instante propicio para violarme... Me dejaste sin madre... sin hermano... huérfana, sola, abandonada... has desvanecido las ilusiones que me había yo formado... yo me vengaré de tí... no sé cuando... pero el día ha de llegar, y mi venganza debe de ser terrible...

espantosa... tremenda...!!! Ah..! No sé cual será... pero mil muertes que sufrieras, las habías de preferir á mi venganza...! Yo podía haber hallado un hombre á quien amar y que me hubiera amado... podía haber sido dichosa... y ahora, gracias á tí, mi dicha es imposible, porque ya no puedo amar á nadie... ó si lo amo, ya no podré entregarme á él con orgullo, y este será un tormento mas que des á mi corazon, y otro ultraje que yo tenga que vengar..! Oh..! sí; sí...—continuó apretando los puños, llorando de cólera y con una voz ahogada.—Me vengaré..! me vengaré..! Cualesquiera que sea el lugar en donde habites, allí te seguiré como tu sombra... Querías unirte á mí... ya estamos unidos; pero nuestra union comenzó con una infamia de tu parte, y acabará con una reparacion de parte mía... y esta reparacion, debe ser espantosa..! Mas de lo que tú pudieras imajinar... mas de lo que yo misma la deseo..! Mucho mas... espantosa..! espantosa..!

Y delirando con su idea, se puso en pié, fué á su caja, y al tomar un manton de lana negro, sonó el oro que el mayordomo había colocado allí esa mañana.

La impresion que el sonido de las monedas y el brillo del oro causó en el alma de Antonia, fué una de aquellas imposibles de esplicar; bástenos decir que se arrojó sobre él como un avaro se arroja encima del ladron que le roba; y echándoselo á puñados en el seno, sin dejar en la caja ni una de aquellas onzas, lanzó una risotada convulsiva, se cubrió con el manton, atravesó rápidamente las piezas de la casa, abrió el porton y bajó hasta el descanso de la escalera.

Allí se quedó parada mirando ácia la vivienda del mayordomo, y dijo con voz comprimida y riendo sorda y repetidamente:

=Me ofrecías tu oro... ya tengo tu oro... Apagaste tu sed en mi deshonra... Oh..! Yo te abrasaré de sed..!

Y bajó la escalera, salió á la calle, tomó por la izquierda, y

dió vuelta por la plazuela de S. Juan de la Penitencia, y siguió por la calle del Agua escondida.

En este último instante fué cuando el Hombre-Mómia salió de casa del mayordomo, despues de haber concertado la pérdida de María, de Hipólito y de Inés.

D. Jacinto, luego que salió Simon, cerró la puerta del zaguan, y aguijoneado por su apetito, subió á la vivienda interior.

Llegó á la puerta de la sala y se quedó parado, inclinando el oído ácia el interior de la casa, para escuchar si Antonia había vuelto de su desmayo.

No oyendo absolutamente nada, atravesó el umbral de la puerta sonriendo como un demonio; y llegó hasta la de la recámara, donde había abusado del letargo de la desventurada jóven.

Quedóse parado en aquel sitio, y como la vela de cera estaba colocada detrás de él, y un poco ácia el lado á que se abría la mampara, la sombra de su cuerpo le impedía ver el interior de la recámara; y creyendo que aun seguía desmayada su víctima, dió un paso ácia delante, tropezó con un mueble y cayó al suelo.

Un alarido, semejante al de un salvaje, turbó el silencio absoluto que reinaba en la casa; y el mayordomo se puso en pié llevando la mano á la cabeza, porque se la había roto al caer contra la cama.

Despues de algunos minutos, no queriendo esponerse de nuevo á otra desgracia, salió á la pieza anterior, tomó la luz, y volvió en busca de Antonia...

Como el lector debe suponerse, ya no la encontró.

Entonces, no creyendo que la jóven hubiese podido huir, comenzó á rejistrar escrupulosamente la casa, hasta el rincon mas lejano, detrás de las puertas, debajo de los muebles; y no hallándola en ninguna parte de la habitacion, bajó la escalera, rejistró los cuartos bajos que siempre mantenía vacíos, pasó

al segundo patio, y volvió otra vez á rejistrar de nuevo la vivienda, y tampoco la encontró.

=Es imposible;—se dijo dudando todavía;—es imposible que se haya fugado... debe estar escondida en algun sitio... pero en dónde..? He rejistrado toda la casa con mucho cuidado, y no la hallo en ninguna parte... Se habrá subido á la azotea..? Oh..! sí, eso puede ser... voy á ver... voy á ver..!

Y siguiendo su pensamiento salió á la azotehuela, y ayudándose con una escalera de mano subió á la azotea.

El aire húmedo de la noche, refrescó algo el temperamento del mayordomo, y esto le sirvió de ayuda para poder rejistrar las azoteas, precaviéndose para que no le vieran los vecinos.

Recorrió desde la azotea de su casa, hasta las de la calle de Victoria y callejon de la Teja, pero en ninguna encontró lo que buscaba: observó escrupulosamente los accidentes que ofrecían, y conoció que era imposible que Antonia se hubiera escapado por allí, porque no le era fácil bajar por ninguna parte sin el ausilio de alguna persona, lo que no podía efectuarse sino inquietando á la vecindad, en cuyo caso, él había de haber oído algun rumor; y hechas estas reflecsiones, se quedó silencioso y pensativo.

Al cabo de algun tiempo, dió una esclamacion, y se dirijió con prontitud á bajar de la azotea.

Lo que causaba su prisa, era un pensamiento descabellado que se le había ocurrido.

=Seguramente,—se dijo,—me habrá ido á buscar á mi vivienda, porque ya debe amarme como Inés..!

Y alucinado con esta imájen, bajó de la azotea por la azotehuela de su casa, y entró á ella llamando á Antonia, con un acento repugnante y diabólicamente cariñoso.

Buscó en toda la casa, y buscó en vano.

Su ecsaltacion asquerosa se dejaba ver en sus facciones, llenas de sangre por la nueva rotura que se hizo en la cabeza, y

su mente acalorada por la desaparicion del objeto de su sensualismo, se resistía á creer lo que acababa de suceder, sin que él hubiera podido ni siquiera imajinárselo.

Parado en la puerta de la antesala, con la luz en la mano, con la frente inclinada y con la cólera en las facciones:

=No puede ser,—se decía;—no puede haberse ido... yo tengo la llave del zaguan, y... Ah..!—continuó dándose una palmada en la frente, rechinando los dientes y con una espresion desaforadamente colérica.—Ah..! Cuando entró ese condenado de Simon me olvidé de cerrar la puerta..! Maldito sea..! Por él se me ha escapado... por él la he perdido... y era tan hechicera...!

Quedóse un momento en silencio, y despues continuó:

=Pero es pobre... no tiene familia... oh..! volverá..! Sí; yo la amo... Antes se me resistía por no deshonrarse... ahora está perdida, y ya no le importará ser mía, sobre todo, cuando la ofrezco oro..! oro..! oro..! Pero... y si se ha llevado,—prosiguió temblando de miedo;—y si se ha llevado el oro que puse esta mañana en su caja..? Entonces... indudablemente la he perdido..! voy á ver..! voy á ver..! es fuerza que yo sepa..!

Bajó la escalera de su vivienda, subió la de la interior, atravesó la sala y llegó á la recámara.

Allí, con un afan estraordinario, dejó la luz en el suelo, abrió la caja de Antonia, y buscó el oro...

Nada encontró.

Este último golpe fué terrible.

El mayordomo se quedó hecho una estátua entre la luz y la caja, y tan pálido, tan aterrado como se quedó Neron, en el momento de saber que el senado le había condenado á muerte.

Mientras tanto, Antonia, prosiguiendo su camino, había dado vuelta por la 2ª calle de S. Juan; y al llegar á la esquina de la calle de las Vizcainas, se quedó indecisa, pensando qué direccion tomaría.

Era la noche del 7 de Setiembre.

Los vecinos del barrio de Rejina celebraban con luces, vendimias y fuegos artificiales, el aniversario de la Vírjen de Loreto.

En cada balcon había faroles de cristal, y en cada puerta los había de vidrio ó de papel de colores, caprichosamente tejidos y entrelazados.

Las calles de las Ratas, 2ª de Mesones, del Tompeate, del Puente de Monzon, del Tornito, de Rejina y de la Estampa de Rejina, estaban llenas de multitud de puestos, de hachones y luminarias, de jente, y, forzoso es decirlo, tambien de lodo, gracias á lo puerco del piso y al furibundo aguacero que cayó en la tarde.

Multitud de jóvenes hermosas estaban en los balcones, viendo transitar á un sin número de jente que en esas noches va á *pasear las luces*, ó divirtiéndose con ver á un chico atrabancado que brinca una luminaria, ó que enciende un cohetito *ó una palomita de á doce por tlaco*, asustando con ella á otro inocente chiquillo, ó arrojándolo encima del puesto de una *buñuelera*, la que reniega del atreviduelo con la mayor buena fé del mundo.

Por aquí, en la esquina, se veía una masa de jente, haciendo oleadas y dando de empellones para poder acercarse al tablado, encima del cual se hallaba una música militar; por acá, una pobre mujer se sentía prensada por la multitud, un chicuelo lloraba porque lo espachurraban, una vieja regañaba por que la oprimian, y un *elegante*, regalaba á los oídos de los transeuntes, una insolencia *de buena sociedad*, encolerizado porque un *insolente* pié, cayó pesadamente sobre el suyo.

Un poco ácia la izquierda, se miraba á un ciudadano haciendo á un ratero el no envidiable presente de media docena de puñetazos, porque quiso aliviarle del peso de la *mascada;* y el ratero caía encima del puesto de fruta que estaba en la es-

quina, y la frutera vomitaba veinte blasfemias, y la policía tenía á bien intervenir en el asunto, para evitar que aquel barullo acabara á cuchilladas.

Del otro lado, en la esquina opuesta, había una *tamalera* que los vendía de *chile* y de *duce*, y al lado de la *tamalera*, un indíjena que convidaba á los concurrentes á que le compraran *el tostao diurno* (1); y junto de éste, se encontraba una mujer que vendía *á cuarenta nueces por medio, limas, naranja de china*, y otra porcion de frutas; despues seguía la *buñuelera*, especie de cocinera que se empleaba en freir telas de harina, amasada con una limpieza no muy escrupulosa que digámos, y que maldecía con mucha sencillez á la *patera*, que estaba á su lado vendiendo *pipian, y pulque blanco, colorado y de piña;* y por todas las calles que hemos nombrado, multitud de jente paseando, muchos con objeto, algunos sin él, los mas requebrando á las hermosas, otros, entre los que se llaman *elegantes*, dando un tiron de rebozo, un apreton de cintura y hasta un beso, á alguna *garbancera* provocativa, de esas de piés chiquitos, talle estrecho, cuerpo pequeño, ojos de fuego, jénio picaresco y color rosado.

Y en una esquina, ó en la puerta de un zaguan, se vé á un *elegante*, con el lente clavado en el ojo, la vista en un balcon y haciendo con el puro señas *taquigráficas* á cierta jovencita que le obligaba á *hacer el oso*.

Pero lo que mas llamaba la atencion de toda la concurrencia, era una cosa demasiado comun en estas luces; y que sin embargo, merece que hagamos mencion de ella, con mas espacio de lo que quisiéramos.

La linterna májica.

Especie de farol trasparente que contiene dentro un juego de aros, en los que hay pegadas varias figuras de papel al capricho de quien las hace; y que, impelidas por el aire hacen

(1) Cacahuates.

dar de vueltas á los aros, que están unidos por medio de unas varitas á un cilindro hueco de madera, el que entra en una vara perpendicular colocada en el centro de la linterna.

En frente de ella había un sin número de curiosos, grandes y chicos, ricos y pobres, y hombres de bien y pillos.

Y entre esa multitud había dos individuos de los que no podemos menos de ocuparnos.

Uno, pequeño de talla, grueso de abdómen, ancho de pecho, de rostro redondo y colorado, aspecto sério al mismo tiempo que malicioso, era actor de un teatro de México; y el otro, alto y delgado de cuerpo, de cara larga, cabello negro, ojos pequeños, encapotados y de color pardo oscuro, poca perilla y menos bigote, vestido con traje negro y centro blanco, era un autorcillo dramático de esos que por desgracia ó por dicha de la literatura mexicana, comienzan á despuntar hoy, y que compuso para un beneficio cierto drama con el título de un magnífico edificio de México; y ese autor, en compañía del susodicho actor, que había ejecutado en el referido drama el papel de cierto patan miedoso, se divertía mirando las caprichosas figuras de la linterna, y haciendo muchas aplicaciones, de las que vamos á referir algunas, para solaz... ó fastidio del benévolo y paciente lector.

=Mire usted, señor autor.

=Qué cosa, señor actor..?

=No vé usted esos dos hombres á caballo, quienes parece que efectúan un desafío..? Ya se pasaron... Esté usted atento... Ahora... ahí van... mire usted.

=En efecto... sí; ya los veo,—replicó el autor medio cerrando los ojos, porque era de vista miope.—Pero esos no son dos hombres que se baten desafiados... vea usted bien... ahora van pasando... Vé usted..? Uno de ellos lleva la espada en ademan amenazador, y tiene la cachucha calada hasta los ojos... El otro ha dejado caer su arma, y vá que vuela... El prime-

ro es un americano, y el que va corriendo es un... mírelo usted, tiene ban...

=Completo..! hombre, completo..!—Contestó el actor;—y, mire usted; mire usted qué bien hecho está ese carruaje... sobre todo, los caballos.

=En efecto; los caballos son supremos..!

=Qué es eso de supremos..?—dijo algo amostazado el actor.—Supremos solo son los poderes del Estado.

=Bien; pero eso no quita que tambien lo sean los caballos.

=Tiene usted razon..!—contestó el actor.

Y volvieron á ver atentamente las figuras de la linterna.

=Vea usted ahora,—continuó el gordo,—mire usted ese grupo que va á pasar... Es un hombre que está cerca de una mesa... junto de él está una mujer alta y chupada como... usted....

=Muchas gracias.

=Vé usted el grupo..?

=Sí;—contestó el autorcillo.—El hombre es tan gordo y tan chaparro como un tonel sin aro... como un envoltorio de trapos, ó como... como usted...

=Mil gracias.

=Para servir á usted. Como decía; el hombre es gordo y chaparro; tiene encima de las piernas un talego; y con las gafas caladas figura que está leyendo un papel, que segun creo, le entregaría la mujer; digo, si ambos fueran de carne y hueso como cada hijo de vecino.

=Y qué significa eso..?

=Hombre...—dijo el autor inclinándose á su compañero.—Ese grupo significa una viuda y un ajiotista, haciendo un contrato....

=Ah..! Pero por qué me lo dice usted al oído..?

=Porque tengo miedo de que haya alguno por aquí cerca, y me cobre el noventa y nueve tres cuartos por ciento, en pena de lo que he dicho.

=Já, já, já, já..! Prosigámos observando.

=Véamos, véamos.

=Mire usted, mire usted,—dijo el actor;—mire usted que lagarto tan espantoso vá pasando... Dios mio..! que boca tan enorme..!

=Qué lagarto ni qué berenjenas..!

=Pues qué animal es ese..?

=Es la oficina de contribuciones.

=Que me engulle..!—gritó el actor escudándose con su compañero.

=Hombre, hombre, no tenga usted miedo. Prosigamos observando.

=Prosigamos.

=Mire usted, mire usted... ahora; vé usted ese que está escribiendo, con las melenas enmarañadas..?

=Sí. Y quién es ese..?

=Adivínelo usted..?

=No soy mago. Dígame usted qué significa.

=Ese es un periodista apurado, á quien seguramente le toca dar mañana el editorial para cierto periódico inconsecuente del que es redactor; y que indudablemente está copiando algun discurso de Víctor Hugo ó de Ledru-Rollin, para darlo como orijinal y sorprender á sus compañeros de redaccion.

=Hombre, pues qué, hay periodistas tan ignorantes..?

=Me agrada la pregunta..! Si se la hace usted al caballito de Troya, le dá dos buenas patadas por vía de reprension.

=Pues de seguro que no se la hago, porque esas patadas deben de doler mucho, y han de ser tan molestas como...

=Como las leyes coactivas.

=Cuidado, no lo oigan á usted. Continuemos divirtiéndonos.

=Adelante.

=Vea usted, vea usted ese otro grupo... Qué bien hecho está..!

=Ya, ya lo veo... es un enfermo.

=Tiene dos hombres á sus lados...

=Son dos barberos.

=Parece que le están haciendo alguna operacion.

=Le están poniendo sanguijuelas.

=Es posible..!

=Sí, hombre. No vé usted esas dos prominencias que tiene el enfermo en el pecho..?

=Sí.

=Pues son las roscas de trapo en medio de las que se echan las sanguijuelas.

=Podrá usted esplicarme eso, señor autor..?

=Sí, hombre. El enfermo, es la nacion; los barberos, son los electores; las roscas de trapo, son las cámaras; y las sanguijuelas, son los...

=La patrulla..! Vámonos de aquí.—dijo el actor.

Y los dos compañeros echaron á andar.

Ya que hubieron atravesado la calle, el gordo dijo al autorcillo.

=Descuídese usted de hablar, y lo mandan al infierno en landó, á que componga usted dramas y novelas, como mandaron á cierta ave á que fuera á cantarles á los diablos.

=Bah..!—replicó el flaco.

Y siguieron su camino.



XXXII.

GERTRUDIS LA MONJA.

Antonia se quedó parada en la esquina de la calle de las Vizcainas, dudando qué direccion tomaría, cuando volviendo la vista ácia el oriente, hirieron sus ojos las innumerables luces, colocadas en los faroles que había en los balcones y puertas de la 2ª calle de Mesones.

Entonces, dominada por una atraccion desconocida, se dirijió al lugar tan numerosamente iluminado, atravesó las calles de las Vizcainas y el portal de Tejada, y se detuvo en la esquina de la calle de las Ratas.

La infeliz criatura se asombró con el espectáculo á que asistía.

Era la primera vez de su vida que miraba las luces; y su vista vagaba por todas partes, con una espresion mezclada indefiniblemente de espanto, de estrañeza, y de curiosidad.

La profusion de la luz hería sensiblemente sus ojos; los gritos de los vendimieros, la risa de la jente, el rumor incesante

de la multitud, y el chirrido de los cohetes voladores y corredizos, reunido todo esto á las armonías de la música, llenaron el alma de la jóven de una sensacion nueva, conmoviendo su espíritu de una manera poderosa.

Acostumbrada nada mas á los quehaceres de su casa, sin haber visto nunca mas calle que la en que vivía, Antonia se quedó á la vista de las luces, tan asombrada como debe quedarse el viajero, que por la primera vez contempla el pirámide de Cholula.

Sus facciones tenían cierta espresion parecida á la de un idióta; algunas veces se asomaban las lágrimas á sus ojos, y otras sonreía tan inocentemente como un niño, á la vista de un juguete que ha deseado...

Ah..! Hay circunstancias en la vida difíciles de esplicarse; hay conmociones que se sienten, pero que no pueden comprenderse, porque tienen la mezcla irónica del dolor y de la alegría, del placer y de la desgracia; hay momentos tan escepcionales, que por mas que uno quiere analizarlos, le es absolutamente imposible; y en los que á fuerza de reflecsiones y de razonamientos, cae uno en el abismo impenetrable de la duda.

Y, en efecto; considerar á una criatura, quien, aunque obstinada en un capricho, hijo de los defectos de su naturaleza y de su educacion, merece ser feliz; jóven, hermosa hasta hechizar con una de sus acciones, con la menor de sus miradas; dotada de una alma elevada, sensible á todo lo grande, respetuosa á todo lo sublime; y verla en un momento sin familia, sola, reducida á velar por su honra, luchando por conservarla; y, por último, siendo la víctima indefensa de la maldad de un infame; prostituida contra su voluntad, y forzada á envilecerse para poder vengarse; todo esto, es, por cierto, una perspectiva que lastima el pensamiento, y que lo conduce á dudar de lo que considera.

Porque, decimos; cuál es la causa de que una criatura que

nace con el instinto del bien, se prostituya al mal, acosada por la desgracia..?

Por qué, aquel en cuya imajinacion jermina la imájen y el deseo de la felicidad, vé cubrirse su porvenir con el tenebroso velo del infortunio..?

Ecsiste acaso una *predestinacion*, para que todo aquel que es bueno, y que por lo mismo merece ser feliz, se vea impelido á su despecho á encenegarse en el mal, y á labrarse su eterna desventura...?

Y, suponiendo que esa *predestinacion* ecsista;

Es esto justo..?

Por qué, Antonia, que aunque estaba dispuesta á entregarse á aquel que amara, sin que por eso quisiera revolcarse en el fango del vicio, se veía reducida á un estado que ni es la manía ni el idiotismo, ni la demencia ni el juicio, ni lo que es, ni lo que no es..?

Ah..! En este fantasma *sangrientamente ridículo* que llamamos *vida*, y que tan ávidamente devoramos, hay padecimientos tan hondos, contrastes tan desgarradores, misterios tan intrincados, que enloquecen á la razon.

La vida..!

Y qué cosa es la vida..?

Es una irrision, ó es un placer..?

Es una ilusion burlesca, ó una realidad sublime..?

Es una inmensa galería de dolores y de alegrías...

Es una comparacion sarcástica de la dicha y de la desgracia...

Es una balanza en la que el bien y el mal se disputan el peso...

Es un paralelo entre lo que es, y lo que debe ser...

Es una sonrisa que halaga y una fiebre que consume...

Es una duda...

Una ironía.

Y cuando el pensamiento se deja llevar por la fuerza des-

conocida que lo arrastra, á esa galería de placeres y de pesares, la razon mundana no halla cómo esplicarse los contrastes dolorosos que se le presentan en la risa del que goza y en el llanto del que padece; y mas atrevida que el ánjel maldito, se esfuerza en enmendar lo que Dios ha hecho y que tiene señalado en el libro inmutable de la creacion, hasta que convencida de su pequeñez y de su miseria, se humilla ante los decretos de la Omnipotencia, reverencia y adora su poder.

Y con todo; el corazon del hombre, sensible por naturaleza á pesar de su egoísmo, no puede ver con indiferencia ese cúmulo de padecimientos que aflijen á la humanidad; y quisiera derramar en el alma de los que sufren, el consuelo y la felicidad de que él mismo necesita, hasta que desesperado de hallarla en este mundo, se refujia en la esperanza de que todo está compensado en la otra vida.

Y si no fuera por esa esperanza, habría quien soportara con valor todas las desgracias que atormentan nuestra ecsistencia..?

No.

Y no se nos diga que en la tierra hay alguno que sea completamente feliz.

Eso sería un perfecto milagro.

Por eso hemos dicho en el prólogo de nuestra obra, y ahora lo repetimos;

La historia de la vida humana no es mas que un drama contínuo; y el novelista no hace mas que recapitular los hechos aislados, y relatarlos tales como son.

Yo estoy convencido de que en el mundo todo se desliza entre este contraste;

Una lágrima y una sonrisa.

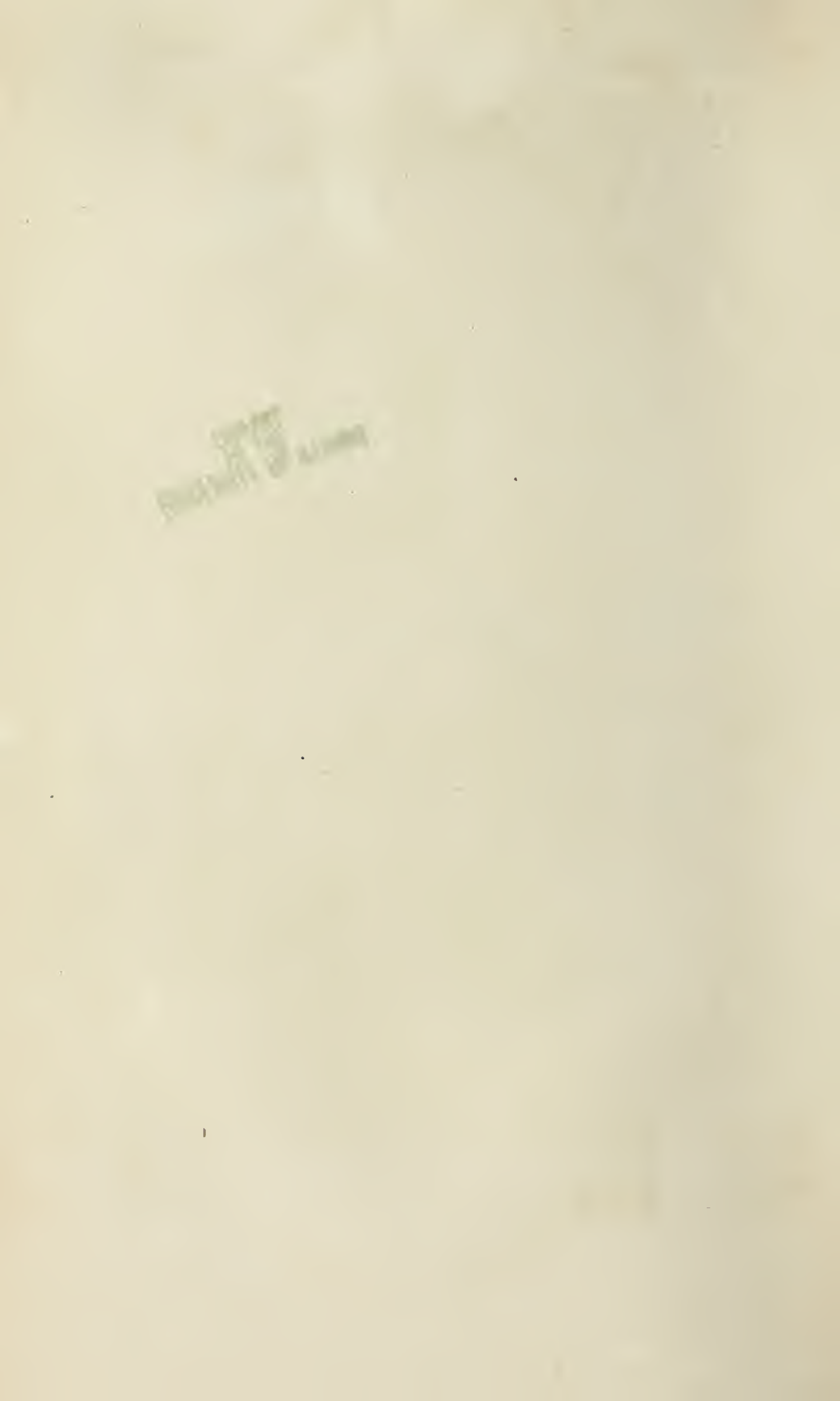
Esto es una ironía.

Por eso Antonia sonreía al mismo tiempo que lloraba, sin saber ni por lo que lloraba ni por lo que sonreía...

Por eso el mayordomo arreglaba con Simon la pérdida de



Gertrudis la monja.



Inés y de Hipólito, mientras que la primera esperaba en el padre Anselmo que ya no ecsistía; y en tanto que el segundo estaba en Toluca buscando á un amigo, de quien había comprado la vida D. Jacinto...

Por eso María, confiaba en el amor de Agustin, mientras que éste, aunque inocentemente la engañaba...

Por eso Luisa y Cárlos se hallaban separados, en tanto que Simon, aseguraba la impunidad de sus crímenes...

Y por eso, tambien, muchos lloran en el mundo mientras que otros rien..!

Y cuál es el consuelo que hay en medio de esa amalgama de risas y de lágrimas..?

Uno nada mas.

La esperanza de que todo está compensado en la otra vida..!

Y esta esperanza es el valor, la constancia, la paciencia y la fé para afrontar todas las desgracias que nos agobian, en este mundo de miserias y de lágrimas que devoran.

. . . .

Antonia permanecía inmóvil y alelada contemplando las luces de Rejina.

Su copioso temperamento, revelado desde muy temprano por la naturaleza, y despertado por su desventura, hallaba cierto placer indecible contemplando aquellas luces, y se cebaba en él con un afan inesplicable.

Cualesquiera que no se hallara dominado por las sensaciones de Antonia, hubiera visto en aquellas luminarias, en aquellos faroles y en aquella muchedumbre, un cuadro de costumbres populares y nada mas; pero Antonia, torturada por tantos dolores, esclavizada por tantas y tan contrarias conmociones, ecsaltada por su naturaleza hasta un grado supremo, se había fascinado con lo que veía, sintiendo al contemplar aquellas luces, el gozo pueril que se apodera de los niños al mirar el último cuadro de Marta la Romarantina, del Diablo Verde, ó de otra comedia de májia.

Para ella no era aquello ni las luces de Rejina, ni menos un cuadro de costumbres populares.

Era un prisma refuljente que había iluminado su vista;

Era un foco de luz que la había deslumbrado, y que la abrasaba con sus destellos.

Su cuerpecito se estremecía, sus ojos ardían; por cualesquiera parte á donde dirijiera sus miradas, veía fuego; el suelo, las jentes, el cielo, todo brillaba para ella, y aun ella misma se veía rodeada de luz.

En medio de su alucinamiento, llegó á olvidar cuanto sufría; y sedienta por embriagarse en el rio de lumbre que miraba, atravesó la boca-calle, y entró á la 2ª de Mesones.

Y andando paso á paso, mirando á todas partes, respirando con trabajo y riendo nimiamente, llegó á la esquina opuesta; y siguiendo el impulso de su deseo, dió vuelta por la calle del Tompeate, siguió á la del Puente de Monzon, y torciendo por la derecha, entró á la del Tornito.

Esta última calle, no solo estaba menos iluminada que las otras, sino que apenas había en ella dos faroles en un balcon de la esquina; y se hallaba enteramente sola, pues toda la concurrencia vagaba por las otras calles que forman la carrera de las luces.

Antonia, que acababa de salir de una atmósfera abultada por la confusion de la multitud y por la profusion de la luz, sintió una conmocion opuesta á la que había esperimentado cuando llegó á la esquina de la calle de las Ratas.

Refrescada algo con el aire menos pesado que corría por aquella calle, se apoyó contra la pared, y se quedó como pensando en lo que había sucedido.

Mas de diez minutos se estuvo en esa situacion; y al cabo de este tiempo prorumpió en un grito aflictivo, y llevó su mano á la frente.

Acababa de recordarlo todo..!

La impaciencia, la cólera y el furor, sucedieron al alucinamiento; y la triste jóven, temblaba de rábia y golpeaba con su piecesito el piso de la calle.

Despues, temiendo que la hubieran robado, llevó con inquietud su mano dentro del seno, y se tranquilizó cuando halló en él sus onzas de oro.

=Oh..!—dijo con voz reconcentrada.—Aquí tengo tu oro..! Yo te abrasaré de sed..! Yo me vengaré..!

Luego permaneció inmóvil algunos minutos; y al fin, se cubrió bien con su manton, cruzó los brazos sobre el pecho para oprimir el oro con su cuerpo, impidiendo de este modo que sonaran las monedas; y pensando á dónde dormiría, echó á andar ácia la esquina de la calle de la Estampa de Rejina.

Había andado la mitad de la cuadra, cuando distinguiendo un bulto que se deslizaba contra la pared, y temiendo ser robada, quiso cederle el paso; pero el bulto se le adelantó, y deteniéndola por el vestido, cayó de rodillas delante de ella, diciéndola al mismo tiempo que lloraba:

=Tengo hambre..!

Antonia clavó su vista en la persona que le hablaba con tanta angustia.

Era una mujer, la que viendo que la jóven no respondía, volvió á repetir.

=Tengo hambre..!

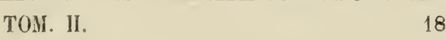
=Hambre..!—dijo Antonia maquinalmente.

=Sí; hambre..!—replicó la mujer.—Hoy no he comido nada, porque el último dinero que conseguí, lo emplee en pagar mi cuarto, para que no me echaran á la calle y me dejaran sin tener á dónde ir á dormir..!

=De veras..?—preguntó Antonia con ansiedad, porque una idea rápida como el relámpago, se posesionó de su mente.

=De veras..!—contestó la mujer.

=Y á dónde vives..?



=En el hotel de Tiburcio.

=El hotel..! Y qué cosa es un hotel..?

=Es una posada.

=Ah...! Vives en una posada y no tienes que comer..?—Dijo Antonia con cierta incredulidad.

=Oh..!—contestó la mujer.—Es verdad. Me he quedado hoy sin comer por pagar el cuarto; porque si no lo hubiera hecho, no tendría yo adonde dormir, y no conozco á nadie en México.

=No conoces á ninguno..? Pues entonces...

=Oh..!—dijo la desconocida comprendiendo que había dicho demasiado.—Oh..! usted desconfía de mí; y sin embargo, digo la verdad... No quiero engañar á usted... tampoco quiero hacerla ningun mal, porque si eso fuera, bastante tiempo he tenido para robarla el *tápalo,* sin que usted lo hubiera podido evitar... Tengo hambre..! Eso es todo. Quiere usted darme algo para comprar que comer..?

Antonia se quedó pensativa.

Aquella mujer que llorando y arrodillada le pedía *pan,* y que sin embargo, vivía en una posada, inspiraba á la jóven cierto interés desconocido; y ademas, Antonia no tenía en donde pasar la noche, y una circunstancia casual, la presentaba á aquella mujer aflijida, que vivía sola, y con la que podía irse á dormir, á lo menos mientras que llegaba el otro dia.

Una sola reflecsion la contenía.

Si la que le pedía la limosna descubría que tenía oro, no sería dificil que la robara, por lo mismo que se hallaba en la pobreza; y entonces indudablemente se vería tambien en la miseria, ó quién sabe si no contenta aquella mujer con robarla, la quitaría la vida privándola de su venganza.

Hallábase perpleja en estos pensamientos, cuando la desconocida la dijo.

=Por fin..?

A esta pregunta, hecha con mas angustia y con mas lágrimas, la jóven acabó de decidirse, y dirijiéndose á la mujer la preguntó:

=Es verdad lo que me dices..?

=Sí.

=A dónde vives..?

=En el hotel de la calle de Tiburcio.

=Está lejos de aquí..?

=No.

=Me llevarás á él..?

=Sí.

Antonia se quedó pensando, y despues prosiguió:

=Pero si me engañas..?

=La juro á usted que no..!

=Mira, no me engañes porque puede tenerte mucha cuenta que me digas la verdad.

=La repito á usted que no. Haré mas todavía. Si usted vá conmigo al hotel, la contaré á usted mi vida... sabrá usted lo desgraciada que he sido... se lo diré á usted todo... lo sabrá usted todo..! Pero déme usted algo para comer, porque tengo hambre..!

=Pobre mujer..!—pensó Antonia.

=No me responde usted..?

=Sí... sí; pero... no sé si puedo creer...

=Oh..!

Esta última esclamacion tenía una espresion tan desgarradora, que penetró hasta el corazon de la desdichada Antonia.

Esto no es estraño.

Las almas que padecen, se comprenden, porque los dolores son una simpatía irresistible; y siempre los que han sufrido ó los que temen sufrir, tienen compasion de los que sufren.

Así es, que la jóven se dejó arrastrar por el padecimiento de aquella mujer desconocida, y por último, la dijo:

=Vamos, vamos al hotel.

=Oh..! gracias..!

=Dices que no está muy lejos..?

=No; tenemos que andar tres cabeceras nada mas.

=Pues vamos; no olvides que confío en tí.

=No, no lo olvidaré; y para darla otra prueba de que no quiero hacerla ningun daño, mire usted,—añadió sacando un puñal de dentro del seno.—Si hubiera yo querido matar á usted, bien pude hacerlo sin que nadie lo evitara. Tome usted este puñal y máteme si la engaño.

Antonia tomó el arma que le daba la mujer, estremeciéndose al pensar en el riesgo que había corrido; y guiada por la desconocida, echó á andar ácia el poniente, dieron vuelta por la calle de la estampa de Rejina, y diez minutos despues entraron al cuarto número *** del hotel de Paris, situado en la calle de Tiburcio.

La desconocida encendió una luz.

Antonia la dijo que pidiera de cenar; y despues de que la mujer hubo saciado su hambre, cayó de rodillas y bañada en lágrimas á los piés de la hechicera jóven, diciéndola con entusiasmo:

=Me ha dado usted pan... me ha salvado usted la vida.. oh...! no sé cómo pagar á usted este beneficio... Señorita..! señorita..! qué quiere usted que haga por usted..?

=Me has prometido contarme tu vida,—la replicó Antonia;—y creo que ya es tiempo de que me cumplas lo que me ofreciste.

=Es verdad..!—replicó la mujer.

Se puso en pié, sentóse en una silla y se quedó silenciosa, como recordando su pasado.

La desconocida tendría veintisiete años; en su fisonomía, si no se veían los restos de una hermosura, había á lo menos, las huellas de un rostro que debía haber agradado en mejores dias.

Su frente era regular; sus ojos grandes y negros, su naríz roma, pero bien hecha; su boca de buen tamaño, y el resto de su rostro ovalado; pero todo ese conjunto estaba lastimosamente maltratado; en las mejillas estaban pintados los escesos del vicio; el fuego de sus ojos algo amortiguado, solía brillar de cuando en cuando con la viveza y rapidez del relámpago; y su cútis, quebrado y pajizo, estaba cruelmente hollado por las señales del placer.

En los modales de esa desdichada, había cierta especie de firmeza y de decencia, que dejaban traslucir las impresiones de una primera educacion; y su lenguaje, elocuente y natural, revelaba un talento despejado, aunque viciado por el trato frecuente de los que habitan en las sentinas del cinismo.

Tal era la persona ácia quien Antonia acababa de aficionarse por la atraccion tan misteriosa como real de los dolores.

Abrumada por los padecimientos, la jóven se encontró con otra mujer que tenía hambre, que la pidió *pan* postrada á sus piés; y que, queriendo obtener esa caridad, la ofreció llevarla al cuarto que habitaba, prometiéndola referirla su desgraciada historia; y todas estas circunstancias, unidas á la poderosa simpatía del sufrimiento, la hicieron interesarse por aquella especie de mendiga, socorrerla, ir con ella, y preguntarla su pasada vida.

Había mas aun.

Un presentimiento vago y lejano como la esperanza del que van á ahorcar, decía á la bella jóven, que aquella mujer tan desgraciada, podía servirle de mucho en sus proyectos de venganza; y que socorriendo á una desdichada, se ganaba una amiga sincera, capaz de servirla y de sacrificarse por ella; y esta reunion de pensamientos, aumentados por la necesidad que Antonia tenía de dormir esa noche en alguna parte, fueron los que contribuyeron á que se decidiera á seguir á la mujer.

Véamos ahora, si los presentimientos de Antonia se efectuaron.

Como dijimos antes, la mujer se quedó reflecsionando; y la jóven, viendo que aquel estado se prolongaba, la preguntó:

=Y bien..? No empiezas..?

=Sí... sí...

=Pues entonces, qué te detiene..?

=Es tan triste mi historia, que necesito hacer un esfuerzo para referirla... necesito mucho valor... pero lo tendré. Escúcheme usted.

=Bien; ya te oigo.

=Me llamo Gertrudis Perez, y nací en México el año de 1823. Mi padre tenía un cajon de ropa en el Parian, y fué uno de los que perecieron en el saqueo del año de 1828. El paso de la riqueza á la pobreza, causó á mi padre un cambio de carácter; los disgustos domésticos se siguieron á la tranquilidad de que disfrutaba mi familia, y el divorcio fué el resultado de esas disensiones. Los jueces sentenciaron la separacion, mandando que yo, y dos hermanos mas pequeños, viviéramos con mi padre; y apenas de edad de seis años me ví privada de mi madre. Mi padre no pudo soportar la pobreza; y para olvidar sus males, dió en embriagarse gastando en saciar su vicio lo poco que ganaba para alimentarnos; nuestras necesidades se aumentaban diariamente; y por fin, no teniendo ya mi padre para pagar ni un cuarto de vecindad, nos llevó á vivir á un *jacal* que estaba en la calzada del Campo Florido, entregándonos á la discreion de unas *atoleras*. Mi vida desde entonces empezó á ser mas triste, mas aflijida; para comer me veía precisada á barrer las puertas de las casas de la calle del Niño Perdido, á hacer mandados en la vecindad, y á moler maiz; pero esto no bastaba, porque como todos me veían tan niña, nunca me daban dinero en cambio de mi trabajo, sino que me lo retribuían con tortillas duras y mendrugos de pan,

los que comía yo en compañía de mis hermanitos... Mi padre nos veía muy poco; y cuando lo hacía nunca nos llevaba nada... Apenas pasaba dia, sin que llorara, porque mis hermanos me pedian pan; y en vez de tener que darles de comer, tambien me moria de hambre... Un dia, que eran las once y aun no habiamos comido nada, llegó mi padre borracho, y porque le pedí pan... me dió de bofetadas..! Me quedé llorando, y mis hermanitos tambien lloraban conmigo... Despues de esto, muerta de hambre y no sabiendo á dónde ir, tomé á mis hermanos de la mano y fuí á la iglesia del Campo Florido. El santuario estaba solo; y arrodillada delante de la imájen de la Purísima Vírjen, oré con fervor pidiéndola ausilio y proteccion... Las lágrimas corrían de mis ojos; mi corazon latía con violencia, y mi desconsuelo era inmenso... Despues de haber orado, me levanté y eché á andar para salir del templo, seguida de mis hermanos... Al llegar á la puerta me detuve porque no sabía á dónde ir... mi vista vagaba por todas partes, y acabó por fijarse en la alcancía á donde los fieles depositan sus limosmas para los gastos del santuario... La soledad de la Iglesia era completa... la alcancía estaba abierta, y yo y mis hermanitos teniamos hambre... Yo veía á todas partes llena de inquietud... al altar... al coro... á la puerta de la sacristía... á la calle... daba un paso ácia la alcancía, y me detenia... Sentía deseos y arrepentimiento... tenia miedo y tenía hambre... Mis hermanitos lloraban y yo tambien lloraba.... Ninguna jente se aparecía ni por el cementerio ni por la sacristía... Yo no sé... lo que pasaba por mí, ni pude, ni aun puedo esplicarlo... era una angustia terrible... una agonía suprema... Por fin, no pude resistir... me acerqué á la alcancía, y... Tenía yo nueve años..! si entonces hubiera muerto..!

Gertrudis calló un momento, porque los sollozos ahogaron su voz.

Poco tiempo despues, enjugó su llanto y continuó.

=Me acerqué á la alcancía temblando, la abrí sin hacer ruido; y aunque había en ella algun dinero no tomé mas que *medio*, y salí de la iglesia... Con el medio que me cojí, compré *pan bazo*, dí una torta á cada uno de mis hermanos; y me dirijí ácia el Salto del Agua comiendo mi pan, y pensando á dónde iría... Llegué en medio de la plazuela, y me quedé parada y llorando, porque todavía no sabía qué hacer... Al cabo, recordé que tenía una tia, hermana de mi padre, y resolví ir á verla... El camino era largo, porque mi tia vivía en el Puente de Solano, y mis hermanos demasiado pequeños para que no se cansaran; pero confiando en Dios, dividí entre los tres la última torta de pan bazo, que me quedaba, tomé á mis hermanos por la mano, y eché á andar en busca de mi tia... Ella nos recibió con cariño, nos trató muy bien, y desde entonces comenzó para nosotros una nueva vida... Puso á mis hermanos en la escuela, y á mi en la amiga; y como ella había tenido tiempo y proporcion para aprender todo lo que debe saber una mujer, me enseñó á coser, á guisar y toda clase de bordados, me buscó maestro de piano, me trató con mucho cariño, y á su lado fuí feliz... Once años solamente... Ah..! por qué me separaría de ella..! Su cariño me hizo olvidar todo cuanto había yo sufrido... sus bondades curaron los dolores de mi corazon, y sus consejos me enseñaban el camino de la felicidad... Fué para nosotros un ángel..! Fué nuestra segunda madre; porque la primera, pobre y desgraciada, no la volví á ver sino en la época en que me agobiaba el infortunio... Oh.. Madre mia..! Madre mia..!

La mujer se interrumpió de nuevo y luego prosiguió.

=Como dije á usted antes, ya era yo feliz, y lo hubiera sido siempre, si mi tia Gerarda, hermana de la que me recojió no me hubiera hecho desgraciada. Siempre que nos visitaba, siempre que me veía, me decía que era yo bonita, y que había de hacer fortuna; y me instaba para que me fuera á vivir con

ella. Yo siempre resistía, porque el cariño y la gratitud que sentía por la tía que me había educado con tanto esmero, no me dejaban que la abandonara. Pero mi tía Gerarda, viendo mi resistencia, habló con su hermana; y despues de muchos empeños y ruegos, consintió en que me separara yo de ella, quedándose con mis dos hermanitos; y un dia, hace ocho años, me separé para no volverla á ver...! Mi tía Gerarda, sabía que yo bordaba bien; y como mi otra tía la refirió lo que había hecho en el Campo Florido, me hizo bordar un paño para el altar de la Vírjen, diciéndome que debía írselo á ofrecer en remuneracion del medio que me robé de la alcancía... La obedecí, creyéndola de buena fé, é ignorando que ese acto de restitucion, no era mas que un pretesto para perderme. Cuando hube concluido el paño, fuimos las dos al santuario, y al llegar á la iglesia ví un coche que estaba parado afuera del cementerio. Entramos al templo, y en él no se encontraba mas que un hombre, embozado en su capa, y rezando devotamente... Despues que entregamos el paño al sacristan, nos pusimos á orar, arrodilladas cerca de la puerta... Estábamos en esa situacion, cuando el hombre que se hallaba rezando, se levantó y se dirijió á la calle... al pasar junto de nosotros se me quedó mirando fijamente, y mi tía se levantó para saludarle... ignoro lo que se dirían, porque hablaron en voz baja; pero mi tía me hizo seña de que me parara; la obedecí, y los tres salimos de la iglesia... Ya que nos hallábamos en el cementerio, mi tía me dijo:

=Conoce al señor D. Jacinto Enriquez....

Antonia, conmovida al nombre del infame como por la electricidad de un rayo, se puso en pié, con los ojos vertiendo lumbre, los lábios temblorosos y la faz lívida.

Sus recuerdos, adormecidos por la relacion de las desgracias de Gertrudis, se presentaron de bulto á su imajinacion al escuchar el nombre del mayordomo.

Gertrudis se espantó de ver á la hermosa jóven tan violentamente transformada, y no pudo comprender aquella reaccion repentina.

Creyendo que Antonia se hallaba enferma, la dijo angustiosamente:

=Señorita, que la sucede á usted...?

Antonia dominó su emocion al oír la pregunta de Gertrudis, cargó los codos encima de la mesa, y comprimió su frente con sus lindas manecitas.

Despues alzó la cabeza, miró á Gertrudis, y con una sonrisa llena de amargura:

=No tengo nada;—la dijo.—Continúa, continúa.

Gertrudis obedeció.

=Conoce,—me dijo mi tía,—al señor D. Jacinto Enriquez, mayordomo de un convento de monjas, bueno, caritativo y cristiano; aprécialo, porque es digno de ello, y acaso le deberás muchos favores.

=El hombre á quien mi tía me presentaba era ya de bastante edad; su cara muy fea, y sus narices...

=No me lo pintes, no me lo pintes...!—dijo Antonia estremeciéndose.—Lo conozco demasiado por mi desgracia...

=Le conoce usted...!

=Sí; sí; pero continúa tu historia... Quiero saberlo todo...! todo...! todo...!

=Ah...! todo se lo diré á usted. Despues de las palabras de mi tía, el mayordomo me dirijió una mirada, me hizo un cariño, y nos convidó para que subiéramos al coche que estaba esperándole... Mi tía aceptó la invitacion; y acompañadas por D. Jacinto subimos al coche y fuimos á su casa. Allí nos hizo comer tratándonos con aprecio; y pasó la tarde con nosotras, distinguiéndome con su cariño y con sus ofrecimientos... Cuando nos despedímos de él, hizó que mi tía le prometiera repetir sus visitas á menudo, y ella aparentó resistirse, cedien-

do al fin á sus ruegos... Despues, partimos. Toda aquella noche no oí hablar mas que del mayordomo, de su buen carácter, de sus virtudes, y de los beneficios que podía hacerme si yo me conquistaba su cariño. Mi tía Gerarda cumplió lo que le había ofrecido... al otro dia de nuestra primera visita la repetimos, y despues ya íbamos diariamente... Yo, pobre ciega, no conocía los perversos fines que se proponían ambos, y me dejaba llevar á casa de ese hombre, sin resistir y sin preveer lo que podía acontecerme... Así pasó algun tiempo, hasta que un dia... un dia... Oh...¡ no sé cómo proseguir...!

=Sigue, sigue...!—dijo ansiosamente Antonia.

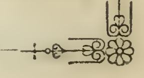
=Un dia, que era el cumpleaños de mi tía, dijo el mayordomo que quería obsequiarla, é hizo un baile en su casa... Mi tía quiso que me presentara bien ataviada, y me hizo un traje de gró para que lo estrenara esa noche... Mientras que duró el baile, D. Jacinto no cesó de ser mi compañero; y en medio de las cuadrillas y de las contradanzas, me apretaba la cintura y las manos; y durante las vueltas del wals, oprimía mi cuerpo contra el suyo... Hizo mas... Despues de haberme hecho tomar algunos licores, me dijo que me amaba, que quería que fuera yo suya, y que á fuerza lo sería... Entonces, y por la primera vez, conocí lo que se ecsijía de mí, y me horroricé de lo que me esperaba... El baile concluyó á las doce de la noche; los concurrentes se marcharon, y en la casa solo nos quedamos mi tía, el mayordomo y yo... Mi tía se puso á conversar con él, y viendo que se dilataba la dije que si no nos íbamos; pero no me hizo caso y prosiguió su conversacion... Al fin, mi tía entró á una recámara contigua á la sala, y D. Jacinto se acercó á mí... Oh...! Nunca le había yo visto tan feo... Me habló de su amor, pero de una manera que me espantaba; quiso tomar una de mis manos, y entonces me paré de mi asiento y corrí en medio de sala... El tambien se

levantó, y entro á la recámara á donde estaba mi tía, saliendo despues de un momento con una cajita en la mano... Yo retrocedí al verle venir; pero él se me acercó, me tomó por la mano, me llevó junto á una mesa rinconera, abrió la cajita que llevaba, la que contenía un hilo de perlas y algunas onzas, y señalándome esos objetos con el dedo, me dijo:

=Ves ese hilo de perlas...? Ves ese oro...? Pues eso será tuyo si lo quieres...! Te es muy fácil poseerlo... Sé mía... y te daré todo lo que quieras...!

=Yo no le respondí... Hice un esfuerzo desesperado, logré desasirme de su mano, y corrí al rincon opuesto de la sala... El mayordomo se me quedó mirando con mucha cólera; pero en lugar de dirijirse á mí como me lo temía, volvió á entrar á la recámara, cerrando con llave la puerta de la sala... Viéndome sola, comencé á calcular cómo podría escaparme; pero me era absolutamente imposible... No tenía yo mas salida que los balcones, y éstos estaban muy altos... Con todo; me habría decidido á dejarme caer por uno de ellos, pero la puerta se abrió de nuevo, y entró por ella mi tía. Dirijióse á mí con los ojos encendidos de cólera, me reprochó el no haber cedido á los ruegos del mayordomo y haber rehusado sus ofertas; y cuando la contesté que nunca lograría lo que quería, entonces... me dió una bofetada...! Yo no pude contener mi llanto, y ella volvió á levantar la mano para pegarme; y queriendo evitar este golpe, corrí apartándome de su lado; pero ella logró cojerme por la falda del vestido; y arrastrándome de los cabellos, me llevó á la entrada de la recámara, me empujó ácia adentro, y cerró la puerta por fuera... En la recámara... estaba el mayordomo...!





XXXIII.

DOS ODIOS Y UN PACTO.

Gertrudis se cubrió el rostro con las manos, y Antonia lanzó un jemido de rábia.

Las dos mujeres se quedaron en silencio por algun tiempo, dominadas por dolores tan idénticos, que nos dispensan el trabajo de analizarlos.

Solamente dirémos que Gertrudis recordaba su pasado y se avergonzaba de su presente; y que Antonia, ecsaltada por la revelacion que acababa de oír de boca de aquella víctima de su verdugo, pensó nuevamente en su venganza.

Al fin, despues de un rato de silencio, Antonia dijo á su mendiga:

=Continúa, pobre mujer, continúa...!

Gertrudis alzó la vista y la fijó en el rostro de Antonia con la espresion de una profunda gratitud; y pasado un minuto continuó.

=Al otro dia del baile, D. Jacinto me llevó á una casa que había alquilado en la calle de ****.

=Mira,—me dijo con un acento repugnantemente amoroso.—Esta es tu casa; todo esto te pertenece; aquí vivirás acompañada por tu tía y por tus criadas; y nadie vendrá á verte, escepto yo, que te amo con delirio. Séme fiel, y te aseguro que serás la mas dichosa de todas las mujeres.

=Dicho esto, salió dejándome con mi tía. La casa estaba elegantemente amueblada. Los sofás, las sillas, el piano y la consola eran de madera fina, y una rica alfombra cubría las soleras del piso. Tenía tres criadas que me servían con eficacia, y no me faltaba nada de lo que quería. Concurría yo al teatro, á los bailes y á los paseos; pero siempre acompañada de mi tía Gerarda, quien me trataba con mucho cariño, diciéndome contínuamente que tenía orgullo de que fuera yo su sobrina. Nadie me visitaba mas que el mayordomo, y desde esa época no volví á ver á mis hermanos. Pero á pesar de esa multitud de placeres de que disfrutaba, mi vida era triste, y mi estado me repugnaba... el fastidio me perseguía en todas partes, y todo cuanto me rodeaba solo servía para disgustarme... y sin embargo, no tenía yo valor para sustraerme al dominio de mi tía, ni tampoco al del mayordomo...! Una fuerza fatal, desconocida, pero irresistible, me aprisionaba en el círculo de esa vida despreciable; mis dias eran lánguidos, mis noches crueles, y deseaba con vehemencia que cambiara mi situacion... Así pasaron tres años... Por fin, un dia que fuimos á misa á Catedral, encontramos á un primo mio, á quien conocí en casa de mi otra tía, y que siempre me había tratado con mucho cariño... Cuando le ví, no pude menos de regocijarme; y él, al verme, manifestó mucha sorpresa, poniéndose descolorido al mismo tiempo. Nos saludamos, nos acompañó á misa, y despues nos fué á dejar á casa, prometiendo que nos haría una visita. Ya que se hubo ido, mi tía Gerarda me regañó por-

que no le prohibí visitarnos; y me dijo, que si iba á vernos, me retirara al interior de mi casa, sin saludarle si me era posible. Guardé silencio, porque sabia que eran inútiles las observaciones; y ademas, estaba convencida de que me esponía á un disgusto si replicaba; pero desde entonces desee ver á mi primo, sin saber por qué; y sin poder esplicarme la causa de ese deseo, salía yo contínuamente al balcon á ver si le veía pasar, y me impacientaba porque no parecía... si llamaban al porton, creía verle entrar, y cuando me desengañaba de que no era, me abismaba en el desconsuelo. Este afan me era tanto mas estraño é inesplicable, cuanto que si bien es cierto que apreciaba yo á mi primo, no tenía mi afecto ningun objeto particular, y no pasaba de ser un cariño de parentesco. Al cabo, despues de dos dias de esperar inútilmente, fué mi primo á visitarnos; mi gozo fué estremado al oirle hablar con la criada en la antesala, é iba yo á salir á recibirle; pero mi tía me tomó de la mano, me condujo á la recámara y cerró la puerta. Eso me desconsoló. Casualmente mi recámara estaba contigua á la sala; y conociendo el carácter de mi tía, temí que sucediera alguna cosa, y me puse á escuchar por el agujero de la llave, toda la conversacion que tuvieron mientras duró la visita de mi primo. El principio de dicha conversacion fué como el de todas vulgar é indiferente; pero cuando mi primo preguntó por mí, lo hizo de una manera tan empeñosa que no pudo menos de llamarme la atencion, y tambien á mi tía, la que le contestó que no estaba en casa, porque me había ido todo el dia á una visita. Mi primo dijo que lo sentía mucho porque deseaba verme, y que volvería al dia siguiente para tener el gusto de abrazarme; y mi tía al oír eso, manifestó mucha impaciencia, lo que notado por mi primo, no pudo menos de preguntarla la causa de tan repentino mal humor, diciéndola que si era por lo que había dicho, que no lo estrañara, pues siendo su parienta era preciso que quisiera verme, tanto mas cuanto que me amaba y quería casarse conmigo.

Semejante declaracion acabó con la paciencia forzada de mi tía; y colérica por lo que acababa de oír, declaró terminantemente á mi primo que nunca me vería, y le prohibió severamente que volviera á visitarnos. Mi primo se fué, y mi tía abrió la puerta de mi recámara de la que me había yo alejado; y fué á decirme cuanto acababa de pasar, tratando á mi primo de un modo muy duro. Por la primera y única vez de mi vida fuí hipócrita; dije á mi tía que había hecho muy bien en despedirlo, y aprobé aparentemente su injusto proceder. Mi tía se manifestó satisfecha y me hizo muchas caricias, asegurándome que cada dia me amaba mas, y yo finjí alegrarme con sus protestas de aprecio; pero desde el momento en que oí á mi primo que me amaba, nació en mi pensamiento un proyecto para libertarme de la tiranía de mis dos verdugos; y temiendo que sospecharan algo, aparenté un humor alegre y una condescendencia estremada á los caprichos de mi tía. Con esa conducta me granjee su confianza; y todas las tardes, cuando se acostaba á dormir la siesta, me asomaba yo detrás de la vidriera del balcon, para ver si pasaba mi primo, decidida á que si buscaba un medio para declararme su amor, aceptar éste sin titubear, con la condicion de que me sacara de aquella casa. Pobre primo mio...! No le amaba y tambien le engañé...! Pero este engaño era necesario; no tenía yo otro medio para cambiar de vida, y me aferré al que se me presentaba como á un recurso desesperado...! Ah...! Ignoraba yo que despues de esa vida que me fastidiaba, me esperaba otra todavía mas peor...!

Gertrudis tomó aliento, se enjugó una lágrima, y luego continuó.

=No pasó mucho tiempo sin que se realizaran mis deseos. Mi primo pasaba todas las tardes, y con sus señas me daba á entender que si quería yo recibir una carta. Al principio tuve miedo, pero despues me decidí; y un dia que él estaba pa-

rado en el zaguan de enfrente de mi balcon, llamé á mi criada, la envié á un mandado; y cuando salió á la calle, hice seña á mi primo de que con ella me remitiera la carta. No duró mucho mi ansiedad: mi primo sedujo á la criada, y en la misma tarde recibí aquella carta en que me decía que me amaba... Con todo, no quise responderle inmediatamente; y hasta la cuarta ó quinta carta fué cuando me resolví á hacerlo, diciéndole que lo amaba, que no podía ser su esposa porque era una mujer deshonrada; pero que si él quería, me iría con él, con la condicion de que había de espiar la hora de que fuera á verme el mayordomo, había de entrar detras de él hasta donde yo estuviera, sentarse á mi lado, abrazarme, y declarar en voz alta que era mi amante. Mi primo... aceptó... Dios me perdone el haberle engañado...! Dos dias despues, apenas había entrado D. Jacinto á la sala de mi casa, cuando se presentó mi primo. Mi tía, que estaba allí, le recibió con muy mal modo; y el mayordomo le preguntó con estrañeza, qué era lo que quería; pero él, sin hacerles caso, se sentó á mi lado, nos abrazamos, y dijo que era mi amante, y que iba á sacarme de allí. D. Jacinto y mi tía se encolerizaron estraordinariamente, y se echaron sobre mí; pero mi primo me defendió de todos los golpes que me dirijían; esto aumentó la ira de mi tía, quien tomó una silla, é iba á descargarla sobre mí, cuando el mayordomo la detuvo, diciéndola:

=Déjela usted, déjela usted...! Puesto que es tan ingrata que olvida todos los beneficios que la hemos hecho, y que ese olvido lo lleva hasta el estremo de dejarse seducir por un bribon, que se marche con él, y que no nos vuelva á ver.

=Dichas esas palabras, me tomó de la mano, me despojó de mis vestidos dejándome nada mas qué mi camisa y mis enaguas blancas, y acompañada de mi primo, me echaron á la calle...! De este modo fué como salí de aquella casa que me repugnaba... Mi primo me llevó á vivir á un cuarto situado

en una casa de vecindad del barrio de S. Pablo, me dió algun dinero, y me dijo que no saliera de allí hasta que él volviera de un viaje que tenía que hacer á Cuernavaca. Pasaron algunos dias; y una mañana que estaba yo ocupada en arreglar mi habitacion, ví entrar á mi tía Gerarda, acompañada de la policía, á la que me señaló diciendo:

=Esa es, esa es la sobrina pervertida que se fugó con su amante...! Llévensela ustedes presa... llévensela á casa del alcalde, para que la mande á la Diputacion.

=Los soldados se apoderaron de mí, y me condujeron á casa del alcalde, que vivía á la cuadra siguiente. Cuando llegamos, me hicieron esperar en el corredor; mi tía entró á la sala donde se hallaba el tribunal, y poco tiempo despues me llamaron. Entré temblando como si hubiera cometido un crímen, y me quedé en pié delante del alcalde. Era éste un hombre pequeño de cuerpo, flaco, descolorido, de ojos pequeños; tenía la cabeza envuelta con un pañuelo, y se llamaba Simon. Mi tía tomó la palabra, y me acusó por haberme fugado con mi primo, deshonrando el nombre de mi familia. Quise responder refiriendo la verdad; pero cuando iba yo á hablar, mi tía me dió una bofetada, gritando:

=Cállese la insolente, y no me falte al respeto...!

=A pesar de esta última injusticia, hubiera replicado; pero el alcalde me impuso silencio, diciendo que estaba bastante instruido de mi proceder, y que me iba á sentenciar. Entonces se puso á escribir un papel; llamó á un soldado de los que me aprehendieron, y se lo entregó diciéndole que me llevara á la Diputacion. Los soldados se apoderaron de mí por segunda vez, y aquella noche fuí á dormir á la cárcel. Al otro dia me hicieron salir con una porcion de mujeres casi desnudas; y conducidas por *los aguilitas,* nos llevaron á barrer *los arbolitos* del cementerio de Catedral, y las calles de la Alameda. No pude menos de estrañar esa circunstancia, y pregunté á

uno de los que me cuidaban por qué me impusieron aquella pena, á lo que me respondió, que me la habian impuesto por *borracha*. Iba yo á negar el hecho, pero una reflecsion repentina me contuvo; y pregunté *al aguilita:*

=Cuánto tiempo duraré presa...?

=Es la primera vez...?—me preguntó.

=Sí.

=Estarás ocho dias.

=Esta respuesta me dió ánimo, porque la esperanza de verme pronto libre, era un consuelo en mi infortunio. Pasaron, pues, esos ocho dias de tormentos, en los que muchas veces me quedé sin comer; y al cabo, salí en libertad. Lo primero que hice fué ir al cuarto que habitaba antes de mi desgracia, con la esperanza de encontrar en él á mi primo; mas hallé cerrada la puerta, y los vecinos á quienes pregunté, me dijeron que había llegado mi marido, porque creían que mi primo lo era; y que no hallándome allí, hizo vaciar el cuarto, y se fué sin decir á dónde. Semejante acontecimiento me apesadumbró, porque no tenía yo en la tierra mas protector que mi primo; y lamentándome de mi suerte, salí llorando de aquella casa, y eché á andar sin saber donde. El primer pensamiento que me ocurrió fué ir á ver á aquella tía que tan bien me había tratado, y tener al mismo tiempo el gusto de abrazar á mis hermanos; pero reflecsionando en mi vida pasada, me avergonzé de mi estado y no pude resolverme á ir á verlos...! Despues de pasar muchos dias de angustias y de pesares, de hambre y de sed, de esperanzas y de desesperacion; durmiendo en las calles y en los *jacales*, en los portales y bajo los tejados de los bancos de herrador, me resolví por fin, á buscar una colocacion de costurera; y esperando encontrarla pronto, tomé un cuarto que me alquilaron en el callejon del Vinagre, sin ecsijirme ni fiador ni mes adelantado. Al otro dia quise levantarme; pero no me fué posible. Los dias tan aciagos que había pasado, debilita-

ron mi cuerpo de tal manera, que me era imposible ponerme en pié. Pasé todo el dia acostada en las vigas del piso; y en la noche, ya no supe lo que fué de mí .. Pasado algun tiempo, cuando recobré el conocimiento, me ví rodeada de algunas vecinas caritativas, que me habian cuidado y curado durante todo el periodo de mi enfermedad; y al cabo de algunos dias ya pude levantarme. Entonces, despues de dar las gracias á mis vecinas, iba yo á abandonar aquella casa porque la miseria en que vivía, y la imposibilidad en que me hallaba de trabajar, me impedian pagar la renta del cuarto; pero una de aquellas mujeres que me cuidaron, me ofreció un asilo y un pedazo de pan, mientras encontraba en qué ocuparme; y á las dos semanas, me proporcionó un destino de criada en el convento de ***. Acepté con gratitud, y en el mismo dia comencé á servir. Dos meses estuve en el convento, al cabo de los cuales entraron los yankees á México; y en esta época fué cuando comenzó la segunda série de mis desventuras. No era yo feliz con mi destino, porque la memoria de mis dolores me perseguía sin cesar; pero á lo menos, vivía tranquila, porque tenía un pedazo de pan que comer, y un techo bajo que dormir... No estrañaba mi lujo pasado, ni deseaba ninguna de las otras *comodidades incómodas* de la vida; y acaso, lo habría olvidado todo, si hubiera podido abrazar una vez á mi madre y á mis hermanos... Pero Dios me crió para padecer, y me fué preciso sufrir... A la caida de una tarde de Octubre de 1847, volvía yo del callejon del Vinagre, al que había ido por ver á mis vecinas; y al atravesar la boca-calle de la Machincuepa á la estampa de Jesus María, me detuvo el paso un yankee borracho, y me quiso llevar consigo. Resistí cuanto me fué posible á la violencia que se me hacía, y no sé que hubiera sido de mí sin el ausilio de otro americano que me defendió... Ya me consideraba libre completamente de aquel malvado, cuando al llegar á la esquina de la calle de Chiquis, sen-

tí una mano que me cojió de los cabellos, y tirándome con violencia me arrojó contra el suelo; y al mismo tiempó oí un *By God...!* en cuyo acento reconocí al yankee que quiso violentarme. El golpe fué tan terrible que me dejó sin sentido; cuando recobré el conocimiento, me encontré sentada en el quicio de una puerta; y una de mis vecinas que casualmente pasaba por allí, me limpiaba la sangre que corría de la rotura que me hice en la cabeza. Ya no pude volver á mi convento: resolví pasar la noche en el callejon del Vinagre, en casa de aquella amiga á quien debí tantos favores, y esperar el dia siguiente para restituirme á mi destino; pero me fué absolutamente imposible. La rotura de mi cabeza era demasiado grave, y me causó una calentura, de la que no me restablecí sino quince dias despues de la desgracia... Al fin del mes estaba completamente restablecida, y calculaba el modo de atender á mi subsistencia, cuando una mañana me convidaron mis vecinas para ir á Chapultepec, con el objeto de ver las ceremonias que hacían los yankees al enterrar á sus muertos... Como no tenía qué hacer, acepté la invitacion y nos pusimos en camino: á las doce del dia llegamos al bosque y presenciamos el entierro de algunos americanos; luego nos fuimos á buscar la sombra de los árboles para ponernos á comer, y no pudímos evitar que algunos yankees nos acompañaran... Entre éstos estaba uno de facciones agradábles, de trato afable, y de modales que revelaban mucha educacion y mucha finura. Era hijo de un rico comerciante de la Carolina del Sur, á quien una quiebra desgraciada había sumerjido en la indijencia, y por cuya causa se había suicidado, dejando á su hijo en la miseria, quien se vió obligado á sentar plaza de soldado para no morir de hambre... Llamábase Samuel Thock; cuando comenzó la guerra era cabo de la compañía C del rejimiento del Missouri, y durante la campaña había obtenido el grado de sarjento. Desde que comenzó nuestra comida me trató con distincion, y

al cabo me declaró que me quería; no puedo menos de confesar que me aficionaba á él, y accedí á sus deseos, con la condicion de que me llevara á los Estados-Unidos... Tenía vergüenza de quedarme en México, despues de haber pertenecido á un enemigo de mi patria...! Aceptó sin titubear, y desde esa tarde no me separé de su lado... Me trajo á vivir á la calle del Empedradillo; y cuando salió el ejército para Veracruz, me llevó consigo; y á pesar de la órden que dió el jeneral Scott, para que ninguna de nosotras pudiera embarcarse, logré salir de la República y llegar sin tropiezo á New-York. Allí fué donde por última vez ví á Samuel... Partió para Washington con el objeto de ver á su madre, y me dejó en New-York, prometiéndome que mandaría por mí; pero el tiempo pasaba, él no mandaba, los recursos se me agotaron y me moría de hambre...! Sola, abandonada en una ciudad desconocida y en un país estranjero; sumerjida en la miseria, sin familia y sin amigos, y despues de buscar trabajo y no encontrarlo, no me quedó otro arbitrio para vivir, mas que prostituirme, y... me prostituí...! Me prostituí para comer pan...! Supe que ecsistía en aquella ciudad una reunion de mexicanas, fuí á verlas para alistarme entre ellas, y desde esa época me encenegué en el vicio... Tuve pan, comí, bebí, reuní algun dinero para volverme á México; y ya estaba cerca de efectuarlo, cuando una mañana que estaba sentada en el sofá, se presentó delante de mí un hombre, preguntando por la dueña de la casa...

=Pase usted adelante y tome asiento,—le respondí.

=El siguió mi consejo, y me quedé petrificada... El que estaba sentado á mi lado era D. Jacinto...!

Gertrudis pronunció la última frase con una voz ahogada por la cólera; y Antonia se mordió los lábios con furor.

Luego continuó la Monja.

=El mayordomo se puso pálido, y no tuvo alientos para

pronunciar una sola palabra. Me veía, y veía al suelo, y veía á la reja, y á la chimenea; y miraba á todos lados sin detener la vista en un lugar, hasta que por fin, no pudo soportar su situacion embarazosa, y tomándo el sombrero se marchó sin decirme ni una frase...

=Y le dejaste ir...!—esclamó Antonia;—y no le ahogaste entre tus manos...!

=El esceso de mi cólera,—respondió Gertrudis,—no me dejó pensar en nada; y ademas,—añadió temblando,—le tenía miedo...!

=Pero qué fué á hacer á los Estados-Unidos...?

=Lo ignoro,—continuó la Monja,—y lo único que podré decir á usted, es que desde ese dia no he vuelto á verle.

=Si lo hubieras ahogado...; pero tú no tienes la culpa; continúa, pobre mujer; prosigue, que quiero saber hasta lo mas insignificante de tu historia.

=Ya pronto acabaré,—dijo la Monja.

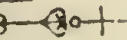
Y se limpió las lágrimas y prosiguió.

=Poco tiempo despues emprendí mi viaje á Veracruz, á donde llegué con felicidad... El regocijo que sentí al llegar á mi patria, fué tan inmenso que no puedo esplicarlo... Volvía yo á México, y venía con la resolucion de que el recojimiento de mi nueva vida, borrara, si era posible, las faltas y las desgracias de mi vida pasada... Detúveme algunos dias en Veracruz, al cabo de los cuales, emprendí mi viaje á Puebla: traía yo algun dinero, con el que proyectaba poner un comercio que me produjera lo bastante para vivir honradamente; pero en la jornada de Jalapa á Córdova, asaltaron la dilijencia unos ladrones, y me volvieron á dejar sin medio real... En este estado llegué á Puebla, que era hasta donde había pagado mi pasaje, porque quería detenerme algunos dias en esa ciudad; y hallándome por segunda vez sin pan, tuve que recurrir, tambien por segunda vez, á los medios de que me había valido en

New-York, para poder alimentarme. Fuí mas desgraciada, porque no tenía lo bastante, y desesperada de mi suerte, tomé el camino de México á pié, y sin mas caudal que tres pesos y algunos reales... Mis trabajos fueron terribles; y cuando llegué aquí, no tenía ni un solo real... Cansada, sudando á mares, sin comer y sin tener á dónde pasar la noche, entré á la ciudad, mirando á todas partes como una loca, y llorando de despecho y de vergüenza... Así llegué hasta la plazuela de la Santísima; y como tenía tanta sed, me acerqué á la fuente á beber una poca de agua; y sin pensarlo, descubrí un recurso con que comer algunos dias... Despues de haber bebido el agua, me quedé mirando en la fuente, y ví en mis orejas unas arracadas de oro que desde mi salida de casa del mayordomo, no me las había notado... Entonces me reanimé, porque sabía que empeñándolas ó vendiéndolas, tendría dinero para comer, y para proporcionarme donde dormir... Quitélas de mis orejas; y algo mas consolada de mi suerte, entré á la ciudad buscando adonde vender ó empeñar mis arracadas... Atravesé la calle del Hospicio de S. Nicolas; y al llegar á la esquina del Indio Triste, ví á una mujer casi encuerada, que estaba sentada junto del poste. La curiosidad me hizo detenerme á mirarla; y sin quererlo me puse á comparar mi estado con el de aquella infeliz, y daba gracias á Dios por los trabajos que me había enviado, cuando la mujer levantó la cara, y se me quedó mirando fijamente... Lo que entonces pasó en mí, no sé cómo esplicarlo... Un espanto indefinible se apoderó de mi corazon, y lo sentí horriblemente comprimido... Quise llorar, quise reir... sentía... no lo sé; pero mi vista se ofuscó, cuando la mujer, despues de haberme visto, lanzó una risotada lastimosa, y se alejó diciendo...

=Gertrudis...! Gertrudis...! Hija mia...!

=Y no puedo dudarlo porque el corazon me lo dice... Aquella mujer era mi madre...! Mi madre, de la que me se-



paré muy niña, y á la que volví á ver en un estado lamentable, porque sin duda estaba loca...!!!

Gertrudis dejó escapar un jemido doloroso; un rio de lágrimas se desprendió de sus ojos, y los sollozos embargaron su voz.

Antonia, abrumada por la pesadumbre de la Monja, lloraba silenciosamente, y esperó á que se acabara de desahogar para que continuara su narracion.

Gertrudis se limpió los ojos, lanzó un suspiro y prosiguió melancólicamente.

=Abandoné aquel sitio despues de algunos instantes de inmovilidad, y entré á la calle de Santa Teresa... Trabajaba por esplicarme lo que acababa de sucederme, y llevaba la cabeza levantada, y veía á todas partes, como si buscara en las paredes la esplicacion del acontecimiento; y esta circunstancia, esta especie de demencia, me hizo descubrir arriba de una puerta, un letrero que decía:—*Casa de Empeño.*—En ese momento me acordé de mi situacion, y fuí á la casa de empeño á ver si me prestaban alguna cosa sobre mis arracadas... No salieron fallidos mis deseos... El dueño del empeño me franqueó cinco pesos sobre mi prenda, y salí de esa casa con un gozo infantil... Lo primero que hice fué entrar á comer á un bodegon, porque me moría de hambre... Cuando acabé de cenar ya era la oracion, y entonces pensé en buscar á dónde recojerme, porque tambien estaba muy cansada... Mi primer pensamiento fué alojarme en un meson; pero todos los contratiempos que me habían sucedido, me infundieron un terror invencible; y temí, que en una de esas posadas en que se alojan tantos pasajeros, hubiera un ladron que me robara los cuatro pesos y medio que me quedaban. Despues de titubear por algun tiempo, me decidí por venir á tomar un cuarto en el hotel... Pasé la noche durmiendo profundamente; y antes de ayer, me levanté muy temprano y fuí á buscar recursos para

vivir; anduve todo el dia inútilmente, y en la noche volví á este cuarto... Ayer vinieron á cobrarme el alquiler, y me ví precisada á dar los dos últimos pesos que me restaban, quedándome sin tener con que comer... Me levanté y salí á la calle pensando qué haría... lo que me pasó antes de ayer, me hacía desconfiar que pudiera hallar en qué trabajar para mantenerme... Llegaron las doce del dia sin que hubiera probado bocado; el hambre me agobiaba, y sin poderlo soportar, pedí limosna para comer... A las nueve de la noche me recojí á dormir; pero pasé una noche cruel, porque el sueño huyó de mis ojos, pues mis cavilaciones sobre lo qué haría para comer, me tenían desasosegada... Amaneció hoy y salí á pedir limosna... no hallé quien me diera un mendrugo de pan; y mi afliccion se aumentó al considerar que llegado el dia de mañana no tendría tampoco donde ir á dormir... Oh...! Dios sabe la lucha tan terrible que he sostenido para no volver á mi antigua vida... Este pensamiento me asaltaba contínuamente, pero lo desechaba con horror; y acaso habría sucumbido, si no hubiera encontrado á usted, tan linda y tan caritativa; á usted, que ha saciado mi hambre, y que ha sido el ánjel que me salvó del precipicio al que por tercera vez iba á caer...!

Gertrudis prorumpió en llanto, y Antonia se quedó ensimismada.

La narracion de aquella mujer desdichada, causó una viva impresion en el alma de la hermosa jóven, y la fortificó mas en sus proyectos de venganza.

En cuanto á nosotros, permítasenos hacer unas reflecsiones sobre lo que acabamos de relatar.

No es una novela; es una historia.

Es una de esas hojas perdidas que la vida ha escrito con lágrimas; es uno de esos dolores lastimosamente sangrientos, que hieren el corazon asombrando al pensamiento.

Figuraos, pues, á una pobre niña, hija de una familia decen-

te, á quien la guerra civil arrebató su fortuna, prostituyendo al padre, desuniendo á la familia, y arrojando á tres niños inocentes en medio del laberinto del mundo; sin apoyo, sin amparo, y atenidos para vivir al trabajo del mas grande de ellos que era una niña de nueve años; manteniéndose con mendrugos de pan, y con tortillas duras; durmiendo dentro de un *jacal* húmedo y frío, y vestidos con unos andrajos súcios y asquerosos...

Figuraos á esos pobres niños abandonados por un padre, que, cuando los veía, era nada mas para maltratarlos; y entonces comprendereis lo espantoso de su suerte, lo increible de su miseria...

Y luego, cuando su padre fué á ver á Gertrudis por última vez, y en lugar de darla *pan* la dió *de palos*, miradla huir de su destino, y correr con sus dos hermanos, é ir á pedir ausilio y proteccion, arrodillándose delante del altar de la Vírjen del Campo Florido, pidiéndole con las lágrimas en los ojos, amparo en su situacion...

Vedla despues salir de la iglesia, volver la vista y fijarla en la alcancía adonde los fieles depositan las limosnas, mirarla abierta; y á pesar de su poca edad, de su inesperiencia y de su hambre, resistir tenazmente á la tentacion de cometer un robo sacrílego; y sucumbir por fin, cuando sus hermanos le pedían *pan;* y pudiendo llevarse todo el dinero, no tomar mas que *medio real* para atender á sus necesidades del momento...!

Ah...! En este robo, sin duda sacrílego, pero demasiado perdonable, tanto por la inesperiencia como por la situacion angustiosa en que se hallaba la niña que lo cometió, hay un reproche impasible y amargo que la Providencia hace á esa sociedad indolente, que mira tantas miserias sin dolerse de ellas y sin aliviarlas...

Es una ironía inconcebible que la humanidad echa en cara á los hombres que pueden y deben socorrerla...

Y es una lágrima que se desprende de los ojos del Hombre Dios, que vé padecer á sus criaturas...!

Despues de que esa desdichada niña roba el *medio,* se alimenta con *pan bazo,* y va á buscar un asilo á casa de su tía... allí encuentra *pan,* instruccion, reposo, dicha, vida en fin; pero, *la predestinacion,* como dicen los místicos, ó *el fatalismo,* como dicen los románticos, la persigue hasta el seno de su tranquilidad; y el demonio, en figura de su tía Gerarda, la arrebata de aquel hogar sagrado, y la arroja sin misericordia en los brazos de un hipócrita...

Despues de tres años de una mancebía forzada, quiere libertarse de ella, y engaña á un hombre para que la salve; éste cumple su palabra, y acaso habría sido feliz con él, si *la predestinacion* ó *el fatalismo,* no la hubieran ido á buscar á su miserable cuarto, para encerrarla en una prision.

Puesta en libertad, busca trabajo, sufre el hambre y la sed, y abrumada de fatiga va á buscar un techo bajo que dormir.

Allí, una enfermedad dolorosa la consume; la caridad la salva, y la proporciona una colocacion para ganar su sustento...

Entonces no fué feliz; pero vivió tranquila; y quizá pudo olvidarlo todo, cuando la desgracia la hace encontrar con un yankee, quien porque no cedió á sus impuros deseos, la arroja contra el suelo, y la pone por segunda vez á la orilla de la tumba.

Pero tambien, por segunda vez la caridad la vuelve la vida; y una casualidad, acaso desconsiderada peró nada estraña, la hace que se entregue en brazos de uno de los enemigos de su patria.

Va á New-York, y allí se encuentra abandonada y sin recursos, sola y en un pais estraño; y para alimentar su cuerpo, se vé precisada á venderlo...!

Puede encontrarse mayor miseria...?

Puede imajinarse mayor desventura...?

Y no basta; porque en aquel lugar se vicia su creencia; se preocupa su razon (1).

La *fatulidad* la persigue todavía; y en la sentina inmunda en que vivía, encuentra cara á cara á su seductor...!

Qué cuadro...!

Qué ironía...!

La víctima estaba delante de su verdugo, y el verdugo contemplaba su obra...!

Hay acontecimientos en la vida tan increibles, como inesplicables; pero que sin embargo, son demasiado evidentes; y uno de esos acontecimientos es sin duda, *la predestinacion* ó *la casualidad* que despues de mas de dos años, reunió en un lupanar de New-York, á Gertrudis y al mayordomo.

La necesidad, el abandono y el hambre, obligaron á la Monja á ir á vivir á aquella casa infame; y la torpeza condujo á D. Jacinto á la misma casa, adonde Gertrudis pagaba las consecuencias del crímen del mayordomo.

Al reconocerse, la mártir y el asesino se quedaron sin poder pronunciar ni una sola palabra, y sentados el uno frente del otro, ni siquiera se atrevían á mirarse...

Fué esto una burla, ó acaso una expiacion...?

Dios lo sabe.

Nosotros, pobres mortales, no sabemos resolver ese proble-

---

(1) Todas esas mujeres desventuradas, vician sus principios relijiosos dando crédito á sacrilejios y brujerías que la decencia y el pudor rechazan.

El primer paso que dan en la senda del vicio, es el primer escalon que descienden al abismo de la mas lastimosa degradacion.

Su fé se convierte en un laberinto inescrutable de caprichos y de errores, sin que la sana moral baste para libertar á sus corazones del yugo humillante que los domina; así es que, despues de hacer un acto relijioso, van esas mujeres á cometer los sortilejios ó ritos que les impone su envilecida profesion.

Semejante embrutecimiento llena el alma de un sentimiento mezclado de asco y de compasion; y el pensamiento se aparta con disgusto de ese cuadro humillante que horroriza.

ma; ni nos atrevemos á intentarlo, porque en el caso de lograr la solucion, esta debe ser muy tremenda...!

Despues del acontecimiento que referimos, Gertrudis reune algun dinero, fruto de su envilecimiento; y vuelve á su pais con la resolucion de que la honradez y el recojimiento de una nueva vida, borraran las faltas de la pasada.

Llega á Veracruz, se detiene algunos dias, y emprende su marcha á la capital para poner en planta su proyecto; pero en el camino roban el carruaje, dejando á Gertrudis en la indijencia...

Entra á Puebla muerta de hambre, y para tener *pan que comer*, vuelve á caer en el vicio...

Por fin, se dirije á México á pié y casi sin dinero; llega sumerjida en la miseria, muerta de hambre y de sed; y para apagar esta última, inclina los lábios al agua de una fuente, se asombra de ver su rostro tan desencajado, observa sus facciones; y al observarlas descubre en sus orejas unas arracadas de oro, que acaso desde que se las puso, no las había vuelto á tocar.

Ese descubrimiento la consuela, y despojándose de sus arracadas, proyecta venderlas ó empeñarlas para tener con que comer algunos dias, mientras se proporcionaba el modo de vivir honradamente.

Resuelta á ello entra á la ciudad, y en la esquina de una calle vé á una mujer casi sin ropa, y al mirarla bendice á Dios porque su suerte era menos desgraciada...

La mujer se levanta, se la queda mirando fijamente, y con una voz desgarradora esclama:

=*Gertrudis...! Gertrudis...! Hija mia...!*

Rie como una loca, y echa á correr....

Y en esa mujer, y en sus palabras, Gertrudis reconoce á su madre, porque el corazon se lo dice...

Esto es atroz...!

Pasado el primer momento de sorpresa, la Monja sigue su camino, empeña sus arracadas, cena; y temiendo ser robada si se hospeda en un meson, va á alojarse á un hotel.

Al otro dia, tiene que pagar tres pesos de alquiler por el cuarto, y gasta en cenar los últimos cuatro reales que le quedaban...

El dia siguiente no tiene que comer; pero resuelta á no volver á la senda del mal come de limosna...

Veinticuatro horas despues tiene hambre, pide caridad y no la halla; y acaso habría caído en un abismo, si no hubiera encontrado á Antonia, quien la socorre, y á quien refiere su desgraciada vida.

Hé ahí compendiados los acontecimientos principales de la ecsistencia de la desventurada Gertrudis.

Al meditar en ese negro cuadro de desventuras, el corazon se despedaza, y la intelijencia se confunde; porque, no es en efecto demasiado espantoso, contemplar á esa criatura, cuya vida comienza con la miseria, continúa con la prostitucion, y acaba con el hambre...?

Y, cuando se pone uno á investigar la causa de todos esos males, la encuentra directa ó indirectamente en esa sociedad y en ese gobierno indolentes é infames, que abandonan á la humanidad.

Profundicemos las circunstancias de la vida de Gertrudis; ecsaminemos detenidamente esas circunstancias; escudriñemos ese abismo, y encontrarémos en su fondo á la indiferente sociedad.

La familia de la Monja era feliz, rica y apreciada; la asonada de la Ex-Acordada, principio de nuestras guerras civiles y primer violacion de la constitucion federal; asonada que comenzó con un crímen político y que acabó con el saqueo del Parian, arruinó á muchas familias, arrastrando en su torbellino á la de la infeliz Gertrudis.

Esa familia que vivió en la opulencia se ve de repente sumerjida en la miseria.

La transicion fué tan violenta como cruel.

El padre, apoyo de la familia, se prostituye, y la familia se desune.

No es bastante.

Tres pobres niños, que antes de la asonada tenían padre y madre, se ven abandonados y echados en medio del mundo como unos objetos inmundos, como el lodo encima de la tierra.

La mas grande de esas criaturas, que era una niña, se ve precisada á mantener á sus hermanos; y como si la suerte no estuviera satisfecha, el vicio del padre arranca á la hija de su retiro miserable, la arroja en el mundo, en el que despues de llevar á sus lábios la copa de la dicha, se ve deshonrada con violencia, prostituida á fuerza, y se vicia su pensamiento martirizando su corazon...!

Con todo; esa mujer envilecida y degradada por una ley inecsorable, pugna por sustraerse al dominio afrentoso de esa ley; pero á pesar de todos sus esfuerzos, la ley la impele ácia delante con una violencia irresistible...

Muchas veces la miseria, muchas veces el hambre, muchas veces el arrepentimiento, muchas veces el esfuerzo para levantarse, y siempre el obstáculo, y siempre la caida...!

Es esto *predestinacion* ó es *fatalidad*...?

Los juicios de Dios son inescrutables.

Lejos de nosotros el escepticismo.

Cristianos de relijion, amigos de la humanidad, ávidos de amor, de fé y de esperanza, respetamos sumisamente los juicios de Dios; y, como débiles mortales, lamentamos sinceramente esas ecsistencias verdaderamente desdichadas, y cuyos destinos son incomprensibles.

Y, reflecsionando sobre la suerte de esas mujeres que hacen un comercio asqueroso con sus cuerpos, y que engalanadas co-

mo la ramera de la Escritura convida públicamente con el vino de su prostitucion, viviendo en el vicio, gozando en el vicio, perecciendo en el vicio, revolcándose como los perros en un monton de cieno; al considerar ese cuadro repugnante, repetimos, no podemos menos de preguntarnos si no hallaría la sociedad un medio de evitar tan espantosa degradacion, á esas criaturas desdichadas, cuya mayor parte se ha prostituido á fuerza, porque ha caido en manos de un seductor infame que despues la abandona en la miseria...

Algunas veces hemos visto que la policía recoje á esas desventuradas y las encierra en la cárcel...

El remedio es peor que la enfermedad.

Esas mujeres dejan de arrastrarse por las calles, pero van á vivir en un tabuco infernal;

Porque, qué son nuestras cárceles...?

La escuela de todos los vicios;

La recopilacion de todas las infamias;

El amontonamiento de todos los crímenes.

Y despues de que las prostitutas han pasado algun tiempo en esas zahurdas, la policía las vuelve á dejar que ensucien las calles con la asquerosa inmundicia de su depravacion...!

Qué justa, qué noble, qué humanitaria es la sociedad...!

Para comprender y poder reprochar semejante bárbara indolencia, es necesario profundizar y analizar la vida de esas criaturas reprobadas.

Considerémosla nosotros, y comencémos desde su infancia.

La educacion que *en jeneral* recibe en México el bello secso, no es por cierto adecuada ni á las costumbres, ni al gobierno del pais, *si es que hay gobierno en el pais;* muy al contrario, esa mitad del hombre está descuidada entre nosotros, porque creemos que la mujer no influye nada en las leyes políticas de la sociedad.

Su niñez es un consentimiento imprudente de parte de sus

padres: todos sus caprichos son leyes; todos sus deseos son órdenes, sin que ningun obstáculo prudente y razonable, se oponga á esos deseos ni á esos caprichos.

Ese *consentimiento imprudente* no tiene mas disculpa que el *esceso del cariño* que los padres profesan á sus hijos; pero el *esceso de ese cariño* que se tiene por las niñas, acaba por arrojar á las jóvenes en el *esceso del vicio.*

Pasada la niñez llega la juventud; y en esa época en que la hermosura se desarrolla, y con ella las pasiones del corazon; en esa época en que los padres deben enseñar á sus hijas todos los riesgos del mundo para que los eviten, y todos los deberes de la mujer para que los cumplan; en esa época, repetimos, es cuando los padres, en vez de dar á sus hijas una direccion razonada, las enseñan á brillar en el mundo, á desear un buen traje, aunque sea á costa de inmensos sacrificios, y á sonreir con esa multitud de jóvenes ociosos, á quienes el jóven mexicano D. Cárlos H. Serán ha designado con el epíteto de CEROS SOCIALES; y los teatros, y los bailes, y los paseos, y los amores platónicos, absorben la juventud de esas mujeres, quienes llegan á la virilidad sin saber para qué han nacido.

De ahí es, que el resultado preciso de ese culpable descuido, es, ó bien un casamiento desproporcionado, ó bien la deshonra de una jóven, que sin saberlo cae entre las garras de un *leon* seductor; ó en fin, la perdicion de una niña vendida á un monstruo como D. Jacinto, quien despues la abandona dejándola que se prostituya; para que adquiera *pan* con que alimentarse.

Otros padres, por el contrario; dan á sus hijas una educacion mojigata, haciendo de ellas no unas mujeres útiles á la sociedad, sino unas devotas ridículas, unas perpetuas rezanderas, unas hipócritas por costumbre, que cuando llegan á cierta edad, engañan al vulgo con la camándula, mientras que se entregan á un querido; ó bien, las infunden ideas tan místicas

como ecsajeradas, vendándoles los ojos del alma; y las hacen caminar á ciegas en el mundo, hasta que caen al fondo del abismo.

Los dos estremos de que hablámos son viciosos.

El primero, casi es el libertinaje; el segundo es, ó la hipocrecía, ó la ignorancia.

No por esto se crea que queremos una educacion que traspase los límites de la justa razon, y que mantenga á las jóvenes subyugadas bajo el peso de una rijidez sistemática, que las desespere y las haga abandonar el techo paternal.

Las virtudes son necesarias para la vida; pero la vida necesita distracciones.

No condenamos la concurrencia de las jóvenes á los teatros, bailes y paseos; pero desearíamos que esa concurrencia no fuera *una costumbre,* sino una verdadera *distraccion,* un intermedio entre el trabajo y el descanso, un desahogo de las fatigas de la vida.

Nuestras jóvenes de hoy, y sobre todo, las que pertenecen á la clase rica, tienen la imposicion de trastornar el órden de la naturaleza, pasando la noche en vela y el dia durmiendo; no se inquietan por los quehaceres de su casa, porque, tanto ellas como sus padres, creen que han nacido para que las sirvan y no para trabajar en sus obligaciones mujeriles.

Así es que cuando una de esas jóvenes llega á casarse y á tener hijos, los educa como ha sido educada, si es que es educar enseñarlos á no hacer nada; pero si no se casan, si validas de la hermosura física y del brillo de su posicion, pasan el tiempo burlándose de los Adonis que las rodean, llegan á cierta edad en la que reciben los tristes desengaños de la vida, y en la que acaso se prostituyen.

Lo que acabamos de decir respecto de la clase rica, comprende tambien á la clase media, siendo mas culpable ésta últi-

ma, porque ostenta un lujo que no puede sostener sino á costa de prestámos ruinosos, y acaso tambien del alimento del dia.

Y ya que ni la sociedad, ni el gobierno toman una providencia para sistemar la educacion del bello secso, toca á los padres de familia evitar las desgracias de sus hijas por medio de un manejo cariñoso, prudente y razonado, para hacer de ellas, no unas bellezas de tocador, sino unos séres útiles á la humanidad, enseñándolas sus deberes y sus obligaciones domésticas, para que puedan ser á su vez buenas madres de familia, é inspiren á sus hijos unos sentimientos nobles y elevados, y éstos lleguen á ser con el tiempo, no unos CEROS SOCIALES, sino unos ciudadanos útiles á su pais y á la humanidad.

....

De repente, Antonia alzó la cabeza y dijo á Gertrudis:

=Qué piensas hacer ahora...?

=No lo sé,—respondió la Monja.

Antonia arrugó el entrecejo, se quedó pensativa; y luego dijo con una voz temblorosa por la cólera que la dominaba:

=El mayordomo te ha hecho padecer mucho... te ha hecho sufrir hambre, sed, enfermedades... Causó tu perdicion, y acaso; esa perdicion ha sido la causa de la locura de tu madre. Pues bien, díme, no sientes en tu corazon un deseo insaciable de venganza...?

=Oh...!—esclamó Gertrudis cubriéndose la cara.

=Responde,—continuó la hija del Sur;—responde; lo sientes...?

=Sí...! sí...! sí...!—gritó la Monja con estravío.

=Ah...!—contestó Antonia regocijada;—tú eres la mujer que yo buscaba, porque yo tambien quiero vengarme...!

=Tambien usted...? Pero de quién...?

=De quién...? Dices que de quién...? De él...! Deél...! —dijo Antonia con una voz sorda y comprimida por el furor.

=De él...!—continuó la Monja;—con que tambien de él...?

=Tambien me ha deshonrado... tambien asesinó á mi madre y á mi hermano...!

=El...!!—repitió Gertrudis azorada, poniéndose en pié, y viendo estúpidamente á su interlocutora.—El...!!—repitió incrédulamente;—pero eso es imposible... á usted tan hermosa, tan jóven... Oh...! oh...! oh...!

=Sí...! sí... á mí,—dijo Antonia, tambien en pié.—A mí... y lo hizo porque soy hermosa... lo hizo porque soy jóven... Escucha... Escucha...

Antonia refirió á Gertrudis los acontecimientos de su vida, desde el dia que fué á vivir á la calle del Cuadrante de San José, hasta el momento en que la halló en la calle del Tornito.

La Monja escuchó á la jóven con suma atencion: cuando Antonia le contó la lucha inesplicable que sostuvo con D. Jacinto, una ansiedad mortal se revelaba en las miradas, en los movimientos y en la respiracion de la Monja; y así que la desventurada igualteca llegó al momento terrible, Gertrudis lanzó un alarido de rábia, y su cuerpo se estremeció, y sus dientes rechinaron.

Antonia acabó su relacion; y dirijiéndose á la Monja, fijó en ella sus lindos ojos, y la preguntó:

=Ahora, quieres vengarte...?

=Sí...!—contestó Gertrudis.

=Pero sabes lo que es necesario para que te vengues...?

=Qué...?

=Que te unas á mí... que me obedezcas en todo...!

=Bien...!

=Como una esclava...!

=Bien...! Sí...! Sí...!

=Me lo juras...?

=Sí...! Por mi pobre y desgraciada madre...!

=Piénsalo bien; necesitamos mucha paciencia, porque ese hombre es el diablo...!

=Tendré paciencia, lo juro...!

—Me obedecerás en todo...?

=En todo.. !

=Entonces, Gertrudis, entonces... Nos vengarémos...!

=De veras...?

=Sí...! Sí...! Sí...!—Dijo Antonia estremeciéndose, y echando fuego por los ojos.

=Oh...! Nos vengarémos...!—repitió la Monja.

=Ahora... vamos á recojernos... Dentro de ocho dias no vivirémos aquí, y despues... despues... Nos vengarémos...! Nos vengarémos...!



XXXIV.

DOS SUCESOS.

A las tres de la tarde del 8 de Setiembre, un hombre pequeño de cuerpo y de semblante grave, subía pausadamente la escalera de la casa de D. Pedro.

Iba vestido de negro; y en el delantero de su frac se notaba un bulto formado por un estuche que llevaba en el bolsillo de pecho.

Despues de subir la escalera y de atravesar el corredor, llamó á la puerta de la sala, y el ama de llaves corrió el pasador.

El hombre pasó el dintel de la puerta y preguntó por D. Pedro.

El ama de llaves, respondió al desconocido que estaba en la pieza inmediata y que iba á llamarlo, dicho lo cual, desapareció por una mampara, y el desconocido se sentó.

Despues de ecsaminar prolijamente los muebles y cuadros

que adornaban la sala, una sonrisa maligna y significativa contrajo los lábios de aquel hombre, en cuyos ojos pequeñitos se dejaba conocer su propension á la maldad; y el movimiento de su boca que se siguió á la sonrisa, descubrió claramente que tomaba alguna resolucion tan maliciosa como diabólica.

Pasados algunos minutos se presentó D. Pedro en la puerta por donde salió el ama de llaves, y saludó al desconocido con la benevolencia que le era habitual.

El hombre se puso en pié, y fué á encontrar al anciano en medio de la sala para corresponder á su saludo, hecho lo cual se sentaron en un canapé.

D. Pedro parecía profundamente aflijido; tenía los ojos medio cerrados, porque sus párpados estában hinchados por efecto de tanto llorar, y dos ojeras oscuras sombreaban sus mejillas, hundidas mas bien por esceso de la afliccion de espíritu, que no por causa de los años.

El acento de su voz, tenía cierta espresion de dolor que conmovía en cuanto llegaba al oído; y cualesquiera que lo mirara no podría menos de compadecerse del pobre viejo, que tanto y tan injustamente padecía.

=Me dirá usted, señor mío,—dijo D. Pedro;—cuál es el motivo que me proporciona la honra de su visita...?

=La honra es mía,—respondió el desconocido;—y el motivo que me la dá, es la recomendacion de mi amigo D. Jacinto Enriquez, quien me dirijió á esta casa, diciéndome que había usted de menester mis malos aunque sinceros servicios; así es que me tiene usted á sus órdenes, y dispuesto á servirle en todo cuanto...

=Será usted acaso...

=Médico; y me llamo Juan Hernandez.

=Ah...! caballero, cuanto agradezco á usted y á mi amigo D. Jacinto esta visita... Supongo que él habrá dicho á usted el asunto tan delicado de que se trata, y...

=El mayordomo,—contestó Simon, pues no era otro nuestro desconocido;—el mayordomo, que es íntimo amigo mío, me lo ha revelado todo; y me ha encargado que obre yo como si lo sirviera á él mismo.

=Entonces,—contestó D. Pedro,—creo inútil decir á usted que un padre debe...

=Salvar el honor de sus hijos,—interrumpió Simon;—descuide usted por eso, y descanse en la seguridad de que el secreto nunca saldrá de mi pecho, pues conozco lo interesante que es guardarlo, y...

=Entonces, confío en usted,—dijo D. Pedro no pudiendo contener sus lágrimas.—Usted no sabe lo doloroso y vergonzoso que me es, tener que invocar la jenerosidad de personas desconocidas; pero...

=Es necesario,—respondió compasivamente el Hombre-Mómia, aparentando conmoverse por el dolor del anciano;—pero no tenga usted cuidado, que nadie sabrá lo que confia usted á mi lealtad.

=Vamos á ver á mi hija,—dijo D. Pedro despues de un momento de silencio.—No olvide usted que todo lo niega, y que es preciso obrar con mucha prudencia, para...

=Ya procurarémos indagar la verdad,—replicó el Tiñoso.—Déjeme usted solo con ella; soy el médico, y aunque sea bien á su pesar, tendrá que confesármelo todo.

Dichas esas palabras, se levantaron de sus asientos y se dirijieron al interior de la casa.

Inés se hallaba en su recámara.

La displicencia de sus maneras, el color de su rostro, el sombrío que rodeaba sus ojos y la redondez abultada de su vientre, dejaban conocer á primera vista el adelanto visible de su *estado interesante*, como se dice hoy; y lo decaido de su frente, mostraba la afliccion moral que la consumía.

En aquella mujer habia mas enfermedad intelectual que en-

fermedad física; y la pobre de Inés, tenía muy sobrada razon para llorar.

Al recibir la noticia de la muerte del padre Anselmo, que era su único protector, el corazon de la desgraciada recibió un golpe cruel; porque aquella muerte, concebida por su infame seductor, fraguada por Simon y ejecutada por el bandido Manos-Largas, la dejó sin consuelo, entregándola á voluntad del hipócrita mayordomo.

Desde aquel instante, una série contínua de pesares y de temores atormentaban incesantemente á Inés; y la idea de que sus padres descubrieran el estado en que se hallaba, la causaba un martirio inaudito.

Como era preciso, ese caso llegó.

D. Pedro y su mujer notaron el cambio progresivo que se efectuaba en el semblante y en el talle de su hija, y la abrumaron á preguntas y á amonestaciones.

La dulzura, las amenazas y el rigor emplearon sucesivamente los dos ancianos, para hacer que Inés les confesara la causa de su transformacion; pero todos esos medios fueron inútiles.

Inés se obstinó en negar la verdad, sosteniendo que ignoraba completamente el motivo de semejante cambio, temerosa de que confesando su forzada falta, la maldijeran sus padres, y decidida á que llegado el caso inevitable, se descubriera todo, dejando su suerte al cuidado y á los caprichos del tiempo.

Pero en aquel corazon llagado y dolorido, había un aguijon terrible, que punzaba paciente y continuamente el alma de la desdichada mujer; sus dias transcurrían monótonos y descoloridos, y sus noches lentas, crueles y fatigadas; el insomnio, consecuencia precisa del dolor moral, se apoderó de ella, y la pobre Inés, pasaba las horas de la noche cavilando en su situacion, recordando lo pasado, pensando en lo presente y temiendo por el porvenir.

Mas de una vez, en esos momentos atroces en que la angus-

tia la torturaba, había vuelto á caer en la tentacion del suicidio; y los afectos de la maternidad, conmoviendo sus entrañas, se sobreponían siempre al terror y á la desesperacion.

La continuacion estrema de esos combates tan diversos y tan duros, llegaron á enervar las fuerzas de Inés, y á arrojarla en la dolorosa situacion de la indiferencia...

Olvidada de Dios, porque en los corazones que sufren sin cesar, se adormece la fé en lugar de animarse, sus lábios no murmuraban ni una plegaria; y aun cuando lo intentaba, callaba desfallecida, porque la opresion de su pecho no la dejaba articular ni una sola sílaba, ahogando su voz en su garganta y abrumando su pensamiento el lastimoso recuerdo de sus dolores...!

El llanto, ardiente y silencioso, corría por sus mejillas dejando en él sus huellas de tristeza; y la debilidad, tanto física como moral, se enseñorearon de la pobre mujer...

La desgracia en su pasado, la deshonra en su presente y la duda en su porvenir, eran nada mas las imájenes que tenía delante de sí; imájenes que la martirizaban cruelmente, porque no podía asegurar la suerte de su hijo.

Su hijo...!

Ah...! Solo las madres, y no todas, sino nada mas las que se encuentran en la desesperada situacion de Inés, pueden comprender lo terrible de esas imájenes, lo intenso de esos temores...

Su hijo...!

En esas dos palabras hay una duda espantosa...

En esas dos palabras hay una queja desgarradora...

Una maldicion tremenda, lanzada sobre la cabeza del criminal, causa de todos esos dolores y de todos esos tormentos...!

Acaso ya Dios tiene señalado en el libro de sus juicios todos los crímenes de ese infame...

Acaso la hora de su castigo se acerca ya...

Acaso, las lágrimas que tan copiosa como injustamente derramaba Inés, las recibía Dios en su seno, y las dejaría caer convertidas en granos de sal, sobre la cabeza del verdugo de la desgraciada criatura...!

....

Inés estaba sentada en una silla colocada cerca de la cabecera de su cama, cuando se abrió la puerta de la recámara, y se presentaron en el dintel de ella, el anciano D. Pedro, Doña Ricarda y el médico improvisado.

Inés, al ver á los que llegaban, levantó la cabeza que tenía inclinada, y se los quedó mirando atentamente como una persona que quiere penetrar el pensamiento de alguno, y el motivo que la domina.

Simon, creyendo que trataba de levantarse, se adelantó á ella, y la dijo dulcificando su voz:

=Quieta, quieta, señorita; no se moleste usted por mí.

=No te levantes, hija,—dijo D. Pedro;—el señor no es de cumplimiento... es un médico antiguo conocido mio, que viene á curarte, y que lo hará con esmero.

=Un médico...!—esclamó Inés.

=Sí;—dijo Doña Ricarda;—tu padre y yo que no podemos ver con indiferencia los males de nuestra amada hija, hemos buscado al señor con quien tenemos antigua amistad, para que ponga remedio á tus padecimientos.

Los lectores no estrañarán el lenguaje de los ancianos, si recuerdan que el mayordomo, para que no desconfiara Inés, aconsejó á D. Pedro que tratara á Simon como á un médico á quien conocía de mucho tiempo; y que D. Pedro, por precaucion, advirtió lo mismo á Doña Ricarda.

El Tiñoso é Inés se quedaron mirando fijamente; la primera veía á su finjido médico con una espresion mezclada indefiniblemente de duda, de súplica y de temor; y Simon veía

á Inés como un consumado facultativo, que observa minuciosamente el semblante de un paciente, para descubrir los síntomas de la enfermedad.

De repente, Simon se puso en pié y comenzó á pasearse á lo largo de la pieza, con la cabeza inclinada y el dedo índice colocado en el estremo de la nariz, actitud demasiado espresiva del trabajo mental á que acababa de entregarse; y mientras que duró su paseo, las personas que le rodeaban no se atrevieron á interrumpirle, esperando con ansiedad el resultado de su meditacion.

Acaso los lectores creerán que Simon no pensaba, sino que finjía hacerlo; pero los que se figuran semejante cosa, sin duda que se equivocan, porque el Hombre-Mómia pensaba efectivamente; y tal vez cavilaba sobre el asunto mas difícil que se le había presentado en el transcurso de su aventurera y borrascosa vida.

Encontrar el nombre de una enfermedad con que engañar á D. Pedro y á Doña Ricarda, y atraerse la confianza de Inés, para que se entregara á él sin titubear;

Hé ahí el gran problema que gravitaba en el pensamiento del bandido; problema dificultoso si los hay; y que sin embargo, él solo tenía que resolver en aquel momento.

Otro hombre, menos avezado en el crímen, y menos resuelto, hubiera retrocedido delante de esos obstáculos; pero Simon no se arredraba por nada de este mundo; su carácter diabólicamente reflecsivo y emprendedor, lo empujaba á acometer los lances mas intrincados; y su jénio, acostumbrado á semejantes dificultades, se había ejercitado de tal modo en la facultad de inventar, que siempre le prodigaba los medios para llegar á los resultados.

Brillar en el mundo con un lujo ostentoso y oriental, era su pasion favorita; y para llegar á sus fines se arrojó á cometer todos los delitos, ya por sí solo, ya por órden de la lójia esco-

cesa; y siempre unido al mayordomo, quien amontonaba riquezas para procurarse placeres, escojiendo á Simon por su comensal, amigo y ejecutor.

En el discurso de esta obra, hemos visto la influencia que el Tiñoso tenía en el ánimo de Jacinto; influencia adquirida con paciencia y con trabajo, y sostenida con la esperanza que tenía de apoderarse de todos los bienes del mayordomo.

Para lograr semejante deseo, había sacrificado el Hombre-Mómia la mayor parte de su vida, viviendo en la oscuridad y resignándose á ser el instrumento del hipócrita; y fijo en el objeto que se proponía, no se había detenido delante de ningun delito, perpetrándolos todos con el cálculo mas frío, y con el mas espantoso cinismo; y á fuerza de deshonrar, de matar y de robar, el bandido llegó á formar como regla de su vida, este horroroso y repugnante dístico:

"Vivir para el crímen; cometer el crímen; y servirse del crímen, para libertarse del castigo del crímen."

Esta mácsima infernal nos revela completamente el carácter de Simon.

Hombre de hechos y no de proyectos, caminaba á su fin sin inmutarse, y jamas pensaba en lo que iba á hacer, sino en el momento de ejecutarlo; veía el abismo y bajaba á él con pié seguro hasta tocar en la sima, y despues subía á los bordes sin haber dado un tras piés.

Los peligros ficticios lo encontraban despreciador, y los riesgos evidentes lo hallaban impasible.

Tal era Simon.

Cinco minutos durarían las cavilaciones del Hombre-Mómia, al cabo de los cuales se paró en frente de los ancianos, y les dijo:

=Tengan ustedes la bondad de dejarme solo con la señorita.

D. Pedro y su mujer saludaron al bandido, y salieron de la recámara.

Simon volvió al lado de Inés, y la dijo con tono bondadoso y casi paternal.

=No ignoro, señorita, la enfermedad de que adolece usted, y vengo á ofrecerla mis servicios para salvarla.

Inés se estremeció.

=No tiemble usted,—continuó Simon;—todo lo sé, porque me lo reveló el padre Anselmo...!

Inés se estremeció de nuevo, y murmuró con espanto:

=El padre Anselmo...!

=Ya tragaste el anzuelo,—dijo para sí el bandido; y despues añadió en voz alta.—Sí, el padre Anselmo de S. Fernando, á quien usted refirió minuciosamente su infortunio, estuvo á verme la víspera de que lo mataran; y me comunicó el acontecimiento, pidiéndome ausilio y consejo para salvar la reputacion de usted, y libertarla de la maldicion de sus padres. Desgraciadamente, la noche del 31 de Julio asesinaron al padre Anselmo, sin que se sepa quién, ni cómo; y hasta ayer que encontré á su buen padre de usted, y que le pregunté por la familia, me dijo que se hallaba usted enferma, y que temía fuera lo que efectivamente es; y me suplicó al mismo tiempo, que viniera á ver y á reconocer á usted. Yo, que repito que todo lo sé por el padre Anselmo, vengo resuelto á salvar á usted, completando de este modo la obra que comenzó el buen sacerdote; pero para que esto sea, hija mía, es necesario que tenga usted confianza en mí, que me obedezca estrictamente, y que por ningun temor ni motivo confiese á su padre la verdad. Vamos; promete usted hacer todo lo que la pido...?

Inés guardó silencio.

La narracion del Hombre-Mómia, pausada é incisiva, hirió fuertemente su corazon, y no dejó á su pensamiento toda la calma necesaria para coordinar sus ideas.

La sorpresa que la causó la aparicion repentina de un protector en su aislamiento, la sobrecojió de una manera absoluta, y la dejó sin saber qué responder.

Desconfiada ya por todas las desgracias que sufría, temía que la proteccion de Simon, fuera tal vez un nuevo lazo tendido por el mayordomo para acabar de perderla; pero al mismo tiempo, la revelacion que la hizo el Tiñoso de la confidencia supuesta del padre Anselmo, la inclinaban á confiarse de él.

Hallábase en esta indecision, cuando el bandido la volvió á preguntar:

=Por fin, se resuelve usted...?

Inés continuó sin responder.

Otros nuevos temores vinieron á atormentarla, y la duda de lo que sería de su hijo, la hizo pronunciar esta sola frase:

=Mi hijo...!

=Demonio, demonio,—pensó Simon;—pues lo que es ésta, quiere mucho á lo que lleva en sus entrañas. Su hijo de usted,—añadió en voz alta;—su hijo de usted saldrá por algunos dias de esta casa, á la que lo traeré un mes despues, diciendo á D. Pedro y á Doña Ricarda, que es un huérfano que me han dado; y que no teniendo en casa quien lo cuide, se lo entrego á ellos que son tan caritativos, para que velen por sus dias; y de este modo, el niño estará al lado de usted, sin que haya poder humano que se lo quite en ningun tiempo.

Inés levantó los ojos y se quedó viendo á Simon con una mirada que claramente decia:

=Puedo confiar en usted...?

El Hombre-Mómia prosiguió:

=Todo esto lo hago por cumplir con los deseos del bondadoso padre Anselmo, y por tener la dulce satisfaccion de ejecutar una obra que él quiso realizar. Vamos,—continuó cariñosamente;—no desconfie usted; entréguese enteramente á mis consejos, y la aseguro que nunca se arrepentirá de haberlo hecho.

Inés titubeó todavía algunos momentos; pero reflecsionando que su situacion no podía ser mas desesperada de lo que era, se resolvió y dijo:

=Confío en usted... Haga de mí lo que quiera.

=Te clavé,—pensó Simon; y prosiguió hablando alto.—Entonces, obediencia ciega, niegue usted obcecadamente la verdad, y no tema nada. Voy á decir á sus padres, que padece usted una enfermedad cuyo nombre no he querido descubrir á usted por no aflijirla. Voy á verlos, no sea que estrañen lo dilatado de esta conferencia. Conque cuidado. Obediencia absoluta, y paciencia.

Simon dejó á Inés y salió á la sala, donde le esperaban D. Pedro y su esposa con muestras de la mas visible ansiedad.

Al llegar al dintel de la puerta, el Tiñoso compuso su semblante, manifestando cierta inquietud y ensimismamiento; y los dos ancianos se acercaron á él, y le preguntaron al mismo tiempo:

=Y bien...?

Simon guardó silencio por algunos segundos; y luego dijo como hablando consigo mismo:

=El caso es grave... muy grave...

=Ah...!—hicieron D. Pedro y su esposa.

=Pero,—continuó Simon siempre en el mismo tono.—Pero si se siguen estrictamente mis preceptos... tal vez...

=Hable usted, por Dios...!—dijo Doña Ricarda.

=Sí; sí; espliquese usted...!—añadió D. Pedro empeñosamente.

=El Hombre-Mómia alzó la vista y se quedó viendo con estrañeza á sus dos interpeladores, arrugó el entrecejo, y despues esclamó como sorprendido:

=Ah...! Conque estaban ustedes aquí...? Ustedes perdonen; no los había visto....

=Pero y mi hija...?—dijo Doña Ricarda.

=Su hija de ustedes...—contestó el Tiñoso pensativamente;—su hija de ustedes está en un peligro muy grande...!

=Oh...!

=Pero,—continuó Simon,—si yo supiera que... acaso...

=Pero la enfermedad...! La enfermedad...!—interrumpió D. Pedro con impaciencia.

=Al fin me lo preguntaste; viejo podenco;—dijo el bandido allá para su coleto;—ahí era á donde yo te quería llevar.

Luego dijo en voz alta, y siempre pausadamente.

=La enfermedad de que adolece la hija de ustedes, es...

=Cuál...?—preguntaron ansiosamente los ancianos.

=Es una que la tiene cerca de la muerte,—contestó Simon como lastimándose;—es... *Hidropesía ascitis.*

Los consortes abrieron tantos ojos, pues aunque no entendían la última palabra del supuesto médico, sí oyeron claramente la voz *hidropesía,* y esa sola bastó para calmar todos sus temores.

=Conque mi hija no ha deshonrado mis canas...!—esclamó D. Pedro riendo y llorando, de ternura y de placer.

=Conque mi hija es virtuosa como siempre,—añadió Doña Ricarda abrazando á su marido, y acompañándolo en su llanto y en su risa.

=Sí; sí;—se decía mientras Simon;—ríanse, ríanse, lloren, lloren, pues la cosa lo merece. Su hija de ustedes es tan honrada y tan virtuosa, como muchas de ellas; y, por vida de mi abuela, que lo que es la Inesita se esplica á las mil maravillas.

D. Pedro y su mujer continuaron por algun tiempo en el mismo estado, hasta que el Tiñoso, fastidiado de oírlos llorar, prosiguió la conversacion.

=La enfermedad de que adolece Doña Inés, es muy peligrosa; y necesita de muchos cuidados y de muchas consideraciones, pues de lo contrario puede costarle la vida.

=Oh...! Dios mío...! Dios mío...!—dijo llorando Doña Ricarda.—Pero es imposible que se me muera una hija tan cristiana, tan virtuosa... una hija á la que tanto amo...! Ah...! señor...! señor...! Sálvela usted, y le daré mi vida...!

=Por Dios...!—dijo D. Pedro sollozando.

=Cálmense ustedes,—dijo el Tiñoso con benevolencia.—Cálmense ustedes. La enfermedad es muy grave, el riesgo inminente; pero si se siguen *estrictamente* mis consejos, si se me obedece ciegamente, cumpliendo todos los preceptos que ordene, acaso, y solo de este modo, puedo responder de su vida.

=Oh...! esté usted seguro de que á nada se faltará.

=Pues bien,—continuó Simon;—supuesta esa obediencia, voy á emprender la cura de Doña Inés... Mi empeño no ha de tener límites, así como mis deseos son los mejores...

=Ah...! señor...

=Vamos, vamos; déjeme usted concluir, señora. Dejarémos en paz á la enferma por ahora, y desde mañana comenzarémos su curacion. Lo único que debe hacer desde este momento, es no salir de la pieza en que está, sin moverse tampoco de un lugar, pues cualesquiera movimiento que haga, le es demasiado perjudicial. Con esto,—pensó Simon,—no la verá nadie, y mantendré embobados á estos viejos hasta que llegue el dia negro, que ya veré como salgo de él.

=Bien señor, bien; se hará como usted dice,—dijo D. Pedro contestando á los preceptos de su interlocutor.

=Entonces,—añadió Simon levantándose;—hasta mañana.

=Vendrá usted sin falta...?

=Sí señora;—y, añadió repentinamente iluminado.—Vendré acompañado de... mi ama de llaves, que es una buena curandera, para que ella se encargue de nuestra enferma. Adios. Me alegro mucho de que nuestros temores hayan salido infundados, y de que el honor de la familia se conserve ileso.

=Adios, señor. Hasta mañana.

=Hasta mañana,—contestó Simon.

Y salió de la casa diciéndose.

=Cayeron en la trampa. Con tal de que salve yo á su hija, son capaces de echarse dentro de un pozo si se los man-

do. Ahora, vamos á ver á Gerarda y á ese cuadrúpedo de Jacinto.

D. Pedro y su mujer, con los corazones enternecidos, y con los ojos llenos de lágrimas, entraron á la recámara de su hija, se acercaron á ella, y la cubrieron de besos y de caricias.

Los dos ancianos, engañados acerca de la verdarera enfermedad de Inés, se arrepintieron del rigor que habían usado con ella, creyendo injustas y culpables las sospechas que tuvieron respecto de su estado; y adoloridos por lo que la habían hecho sufrir, la pidieron perdon enternecidos.

Semejante arrepentimiento fué un martirio para Inés.

Culpable, aunque bien á su pesar, pero no por eso menos culpable; delincuente por haber mantenido con el mayordomo sus relaciones ilícitas, y criminal por haber ocultado á sus padres el estado en que se hallaba, no le era posible ver con serenidad la jenerosa accion de aquellos á quienes había ofendido tanto, y los remordimientos torturaban cruelmente el alma de aquella infeliz mujer.

Sus padres lloraban, y ella tambien lloraba.

Pero las lágrimas de los primeros, si bien tenían unas gotas de dolor, llevaban consigo el supremo consuelo de todo aquel que cree que obró mal por engaño, y que se arrepiente del daño que involuntariamente causó; pero el llanto de Inés, ardiente y devorador, era uno de aquellos arrancados por la triste conviccion de la culpa cometida; era uno de aquellos que no consuelan, y que causa vergüenza que lo vean verter...!

Pobre Inés...!

Cada gota que caía de los ojos de sus padres, era un reproche que le hacían por su conducta; y cada uno de los sollozos que modulaban, era un jemido lanzado de aquellos corazones que tanto la amaban, y á los que había pagado tan mal tanto cariño...!

=Soy una ingrata...!—pensaba estremeciéndose.—Soy una ingrata con engañar á mis pobres padres... Toda una vida de pesares y de tormentos, no bastaría para pagar las lágrimas que les hago verter... Los he engañado... me creen inocente cuando soy culpable... Ah...! Quisiera morirme... Haber muerto antes de haber faltado á tanta confianza... á tanto cariño... Oh....! Perdóname, Dios mío....! Perdóname, y haz que tambien me perdonen mis tiernos y bondadosos padres...! Dios mío...! Dios mío...!

Dejémos por un momento la casa de D. Pedro, y sigámos al Hombre-Mómia, quien se dirijía muy de prisa á casa de la campana.

El bandido iba risueño de contento, pues se había salido con todo cuanto intentaba, y lo que le quedaba por hacer no le inquietaba, porque tenía demasiada confianza en su fecundo injenio y en su inaudito atrevimiento.

Ademas, invariable en sus principios y en sus deseos, había fijado ya en su pensamiento el plan que debía seguir, y el oro que le había de producir, resuelto á recompensarse de grado ó por fuerza, de todos los obstáculos que tuviera que vencer, y de todos los riesgos que tuviera que afrontar.

El negocio en que estaba sirviendo al mayordomo, era muy dificil y peligroso; y por la misma razon, el premio debía de ser tan grande, que acaso bastara por sí solo para satisfacer su ambicion.

Gozoso con estas ideas, llegó á casa de Gerarda, entró hasta la antesala; y, como de costumbre, se dejó caer en el sofá.

Gerarda estaba sentada en una butaca cerca de la puerta del corredor, y cuando vió á Simon soltó una carcajada picaresca, burlona, inimitable.

=De qué te ries, bruja del infierno...?

=De tí, querido Simon; me rio de tí; já, já, já, já...! porque traes una facha endemoniada...!

=Por vida de...! Acaso nunca me has visto de casaca...?

=Sí, hijo mio; pero nunca te he visto vestido de negro, y eso es lo que ha causado mi risa, porque pareces palito de tintero; já, já, já, já...!

=Ah...! Tienes razon, hija del diablo, tienes razon...! Pero has de saber que ahora ando vestido de negro, porque... porque soy médico...!

=Que eres qué...?—dijo Gerarda arrugando las cejas y recojiendo los ojos.—Qué eres...

=Médico...!—esclamó Simon con una formalidad é importancia verdaderamente cómicas.

=Hombre...! Y quién es el desventurado á quien vas á mandar al otro barrio...? Porque supongo que cuando tú lo curas, no será para que viva.

=Eso quién sabe.

=Cómo que quién sabe...?

=Sí; el caso está algo peliagudo... Figúrate que la enferma es... la hija de D. Pedro...!

=Ah...! La de D. Jacinto...?

=Sí; y necesito una comadre, ó lo que es igual, te necesito á tí.

=A mí...?

=Como lo oyes. Tú me vas á servir en este negocio, mediante una buena propina.

=Pero...

=No hay *pero;* ya sabes que yo no entiendo de *peros,* ni...

=Bueno; pero díme la manera...

=La manera es muy sencilla. Te vas á vivir con ella hasta que ya no haya riesgo.

=Y las prisioneras...?

=Demonio, demonio,—dijo Simon rascándose la oreja.—No me acordaba de esas palomitas... Diablo...!

=Pues qué hacemos...?

=Eso es lo que yo me digo...!—respondió el Tiñoso.

Quedóse pensativo un momento, y luego se sonrió y dijo:

=Ya salí del apuro, queridísima Gerarda...! Escucha. Estamos á principios de Setiembre; Inés debe de morirse ó de aliviarse, á fines de Noviembre, así es, que de aquí á allá, es inútil que vivas con ella. Pero para que los viejos no sorprendan mi secreto, irás todas las mañanas á las nueve...

=Y mis devociones...?—interrumpió Gerarda.

=El diablo te lleve con todo y tus novenas,—gritó Simon con impaciencia.—Déjate ahora de devociones, y haz lo que te digo. Todas las mañanas vengo por tí para que me acompañes á casa de Inés, y para que le administres las medicinas. Es necesario que sepas que estás encargada de curarla, y de comprar los medicamentos; es decir, que llevarás y aplicarás á Inés, aquellos remedios que se le hacen á una mujer que está en su situacion, entiendes...?

Gerarda hizo una seña de asentimiento.

=Pues bien,—continuó Simon.—Y cuando no sepas lo que tienes que hacer, yo te lo diré; y si ninguno lo sabemos, lo preguntarémos, que para eso tenemos boca, y por nada nos hemos de arredrar.

=Convenido.

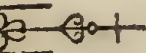
=Ahora, para que mientras no estés aquí, haya quien cuide á las reclusas, haz venir á la comadre Nicolasa, que es una mujer de seso y digna de toda nuestra confianza. Entiendes...?

=Si que entiendo; y te serviré como acostumbro: á pedir de boca...!

=Así lo espero. Por ahora, adios. Voy á ver á mi querido Jacinto, para comunicarle todo cuanto pasa.

=Creo que no ha de quedar descontento de tí.

=Pues no faltaba mas...! En fin; adios, bruja mia. Mañana á las nueve nos vemos.



=Adios, tio Simon. El diablo te acompañe.

El Hombre-Mómia dejó la antesala, salió á la calle y tomó el camino de la casa del mayordomo.

Serían las cinco de la tarde.

Los rayos del sol moribundo, apenas doraban las torres de la ciudad, derramando sobre la tierra una luz débil y opaca.

Simon llegó á casa de D. Jacinto; y despues de llamar repetidas veces al zaguan, consiguió oír que bajaban la escalera y que daban vuelta á la llave de la puerta.

=Adentro...!—dijo una voz sorda é impaciente, al mismo tiempo que se abría la hoja del zaguan.

El Tiñoso iba á avanzar; pero se detuvo sorprendido á la vista de la persona que le franqueaba el paso.

Esa persona era un hombre embozado en una capa, y que tenía la cabeza ceñida con una venda blanca.

Algunos rasgos de sangre fresca, impresos en la parte esterior de la venda, demostraban que aquel individuo acababa de curarse la herida de que probablemente padecía; y la espresion torva y ceñuda de su mirada, daban á conocer que no le era agradable una visita en semejantes circunstancias.

Así es que, al ver que el Tiñoso no se movía del dintel de la puerta; le dijo con una cólera muy marcada.

=Quién es usted...?

Simon no respondió.

=Que quién es usted, le digo...?—repitió el otro con mas ecsijencia.

=Servir á usted...!—contestó grotescamente el Hombre-Mómia.

=Simon...!—dijo el de la venda.

=Jacinto...!— replicó Simon.—Por el alma de mi padre que estás retratable...! Qué diablos te ha sucedido en la cabeza...?

=Una rotura...!—dijo el mayordomo.

=Una rotura...?—preguntó Simon con estrañeza.—Y por qué, hijo mio...?

=Por buscar á Antonia,—respondió D. Jacinto, rechinando los dientes de rábia.

=Por buscar á Antonia...!—esclamó asombrado el Hombre-Mómia.

=Sí...! Sí...! se fué...! se fué...! Y era tan linda...!

=Calla, calla...! No grites, que estamos en la puerta de la calle y te pueden oír. Cierra el zaguan, y vamos al gabinete, cosa que me refieres el chasco que te ha pasado, y yo te cuento una cosa muy interesante. Vamos; anda...!

Jacinto lanzó un suspiro, cerró el zaguan y siguió al Tiñoso que se había adelantado.

Llegaron al gabinete, y como de costumbre, el mayordomo se sentó en su sillon, y Simon acercó una silla al lado de la mesa.

Estuvieron algun tiempo sin decirse una palabra, y viéndose mútuamente, hasta que Jacinto rompió el silencio, diciendo al Tiñoso:

=No te conocía. Por qué traes ese traje...?

=Luego te lo diré,—respondió Simon.—Antes, díme tú; qué sucedió con Antonia...?

=Antonia...! Antonia...!—dijo suspirando el mayordomo. —Antonia se fué...!

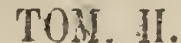
=Pero cuándo, cómo, por dónde...?

=Cuándo...? Anoche despues que te fuiste, volví á buscarla y ya no la encontré...!

Al acabar esa frase, el mayordomo prorumpió en llanto.

Simon le miró asustado.

=Reniego...! Reniego...! Reniego...!—dijo despues de un momento y haciendo un redoble con los piés.—Pues no me faltaba mas sino que este beato acabara por ser un Jeremías...! Vaya, vaya...! Pues es cosa de risa y de cólera... No llores,



animal...! Por qué son esas lágrimas...? Estás acaso contrito y arrepentido, eh...? Já, já, já, já...! Pues sería divertido...!

El mayordomo, lejos de hacer caso de lo que decía Simon, lloraba mas fuerte; y el Tiñoso, impaciente de ver aquellas lágrimas, dejó su asiento y comenzó á pasearse en el gabinete.

=Antonia...! Antonia...!—murmuró al fin D. Jacinto.

=Antonia...! Antonia...!—repitió Simon apretando los puños con furia y parándose junto del hipócrita.—Por el alma de mi padre Lucifer, que eres el hombre mas ridículo que he conocido en mi vida. Antonia...! Antonia...!

=Sí; sí; Antonia...!—repitió D. Jacinto.

=Reniego de esa maldita muchacha que te hechizó; y malos tizonasos le den en su cara de loba...! Quieres no llorar...! —prosiguió Simon rascándose la peluca.—Si sigues moqueando como un chiquillo, te dejo abandonado á tu suerte, y el diablo cuide de tí y te lleve en cuerpo y alma...! Conque...

Simon se interrumpió, porque oyó que llamaban á la puerta del zaguan.

=Calla, con una lejion de demonios...! Calla, que llaman á la puerta, y quien sabe quién será. Voy á bajar á abrir, porque si vas tú, de seguro que se te rie á los bofes el que sea. Modérate y enjuga esas lágrimas. Qué diablo...! Si perdiste á Antonia, aun te queda María, comprendes...?

=Ah...!—esclamó D. Jacinto, dejando de llorar y riendose al mismo tiempo.—Ah...! Eres un grande hombre, Simon...!

=Eso sí...!—dijo el Tiñoso con alegría.—Regocíjate, hijo mio...! Así te quiero... y te necesito,—añadió en voz baja. —Reponte mientras voy á ver quién llama.

Y sin esperar respuesta salió del gabinete.

Dos minutos despues ya estaba de vuelta, y entró á la pieza, diciendo á D. Jacinto.

=Aquí me tienes. Hablemos formalmente.

=Quién era...?—preguntó el mayordomo.

=Un criado que trajo esta carta.

=A ver...?

=Luego la leeremos. Por ahora, enciende una luz, y escucha lo que voy á decirte, que tambien es muy urjente.

Jacinto encendió un fósforo y con él una vela, hecho lo cual, dijo á Simon:

=Habla.

=Esta tarde fuí á casa de Inés.

=Y bien...?

=Todo lo he arreglado.

=De veras...?

=Cuando yo te lo digo...! Hice creer á los viejos que su hija padece *hidropesía ascitis*, y les dije que para curarla, ecsijía yo una ciega obediencia, en lo cual han consentido. En cuanto á Inés, la ofrecí salvarla con la misma condicion.

=Y ella...?

=Aceptó. El negocio marcha á las mil maravillas. Una curandera instruida por mí, tendrá cuidado de Inés.

=Y esa curandera...?

=Es Gerarda.

=Mi antigua conocida, y tus antiguos amores...?

=No se trata ahora de eso.

=Pues de qué...?

=De leer esta carta que acaba de enviarte Hipólito con su criado.

=Hipólito...!

=Sí. Véamos.

El mayordomo abrió la misiva, y leyó en voz alta.

="Señor tutor.—Acabo de llegar de Toluca, y como vengo enfermo, me es imposible ir á ver á usted; pero como me

precisa mucho que hablémos, suplico á usted que venga á esta su casa.—Hipólito Romero."

=Qué hago, Simon...?

=Ir.

=Sabes tú qué me querrá...?

=Me lo supongo; pero no recuerdas lo que pensamos anoche...?

=Sí; sí; se lo diré, y todo quedará arreglado. Mas... cómo dejo mi casa sola...?

=Yo me quedaré mientras vienes. Quítate la venda; lávate la rotura y márchate para que vuelvas pronto.

El mayordomo se dispuso; y un momento despues, Simon estaba solo en la casa, y D. Jacinto caminaba ácia la calle de Tacuba.



XXXV.

LO QUE PENSARON SATANAS Y SU COMPLICE.

Hipólito llegó á México casi al mismo tiempo que Simon entraba á casa de Inés.

El mal estado de los caminos con motivo de la lluvia, retardó dos horas mas que las de costumbre, la marcha de las dilijencias, y por esta razon entraron á las tres de la tarde.

El objeto que llevó á Toluca á nuestro jóven amigo, es demasiado conocido de los lectores.

Estrañando el silencio del Lic. Rodriguez, y temiendo que le hubiera sucedido alguna desgracia, fué á buscarle á aquella ciudad, tanto por saber el motivo de ese silencio, como para convenir con él la manera de arreglar los negocios de su casa.

La sorpresa y el dolor de Hipólito al recibir en Toluca la noticia del asesinato de Rodriguez, le causaron tan profunda sensacion, que nos es imposible describirla.

Durante su permanencia en esa ciudad, hizo las indagaciones necesarias para averiguar quién fué el que tan infamemente quitó la vida á su amigo; pero todas sus pesquisas fueron vanas, porque nada pudo saber, ni aun por la justicia, circunstancia que no estrañamos, pues la justicia, lo mismo que los maridos, es la última que sabe cuando se la ha puesto en ridículo.

Convencido Hipólito de que nada adelantaba con permanecer en Toluca, volvió á México pensando qué partido tomaría para quitar al mayordomo la tutoría que aun ejercía; y enfermo ademas, por el cambio tan repentino de temperaturas y por la afliccion moral que lo agobiaba, se retiró á su casa, desde donde escribió una carta á Cárlos, súplicándole que fuera á verle, y otra al mayordomo, cuyo contenido han conocido los lectores en el capítulo antecedente.

Cárlos fué el primero que obsequió el empeño de Hipólito; y aunque aflijido tambien por la pérdida de su Luisa, fué á ver inmediatamente á su desgraciado amigo.

Cuando llegó á la casa de Hipólito, hallábase éste en pié, junto á la mesa redonda de la sala, y apoyando la mano izquierda encima del mueble.

En su fisonomía, severa é indiferente, no se revelaba el padecimiento, y en la sonrisa de su boca se hubiera adivinado la felicidad.

Ah...! Pero bajo esa fisonomía tranquila y hasta helada, y detras de esa sonrisa suave y engañadora, se ocultaba un corazon cruelmente hollado por el dolor, y una alma, desgarrada, pero impasible en medio del sufrimiento.

Al ver á Cárlos, el jóven dejó el sitio en que se hallaba, y se adelantó á recibirlo con los brazos abiertos.

Cárlos se arrojó en ellos, é inclinando la cabeza en el seno de su amigo, dejó correr por sus ojos un mar de ardientes lágrimas.

Hipólito se sorprendió con aquel llanto, pero lo dejó corerr porque comprendió que ese lloro, era sin duda, la espresion elocuente de una afliccion aguda; y como él era desgraciado, sabía que cuando el corazon padece, el llanto es un desahogo inapreciable.

Durante diez minutos permaneció Cárlos llorando entre los brazos de su amigo, hasta que al fin levantó la cabeza, y se lo quedó mirando.

=Qué nécio soy, no es verdad...?—dijo despues de un momento.—He llorado como un niño; y cuando un hombre llora así, le creen romántico y se mofan de él...!

=Cárlos....!—dijo Hipólito cariñosamente.—Con quién crees que estás hablando...?

=Tienes razon...!—respondió Cárlos lanzando un suspiro. —Me equivocaba... pero... qué quieres? Cuando uno padece, no reflecsiona; siente, y... no todos comprenden, porque no todos sienten...!

=Tambien tú tienes razon...!—replicó Hipólito melancólicamente.—Cnando le ven á uno lleno de sangre, le vendan la herida... cuando le ven vertiendo llanto, se burlan de las lágrimas... Así es el mundo...! El mundo para sentir necesita ver... y... hace bien... para eso tiene ojos...! Pero vamos; díme, qué tienes...? Estás muy cambiado... inconocible...

Hipólito tenía razon.

Las facciones de Cárlos estaban demasiado consumidas, porque los pesares se dejaban ver en ellas de una manera sensible.

Las miradas de sus grandes y negros ojos, estaban mústias, y el color pálido de su rostro, unido á la displicencia de sus maneras, descubrian inmediatamente la enfermedad intelectual que le acosaba.

El hermoso jóven, porque Cárlos era hermoso, habría intere-

sado á primera vista al que se le hubiera acercado, porque los sufrimientos habían impreso en su fisonomía un tinte de melancólica simpatía.

=Sí,—respondió con abatimiento á la observacion de Hipólito.—He cambiado mucho... porque padezco...

=No necesitabas decírmelo, Cárlos. Adivino y comprendo los pesares, porque tambien los siento... Pero, podrás decirme, cuál es esa pesadumbre que ejerce tanta influencia sobre tu ánimo...?

=Sí;... Hipólito...! He perdido á Luisa...!

=Has perdido... á Luisa...!—esclamó Hipólito con asombro.—Has perdido á Luisa...! Pero querrás esplicarme... Acaso... te ha sido infiel...?

=No... me la han robado...!

=Robado...!

=O... quién sabe...? Tal vez me fué inconstante...!—concluyó el jóven desesperado.

=Ah...!—dijo Hipólito con una voz que mostraba un sentimiento y una vivísima compasion.—Comprendo todos tus padecimientos... No es solamente la pérdida de tu amada la que te aflije. Eres mas desgraciado, ó mejor dicho, verdaderamente desgraciado, porque dudas...!

=Es verdad, Hipólito, es verdad...! Dudo...! y... mejor quisiera morirme...!

=Pero, cálmate... esplícame...

=Es poco lo que tengo que esplicarte. Ya sabes que todas las mañanas iba Luisa á la Alameda á platicar conmigo... pues bien; la mañana del dia 2 de Agosto, salió de su casa á las siete, y desde entonces no la hemos vuelto á ver...! Ese dia la buscamos toda la tarde y gran parte de la noche... despues, la hemos buscado en todo México, fuera de México, y no la hallamos...! La criada que salió con ella, tampoco ha parecido, y yo estoy ecsasperado...! Oh...! no sé qué pen-

sar... Algunas veces, pienso que se dejó seducir por algun miserable, y se fugó con él... otras, recordando sus virtudes, pienso que solo una desgracia puede habérnosla arrebatado.... otras... otras... no sé... tal vez... quién sabe... acaso... Hipólito...! Hipólito...! pienso... vacilo... dudo...!!!

=Sí... sí...—contestó Hipólito.—Dudas...! y ya te lo dije, esa es tu mas grande desgracia...! Si tuvieras fé, no sufrieras tanto... pero dudas...! y la duda es una condenacion..!

=Ah...! sí... eso es cierto,—dijo Cárlos sollozando y llorando nuevamente.—Pero, díme, Hipólito... si hay palabras que consuelan, dímelas, porque necesito no sufrir...!

=Cárlos se sentó en la butaca que estaba cerca de la mesa, y continuó vertiendo sus lágrimas.

Hipólito, en pié, y á su lado, guardaba un silencio aterrador, y solo pensaba para sí:

Hé aquí mi suerte..: Hé aquí hasta dónde puede llegar el colmo del infortunio... Cuando llamaba un amigo para confiarle mis pesares, viene á depositar en mi corazon toda la hiel de su martirio... Cuando creía encontrarle feliz, se me presenta desgraciado... cuando venía á pedirle consuelo, me lo pide á mí, y me obliga á guardar en el fondo de mi alma, las quejas que quisiera tener en los lábios... Ah...! Cuál es, pues, el destino que Dios me reserva...? Aliviar los padecimientos cuando necesito alivios...! Infundir la fé, cuando... No soy... no puedo ser egoísta... Siento para pensar y no pienso para sentir... hé ahí mi desgracia... Si no fuera eso, no habría yo amado tanto como he amado... como amo, á pesar de los desdenes y de mi orgullo ofendido; pero así he nacido, y no puedo ser de otro modo... Paciencia...! Pobre Cárlos...!—continuó pensando despues de un rato que dejó de hacerlo.—No sabe, no; no puede comprender lo terrible de su desventura... La conocerá; la sentirá; pero si la analiza, se aterra...! Dudar...! Esta es la suerte en la vida...!

=Hipólito...!—esclamó Cárlos pasado un momento.—No hallas, pues, cómo consolarme...?

=Y qué quieres que te diga...? Que llores...! Sí; que llores, pobre amigo mío... Llora, mucho, mucho, entiendes...? Porque las desgracias que son incurables, no tienen mas remedio que las lágrimas...!

=Ah...! soy tan desgraciado...!

=Lo sé, Cárlos, lo comprendo.

=Imposible...!—replicó el jóven. No puedes comprenderme porque no te ha sucedido lo que á mí.

Hipólito sonrió tristemente, y se quedó mirando á Cárlos con ternura.

El último continuó.

=No; no puedes comprenderme, porque no has perdido á la mujer á quien amas; porque todavía tu corazon no ha amado como el mío, con entusiasmo, con ufanía...!

Si Cárlos no hubiera estado dominado por el dolor, si sus ojos no hubieran estado nublados por el llanto, sin duda que habría visto la sonrisa amarga y sardónica que cruzó por los lábios de su amigo.

Las palabras que acababa de pronunciar, llegaron hasta lo íntimo del alma del desventurado Hipólito, atrayendo á la mente todos sus recuerdos, y al corazon todos sus dolores.

Sin saberlo, acababa de tocar la herida gangrenada que el infortunado huérfano padecía, haciendo que dos gotas de llanto se desprendieran de sus ojos, y rodaran lenta y majestuosamente por sus mejillas.

Un silencio imperturbable siguió á la última frase de Cárlos.

Los dos jóvenes se quedaron ensimismados en sus dolores; los dos sufrían, y los dos callaban, porque querían decir tanto que no hallaban por dónde empezar.

Ah...! Hay padecimientos tan terribles, que agolpando las ideas á la imajinacion, privan al que sufre de la facultad

de hablar, porque no encuentra palabras en ningun idioma del mundo para espresar lo que siente; y quisiera con una sola sílaba, con un solo sollozo, con un solo jemido, decir todo lo que padece, desahogar su pecho del peso que lo oprime.

Reconcentrado el pensamiento en una sola idea, en la del dolor que gravita, quisiera que lo comprendieran sin necesidad de que la boca pronunciara ni una frase, y que solo con un, *ay...!* ecshalado del fondo del alma, ccnociera el mundo la intensidad de los dolores.

Pero esto es imposible.

Para eso era necesario, que ese jemido fuera como el relámpago, que naciendo y muriendo al mismo tiempo, ilumina la inmensidad del firmamento...!

Cárlos dejó escapar un suspiro, y entonces Hipólito se volvió á él.

=Te has consolado...?—le preguntó.

Cárlos, por toda respuesta, dirijió á su amigo una mirada melancólica; y esta circunstancia, le hizo ver las lágrimas que aun humedecían los ojos de Hipólito.

=Lloras...?—le preguntó con ternura.

=No, Cárlos,—replicó Hipólito.

=No lloras...! pues y esas lágrimas...?

=No lloro... Estas lágrimas se desprenden de mis ojos porque brotan de mi corazon. No hago ningun esfuerzo para verterlas... corren porque quieren... porque mi corazon es demasiado pequeño para contener su llanto, y lo hace que se asome á mis párpados...

=Ah...!—esclamó Cárlos.—Soy un egoísta...! No me acordaba que tambien padeces, y te he aflijido mas...!

=No,—replicó bondadosamente el desdichado huérfano.—No me has hecho padecer mas, porque es imposible padecer mas de lo que padezco... Lo que has hecho, ha sido despertar mis dolores adormecidos, y nada mas...! Pero escúcha-

me. Ya que involuntariamente has renovado mis heridas, voy á confiarte un secreto que nunca ha salido de mi pecho... Vas á oír; vas á conocer hasta dónde puede abrumar á uno el infortunio; hasta dónde puede uno ser desgraciado. A tí, que ahora padeces; á tí, que ahora comienzas á humedecer tus lábios en la copa de la amargura, te servirá de consuelo la relacion de mi desdicha, porque en este mundo, Cárlos...! los hombres nos conformamos con nuestros males cuando vemos que son menores que los que otros sufren; como si no fuéramos todos hombres; como si todos los pesares no fueran pesares...! Pero así es la humanidad...! Cuando la multitud vé en la calle á un herido de muerte, le rodea y le ausilia; cuando vé á otro lijeramente lastimado, le abre paso mirándole por curiosidad, y diciéndole friamente:

=*Pobre hombre...!*

=Como si las dos no fueran heridas; como si por las dos no se hubiera vertido la sangre del hombre...! Escúchame, pues, Cárlos: deseo revelarte lo que he sufrido, porque acaso esta será la única vez que me atreva á sondear mi negra herida. Querías palabras que consuelen... voy á consolarte. Oyeme. Nací poeta. No sé si lo seré de intelijencia; pero lo soy de corazon. Dios colocó en mi alma un tesoro purísimo de sensibilidad, y dotó á mi imajinacion de un fuego que deslumbra, suspendiendo sobre mi frente la corona del martirio. Siempre que he tomado la pluma, he escrito lo que he sentido... Mis amigos y el público, han aplaudido mis obras y mis versos, y me han felicitado por lo que ellos llaman mi talento, sin saber que esos versos que les agradan, y esos dolores que los conmueven, los he cojido del fondo del corazon llevándolos al pensamiento para trasladarlos al papel. En cada una de mis palabras hay un sollozo, en cada uno de mis versos un tormento, y en cada una de mis estrofas un martirio... Y la sociedad, indolente y estóica; la sociedad que en todo

es superficial, ha recibido con aplauso esos sollozos, esos tormentos y esos martirios, insultando de este modo los dolores del alma del poeta...! Fascinado por el fuego de esa gloria, y dominado poderosa é irresistiblemente por la esperanza de amar y de ser amado, me entregué en un tiempo á las dulces ilusiones que me alucinaban, pulsé las cuerdas de mi lira, y entoné cánticos de amor y de esperanza... Un ser, bello y radiante como la imájen seductora de la poesía, se presentaba á mi febricitante imajinacion, revestida con las formas de una mujer virtuosa y hechicera; y yo, ávido por encontrarla, la buscaba en todas partes, y solo hallaba mujeres bellas de rostro, pero con unas almas indiferentes á los ensueños poéticos de mi corazon. Pobre de mí...! No sabía yo... ignoraba que las almas como la mía, nunca hallan quien las comprenda, porque buscan una felicidad que no ecsiste en la tierra, haciéndola consistir en un amor que Dios solo lo dá, y que solo EL lo premia. No sabía yo que esas almas vulgares que tanto blasonan de que saben *amar*, no sienten mas que un afecto superior tal vez á la amistad, pero que siempre está ligado á los intereses materiales de la vida...! Despues he conocido esto; he comprendido que el amor que yo siento, es esencialmente espiritual, y por eso soy tan desgraciado. Escéntrico de carácter, necesito otras emociones, otros placeres, otros dolores, y tambien otros crímenes diferentes de aquellos que conocen los hombres. Mi alma, desprendida del materialismo, padece una tortura contínua, al mirar la indiferencia salvaje de todos esos séres que se llaman hombres y mujeres, y que se burlan de las sensaciones del poeta, porque su intelijencia es demasiado mezquina para comprenderlas, semejantes á aquellos impíos que blasfemaron de Dios, porque no pudieron elevarse hasta EL. El mundo que me he forjado, es un mundo lleno de flores y de felicidad; mundo en que rien las virtudes resplandecientes, y en el que no se encuentra el vicio; mundo

ascético, lleno de luz, de amor y de relijion, que acaso puede ecsistir, pero que no sé dónde está. Conociendo la vil prosa en que vive la jente de este suelo, me repugna mi estancia en la tierra; y disgustado de todo lo que miro, de todo lo que me rodea, aparto la vista de aquí, y reconcentrando mis emociones y mis padecimientos, dirijo mi imajinacion hasta las mas elevadas rejiones del idealismo...! Por eso es por lo que he escrito estos dos versos en una de mis últimas composiciones:

=“Veo que este mundo es solo cieno inmundo,
Y moderno Colon, busco otro mundo...!”

=Todos esos aplausos; todas esas alabanzas y aprobaciones que se conquistan; todas esas coronas con que el poeta ciñe su cabeza, las paga demasiado caras con las penas del alma. Cada hoja del lauro de la fama, le cuesta una lágrima, y cada corona mil dolores. Y sabes por qué es esto...? Es porque el poeta es el fuego de la imajinacion, inoculado con la sensibilidad del corazon; y la sensibilidad del corazon, identificada con el fuego de la imajinacion;... Es porque los hombres privilejiados por la intelijencia, están sentenciados á una vida de infortunio;... Es porque todos los corazones ecsaltados y esquisitamente sensibles, están condenados á apurar ávidamente el cáliz de las mas dulces sensaciones, mezclado con la hiel de la amargura...! La dicha nos es absolutamente desconocida; porque sentimos para pensar, en lugar de pensar para sentir... La vida es para nosotros un diasirmo... Dudando entre lo que es y lo que debe ser; teniendo el pensamiento clavado en un mundo ideal, y la vista fija en el mundo real, estamos mirando contínuamente ese contraste impasible, como el órden de la creacion. Ah...! Cárlos...! Por mucho que padezcas, por mucho que la desgracia te atormente, no has de sufrir tanto como yo...! Dios ha dotado á los poetas de una alma ardiente, de un corazon sensible, y de una imajinacion elevada... Nos ha hecho entrever el paraiso; y el deseo de obtenerlo, nos

seca el corazon impregnándolo en el llanto que brota de él, y se consume en él... Nada nos consuela; todo nos disgusta... Nos ha dado tambien una intelijencia investigadora, y una compasion sin límites para dolernos de las desgracias de la humanidad... Las apariencias no nos engañan; y por eso, cuando vemos un rostro alegre, dudamos si la risa que asoma en los lábios del que manifiesta esa alegría, es en efecto la espresion de la felicidad, ó la máscara que encubre el padecimiento... Vemos el rostro; pero indagamos los sentimientos del corazon; y si nos convencen de que aquel que sonríe es en efecto dichoso, nos preguntamos:

=“Cuántas lágrimas cuestan á la humanidad esas sonrisas...?”

Hipólito hizo una pausa, y Cárlos le contempló en silencio. Había en la fisonomía del jóven la espresion de una tristeza profunda.

Sus miradas; regularmente apagadas, se habían animado repentinamente, revelando en su brillo fascinador el jenio y la inspiracion del poeta; y el acento de su voz, pausado, grave y dolorido, ejerció un dominio absoluto sobre los pesares de Cárlos.

Pasados algunos segundos, continuó Hipólito.

=Nunca he sido feliz. Mi niñez se evaporó como el aroma de las flores, y desde que pensé sériamente, comenzaron mis desgracias. Esto era preciso. Nacido poeta, debía repelerme el mundo, y mi primer pensamiento debía dirijirse al amor; pero no á ese sentimiento bastardo que admite la sociedad, sino al verdadero amor; á esa pasion inefable que cuando no se goza aquí en los brazos de una mujer virtuosa y pura, solo se encuentra en el cielo á los piés del trono de Dios... En mis ensueños sublimes, me figuraba una mujer digna de ser amada, no bella de rostro, pero sí hermosa de corazon... Durante mucho tiempo la busqué; durante mucho tiempo

esperé hallarla, y al fin la encontré. En su hermosura severa, se conocían las virtudes; y su carácter, suave y bondadoso, disponía en su favor desde el momento en que se la dirijía la palabra. Graciosa como el favonio, sonreía de una manera que seducía; y el acento de su voz, parecido al de un ánjel, era sin duda el eco de las armonías del coro celestial. La ví, y la amé...! Cárlos...! La amé con delirio, con frenesí... Mas de una vez ella me inspiró mis trovas... mas de una vez fuí poeta por su amor...! Despues de mucho tiempo de esperanzas y de temores, de ruegos y de silencio... Cárlos...! No fuí feliz...

La última frase la pronunció Hipólito con una espresion tan incisivamente helada, que llenó de pavor el corazon de Cárlos.

El acento de conviccion de esa frase, era uno de aquellos que desesperan, porque no dejan duda de la mas terrible y desconsoladora de las verdades.

La de que el que tanto padece, no tiene ninguna esperanza en esta vida.

=No fuí feliz,—continuó Hipólito.—La mujer á quien tanto amaba, á la que amo todavía, fué muy cruel conmigo... La altivez y el frío desden, fueron la única recompensa con que pagó mi amor, despues de haberme dejado concebir una esperanza. Sí... Cárlos...! porque si esperé ver correspondida mi pasion, fué porque tenía derecho de esperar...!

=Tenías derecho de esperar...!—esclamó Cárlos lleno de asombro.

=Sí; tenía yo derecho de esperar, porque recibió sin desden las primeras insinuaciones de mi amor; y despues, despues...

=Y qué...?

=Despues de haberme dejado esperar, se mostró esquiva conmigo é hizo pedazos mi corazon...!

=No puedo comprender... Me has dicho que esa mujer es virtuosa...

=Muy virtuosa,—contestó Hipólito.—Si no fuera virtuosa no la hubiera dicho una sola palabra... no la hubiera amado...!

=Pero entonces...

=No es verdad que es incomprensible...?

=Ah...! sin duda.

=Dios solo sabe lo que padecí por ella, lo que padezco todavía... Mi corazon está llagado, mi dolencia es incurable, y mejor quisiera morir...! Despues de haber visto destruidas mis ilusiones de amor, supe el desastrado fin de mi padre, perdí á mi adorada madre, perdí á mi amigo Rodriguez, á quien asesinaron en Toluca, estoy solo en el mundo, sin una esperanza, sin ningun consuelo... Responde, Cárlos, eres mas desgraciado que yo...?

=Oh...!—esclamó el amigo de Hipólito, á quien esta pregunta recordó su desventura.

=No me respondes...?

=Hipólito,—contestó Cárlos;—tú que eres poeta y que amas como un poeta, debes considerar la pérdida que he sufrido, y lo intenso de mi dolor...!

=Sí, lo comprendo; pero escucha. Si vuelves tu vista á tu vida pasada, encontrarás en ella la felicidad doméstica, que yo no he gozado; no porque no me amara mi tierna madre, sino porque mi corazon no estaba dispuesto para gozarla... Tú has sido amado... has gozado las caricias de una mujer... yo he visto despreciado mi amor... tú, en fin, tienes una dicha pasada donde refujiar tu pensamiento; yo no tengo ningun recuerdo dichoso en que fijarme para olvidar momentáneamente mis dolores...! Mi pasado es igual á mi presente; y mi porvenir es el infortunio... He pedido á la vida una flor, y me ha dado una espina... La he pedido una sonrisa, y me

ha dado una lágrima... Y aunque hoy has perdido á la mujer á quien amas, mañana se cerrará la herida de tu corazon, porque puedes encontrar otra á quien amar.

=Hipólito...! me juzgas tan inconstante...!

=No, Cárlos, no; pero como sospechas que ella te ha sido desleal, cuando veas que no parece, te convencerás de que acaso no te amaba, y tan injusto como vengativo, te prosternarás delante de un nuevo ídolo...!

=Oh...! No lo creas. Amo á Luisa con toda mi alma, y ni por venganza amaré jamas á otra...!

Cárlos dijo esas palabras con un entusiasmo que no dejaba duda de su sinceridad, é Hipólito le replicó con suma conmiseracion.

=Entonces, Cárlos, entonces... tu desgracia es verdadera; prepárate á sufrirla con valor...!

=Valor...!—dijo Cárlos con decaecimiento.—Valor...! Si yo fuera poeta como tú, mi corazon padecería, pero mi alma permanecería inmutable en medio de las desgracias de la vida... pero no soy poeta...!

=Si fueras poeta como yo,—contestó amargamente Hipólito,—serías mas desgraciado aún; porque buscarías el amor, y hallarías la crueldad... buscarías la luz, y te quemarías con sus destellos... Si fueras poeta, no encontrarías quien te amara, porque no habría quien comprendiera tu amor... y todos, entiendes...? todos befarían tus dolores, y se burlarían despiadadamente de tus sentimientos... Si fueras poeta, serías muy desgraciado, porque los poetas tienen talento, pero tambien tienen sensibilidad; y la sensibilidad es la expiacion que Dios impuso al talento... Si fueras poeta... Muérete mejor...! Porque, un poeta... sabes lo que es un poeta...? Es el sér mas ridículo que ecsiste en la sociedad...! No seas poeta, no...! No seas poeta...!

Cárlos, dominado otra vez por la ecsaltacion sardónica de

Hipólito, no pudo contestar ni una sola palabra á lo que su amigo acababa de decir.

Jamas le había oido hablar de un modo tan irónico, y nunca le había visto mofarse tan sangrientamente de uno de los dones mas preciosos que Dios no concede sino á ciertos hombres;

La intelijencia, la poesía.

Así es que no comprendía cómo Hipólito, cuya alma era el alma de un bardo, hablaba con tanto sarcasmo de esa cualidad eminente, casi divina, que jerminaba en su corazon; pero si no lo comprendía, es porque ignoraba que el triste privilejio del talento es la desgracia, y por eso el poeta se burla muchas veces de lo mismo que ensalza y que ambiciona.

Encadenado á esta vida miserable, entrevé otra vida mejor; y abrumado por los dolores, maldice la ecsistencia que le detiene en la tierra...

Por eso, muchos seres á quienes les falta valor y resignacion para apurar todas las gotas de acíbar que hay en el fondo del cáliz, abrevian el fin de su permanencia en este mundo;...

Y por eso, Larra, que tanto ridiculizó á los suicidas, acabó por ser suicida...!

=Hipólito,—dijo Cárlos con voz temblorosa.—Estás muy ecsaltado, y te puedes enfermar mas aún... Necesitas descansar... Te dejo. Volveré á verte muy pronto... cuando estés mas aliviado; porque con mis dolores y con mis locas quejas puedo agravar tu mal. Adios, amigo mio.

=Adios, Cárlos,—contestó Hipólito.

Y los dos amigos se separaron.

Cárlos bajó apresuradamente la escalera.

Acosado por sus propios pesares, y espantado por las palabras de Hipólito, le abandonó bruscamente, porque no pudo soportar por mas tiempo la cruda ironía del acento de su jóven amigo.

No culpemos á Cárlos.

El destino del verdadero poeta, del poeta que siente lo que escribe, es aterrar con sus dolores á la humanidad, hacerla huir, y dejarle abandonado.

Hipólito volvió á quedarse solo.

Con la frente levantada, con la mano izquierda apoyada todavía en el respaldo de la butaca en que se había sentado Cárlos, con la sonrisa en los lábios y con la mirada ya fría, el pobre poeta se asemejaba á una de las impasibles estátuas de Benvenuto Cellini, vestida con el traje del siglo XIX.

Mucho tiempo duró en esa situacion; sus lábios no se movían; su vista, clavada en la puerta de la sala por donde salió Cárlos, no se apartaba de ella, y sus ojos, ni siquiera pestañeaban.

Derepente, el jóven se estremeció, y sus facciones tomaron una espresion indecible de disgusto.

Al mismo tiempo, si alguno hubiera estado en compañía del jóven, habría oido el ruido producido por los pasos de una persona, que atravesando el corredor llegó á la puerta de la sala, en cuyo sitio se detuvo descubriéndose la cabeza.

Era el mayordomo.

Hipócrita como siempre, y yendo, como iba, á dar cumplimiento á la idea que simultáneamente tuvieron Simon y él la noche anterior, llevaba el semblante mústio, los ojos bajos y la cabeza inclinada, para dar mas autoridad á la infamia que iba á acometer.

Adelantóse pausadamente al centro de la sala, y saludó á Hipólito con una voz cariñosa y compunjida.

=Buenas noches, hijo mio.

=Buenas noches, señor tutor;—replicó Hipólito reconcentrando su repugnancia.

El mayordomo se sentó en la butaca junto á la que se hallaba el jóven.

=Me alegro—dijo despues.—Me alegro de ver á usted otra vez en México, aunque siento con toda mi alma que haya usted venido enfermo.

=Gracias,—dijo Hipólito con sequedad.

=Creo,—añadió el miserable;—espero que no será de cuidado esa enfermedad, puesto que le hayo á usted en pié; y esto minora un poco mi cuidado.

=Es verdad,—dijo Hipólito.—Mi enfermedad consiste en un lijero trastorno causado por la molestia del camino, y por el cambio de temperatura.

=Ah...!—hizo el mayordomo como suspirando.—Acaba usted de quitarme un enorme peso de encima, pues como me mandó usted llamar con toda precision...

=Sí; porque tengo que tratar con usted un asunto muy grave...

=Y cuál...?—dijo D. Jacinto como estrañando.

=El definitivo arreglo de los negocios de mi casa.

=Ah...!

=Usted ignora,—continuó Hipólito con firmeza.—Usted ignora que mi buena madre, consintió en nombrarme un nuevo tutor, escojiendo para este cargo á mi amigo el Lic. D. Rafael Rodriguez.

=Esas palabras confirman mis sospechas sobre la correspondencia de los dos,—dijo D. Jacinto para sí; y luego añadió alto.—Noignoro esa circunstancia.

=No la ignora usted...?—preguntó Hipólito con estrañeza.

=No,—contestó el mayordomo.

=Y sabe usted tambien,—continuó Hipólito, fijando una mirada escudriñadora en el semblante del malvado.—Sabe usted tambien que mi amigo Rodriguez fué á Toluca á arreglar unos asuntos, y que le asesinaron infamemente en aquella ciudad...?

=Tambien lo sé,—replicó D. Jacinto con seriedad.

=Pero cómo...!—esclamó el huérfano aterrado.

El mayordomo vió á Hipólito con ternura, se levantó de la butaca y comenzó á pasearse en la sala.

Hipólito seguía con la vista todos sus movimientos, y no podía comprender lo que acababa de pasar.

Aquel hombre, á quien tanto aborrecía; aquel hombre que le inspiraba una repugnancia sin límites, un desprecio soberano, estaba instruido de lo que él creía que aun le era desconocido; y acababa de decírselo, de confesárselo en aquel momento, y con una serenidad imperturbable.

La tarde caía ya, y la sala en que se encontraban nuestros personajes, estaba alumbrada apenas por la moribunda luz del crepúsculo vespertino.

D. Jacinto, despues de haber dado algunos pasos, volvió á la butaca, tomó la mano de Hipólito entre las suyas, y le dijo con emocion.

=Hijo mio...!

Hipólito desprendió su mano de entre las del mayordomo, y dió un paso ácia atrás.

D. Jacinto volvió el rostro al jóven, y los dos se quedaron en silencio.

Un presentimiento funesto abrumó el corazon de Hipólito; no sabía, no podria esplicar por qué; pero creía que lo que el mayordomo iba á decirle, era alguna cosa tan espantosa que le aterraba antes de saberla.

Parado á alguna distancia de aquel hombre, quería leer en su semblante las intenciones que ocultaba su alma; y notando que la luz natural no le dejaba realizar su deseo, se acercó á la mesa, encendió un fósforo, y con él la vela de esperma que estaba en el velador.

Despues fué ácia el sofá, y se dejó caer en él con abatimiento.

Sentados el uno frente del otro, y dirijiéndose ambos miradas investigadoras, pasaron mucho tiempo sin hablar, hasta que al cabo, el mayordomo se levantó de la butaca, y fué á sentarse al lado de Hipólito, quien al verle venir, tembló como la víctima delante del asesino.

=Hipólito,—dijo el infame.—Voy á revelar... á usted, un secreto que hubiera querido guardar siempre en el fondo de mi corazon... ocultármelo á mí mismo si me hubiera sido posible... pero las circunstancias en que nos hallamos... la pérdida dolorosa que hemos sufrido con la muerte de... su madre de usted... y sobre todo, los contínuos afectos de la naturaleza que conmueven mi alma, me hacen descubrír...selo á usted... Hace veinticuatro años que este secreto pesa sobre mi conciencia... Hace veinticuatro años que hubiera querido decirlo, gritarlo por las calles, porque desde entonces siento que me ahoga... Sé bien, amado Hipólito, que voy á merecer.... las reconvenciones de usted; pero por muchos, por crueles que sean esos reproches, estoy pronto á sufrirlos, con tal de que una vez, una sola vez, pueda yo llamarte: Hijo...! Sí, Hipólito...! porque tú eres mi hijo...!

=D. Jacinto...!—esclamó el jóven lleno de espanto.—Usted mi padre...! Usted es mi padre...!

=Sí...! sí...! Tu padre...! Tu padre...! Hijo mio...!

Un rayo caido del cielo, no hubiera hecho tanta impresion en la cabeza del jóven, como el terror que infundieron las palabras del mayordomo en el alma del desventurado mancebo.

Esas palabras eran una acusacion horrorosa lanzada sobre la tumba de su madre; de su madre, que en vida fué su ídolo, y cuya memoria era su único consuelo, su único bien...!

Y esa acusacion encerraba el anatema de la deshonra, la mancha de lodo, arrojada encima del frio mármol que ocultaba las cenizas de esa tierna y adorada madre...

Eran tambien el golpe del ridículo descargado sobre la me-

moria del marido de esa mujer, que durante diez y nueve años enteros vivió honrando su recuerdo.

Ah...! El corazon se resiste á creer que pueda haber un hombre tan desgraciado como Hipólito, que despues de ver perdidas sus esperanzas, envenenadas sus ilusiones; despues de saber el sangriento fin de su padre, despues de ver morir á su madre, y de perder con ella el solo bien real que le quedaba en la tierra, todavía tenga que sufrir ver infamada la memoria de su madre y con ella la de toda su familia; y todavía le sea preciso saber que el nombre que lleva no es un nombre lejítimo, sino un nombre usurpado que tendrá que cambiarlo por otro nombre ilejítimo y reprobado; porque los hijos bastardos, lo mismo que los verdaderos poetas, son el ridículo de la sociedad...!

Tanta desgracia confunde...!

Y sin embargo, aunque el corazon se resista á creer la ecsistencia de esas llagas palpitantes, esas desgracias ecsisten; y la intelijencia severa é investigadora, profundiza todos esos males, y se ceba en escudriñar todas esas dolencias...!

....

Hipólito se quedó helado al oír las últimas palabras del hipócrita.

La sangre se agolpó al cerebro y al pecho del pobre jóven, paralizando en él hasta las palpitaciones del corazon.

Su vista se ofuscó, su cabeza cayó inclinada sobre su seno, y sus manos se crisparon.

El mayordomo contemplaba esa especie de cataclismo físico, manifestando en su semblante un sentimiento estremado, mientras que su corazon de tigre se gozaba en él, con una alegría insultante y despiadada.

Poco tiempo despues, Hipólito dejó caer las manos con desaliento, lanzó un suspiro hondo y abultado, levantó la cabeza, y fijó su vista en la luz.

D. Jacinto, ya que le vió algo repuesto, quiso continuar su interrumpida conversacion, diciendo:

=Mucho tiempo hace...

Hipólito, al escuchar la voz del mayordomo, se levantó de su asiento, y echó á andar con direccion á la puerta de su gabinete; pero el mayordomo le siguió, le detuvo cojiéndole por el sac, y le dijo:

=Conozco que ahora es imposible que continuemos esta conversacion, porque estás demasiado conmovido... volveré otro dia... mañana... pero, por si acaso no pudiere yo venir, voy á dejarte una libranza, para que la cobres y atiendas á tus necesidades.

Hipólito se dejó conducir por el mayordomo, como un atontado por un guía.

El mayordomo llegó á la mesa, sacó la cartera de su bolsillo, y como tenía inutilizada la mano con que asía á Hipólito, puso la cartera encima de la mesa, la abrió con la mano derecha, sacó de ella una libranza, y dándosela al jóven, le dijo:

=Adios, hijo mío, hasta mañana... Siento dejarte en un estado tan doloroso... quisiera quedarme contigo; pero conociendo que aun no debes creer lo que te he dicho, veo bien á mi pesar, que mi presencia debe causarte mucho disgusto, y prefiero volver otro dia. Adios, pues, hijo de mi corazon...!

Y finjiendo que lloraba, estrechó á Hipólito entre sus brazos, tomó su sombrero, salió de la sala, y poco tiempo despues se reía en la calle.

....

=Qué tal, hijo mío?—dijo Simon al ver entrar á D. Jacinto.

=El rayo hizo su efecto,—contestó el miserable.—Hipólito se ha quedado embrutecido. No le pude referir la historia que tenía yo imajinada, porque lo ví en un estado que por poco me dá lástima.

=Já, já, já, já,...!—hizo Simon.—Ese *por poco,* es muy chusco, santurroncito de mi alma. Se conoce que te vas aprovechando del ejemplo que te doy.

=Ahora, díme; qué será bueno hacer...?

=Qué pregunta...! Qué harías tú, hijo mío...?

=En primer lugar...

=Qué...?

=Sostener lo que he dicho.

=Bravo...! Así me gusta.

=Pero como se necesitan pruebas, ó... á lo menos alguna cosa que se les parezca...

=Diablo, diablo...! Sabes que tienes razon, depósito de demonios...?

=Qué hacemos, Simon...?

=Esa preguntita malditísima es la que me hacen tú y Gerarda cuando se ven muy apurados.

=Es porque tú tienes espedientes para todos cuantos lances suceden en la vida.

=La disculpa no puede ser mas injeniosa...! Reniego del concepto tan ventajoso que han formado ustedes de mí...!

=Reniega cuanto quieras,—dijo algo impaciente D. Jacinto;—pero díme, qué hago...?

=Eso es, enójate ahora de mas á mas, despues que me necesitas... pues digo, no dejo de estar divertido...! Y... oye, santito de mi vida, me ocurre una idea. Qué diablos harías si te dejara yo colgado en este asunto...?

=Simon...!—gritó D. Jacinto.—Empiezas con tus chanzonetas...? Ya sabes que todo eso me impacienta, y...

=Vamos, vamos,—continuó pacienzudamente el Hombre-Mómia;—dejémonos de *tarugadas,* y discurramos un medio para salir de este laberinto.

=Pues discurre, porque lo que es yo...

=Eres un caballo encabritado, eso ya lo sé; pero por vida

de mi padre, que estoy ahora como algunas veces están esos hombres risibles que se llaman poetas. Quiero decir, que estoy sin musa...!

=Maldito seas...! Quieres no llevar esto á la chanza...? Reflecsiona que mañana ó pasado á mas tardar, tengo que ir á ver á Hipólito, pues si dejo de verlo mas tiempo, no le será posible creer que soy su padre; porque un padre, y sobre todo, un padre que se halla en la situacion en que yo estoy, es absolutamente imposible que pueda pasar dos dias sin ver á su hijo.

=Canario...! Discurres como un Esopo, querido mío; y por toda una lejion de diablos, que no te creía tan previsor.

=Deja de alabarme, y piensa qué hemos de hacer. Ya sabes que no me gustan las dilaciones...

=Oh...! oh...! oh...!—hizo el Tiñoso.—Parece que vuelves á acordarte de las lójias de S. Juan de Escocia... me hablas con un tono que... Bah...! De cuando en cuando te das unos humos que...

=No te burles, desdichado...!—chilló D. Jacinto con cólera.—parece que no me conoces; y me tratas de ese modo sabiendo lo bilioso que soy.

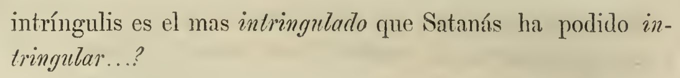
=Já, já, já, já...! Y lo que á mí me dá risa, es que conociéndome tú tanto, todavía te enojan mis ocurrencias. Hijo mío, hijo mío, ó te domas, ó por los huesos de un burro que te mato á puras pullas.

=Tiñoso del diablo...!

=Já, já, já, já...! Vamos, vamos. Formalidad y pensémos.

=En fin...!

=Vamos á ver. Qué diablos hacemos en este caso...? Es preciso salvar las apariencias... se necesitan pruebas... Dices bien; tienes razon... Demonio, demonio,—añadió el Hombre-Mómia pasándose la mano por la frente.—Sabes que este



intríngulis es el mas *intringulado* que Satanás ha podido *intringular...?*

=Es decir, que tú.

=Y que tú, forro del mismo diablo...! Canario...! mal infierno te queme con todo y tu codicia...!

=Deja de maldecir y discurre...!—gritó el mayordomo dando una patada de impaciencia.

=Voy, Jacinto, voy,—continuó el Tiñoso cerrando los ojos, arrugando el entrecejo, y oprimiéndose la frente con la mano, como un autor de novelas comprometido con el público.—Inspírame, Belcebud...! Jacinto, hipócrita mío, rézale á algun santo para que te inspire, cosa que me ayudas.

El mayordomo y el Tiñoso se ensimismaron.

A los dos les interesaba llevar á cabo su infernal proyecto.

A Jacinto por saciar su codicia; á Simon, por conservar el plan de su ambicion, por la que tanto y tantos años había sacrificado.

Convencidos de que Hipólito, usando de su derecho podía despojar al mayordomo de la tutoría, buscaron otro recurso para obtener los resultados que querían; y la noche anterior á la en que hablamos, por una de aquellas coincidencias inesplicables é incomprensibles, tanto el hipócrita como Simon, discurrieron el medio que los lectores han conocido ya, en la conversacion entre el perverso mayordomo y su desgraciado pupilo.

Poco importaba á los bandidos escupir las losas de dos tumbas.

Los dos querían dinero: el uno quería goces, el otro quería brillo; y para proporcionarse esos goces y ese brillo, arrojaban un puñado de lodo encima de dos sepulcros; y con una impasibilidad digna del tribunal revolucionario de Francia, decretaban la muerte y la infamia, y descargaban su asqueroso cinismo sobre las cabezas de aquellos que poseían lo que á ellos les faltaba.

Perversos hasta el crímen, y malvados hasta el lodo, sonreían al perpetrar un delito, y se carcajeaban al destrozar el corazon de un desgraciado.

De ahí es que se preparaban fríamente á consumar la pérdida de Hipólito, con la misma calma con que se hubieran bebido un vaso de agua á la hora acostumbrada.

Diciendo á Hipólito que D. Jacinto era su padre, y refiriéndole una historia fraguada en la tenebrosa imajinacion de esos malvados, lograban amarrar las manos al jóven, porque un buen hijo, nunca puede atentar contra su padre.

Una dificultad era la que había.

Que Hipólito creyera todo lo que le contara su tutor.

Pero para esa dificultad, no faltarían pruebas á los infames; y estas pruebas, eran tanto mas fáciles de fraguar, cuanto que Hipólito, tuvo la desgracia de no conocer á aquel que lo enjendró.

En el momento en que hablamos, Satanás y su cómplice buscaban esas pruebas, ó mejor dicho, las imposturas que debían salvar las apariencias.

Los perversos estaban en silencio; y en la fisonomía de Jacinto, se notaba mucha inquietud, mientras que la de Simon, semejante á la de un hombre que estraña algo, no dejaba conocer ningun síntoma de miedo.

Ese contraste era notable, pero no estraño.

El mayordomo era violento y desconfiado; Simon, por el contrario, tenía confianza y le sobraba paciencia.

Por último, el Tiñoso fué quien habló primero diciendo:

=Jé, jé, jé, jé...! Ya salí del paso, Jacinto, ya salí del paso; jé, jé, jé, jé...!

=De veras...?—replicó ávidamente D. Jacinto.

=Sí, hombre, sí;—dijo Simon;—y te juro por mi cadáver, que mi recurso es inmejorable, magnífico...!

=Cuál es, malvado, cuál es...?

=Uno muy sencillo, hijo mio. Escucha. Tú, como tutor del jóven, debes tener algunas cartas de su madre, no es verdad...?

=Sí; y bien...?

=Me das unas de esas cartas, falseo la letra y la firma, y te escribo unas epístolas muy amorosas, y en las que la madre de Hipólito confiese sus amores contigo, y te diga que lleva en su vientre el fruto de esos amores.

=Eres un sábio...!—gritó el mayordomo gruñendo mas bien que riendo.—Eres un sábio, Simon...! Con esas cartas y con la historia que tengo en el pensamiento, todo quedará arreglado. Supongo que en tus cartas no faltará un confidente...?

=Y ese confidente seré yo, hijo mío,—respondió Simon.—Testigo de vista, prueba inconcusa. Así dicen los *leguleyos*.

=Bien, bien...! Te lo repito, y te lo repetiré mil veces. Eres un sábio, un grandísimo sábio...!

=Ya, ya. Siempre me dices lo mismo, y ya me fastidias con tu frasesita. Busca esas cartas y dámelas, que me voy.

El mayordomo abrió un cajon de su mesa, sacó de él un promontorio de cartas, y se las entregó á Simon.

Este se las guardó en los bolsillos, se despidió de Jacinto, y salió de la casa.

D. Jacinto volvió á su gabinete.

Durante mucho tiempo se estuvo parado junto de su mesa.

Ocupado en la perdicion de Hipólito, su imajinacion se había apartado de sus pensamientos favoritos; pero desde que se vió solo, volvió á caer en su incansable alucinamiento.

Sus facciones se fueron animando poco á poco, hasta que por sus carrillos parecía que iba á brotar sangre; y por último, despues de un gran rato de estupor, abrió la boca pronunciando:

=Antonia...!!!

Abandonó el sitio en que estaba; recorrió las dos viviendas buscando á la hija del Sur, y al cabo, volvió á su gabinete.

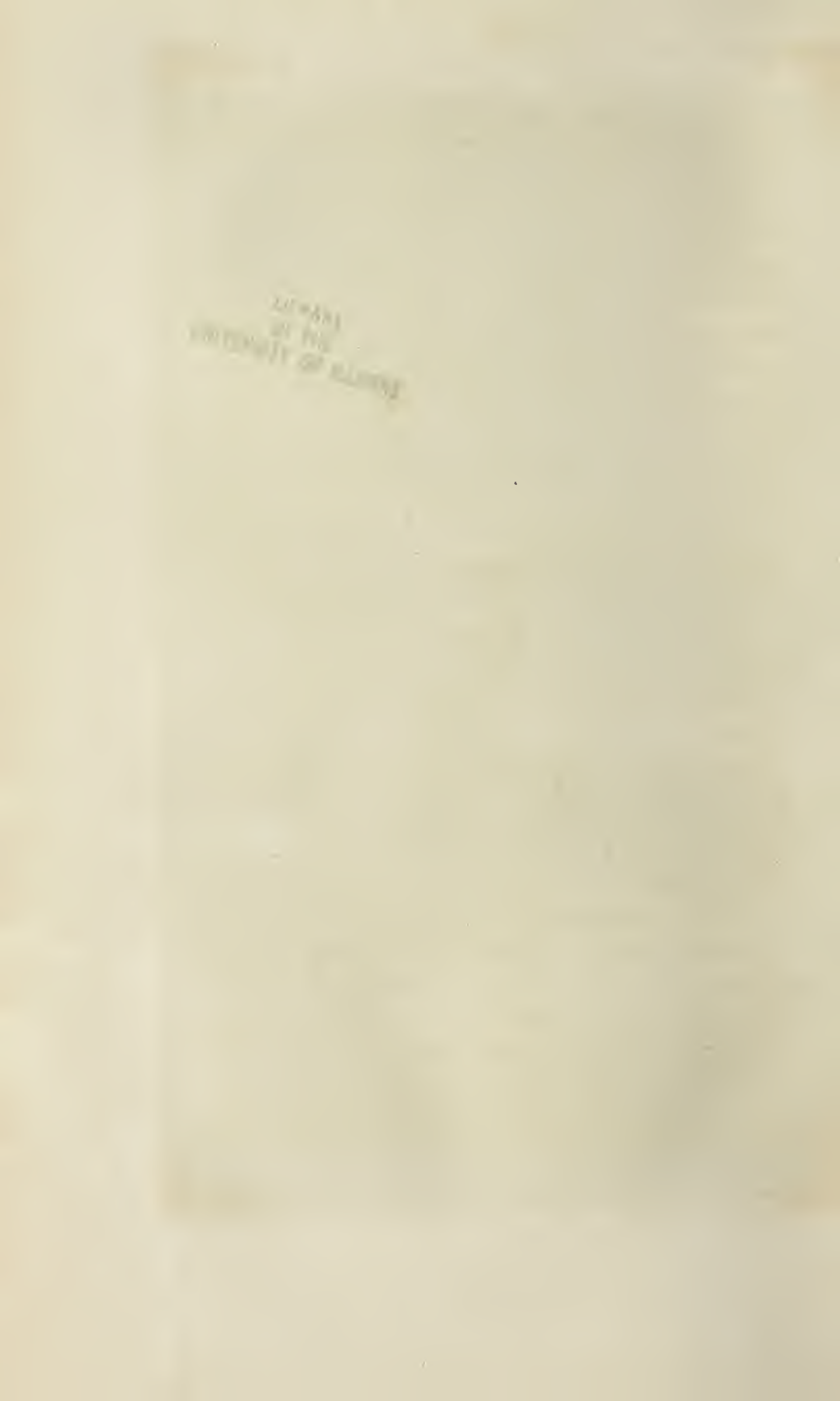
=No la hallo...—decía.—Y era tan linda... Qué haré sin ella...? Cómo podré vivir así...? Estoy solo...! solo...! Qué es lo que hago aquí...? Voy... voy... adónde...? Ah...! —gritó estremeciéndose de alegría.—Voy á ver... voy á ver si veo á María...! Es tambien tan hermosa esa morena...!

Y aprisa, como si tuviera miedo de que alguno se lo impidiera, tomó el capote y el sombrero, salió á la calle, cerró el zaguan, y echó á andar ácia la esquina de la calle de la Victoria.





La pesadilla



XXXVI.

LA PESADILLA.

Hipólito se quedó en el mismo sitio en que le dejó el mayordomo.

Parado junto á la mesa, y sin quitar la vista de la cartera, que D. Jacinto se dejó olvidada al lado del velador.

Lo que acababa de pasar ejerció en él una influencia tan poderosa, que la sangre de sus venas estaba casi paralizada, y le acometió una especie de catalepsia, que por muchos instantes le privó de la intelijencia y del movimiento.

Las pupilas de sus ojos estaban inmóviles y empañadas; sus párpados no se movían, y todo su semblante estaba impasible.

Un temblor nervioso ajitó repentinamente su cuerpo; su frente se enrojeció, y despidiendo un quejido trabajoso, llevó la mano derecha al corazon.

Estuvo á punto de caer al suelo; pero haciendo todavía un esfuerzo, quiso dar algunos paseos en la sala; mas al llegar al

sofá sintió que le faltaban las fuerzas; y se dejó caer en él con desaliento.

Poco á poco se fueron cerrando sus ojos, y algunos momentos despues dormía profundamente.

Cualesquiera que le hubiera visto en ese instante, le habría creido una aparicion.

Los rayos dorados de la vela de esperma, alumbraban su macilento rostro, y el descuido de su traje daba á su fisonomía un aspecto tan romanesco como simpático.

El golpe tremendo que había caído sobre el corazon del poeta, entorpeció por un poco de tiempo la circulacion de su sangre, agolpándosela despues al cerebro y al corazon; y causándole en esta entraña un dolor agudo, pesado y opresivo, le sumerjió en un estupor tan hondo, que mas bien que sueño natural, era semejante al sueño de la muerte.

Respiraba, pero su respiracion era dificil; y el único movimiento que se notaba en su cuerpo, era el de las ventanas de las narices; porque su pecho, oprimido por el peso de su brazo como por un peso de plomo, no podía levantarse al impulso de su aspiracion.

En medio del silencio absoluto que reinaba en la sala, se oían perfectamente los fuertes latidos del corazon del jóven, que parecía prócsimo á saltársele del pecho, y cuyos latidos eran los solos síntomas que revelaban en él la enerjía y el vigor de la ecsistencia.

En esa inmovilidad aterradora, duró hasta que empezó el toque de ánimas; y como si el sonido de las campanas hubiera ejercido en él un poder magnético, enderezó el cuerpo que tenía echado ácia atrás; apoyó la mano izquierda sobre el bolillo del sofá; entreabrió los ojos, y en esa posicion duró por mucho tiempo.

El pobre Hipólito tenía pesadilla.

Soñaba, y nosotros vamos á referir lo que soñaba.

Era una noche muy oscura.

El jóven miraba una plaza situada á estramuros de una gran ciudad.

Al frente de esa plaza había una barda de adobes, alta y deteriorada; y en la parte central de la barda se veía una puerta de mezquina apariencia, súcia y mugrienta, semejante á las que conducen á las zahurdas situadas en el centro de la capital.

La plaza duró aislada por mas de una hora, hasta que al dar las ocho, comenzaron á desembocar por las diferentes avenidas que había en ella, muchos hombres encapotados, quienes desaparecian al llegar á la puerta de la barda.

Hipólito, movido por una curiosidad irresistible, quiso averiguar cuál era el objeto que llevaba á esos individuos, á aquel sitio, cuya apariencia nada tenía de favorable; y tratando de satisfacer sus deseos, abandonó el centro de la plaza, y se dirijió á la puerta.

Llamó á ella; repitió sus toquidos muchas veces; pero fué en vano; nadie le respondió.

Su curiosidad era mucha, y el obstáculo que se le oponía para saciarla la aumentaba progresivamente.

Quedóse perplejo en el lugar en que estaba, y pasados algunos minutos, vió llegar á otro embozado, quien se paró junto á él y llamó á la puerta de una manera particular.

Entonces, la puerta se entreabrió; y otro hombre, que al parecer servía de portero, fijó en el que acababa de llegar una mirada interrogativa, á la que el último respondió tomando la mano del mímico interlocutor, quien en el momento dejó espedito el paso.

Hipólito, aprovechándose de esa circunstancia, y cubriéndose con el bulto del desconocido, atravesó el dintel de la puerta logrando que no le viera el vijilante.

Al momento se cerró la puerta tras de ellos: el embozado y

el portero atravesaron el pequeño patio en que se hallaban, y entraron en un callejon oscuro, lo que visto por nuestro personaje, se dispuso á seguirlos inmediatamente.

Hízolo en efecto; y despues de atravesar aquel callejon oscuro, se encontró en un gran patio cuadrilátero, rodeado de columnas al estilo del renacimiento; y en cuyo fondo principal se veía la soberbia fachada de un gran templo de cuatro torres, á cuya entrada se subía por una escalera de seis peldaños, fabricada con piedra de obsidiana.

La arquitectura del templo era una mezcla caprichosa de las órdenes del arte.

La base de las torres tenía el jénero moderno; el primer cuerpo pertenecía al órden corinto; el segundo, al jónico, y las cúpulas que remataban esas torres, tenían el corte dórico.

La puerta, de dimensiones elegantes y proporcionadas, pertenecía al estilo gótico; y en el remate superior tenía un castillo dorado, que le servía como de escudo de armas.

Hipólito se quedó admirado á la vista de aquel templo magnífico; y le contemplaba con atencion, cuando escuchó en su interior el ruido causado por la música.

Una orquesta militar, aunque en tono muy bajo, ejecutaba el famoso Himno de Riego, y á los acentos de esa cancion marcial, se iluminó progresivamente el interior del templo.

La curiosidad de Hipólito se aumentaba por instantes.

Miraba fijamente la puerta de aquel templo, como queriendo que su vista penetrara al través de la madera, como los rayos del sol penetran por un cristal.

En su corazon había el presentimiento de que en aquel edificio de formas antiguas, se encerraba un gran misterio que él debía descubrir; é impulsado por un deseo irresistible, se resolvió á subir la escalinata y á llamar á la puerta, aunque persuadido de que le negarían el paso, y de que acaso se esponía á un peligro.

Llegó, pues, al dintel de aquella entrada, descargó un golpe sobre la puerta; y contra todos sus temores, las hojas se abrieron, y el jóven se encontró dentro del templo.

Quedóse parado un momento para escudriñar con la vista el lugar en que se hallaba.

La puerta se había cerrado tras él, y vió que á los lados, en la parte interior, se hallaban dos jóvenes que seguramente eran lacayos, los cuales estaban vestidos con zapatos bajos, medias de seda, calzon de casimir blanco que les llegaba á las rodillas, chupines del mismo jénero, casacas encarnadas bordadas de oro, y camisas con vuelos de encaje.

En ese traje, fino y elegante, Hipólito comprendió que aquellos jóvenes pertenecían á una servidumbre réjia; y lo que llamó mucho la atencion de nuestro héroe, fué, que estando encargados seguramente de vijilar la puerta, y de anunciar á los que llegaran, ni siquiera se tomaran el trabajo de mirarle.

Decidido á seguir su camino, anduvo algunos pasos; y despues de atravesar la lujosa galería en que se hallaba, se encontró en un salon soberbiamente adornado.

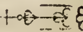
En el testero principal, estaba colocado un trono real en cuyo fondo se veían las armas de España; y debajo del pabellon de púrpura, había un sillon réjio, en el que estaba sentado un hombre que tenía ceñida la cabeza con una corona real, y que con la mano derecha empuñaba un cetro de oro.

Sus vestiduras correspondían á sus insignias.

Un manto de raso azul salpicado de flores de plata, y una ropa talar tambien de raso blanco, era el traje del personaje que nos ocupa; y en su cuello se veía pendiente el escudo de gran maestre de la órden del *Toison de oro.*

Pero lo que hacía un verdadero contraste con el vestido real, era un estolon de terciopelo negro, que tenía bordados con oro y pedrería, multitud de manos, de cabezas y de corazones.

Al derredor del salon, y formando un semi-círculo, había



muchos sillones forrados de terciopelo encarnado, y ocupados por multitud de caballeros enmascarados, todos ricamente vestidos, y mostrando en sus pechos algun distintivo, ó las cruces de Isabel la católica, de Santiago, del Toison de oro, ó de Cárlos III.

Varios pajes, vestidos como los que se hallaban en la puerta, estaban colocados en órden al derredor de los sillones; y á los lados del personaje que estaba en traje de rey, se veían cuatro, quienes seguramente ocupaban aquel sitio para servir mas pronto á su monarca.

El resto del salon estaba adornado de la manera siguiente: Las paredes y el techo estaban tapizadas de terciopelo carmesí, bordado con arabescos de oro: el piso estaba cubierto con una rica alfombra de Persia, y un candil esquisitamente fabricado, derramaba el brillo de sus cien luces en aquel espléndido salon.

A los lados del trono, y bordados en el tapiz, se veían dos esferas de plata y azul, teniendo cada una escrito con letras de oro, los paises que significaban.

La de la derecha era España; la de la izquierda América; y esos dos globos estaban unidos por una cadena de pedrería, que atravesaba debajo del pabellon del sólio.

Por último: á un lado del sillon del personaje que parecía ser rey, estaba una mesa con su carpeta de terciopelo carmesí, en cuyo frontispicio tenía bordadas de oro las armas de España; y encima de la mesa estaba el recado de escribir, tambien de oro, teniendo á la derecha un leon y á la izquierda un pequeño castillo del mismo metal.

Nuestro jóven amigo estaba en la puerta mirando todo cuanto acabamos de relatar.

Poco tiempo despues de su llegada, cesó la música; y á pesar de que había tantos personajes reunidos en el salon, por algunos momentos reinó en él un silencio profundo.

Despues, y á una seña que hizo el rey de aquella sala, todos los que estaban en ella se quitaron las caretas, y la luz del candil alumbró sus rostros.

Luego, el hombre que estaba sentado en el trono, dijo las siguientes palabras:

=En el nombre de Dios y de nuestro gran monarca y señor, está abierta la lójia de San Juan de Escocia.

Hipólito se estremeció y se preparó á escuchar y á ver lo que pasaba.

El rey del salon hizo otra seña á los pajes que se hallaban cerca de él, y ellos dejaron el lugar en que estaban y desaparecieron por una puerta cubierta con la tapicería.

Poco tiempo despues volvieron á aparecer en la lójia.

Uno de ellos traía una urna de ébano, la cual colocó encima de la mesa que estaba bajo él sólio: otro era portador de unas bolitas blancas y negras, las que repartió á los miembros de aquella reunion, dando á cada uno una bola de cada color: otro traía unas tarjetas de marfil, las que tambien repartió á los personajes; y el último traía dos puñales toledanos, primorosamente guarnecidos, los que fué á depositar en frente de la urna.

Cuando los pajes concluyeron de hacer lo que acabamos de decir, volvieron á colocarse en sus lugares, y el rey tocó la superficie de la urna con la parte inferior de su cetro.

Entonces, todos los individuos del consistorio, se pusieron en pié y se fueron acercando ordenadamente á la urna, en la que depositó cada uno una de las bolitas que el paje ó ujier acababa de darles, hecho lo cual volvieron á sus lugares.

El rey, ayudado por dos pajes vació la urna encima de la mesa, y se puso á revisar cuántas bolas había de cada color.

El trabajo no fué ímprobo, porque todas eran negras.

Satisfecho de su observacion, volvió á tocar la urna con el cetro; y los miembros de la lójia escribieron algunas palabras

en sus tarjetas, y lo mismo que antes, las fueron á depositar á la urna, despues de lo cual volvieron á sentarse.

El monarca fué sacando las tarjetas, y despues de leerlas una por una, las fué colocando en órden, y luego dijo:

=Los nobles miembros D. Pedro Suarez y D. Ambrosio Iriarte, han sido elejidos para ejecutar la sentencia de muerte que el gran consistorio escocés acaba de fulminar, contra la persona de cierto demagogo é impío diputado al congreso jeneral de la llamada República Mexicana. En pié, señores; y que se acerquen los elejidos.

Los miembros de la lójia obedecieron la órden del gran maestre, y los dos interpelados se acercaron al pié del trono.

El monarca se levantó, tomó un puñal con cada mano y dijo á los electos:

=El gran consistorio escocés os confía el honor de que contribuyais á la seguridad de su ecsistencia y de sus creencias, á cuyo efecto, yo en su nombre, os entrego estos puñales. Arrodillaos, y jurad que usareis de ellos en bien del consistorio y contra uno de sus mas encarnizados enemigos.

=Juramos....!—respondieron los dos miembros.

Y el gran maestre contestó:

=Si así lo hiciereis, Dios os lo premie; y si no él os lo demande y vuestros hermanos os castiguen.

Pasado lo que acabamos de relatar, todos los miembros volvieron á sus asientos, y el gran maestre continuó:

=Qué hora es...?

=Las cinco de la mañana,—respondieron los iniciados.

=Qué edad teneis...?

=Diez años.

=En virtud de la hora que es y de la edad que teneis, advertid, nobles y altos señores, que voy á cerrar la lójia.

Dos de los pajes que estaban al lado del trono, dejaron sus puestos y fueron á colocarse á los lados céntricos del salon.

Entonces el gran maestre dijo:

=Nobles y poderosos señores; la lójia.

Los pajes que antes dijimos, repitieron las mismas palabras, y todo desapareció de la vista de Hipólito.

La imajinacion del jóven se trasladó entonces á un barrio de la ciudad.

Hallábase en el centro de una pequeña plazuela; al frente había un templo pequeño, y á los lados del templo y á los costados de la plazuela, se miraban las desembocaduras de varios callejones, que por distintas partes formaban encrucijadas.

A la derecha había un callejon largo y oscuro, que iba á desembocar á una plazoleta; y mas arriba de ese callejon, había otro mas angosto, mas pequeño y sin salida.

Sus paredes negruzcas y deterioradas, dejaban conocer la especie de olvido en que los vecinos tenian dicho callejon; y la única casa que se veía se hallaba situada á la derecha, de piso alto, pero cuyas ventanas y balcones estaban en completa oscuridad.

Hipólito, por aquella especie de atraccion misteriosa que trae consigo la alucinacion del sueño, miraba tenazmente aquellos callejones y aquella casita, cuyo silencio y oscuridad eran demasiado elocuentes para el alma de un poeta.

En un corazon llagado como el suyo, las tinieblas y la soledad ejercen un poder májico; y cuando en la vida del que padece hay acontecimientos tan trájicos como en la de Hipólito, el dominio de ese poder es irresistible, y la imajinacion casi adivina el enigma que ecsiste en el fondo del abismo.

Por eso el corazon de Hipólito palpitaba con una violencia estraordinaria, cuando en medio de su pesadilla creía ver aquellos callejones; y sus ojos, clavados en un punto como por una atraccion eléctrica, brillaban inesplicablemente, y su semblante daba á conocer una ansiedad mortal.

De repente, una aspiracion trabajosa levantó su pecho, y las pupilas de sus ojos jiraron rápidamente en sus órbitas.

La causa de semejante angustia, fué porque creyó ver á un hombre embozado en su capa y fumando puro, que salió de la casita del callejon sin salida, y que despues de andar el trecho de la plazuela que separaba dicho callejon del primero, entró á este último, al mismo tiempo que otro embozado y enmascarado desembocaba por la esquina opuesta.

Hipólito siguió con la vista al hombre que salió de la casita, por el que sintió desde luego una simpatía desconocida; y al mismo tiempo que le miraba, observaba escrupulosamente al enmascarado que venía ácia él.

Los dos hombres se encontraron casi á la salida del callejon, porque el disfrazado venía paso á paso, mientras que el otro caminaba aprisa; y aunque Hipólito estaba en el centro de la plazuela, oyó claramente que el de la máscara pidió al otro la lumbre.

El último, accediendo al deseo del enmascarado, interrumpió su marcha y le dió el puro.

El de la careta se dilató algun tiempo en encender su cigarro; y repentinamente, otro enmascarado dobló la esquina por donde apareció el primero, y blandiendo un puñal muy agudo, corrió directamente al del puro y le asestó un golpe, el que dió en el aire, porque la rapidez que traía le impidió dirijir bien su puñal.

El asesino siguió corriendo; pero entonces, el que pidió al otro la lumbre, sacó una arma de su bolsillo y se arrojó sobre el embozado.

Una lucha, lijera, pero enérjica, se empeñó entre ambos contendientes; y por fin, el enmascarado siguió los pasos del primer agresor, y los dos se perdieron en la oscuridad de la plazuela.

Hipólito cerró los ojos, respiró con fuerza y siguió mirando.

Hallábase en una alcoba amueblada con sencillez, pero con gusto y decencia.

Al lado del lecho matrimonial se veía una cuna en la que había un niño risueño como un ánjel, y que dormía tranquilamente.

Una mujer, jóven, y de hermosura apacible, estaba sentada al lado de la cuna, con las dos manos puestas sobre el borde, el rostro recargado en las manos, y la vista fija en el semblante del niño.

La luz de una lámpara de plata colocada en el alfeizar de una ventana, alumbraba suavemente aquel tierno cuadro de familia, digno de colores y cinceles de los hermanos Miranda; y el silencio que reinaba en la alcoba, infundía cierta especie de melancolía, pero de esa melancolía que no entristece, y que dispone al alma al amor y á la relijion.

La respiracion del hijo, y tambien la de la madre, leves y perfumadas, se asemejaban al aura que acaricia las flores; y los rayos de la luz morían sobre sus rostros, rodeándolos con una auréola ténuemente dorada.

La tranquilidad de la madre y del hijo, era profunda.

El niño sonreía con la inocencia de un querube, y la jóven madre pagaba la sonrisa del niño, con otra sonrisa llena de ternura indefinible.

Ah...! en aquel momento, sin duda que tambien Dios sonreía al ver á aquellas dos criaturas tan inocentes y tan puras como el pensamiento de una vírjen; é Hipólito participaba de la influencia encantadora, de la felicidad suprema que tenía á la vista.

De improviso, la fisonomía del jóven se transformó completamente.

Sus párpados temblaron por el llanto, y un *ay*...! doloroso, espiró al llegar á sus lábios.

La escena había cambiado.

No eran ya dos séres dichosos los que tenía delante.

Un hombre, con el pecho ensangrentado, llegó á la puerta del aposento, al mismo tiempo que un ánjel radiante descendió del cielo, trayendo en la mano derecha un laud, y en la izquierda una corona de espinas que colocó sobre la frente del niño, al mismo tiempo que le ofreció el laud.

El niño levantó su cabecita, y tomó el laud;...

El ánjel imprimió un beso sobre aquella frente infantil;...

El niño cantó melancólicamente al son de su laud;...

El ánjel lloró, y abandonó la alcoba.

El herido que estaba en la puerta, avanzó al centro de la pieza; el ruido de sus pasos hizo que la hermosa madre levantara la cabeza, y al ver la sangre que teñía el pecho del recien venido, lanzó un grito de terror, se levantó de su asiento, y quiso correr; pero el herido la detuvo diciéndola:

=Calla... calla... soy yo.

=Tú...!—replicó asombrada la jóven.—Tú... Pero, ¿qué es esto... esa sangre...

=Calla...—volvió á decir el herido.

Hipólito no oyó mas.

Los sollozos de la bella jóven, no le dejaron escuchar la conversacion.

Un momento despues, aquella mujer hermosa, limpiaba con sus blancas y torneadas manos la herida de su marido.

Este último estaba vuelto de espaldas á Hipólito, y la esposa al contrario; de manera que la luz de la lámpara, á la que se habían acercado, alumbraba con sus dorados rayos el rostro de la jóven.

Hipólito contemplaba aquel rostro sumerjido en un éstasis divino; una ternura espansiva mezclada con un tinte de tristeza amorosa se retrataba en sus facciones, y algunos suspiros, hondos y compasados, salieron de su seno.

El jóven quería conocer á aquella hermosa madre que velaba

el sueño de su hijo con tanto cuidado, y á aquella tierna esposa que tan solícitamente acudió á restañar la sangre de su marido; y al mismo tiempo quería ver la fisonomía del último, ácia el que antes dijimos que se había unido por una simpatía desconocida.

Pero sus deseos fueron vanos.

Cuando la jóven acabó de lavar la herida, el hombre se acercó á la cuna del niño, le besó la frente, y la mas completa oscuridad sucedió á la escena que acabamos de referir.

Hipólito cargó el codo derecho sobre su muslo y la mejilla en la mano; y en esta postura permaneció mucho tiempo, hasta que al cabo volvió á levantar la cabeza fijando la vista en un solo punto.

Estaba en la misma plazuela en donde antes había estado.

La noche tambien era oscura, y la lluvia caía sin cesar.

Hipólito no quitaba la vista de los dos callejones; é impensadamente, vió á un hombre que dando vuelta de la calle de la derecha se deslizó contra la pared, y fué á ocultarse con la mocheta de la puerta situada en la esquina del primer callejon.

Algun tiempo despues, vió que el embozado salió de la casita del callejon sin salida; torció á la plazuela, y despues al primer callejon.

Ya que hubo andado mas de la mitad, el hombre que se había ocultado en la puerta, le siguió á paso de lobo, y al llegar á la esquina opuesta, otro hombre desembocó al callejon.

El que seguía al embozado echó á correr para alcanzarle; y cuando lo hubo logrado, le abrazó por detrás con el objeto de dejarle los brazos sin movimiento.

Entonces, el otro que torció por la otra esquina llegó á ellos, se quedó mirando fijamente al embozado, movió los lábios como diciendo algunas palabras, pasó detrás de él, levantó el brazo armado de un puñal, y le dió de puñaladas en la espalda.

Las angustias que esperimentó Hipólito al creerse especta-

dor de semejante infamia, son de aquellas angustias que no se esplican.

Quería gritar y queria llorar; quería moverse y no podia; quiso correr, y no pudo mover un pié, porque parecía que lo habian clavado en tierra.

Su respiracion era ajitada, sus movimientos convulsivos, sus ánsias de muerte.

El agredido cayó al suelo, y los dos asesinos echaron á correr con direccion á la plazuela.

Cuando llegaron cerca de él, vió al que venia á su izquierda y luego al que llegaba por su derecha.

En el primero no pudo notar mas que una fisonomía miserable y raquítica, y en el segundo unas enormes narices, un bigote poblado y un aspecto odioso.

El jóven lanzó un jemido prolongado, y dejó caer la cabeza entre sus manos.

Despues volvió á mirar.

Era la misma alcoba que antes había visto.

El niño estaba en su cuna, tranquilo como antes, risueño como antes.

La auréola de la inocencia todavía rodeaba su frente, y su sueño aun era apacible y reposado.

La lámpara de plata estaba colocada al pié de un Crucifijo de marfil enclavado en una cruz de ébano, cuyo Crucifijo se hallaba colocado en una consola situada al frente de la cuna.

Arrodillada enfrente del Santo Cristo, estaba la jóven madre, con el cabello suelto sobre la espalda, con los ojos bañados en llanto y con la palidez pintada sobre su frente.

Sus lábios, nacarados como un clavel, murmuraban fervorosamente una oracion, medida por los golpes compasados del péndulo que se veía encima de una rinconera.

El acento de la voz de aquella mujer seductora, tenía toda la impresion de un desconsuelo adorable y apasionado; y los

suspiros que de cuando en cuando entrecortaban su plegaria, hubieran ablandado al corazon mas empedernido.

La lluvia que seguía cayendo, formaba coro al rezo de la bella cristiana, y la respiracion del inocente niño embalsamaba la atmósfera del aposento.

Al contemplar aquel cuadro tan tierno como piadoso, el corazon de Hipólito se dilató, y las lágrimas lentas y silenciosas corrieron por sus mejillas.

Había en aquella mujer una atraccion misteriosa; y el alma del jóven se sentía arrastrada ácia ella de una manera irresistible.

La veía con entusiasmo y se arrobaba mirándola.

Su corazon le mandaba que la amara, y él obedecía á su corazon contemplándola con un respeto tan santo que llegaba á la adoracion.

Pero ese respeto, esa adoracion, nada tenia de material.

Era enteramente un sentimiento ajeno de todo interes; era uno de aquellos afectos inefables en los que domina enteramente el espíritu, y á los que se sacrifica todo cuanto ecsiste en el suelo, sin pedir por esos sacrificios mas recompensa que un cariño igual al que se profesa.

Hipólito, pues, seguia mirando estasiado á la bella madre, cuando escuchó muchos golpes dados á una puerta, al mismo tiempo que el reloj de la alcoba dió las nueve y media.

La jóven suspendió su plegaria y escuchó con atencion, é inmediatamente se oyó un ruido igual al que causa una puerta que se abre.

Pocos momentos despues se oyeron pasos en el interior de la casa.

La jóven se puso en pié.

Los pasos se fueron acercando hasta oirse en la pieza anterior á la alcoba, y unos quejidos semejantes á los de un moribundo, hirieron los oídos de Hipólito, y seguramente los de

la jóven, quien se acercó á la mampara, é iba á levantar el pasador, cuando la puerta se abrió y penetraron por ella dos caballeros y un cochero, trayendo en brazos á un herido.

La jóven lanzó un grito desgarrador y cayó en tierra sin sentido.

Los que acababan de entrar colocaron al paciente encima del lecho, y comenzaron á prodigarle algunos cuidados; y pocos minutos despues volvió en sí la bella jóven, y se acercó á la cabecera del enfermo.

Entonces, uno de aquellos hombres que lo condujeron, habló en voz baja á la jóven, despues de lo cual todos se retiraron, dejando al herido acompañado de su esposa y de su hijo.

El moribundo habló con su esposa, y ésta abandonó la alcoba por unos instantes, y volviendo casi inmediatamente con un recado de escribir, llegó al lecho y se sentó junto á las almohadas.

El herido se volvió de lado, aunque con mucho trabajo, y en esa postura escribió una esquela, y despues de haberla plegado la entregó á su esposa diciéndola algunas palabras.

La jóven hizo la señal de la cruz y la llevó á su boca en ademan de hacer un juramento, guardó la carta en su seno, y recibió el último suspiro de su marido.

Aquel drama había dado fin, para que otro drama pudiera principiar.

La hermosa viuda dejó encima del colchon el recado de escribir que tenía sobre sus rodillas; colocó bien la cabeza del difunto, y se quedó en pié entre la cuna de la vida y el lecho de la muerte, apoyando la mano izquierda en la cabecera de la cama, y teniendo la derecha tendida ácia el infante.

El dolor, punzante é incisivo, se mostraba en el semblante de la desgraciada jóven; el llanto ya no corría por sus mejillas, solamente empañaba sus hermosos ojos, los que tenía elevados al cielo con la espresion del respeto y la conformidad.

Si algun pintor, si algun estatuario hubiera querido presentar la imájen de la afliccion, indudablemente no habrían encontrado un modelo mas poético que el que les ofrecía nuestra heroina.

Sus facciones, suaves, delicadas y atractivas, aunque contraidas por la fuerza del pesar, no manifestaban al corazon que padece y desespera, sino la dulzura del sufrimiento que cree, que espera y que confía.

Oh...! Si un poeta la hubiera visto en aquel momento, lejos de creerla una mujer humana, la habría creido una vision celeste, un ánjel desprendido del empíreo que venía á cerrar los párpadosde un moribundo, y á velar por la vida de un inocente niño...!

Por fin, la viuda ecshaló un suspiro, besó la frente del cadáver, despues besó á su hijo; y bella, majestuosa, radiante de dolor y de resignacion, atravesó lentamente la alcoba, se arrodilló delante del Crucifijo y prorumpió en copioso llanto.

Hipólito tambien vertió un río de lágrimas.

La desgracia de aquella mujer á quien ya amaba, había lastimado su corazon, y al verla llorar, no pudo menos de llorar.

Así que acabó de derramar sus lágrimas, se cargó insensiblemente en el cojin del sofá, y continuó durmiendo sin ajitacion.

Probablemente el llanto desahogó algo la opresion de su corazon y le dejó descansar; pero la tregua no duró mucho tiempo, porque en esta vida, la tranquilidad es demasiado poca para la multitud de desgracias que la rodean.

Hipólito volvió á su primera postura, y volvió á mirar.

Estaba en el mismo aposento.

Nada de los muebles había cambiado: solamente la lámpara de plata se hallaba sustituida por una copa de cristal, en la que ardía una mariposa.

Las cortinas del lecho estaban desplegadas, y á la cabecera estaba sentado un jóven, en quien Hipólito, por la singularidad inesplicable de los sueños, reconoció á su misma persona.

Al hacer esta observacion, un estremecimiento involuntario le acometió; y cuando vió que su retrato animado levantó un poco las cortinas, se puso en pié convulso y agitado, dió un paso para adelante, y se quedó como petrificado.

Acababa de descubrir á su madre en el lecho de la muerte...!

Escuchó sus palabras, sus revelaciones; y en el acento de su voz, y en el rostro de aquella madre idolatrada, reconoció á la jóven que ántes había visto entre la cuna y el lecho; y en el niño que dormía en aquella cuna, se reconoció él mismo, como acababa de reconocerse á la cabecera de su madre...!

Qué fué lo que entonces pasó en el corazon del jóven...?

No podemos esplicarlo.

En la pesadilla que hacía tiempo lo abrumaba, reconoció su historia... en el hombre muerto á su padre... en el infortunio ficticio, su infortunio real...!

Y despues, cuando tambien en sueños fué á Toluca á buscar á su amigo y solo halló la noticia de su muerte; y cuando volvió á México, y recordó la conversacion que acababa de tener con Cárlos, y la escena tremenda, la acusacion espantosa que el mayordomo acababa de hacer á su madre, entonces... entonces la sangre se agolpó á sus sienes, y nada faltó para que el corazon se le saltara del pecho...!

Tantos tormentos postraron al jóven, y le hicieron caer sin fuerzas encima del sofá.

Una agonía penosa y desesperada le acometió; y si esa agonía se hubiera prolongado, sin duda que habría muerto.

Al cabo de algunos instantes, volvió á ponerse en pié.

Lo que veía entonces no hallamos cómo decirlo.

Hallábase en la misma sala de su casa; pero no solo.

Una mujer, inmóvil y cadavérica estaba parada frente á él, y señalaba una cartera que se hallaba encima de la mesa redonda.

Aquella mujer era su madre, que sin duda había abandonado la tumba para imponerle alguna obligacion.

Hipólito no sabía que creer; se volvía loco.

Dormía y estaba despierto; veía el sueño y veía la realidad; creía, vacilaba, dudaba...!

Unas veces pensaba:

=Lo que estoy mirando es cierto...!

Y otras se decía:

=No...! Estoy soñando...!

Por último, creyendo que en efecto su madre había dejado la fosa, y creyéndose culpable por haber faltado á alguna de las obligaciones que le impuso al morir, cayó de rodillas, diciendo con un acento lastimoso:

=Perdon...! Madre mía...! Perdon...!

La aparecida permaneció impasible al ver la humillacion de su hijo; y éste, queriendo ablandarla, besó el suelo y se quedó con la frente en tierra.

Así estuvo algunos minutos.

Un sudor copioso bañaba su frente, los cabellos se le erizaron, y su vista se nubló.

La vision fúnebre, rodeada de una luz fatídica y con un jesto imperioso, le llamaba con la mano derecha mientras que tendía el dedo índice de la izquierda con direccion á la cartera.

Implacable ante la congoja de Hipólito, como un inquisidor ante un *rico acusado,* ni quitaba la vista de él, ni cambiaba de postura.

Su mirada era fría, tal vez; pero esa mirada pesaba sobre el corazon de Hipólito, como una lápida de bronce encima de un sepulcro.

Temblando como un azogado, el jóven levantó la cabeza, se puso en pié, y queriendo apartar de su vista aquella aparicion cineraria, se cubrió los ojos con las manos.

Pero se engañó.

Al través de sus dedos todavía miraba á la vision; y su vista, enrojecida por la trasparentacion de la sangre de sus manos, le presentaba mas espantosa la vision que había querido apartar.

Una queja lastimera salió de la garganta de Hipólito; y haciendo un esfuerzo penoso, llevó la mano izquierda al corazon, y dejó caer con desaliento el brazo derecho sobre su muslo.

La vision continuaba inmóvil, é Hipólito, parado enfrente de ella tampoco se movía.

Al cabo, el jóven volvió á temblar como si alguno le hubiera sacudido con fuerza, y dió un paso ácia delante como arrastrado por una atraccion irresistible.

A ese mismo tiempo, la vision, impaciente porque Hipólito no la obedecía, abrió los lábios y prorumpió con una voz poderosa y dominadora:

=Véngame...! Véngame...!! Véngame...!!!

El jóven no pudo resistir.

Dirijióse á la mesa llevando aún la mano izquierda sobre el corazon, y tendiendo la derecha ácia la cartera que le señalaba la vision.

La marcha fué lenta, trabajosa; pero segura.

Por fin, llegó á la mesa.

La vision, al verle llegar sonrió con dulzura; é Hipólito, queriendo acabar de aplacarla, se apresuró á tomar la cartera; pero el movimiento que hizo para apoderarse de ella, fué tan rápido, que en vez de lograr su objeto, dió con la mano al velador, lo arrojó sobre la mesa y apagó la luz.

El ruido que hizo al caer despertó á Hipólito, y se encontró á oscuras.

Quedóse sin movimiento por algunos segundos, y por último, haciendo un esfuerzo, quitó la mano de encima de su corazon.

Entonces se puso á reflecsionar.

No sabía en qué sitio estaba, ni tampoco se acordaba de nada, por lo menos minuciosamente.

Cuanto había pasado, cuanto acababa de soñar, se le presentaba de bulto, con una forma indefinible.

Lo que conservaba en la imajinacion, era un recuerdo vago, mezclado de distintos acontecimientos, pero que sin duda no podría esplicar.

Despues de un asíduo trabajo mental, logró coordinar algo sus ideas.

Recordó su vuelta á México, la visita de Cárlos y la escena del mayordomo.

Luego recordó que se quedó dormido en el sofá; y entonces comenzó á convencerse de que había soñado.

Esta última circunstancia redobló el trabajo intelectual de nuestro huérfano.

Como sucede á todos los que sufren una pesadilla, le era muy dificultoso atraer á la memoria las diferentes imájenes de su sueño; pero ausiliado por los dolores de sus desgracias reales, Hipólito pudo recordar la mayor parte de su pesadilla.

En efecto; la muerte del embozado, con las circunstancias que la precedieron, era sin duda la muerte de su padre; y el lecho mortuorio á cuya cabecera se reconoció, era la representacion de la muerte de su madre.

....

....

Hechos esos recuerdos, Hipólito llevó la mano á la frente como queriendo desechar de su pensamiento alguna cosa que lo espantaba; y despues, con un indecible apresuramiento, encendió un cerillo, alzó el velador y encendió la vela, recorrió

con la vista los objetos que se hallaban encima de la mesa; y cuando sus ojos encontraron la cartera del mayordomo, lanzó un jemido y se dejó caer con desaliento encima de la butaca.

La vision sepulcral volvió á presentarse á su imajinacion.

Aquellos gritos de:

=Véngame...! Véngame...!! Véngame...!!!
que había escuchado, resonaban en sus oídos; y semejante á un loco, miraba la cartera y apartaba la vista de ella horrorizado.

Por último, su frente se serenó; la frialdad sustituyó á la ecsaltacion; el poeta dejó de sentir para que el hombre discurriera; é impasible como el destino, se levantó de la butaca, tomó la cartera, la abrió y se puso á rejistrarla con una calma aterradora.

Sacó de ella todos los papeles y los colocó sobre la mesa: el primero que leyó, fué una carta manchada con sangre, y que solo contenía estos dos nombres.

=Pedro Suarez. Ambrosio Iriarte.

Quedóse mirando tenazmente la forma de la escritura, y luego dijo con acento sosegado:

=La letra es de mi padre... Está manchada con su sangre... No hay duda... Es la última que escribió... La que mi madre debió de haberme entregado, y que desapareció del cajoncito de mi bufete... Pero, quién fué el que la estrajo de él...?

Calló un momento, y despues añadió con conviccion:

=Léamos y sabrémos.

Y tomó otra carta, que era la que D. Juan Loaza escribió de Puebla á su hermano con fecha 16 de Julio, cuya carta recordarán los lectores que interceptó el empleado del correo por órden de Simon, quien se la dió al mayordomo.

Leyóla Hipólito pausadamente; y cuando llegó á los párrafos que decían:

="Sus asesinos fueron dos miembros de la lójia de ***,
"llamado el uno Jacinto Enriquez, y el otro Simon Latorre,
"conocidos en aquella época, el primero con el nombre de Pe-
"dro Suarez, y el segundo con el de Ambrosio Iriarte. Ya
"recordarás que en esa hay un mayordomo de monjas, que se
"llama Jacinto Enriquez, etc."

Cuando llegó á esos periodos, repetimos, le faltaron las fuerzas para seguir leyendo, y volvió á sentarse en la butaca.

Despues se levantó y acabó de leer.

=Aquí,—dijo al concluir la carta:—He descubierto á uno de los asesinos... Al otro... tal vez lo descubriré. Léamos esta otra carta.

Y leyó la que el Lic. Rodriguez le escribió de Toluca con fecha 17 de Julio.

Cuando concluyó su lectura, dejó la carta encima de la mese, se fué á sentar al sofá y se quedó pensativo.

Las sospechas, los presentimientos que se acumularon en aquel corazon, fueron innumerables.

Las tres cartas que acababa de leer le descubrieron un espantoso tejido de crímenes.

No había duda.

El mayordomo, acompañado de otro infame, asesinó al padre de los Loaza; asesinó tambien al suyo; y evidentemente, tambien era la causa del asesinato del Lic. Rodriguez.

Pero con qué fin...?

El abogado no tenía mas falta sino la de ser el elejido para reemplazar á D. Jacinto en la tutoría de Hipólito; esto lo sabía el mayordomo; luego el hipócrita no quería dejar el cargo de tutor del jóven.

Para semejante empeño, necesitaba un motivo poderoso.

Cuál sería este motivo...?

Apoderarse de sus bienes...?

Tal vez sí, pero...

No acababa de decirle que era su padre...?

Su padre un hombre tan criminal...!

No.

Eso no podía ser, como efectivamente no lo era.

Luego entonces, lo primero era lo cierto.

El mayordomo, ávido de placeres, necesitaba oro para procurárselos, y por eso quería los bienes de Hipólito.

Para quedarse con ellos no había retrocedido delante del asesinato ni delante del sacrilejio.

Primero asesinó al padre, despues deshonró la memoria del padre á quien asesinó, arrojando sobre la tumba de la esposa un puñado de cieno...!

Eso es horrendo, infame, inconcebible...!

....

Hipólito continuó en su abstraccion por algunos minutos, pasados los cuales se levantó del sofá, fué pausadamente ácia la mesa, llegó á ella, fijó su vista en las cartas que acababa de leer, cruzó los brazos sobre el pecho, y como si hablara con el mayordomo, dijo con acento grave al mismo tiempo que sombrío:

=Te aborrecía sin saber por qué... ahora, he descubierto que mi corazon tenía razon para rechazarte... Eres hipócrita, asesino, impío... Dios ha marcado tu rostro con las señales del mal, y sin duda ha escrito tu nombre en el libro de los réprobos... Asesinaste á mi padre... Miembro de esa lójia tenebrosa é infame, que sueña con la nobleza de la casulla, de la soga y de la herradura, te dieron un puñal, y lo descargaste en las espaldas del que me dió el sér... Tienes un cómplice... yo lo descubriré... Con tu horrible hipocresía, engañaste á mi adorada madre, y la hiciste que te nombrara mi segundo padre... Querias oro y sangre... Despues de asesinar á mi padre, quisiste apoderarte de mi herencia, y sin duda que tienes parte en la muerte del que es-

taba destinado á sustituirte... No te bastaba... sino que para asegurar la posesion de ese oro, has deshonrado la memoria de mi madre llamándote mi verdadero padre... Esto es horrendo...! Y no...! Dios no podría consentir eso...! No...! Tú no eres mi padre...! Un monstruo como tú, que hiere por la espalda, y que para poseer oro pisotea los sepulcros, no puede haber sido amado de una mujer tan virtuosa y tan santa como mi madre...! Para que eso fuera, era necesario que se trastornara el órden de la creacion... Era preciso que la virtud se condenara, y que el vicio se viera deificado...! Y felizmente eso es imposible...! Eres un aborto monstruoso de la naturaleza, y donde pisas el suelo brota sangre...! En el discurso de tu vida, ha de haber muchos crímenes... Asesinaste al padre de los Loaza, y acaso... sí... no hay duda... interceptaste esta carta, y la desaparicion de Luisa tal vez es obra tuya... Ah...! Te has gozado... te gozas aún en llenar de hiel la vida de muchas criaturas... Cada uno de tus pensamientos ha de envolver un mal, y cada una de tus acciones ha de ser un crímen... Sanguinario como un tigre y codicioso como un inquisidor, indudablemente espías el momento de destrozar á tus víctimas, mofándote de sus jemidos, y riendo de sus agonías... Miserable...! Qué castigo te impondrá la sociedad...? Ninguno...! Si los jueces, si los hombres todos se ponen á rejistrar las leyes penales que se han dado desde que hubo sociedades, no han de hallar una pena que imponerte... Eres un monstruo... y tu castigo... tu castigo debe ser el de un monstruo... A la cabecera del lecho de mi moribunda madre, juré no vengarme de tí; pero la infamia que acabas de cometer deshonrando la memoria de una mujer tan santa, me ha absuelto de mi juramento... Creías que tus maldades habían de quedar impunes... Pero si los hombres las ignoraban, la Providencia las sabía, y la Providencia siempre castiga... Cuando veniste aquí, veniste á cometer un crímen; y este crímen ha servido

para descubrir y castigar tus demas crímenes... Y ahora, te entregaré á los tribunales...? No. Para castigarte, se necesitan otros medios, otra justicia y otras penas... He descubierto tus delitos... Los guardaré en mi corazon, para evitar que una imprudencia te haga escapar de mi poder... Cárlos no sabrá... Los Loaza tampoco sabrán mi descubrimiento, porque acaso no tendrían la calma necesaria para esperar... Ellos te entregarían á la justicia, y tú eres demasiado rico para que la justicia pueda castigarte... Esperaré... Un mes, un año, diez; pero esperaré, y no te me escaparás...! Dios me ha enviado una pesadilla, y esa pesadilla no ha de haber sido en vano... En los secretos de la Providencia estaba yo destinado para conocer tu corazon de cieno, y para castigar tus horrendos crímenes... Mi madre se me ha aparecido pidiéndome venganza, y... la vengaré...! Dios es testigo de que no lo queria yo; pero has querido conocer al hombre... pues bien...! Aquí está el hombre...!

Hipólito calló.

Su rostro, grave y severo, dejaba adivinar la enerjía de su resolucion; y sin embargo, en aquella espresion adusta é imponente, aun podía conocerse un resto de melancólica conmiseracion.

A pesar de todos sus dolores, á pesar de la conviccion de los crímenes de D. Jacinto, Hipólito le compadecia y acaso le habría perdonado.

Pero la deshonra de las cenizas de los que le dieron la vida, era un golpe demasiado fuerte para el alma de un buen hijo, y una villanía demasiado grande para que ninguno pudiera perdonarla.

Por eso Hipólito decidió vengarse, y por eso tambien no debemos condenarlo por haber olvidado su juramento de perdon.

Noble, leal, honrado y fiel á su palabra, no había indagado

quiénes fueron los asesinos de su padre, y si los hubiera encontrado, indudablemente los habria perdonado; mas ya le fué imposible resistir el último ultraje de su suerte, y el poeta, acosado por el hombre, tuvo que ser hombre.

Dejó de sentir para empezar á discurrir...

Cayó del cielo al suelo; y en su caida, la frialdad del pensamiento ahogó el fuego del corazon.

No nos admiremos.

La vida de un hombre como Hipólito, es una lucha contínua, un duelo á muerte entre la realidad del mundo y la ilusion del cielo; y en esa lucha, en ese duelo á muerte, la ilusion se desvanece y la realidad abruma; el poeta sucumbe y el hombre vence.

Así es que Hipólito no hizo mas que ceder á la imperiosa ley del destino.

Nació poeta; pero para vivir en el mundo necesitaba ser hombre, y fué hombre.

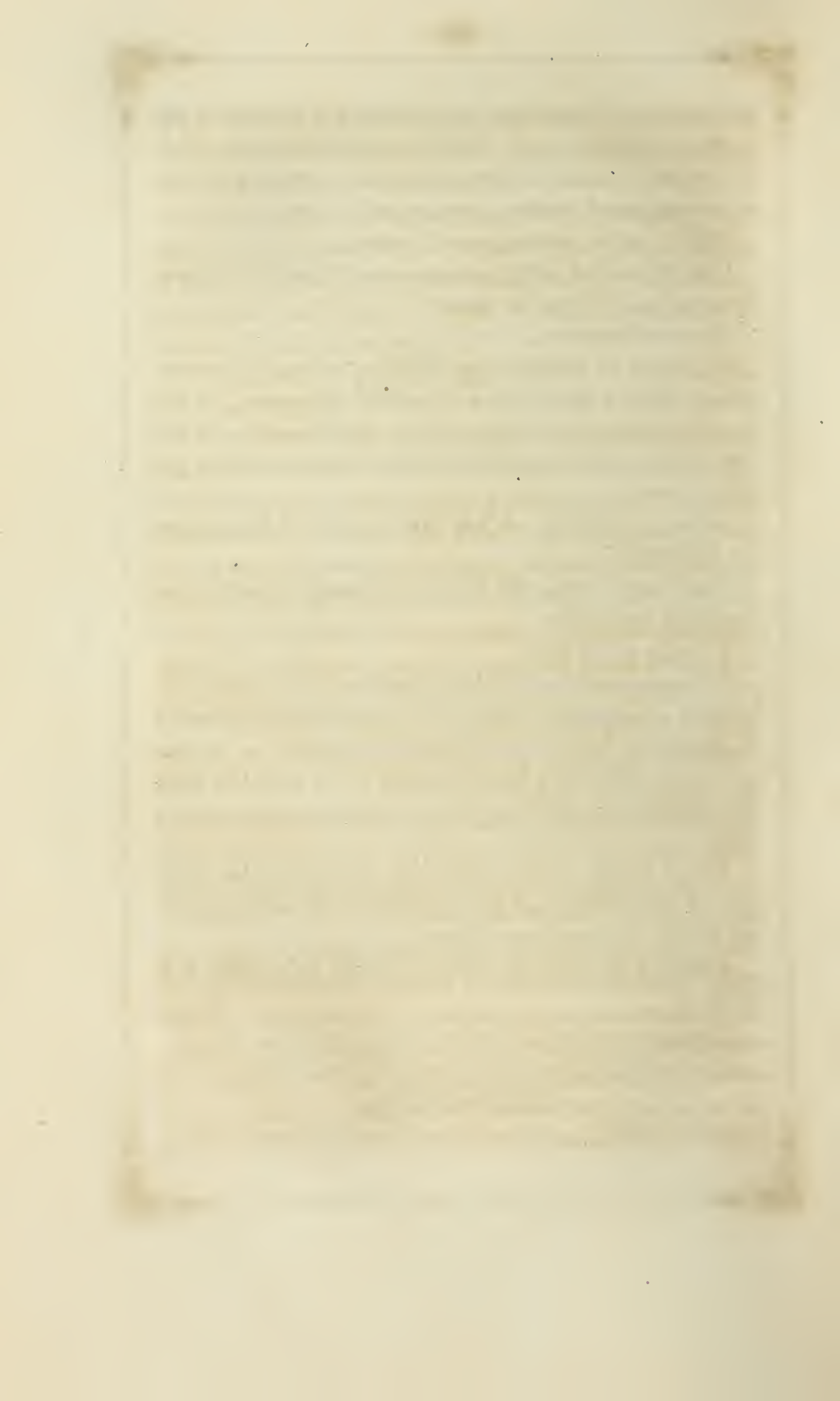
La culpa no era suya.

Si los que amargan la vida de esos séres tristemente privilejiados, conocieran lo terrible del tormento que les causan y el cámbio tan funesto que orijinan, sin duda que se guardarían de martirizarlos, y lejos de punzar á esos corazones sensibles, procurarían regar con flores el camino espinoso de su vida.

Pero el mundo es muy imbécil para comprender los misterios del alma del poeta, y por eso aplaude sus cantigas al mismo tiempo que insulta sus dolores...

Arranca á un ánjel del cielo, y lo arroja en el lodo de la tierra...!





XXXVII.

EN LA TARDE.

Estamos á últimos de Noviembre.

Antes de proseguir nuestra narracion, vamos á dar cuenta á los lectores del estado que guardaban en esta época los personajes cuya historia nos hemos propuesto referir.

El duelo continuaba aún en los corazones de los miembros de la familia de la rubia.

Todas las indagaciones que habian hecho para descubrir su paradero, fueron inútiles; pues la única persona que poseía algunos indicios para resolver el enigma, habia guardado un profundo secreto.

Hipólito, pues, á quien la lectura de la carta de Loaza le reveló el asesinato cometido en su padre por el infame mayordomo, haciéndole concebir al mismo tiempo algunas sospechas respecto de la desaparicion de Luisa, resolvió ser el solo depositario de ese misterio; pues queriendo vengar el ultraje hecho por D. Jacinto á la memoria de su madre, sospechó, y no sin justicia, que si descubría á Cárlos ó á los Loaza el documento

de que era dueño, ellos, por apresurarse á recobrar á Luisa, echarían por tierra sus proyectos haciendo que el mayordomo se escapara.

Hipólito, cuyo corazon era bueno y jeneroso, se vió impelido á su pesar á rehabilitar el honor de su madre, castigando al malvado que tan villana como friamente la insultó; y el cámbio que ese deseo operó en su vida, fué uno de aquellos que no pueden dejar de notarse.

Poeta, habia vivido en la soledad; hombre, hizo su entrada en el gran mundo.

Sus amigos y el público que lo conocía se asombraron de su aparicion.

Conociendo su carácter tétrico y sombrío; sabiendo cuánto había sufrido en la vida y con la muerte de su madre, no podían comprender cómo abandonaba el retiro y transijía con el bullicio de la sociedad.

Viósele concurrir al teatro y á los paseos, y vióse reir á aquel jóven que siempre había mostrado en su fisonomía la desgracia y el dolor.

Pero á pesar de todo eso, el mundo ignoraba los enigmas del corazon del vate.

En cada una de sus palabras había un esfuerzo penoso, y en cada una de sus sonrisas un dolor.

Mas todavía.

Los lectores recordarán que Simon pidió al mayordomo las cartas de la madre de Hipólito para falsificar la letra y la firma, escribiendo unas en que ella confesara sus relaciones ilícitas con el hipócrita, y probarle de este modo que el huérfano debia la vida á semejante monstruo.

Simon cumplió su palabra; y cuando Don Jacinto fué á contar á Hipólito su finjida historia, Hipólito *finjió* creerlo, para asegurar mejor sus proyectos de rehabilitacion.

Acaso, algunas almas demasiado severas, reprocharán al jó-

ven que hubiera *finjido;* pero sin duda lo absolverán de semejante cargo, cuando reflecsionen lo mucho que padecía y el deber que tenía que cumplir, y lejos de condenarlo lo compadecerán diciendo:

Cedió á su destino.

Y en efecto; Hipólito cedió.

Desde que proyectó su venganza varió completamente de carácter; mejor dicho, varió de fines.

La paciencia, que antes la había dedicado al sufrimiento y al sacrificio, la dedicó entonces á esperar con calma la manera de castigar al mayordomo.

Si en los primeros años de su vida, si tres meses antes al momento en que nos referimos le hubieran dicho que estaba destinado á hacer verter el llanto de alguna criatura, sin duda que habría desmentido al que tal dijera; porque su corazon, noble y bueno, repelía todo aquello que, aunque fuera por justicia, debía causar el padecimiento de un hombre.

Pero el mundo lo había obligado á hacer sufrir, y él obedecía al mundo.

Para realizar esa venganza justa y santa, escondió sus dolores en lo último de su alma, llamó *padre* á su verdugo; y, como le repugnaba buscar los medios de castigarlo, aguardaba á que una casualidad Providencial pusiera esos medios á su disposicion.

Encontraría esa casualidad...?

Ya lo sabremos.

En cuanto á la familia de Loaza, había abandonado la casa de la calle de la Moneda, yendo á vivir al Puente de Alvarado, á casa de la señora de San Leon.

Rosa y Clara habían instaládose en la misma casa para acompañar á la hermosa é inconsolable viuda; y Cárlos las visitaba con frecuencia acompañado algunas veces de Hipólito, quien le consolaba contínuamente



De Antonia y de Gertrudis, aun no podemos decir nada.

María continuaba al lado de su madre, á pesar de que el mayordomo no cesaba de rondar su calle, y de importunar al Tiñoso para que consumara la perdicion de la hermosa morenita.

Pero Simon era Simon, lo que equivale á decir que Simon era el diablo; y lo que es el diablo nunca se duerme sobre las pajas.

El Hombre-Momia, con el tacto tan delicado que le conocemos, y siempre prudente y previsor, calculó que le era preciso mantener á Jacinto bajo su dominio para llevar á cabo sus planes; y conoció que nada era mas á propósito para esclavizar al mayordomo, como tenerlo siempre sujeto á un deseo, prometiéndole saciarlo, pero no realizando esa promesa, sino es en el caso de que no le fuera perjudicial.

En cuanto á Luisa y su criada, seguían en su prision, tratadas con las mismas consideraciones que el primer día, y vijiladas por Gerarda y por la comadre Nicolasa, quien sustituía á la campanita siempre que ésta iba con Simon á casa de la desgraciada Ines.

Puestos ya nuestros principales personajes en el punto de vista que les corresponde, vamos á proseguir el hilo de los sucesos.

Era una tarde de Noviembre.

Al mismo tiempo que daban las tres y media en el reloj de Catedral, D. Pedro, su esposa y el ama de llaves montaban en un coche que estaba parado á la puerta de la casa del anciano; y el cochero, despues de cerrar la portezuela, hizo andar á las mulas, y dirijió el carruaje ácia el poniente de la ciudad.

Media hora despues dió vuelta de la calle de Santa Clara para la de Vergara, al mismo tiempo que Agustin salió de casa de María y tomó por la derecha.

El coche se paró enfrente del Gran Teatro de Santa-Anna;

los ancianos y el ama de llaves se apearon y entraron al pórtico; y Agustin hizo lo mismo, despues de haber dirijido á María una mirada de despedida.

A ese mismo tiempo Simon se paseaba en la sala de la casa de D. Pedro; y Gerarda, acompañada de otra mujer de su confianza, estaba en la recámara de Inés, la que en aquellos momentos sufría estraordinariamente.

El Hombre-Mómia, con una calma digna de mejor objeto, aguardaba que saliera Gerarda á la sala, y que le anunciara que ya podian estar tranquilos respecto de la vida de Inés.

Simon, durante el tiempo que en calidad de médico asistió á la hija de D. Pedro, había puesto el mayor esmero en conservar su naturaleza en buen estado, para que llegado el momento crítico hubiera el menos riesgo posible, pues le interesaba conservar la vida de la desventurada mujer, al mismo tiempo que hacer desaparecer á su hijo, porque temía que si alguna vez se apoderaba el remordimiento del corazon de Jacinto, se casara con Inés y nombrara de heredero al fruto de aquella union ilícita y clandestina.

No por eso se crea que trataba de matar al niño.

Simon era perverso, criminal, bandido; pero en ese corazon tan corrompido por el vicio y tan avezado al mal, no cabía el vil proyecto de quitar la vida á un inocente; y lo único que quería era que el niño no le estorbara para la realizacion de su ambicionado fin.

Para eso, había tomado ya sus providencias y su resolucion.

Conociendo que la presencia de los ancianos era un peligro evidente, los convenció para que esa tarde le dejaran con Inés y su finjida curandera, diciéndoles que para el alivio de la enferma se veía precisado á hacerle una operacion muy penosa, y que para que no padecieran al oir sus quejidos, era mucho mejor que no estuvieran en la casa.

Los padres de la pobre Inés, buenos, dóciles y confiados en

la buena fé del médico recomendado por D. Jacinto, accedieron á su peticion; y para divagarse resolvieron ir á pasar la tarde al Gran Teatro de Santa-Anna; resolucion que fué del gusto del Tiñoso, quien los hizo entrar en el coche verde que ya conocemos, y en el que había ido con Gerarda y la otra mujer.

Como dijimos antes, los ancianos se apearon en el teatro; y el cochero, siguiendo las instrucciones que tenía, volvió apresuradamente á la calle de Montealegre, adonde Simon le estaba esperando con impaciencia.

=Ya estoy aquí...!—dijo presentándose en la sala.

=Bravo—esclamó Simon al verle.—En tu empeñosa puntualidad reconozco al bandido Manos-Largas. Y los viejos...?

=Los dejé en el *triato.*

=Bueno, bueno, hijo mio. Que se diviertan con los chistes de la *Pata de Cabra,* mientras yo les hago una del diablo....

=Yo tambien quisiera estarme divirtiendo.

=Zopenco...! Crees acaso que divertirse es mejor que ganar dinero...? Lo crees así, alma de cántaro...?

=No, tio Simon; pero...

=Qué pero ni que calabazas...! En el momento que salga Gerarda con la criatura, te marchas con ella á la taberna de la Lagartija, dejan allá al chiquillo, vuelves á traer á Gerarda, y te vas al teatro á traer á esos brutos de viejos. Entiendes...?

=Sí, tio Simon.

=Despues de que los traigas, te vuelves inmediatamente al *hormiguero*; allí te estás hasta las doce de la noche, á cuya hora, tomas al niño en brazos, entras á la ciudad, lo pones en el quicio de una *puerta de casa grande,* y te marchas con la perra de tu madre, eh, hijo mío...?

=Pero, tío Tiñoso... eso de estarme desvelando hasta las doce de la noche para tirar á un muchacho...

=Cuadrúpedo...! Y no te desvelas ocho ó diez noches esperando el momento de efectuar un *mormollo*...?

=Sí, pero en eso se gana mucho...

=Reniego, reniego, reniego...!—dijo Simon medio colérico.—Acaso te digo que me sirvas de balde...?

=No... pero como tú pagas lo que quieres...

=Mal rayo...! Pues estoy yo ahora para pulgas...! Ya sabes que siempre te pago bien, y ahora haré lo mismo; pero por el alma de tu abuelo que no me impacientes, porque... Vamos; te digo que no te arrepentirás de desvelarte. Ya sabes. Cuidado con que se te olvide lo que te tengo encargado, porque en vez de pagarte, te asesino.

=No tengas cuidado. Ya sabes que soy muy esacto.

=Así te quiero, así te quiero. Con que márchate á esperar allá abajo á la campana, y ejecuta pronto lo que te tengo mandado. A propósito. Mañana vas á ver á tu comadre Francisca, y le dices que por qué no ha ido á ver á Gerarda, y que vaya inmediatamente á verla, porque precisa mucho. Entiendes...?

=Sí.

=Pues ahora, márchate allá abajo.

Manos-Largas obedeció, y Simon continuó paseándose en la sala.

Dejémosle esperando el resultado de la desgracia de Inés; y aunque sea con el pensamiento, introduzcámonos un momento al salon del Gran Teatro de Santa-Anna.

Acia el centro de la luneta, en el asiento de la esquina que queda á la izquierda del paso, está el jóven Agustin, muy atento, no á la representacion de la comedia, sino al palco que ocupa una jóven bella, de ojos negros y rasgados, color apiñonado, mejillas sonrosadas y sonrisa de Sirena, y que está acompañada por un anciano que seguramente es el papá, y

por una especie de dueña, que cuando menos era alguna tía de esas importunas, eternos Mentores de las sobrinas, spleen de los enamorados, baldon de la ancianidad, y por añadidura, charlatanas como un perico y molestas como un para-aguas.

Agustin, que al llegar al teatro volvió la vista y saludó por última vez á María, entró al salon con el corazon palpitante todavía por la dicha de ser amado de la morena; se arrellanó en su asiento, y, podemos jurarlo, todavía cuando cayó el telon al concluir el primer acto de la comedia, Agustin no pensaba mas que en María.

Pero cuando en el entreacto se levantó de su asiento; cuando cargado de espaldas en la banca que tenía delante de su lugar, se clavó el lente en el ojo, recorrió con la vista todo el salon y se encontró con el rostro encantador de la jóven del palco... entònces... entonces... quién sabe...? pero lo cierto es que Agustin no dejó de verla, y que continuó la representacion, y él no atendía al escenario, sino que miraba á la bella jóven; y á cada uno de los movimientos que hacía, á cada una de sus sonrisas, Agustin se estasiaba, y *no podía menos* de esclamar:

=Qué linda es...!

Y es preciso confesar que tenía razon, porque la jóven era hechicera.

Los momentos transcurrian, y Agustin, el lijero, el alucinado Agustin, se sentía inclinado ácia aquella criatura seductora.

Ella, que al cabo llegó á notar las incesantes miradas de Agustin, no dejaba de verle de cuando en cuando y al disimulo, como hacen todas las mujeres, tengan ó no simpatía por cualquier hombre, y solo por *dar en que pensar*, lo que equivale á decir *por coquetería*, ó por esa curiosidad infernal é individualmente femenina, que tantos males ha causado en este mundo, y creo que tambien en el otro; y Agustin, que no dejó de sorprender esas miradas, creyó que habian *simpatizado*, y... no nos atrevemos á decir que se enamoró; pero sí, diremos que

por curiosidad, se decidió á esperar que acabara la funcion para seguirla *hasta saber dónde vivía.*

Sin embargo; en medio de su *curiosidad,* Agustin volvió á acordarse de María, y no pudo menos de reprocharse el haberla olvidado *tanto tiempo,* este fué su pensamiento; pero ese recuerdo vino á agravar mas la situacion, porque el jóven *no pudo menos* de hacer comparaciones.

María, era morena: la jóven era blanca y sonrosada. María tenía la frente ancha y el cabello negro y quebrado: la jóven tenía la frente regular, y su cabello era castaño y lacio como la seda. María tenía los ojos regulares y las niñas pardas: la jóven tenía los ojos grandes y rasgados, y las niñas negras como el azabache. María tenía la nariz *algo* roma, porque Agustin no conocía el tipo griego: la jóven tenía la nariz afilada. La boca de María era regular: la de la jóven era pequeñita. El seno de María era elevado: el de la jóven tambien lo era, y ademas, blanco como el alabastro. Los brazos de María eran torneados: los de la jóven lo mismo. María tenía las manos algo pequeñas y gorditas: las de la jóven eran regulares, bien hechas, y sus dedos afilados y marfíreos. Los piés de María eran pequeñitos, diminutos, monísimos: los de la jóven... quién sabe...? pero una belleza como aquella no podía menos de ser perfecta. María era graciosísima, y la jóven no dejaba de serlo.

Y el resultado de todas esas comparaciones, fué que Agustin se afirmó en la decision que tenía por seguir á la jóven, tanto mas, cuanto que María tenía veintiseis años, y la bella jovencita, *cuando mas,* frisaba en los diez y seis.

No faltará quien al leer lo que llevamos dicho, reproche á Agustin su lijereza y su inconstancia, profesándole ademas y gratuitamente, un sentimiento parecido al desvío ó al desprecio; pero no hay que tratarlo tan rigorosamente, porque, qué era Agustin...?

Un *cero social...?*—No, porque trabajaba.

Un *leon seductor...?*—No, porque no era *elegante.*

=Pues entonces,—preguntarán con impaciencia,—qué cosa era...?

Paciencia, benévolos lectores, que voy á responder categóricamente.

Agustin no era un *cero social* ni menos un *leon seductor.*

Era *un pollo...!*

Sí, señores; era uno de esos *pollitos* que, como vulgarmente se dice, aun no salen del cascaron, ó apenas han salido, cuando ya se creen capaces de pensamientos sérios y elevados; y por lo tanto, capaces de sentir el verdadero amor.

Y en esa lijereza, en esa inesperiencia, es donde ecsiste la absolucion de Agustin, quien se mostró tan apasionado de María, y en el instante de que hablamos estaba decidido á seguir, pero *nada mas á seguir* á la bella jóven á quien estaba mirando.

Dejémosle, pues, en su inocente entretenimiento, y dirijamos nuestra atencion á otros sitios del espacioso salon.

En los balcones de la izquierda, frente por frente del escenario, están D. Pedro, su esposa y el ama de llaves, con los corazones atormentados, con los pensamientos inquietos, atentos al diálogo de la comedia, y con la risa en los lábios, á cada una de las gracias cómicas, que salían de la boca del chistosísimo y simpático actor D. Antonio Castro, quien como sabe todo hijo de vecino de esta capital y de las demas ciudades, villas y lugares de este laberinto que se llama federacion mexicana, representaba esa tarde el papel del asimplado, tonto é imbécil D. Simplicio Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Buey, apellido que no vendría mal á muchos de los que llevan la cruz del matrimonio.

Y no nos admirémos de que nuestros cuitados personajes, rieran con ganas á pesar de hallarse tan aflijidos por el estado

de Inés; pues en primer lugar, todo el que concurra al teatro siempre que Castro desempeñe un papel gracioso, por apesadumbrado que esté, reirá mal de su grado, hasta quedarse sin quijadas, hasta echar las asaduras; y en segundo, porque la vida no es mas que un sainete grotesco, en el que se ríe cuando se quisiera llorar, y vice-versa, se llora cuando se quisiera reir.

Semejante contraste no se cree sino cuando se sufre, porque la andrajosa humanidad no comprende nunca en cabeza ajena; y maldito lo que se le dá que padezca el corazon con tal que con sus ojos ávidos y devoradores, vea que la risa asoma incesantemente á los lábios de sus criaturas.

Seguramente esa indolencia fué una de las razones que hicieron decir á D. Patricio de la Escosura:

="La vida es una gran cosa, digan lo que quieran...!"

Pero, dejémonos de reflecsionar, y continuémos mirando.

A la izquierda, en un palco primero, está sentado un hombre rico acompañado de su virtuosa familia; y en la platea de abajo del palco, está una famosa ciudadana, acompañada de una jóven que sin duda querrá ser tan célebre como su compañera, de la que malas y viperinas lenguas dicen, no sabemos qué cosas, nada agradables y no muy favorables que digamos.

En un palco tercero, está un papá de esos que aun se quitan el sombrero al oír nombrar á *S. M. D. Cárlos IV que Dios guarde*, y que solo llevan á sus hijas á las comedias de *májia*, haciéndolas abandonar el asiento cada vez que se presentan las bailarinas en el tablado, tosiendo muy recio siempre que algun actor dice una frase picante, y al mismo tiempo, viendo contínuamente al palco de adelante, donde está cierto *pollito*, amigo de otro que *sonsaca* á su hija, mientras que el interesado hace guiños á la niña, desde el palco de enfrente á donde se halla la dueña de sus amores.

Y en un palco segundo... pero con mi capricho de autor, y mal que pese á los lectores, quiero abandonar el salon, é introducirme al escenario del teatro, para enseñarles lo que me plazca.

En primer lugar, metido entre dos bastidores y mirando ácia la escena, está el autorcillo de marras, aquel del chaleco blanco, el mismo que conocimos en las luces de Rejina, y á quien Dios guarde muchos años para fastidio de aquel que lea... sus obras, se entiende.

En segundo lugar, hay porcion de *mites* ó *manequies* de comedias, de esos que por órden de *la peseta*, y del vestido que les dan en el guarda-ropía, sirven de aldeanos y de soldados, de alguaciles y de corchetes, de populacho y de cortesanos, de esqueletos y de demonios... en una palabra, de figurantes ó de *figurosos*, segun le plugo destinarlos al autor de la comedia que se representa, ó no se representa sino que se destroza.

En tercer lugar hay... una cosa sorprendente...!

La májia teatral...!

Sí, señores, la májia teatral...!

Pero no se asusten ustedes creyendo que esa májia consiste en almas en pena ni en demonios súcubos, ni tampoco en ecsorcismos ni en conciliábulos, ni en invocaciones ni en maldiciones.

No señores, no hay que tomar calosfríos por esa bobería.

La májia teatral consiste en bastidores y en telones, en carretillas y en escotillones, en *mites* vestidos de diablos y de brujas, y en actores disfrazados de dioses mitolójicos revueltos con los diablos que nos pinta la Escritura; consiste tambien en un lienzo transparente pintado de rojo é iluminado por detras con unos *cabitos de sebo*, lienzo con el que se figura el infierno, de la misma manera que se figura la gloria con otros lienzos que forman círculos de nubes; y en fin, la májia teatral, consiste principalmente, en una porcion de alambres

y de cordelitos, que un sin número de mozos estiran ó aflojan al oir el pito del maquinista, alias *hechicero teatral*, como algunos periodistas atacan ó defienden al ministerio, segun la propina que reciben.

Pero, qué diablos...!

Héme aquí que he venido ha hacer un *revoltijo* de política y de teatro...!

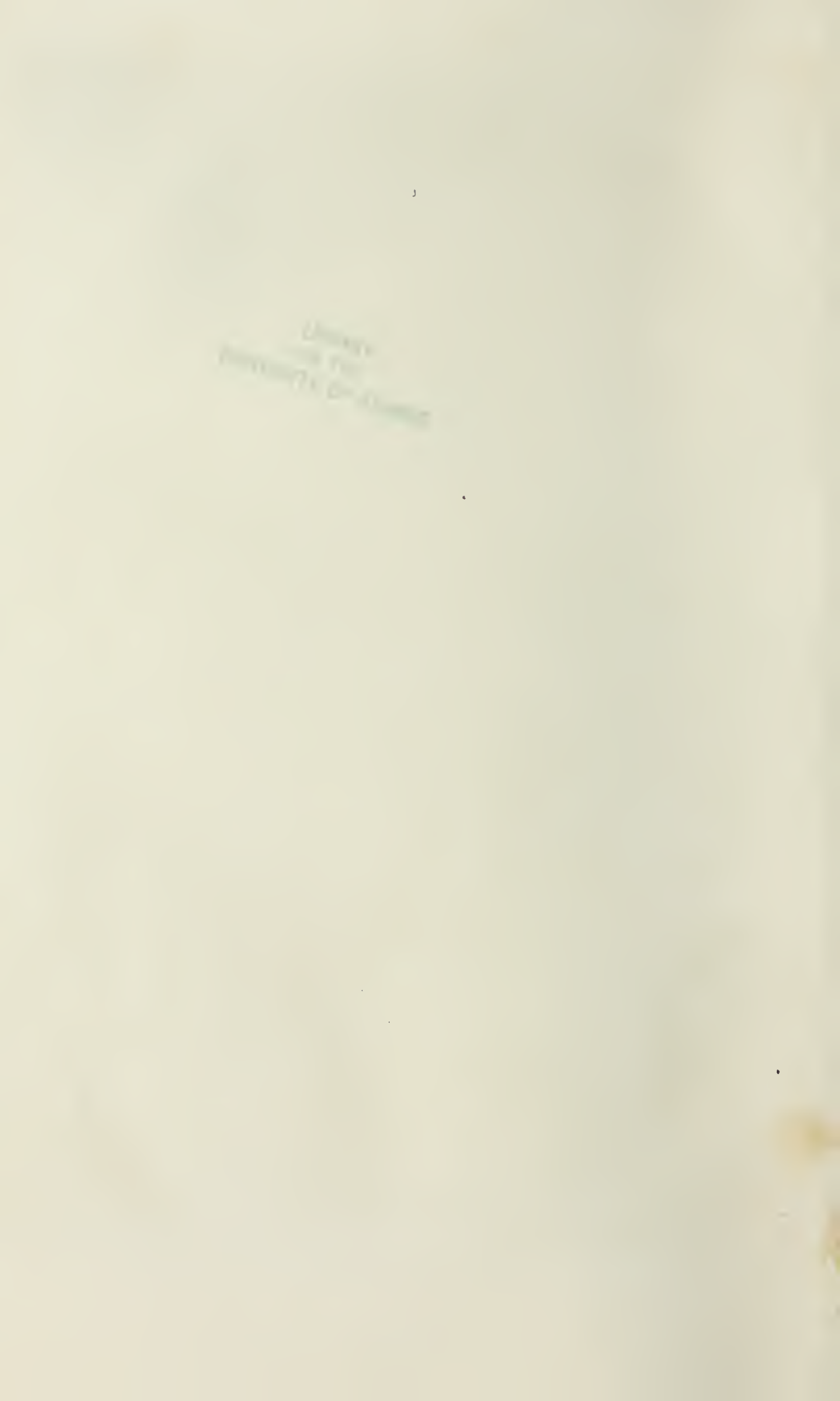
Perdon, queridos y amabilísimos lectores; como el gran teatro de la república está tan revuelto como el teatro nacional, ya comenzaba yo á estraviarme de mi propósito.

Y, para expiar la falta que acabo de. cometer, aunque sea dicho de paso, involuntariamente, voy á referiros algo de la comedia que se estaba representando la tarde de que hablo; y como ese *algo* debe ser lo mejor, y como *lo mejor* es lo mas chistoso, y como *lo mas chistoso* en mi pobre y humilde entender, es la relacion de lo que vió *D. Simplicio* en la luna, ó sea país de los lunáticos, despues de pediros mil perdones por las faltas en que incurra, así escénicas como históricas; y creyendo, con la mayor buena fé del mundo se entiende, que me concedeis vuestros perdones y vuestro permiso, voy á divertiros... ó á fastidiaros un poco, refiriéndoos el cuento de *D. Simplicio* en:





La Pata de Cabra.



XXXVIII.

LA PATA DE CABRA.

El teatro representa una llanura, y se hallan en escena D. LOPE, LAZARILLO, *varios* ALDEANOS *mirando al cielo como para descubrir el globo que se llevó á* D. SIMPLICIO. D. LOPE *tiene un inmenso telescopio.*

ALDEANOS.—Allí viene...! Allí viene...!

LOPE.—Qué...! si es cuervo...!

TODOS.—Un cuervo...! un cuervo...!

LOPE.—No, no...! Ahora sí... Ya le distingo...! Allí viene...! ahí viene...! aquí está...! [*Cae D. Simplicio.*]

SIMP.—Ay, ay, ay...! mis costillas...! mis riñones...!

LOPE.—Amigo mio...!

TODOS.—Pobre señor...! [*Rodeándolo.*]

LOPE.—Pero hombre, hombre...! no se le acerquen tanto, que le ahogan...! Aire...! aire...!

SIMP.—Ah...!

LOPE.—Vamos, dígame usted cómo le fué de viaje.

SIMP.—Bien y mal.

LOPE.—Y por qué...?

SIMP.—Porque, en primer lugar, estaba durmiendo muy tranquilo, y sentí que me tiraban de los cabellos: desperté, y me sorprendí cuando me ví colgado de la boca de un globo, tan grande, tan grande como... una redoma de á medio, que es cuanto hay que decir.

TODOS.—Ah...!

LOPE.—Y despues...?

SIMP.—Despues... fuí subiendo, subiendo, y ví...

LOPE.—Qué cosa, amigo mio...?

SIMP.—Primeramente ví la tierra á mis piés: luego, la ví irse disminuyendo poco á poco, hasta que se redujo al tamaño de un grano de arena; y despues... Jesus, papá...! si viera usted qué cosa tan asombrosa...!

LOPE.—Pero, qué fué lo que vió usted...?

SIMP.—Ví... que ya no veía nada.

LOPE.—Hombre...! Y luego...?

SIMP.—De frío en calor, y de calor en frío, fuí subiendo, subiendo, hasta que llegué á los cuernos de la luna...!

LOPE.—Bah...! Otros han llegado allá sin tanta fatiga...!

TODOS.—Ha visto la luna...! Ha visto la luna...!

SIMP.—Sí. He visto la luna...!

LOPE.—Y qué sorprendidos se quedarían los lunáticos al ver á usted, no es verdad...?

SIMP.—No lo quedé yo menos cuando me estuvieron contando de su tierra.

Figúrense ustedes que
allá todo está al reves
de acá.

LOPE.— No es posible...!

SIMP. Pues...!
Así tambien esclamé.
Mas luego me convencí
de que era cierto, cuando
aquel país fuí observando
y con mis ojos lo ví.
Allá todos los que escriben
en los periódicos, son
jente de mucha instruccion;
no charlatanes que viven
ultrajando sin conciencia
al que á poco tiempo halagan,
porque á los que mas les pagan
á esos venden su creencia.
Allá hay muchos artesanos
por las leyes protejidos,
y que viven mantenidos
del trabajo de sus manos.
Y como no hay jente vil,
vagamunda, ni importuna,
jamás ha habido en la luna
ninguna guerra civil.
El partido liberal
allá no está dividido,
porque permanece unido
por el bien procomunal.
Allá tambien, oiga usté
para que de ello se asombre.
No hay pronunciamientos...!

LOPE.— Hombre...!
Al reves me las calcé.

SIMP.— Y allá protejen las artes
y las ciencias, y los ricos

dan instruccion á sus chicos,
completa, en todas sus partes.
No hay de esos séres raquíticos
que siendo unos dromedarios,
solo porque leen los diarios
se creen profundos políticos;
y que hablan de los asuntos
que atañen á la nacion,
criticando sin razon
los mas acertados puntos,
como si igual fuera, á fé,
ser honrados majistrados,
que estar charlando sentados
á la mesa de un café.
Ni allá se vé con desprecio
al que al gobierno respeta,
ni ensalzan al que le espeta
ultrajes de tonto y necio.
Allá... vaya su merced,
y se quedará asombrado
viéndolo todo arreglado.

LOPE.— Hombre...! qué me cuenta usted...!

Pero supongo, que esas observaciones no las haría usted nada mas respecto del gobierno, sino que vería usted otras cosillas, pues... observaría usted las costumbres, las...

SIMP.— Y bien que las observé.
Los hombres no son allí
los esclavos de la moda;
no visten por figurin,
ni parecen señoritas
que huelen á patchulí.
No enamoran á las jóvenes
como se acostumbra aquí,

haciendo el oso velludo
por cincuenta calles, y
parodiando al noble escudo
de las armas de Madrid.

Si van á las concurrencias
no son fastidiosos, ni
conversan con petulancia
de Lóndres ni de Pekin;
ni se dan por instruidos
por que fueron á Paris,
y compraron un sombrero
y unos guantes de Jouvin.

Si asisten á una tertulia,
bailan con decoro, sin
oprimir la mano á *Chole*
llamándola *querubin,*
ni diciéndola, *mi bien,*
mi amor, mi delicia, mi
paraíso, mi ventura,
mi primer amor, mi fin;
ni la dicen:—*Señorita,*
amé á usted dés que la ví...
hace mucho tiempo,—cuando
la han conocido allí.

Si concurren al paseo
no van tras de un calesin,
siguiendo á su Dulcinea
como á su dueño el mastin;
ni van de noche al teatro
á criticar ni á reir,
del traje de fulanita
ni del saco de D. Luis;
ni hacen guiños á una jóven

quien se vuelve á sonreir,
cubriendo con su abanico
los sus dientes de marfil.
Allí los jóvenes son
decentes en el vestir,
sin usar ridiculeces
de la moda baladí.

No hablan de lo que no entienden,
y despues de discurrir,
dan su voto con modestia
temerosos de un desliz.
No enamoran á las bellas
por pasar el tiempo, ni
las burlan, que en amor
no conocen el ardid.
No son nécios baladrones
ni se cree cada uno un Cid,
ni dicen que son los nietos
del hijo de Medellin.
Todos procuran hacer
algo de provecho, y
trabajan porque aumente
el honor de su país.

Lope—Bravo...! Bravo...! Esos sí que entienden su negocio, y no son como los de por acá que todo lo hacen al reves... Ah...! y diga usted, las mujeres...?

Simp..— Las mujeres de la luna...?
Son muy dignas de alabar...!
Allá saben sus deberes
domésticos, porque están
convencidas de que influyen
en pró de la sociedad.
Educan á sus chiquillos

con cariño maternal,
pero nunca los consienten
ni cumplen su terquedad.
Son fieles á sus maridos,
no se atreven á violar
el lazo del himeneo,
ni en bien de la caridad.
Todas aman á su esposo,
y por eso, allá jamas
han acusado á una esposa
de pérfida liviandad,
ni delante el provisor
ni ante un alcalde de paz.
A sus hijas, las educan
con prudente honestidad,
sin que por eso las hagan
rezanderas de sayal;
no las retraen del mundo
ni las alejan, sin mas
que un capricho de costumbre
del tiempo del Preste Juan.
Lo contrario, las advierten
todos cuantos riesgos hay
en esa pícara tierra,
para que en mejor edad,
con algun conocimiento
ellas puedan evitar
de la vida los peligros,
prefiriendo el bien al mal.
Mas no por eso crea usted
que les dan su libertad;
quiero decir, que las dejen
á su arbitrio, sin que las

dirijan sus tiernas madres.

No, señor don Lope; allá
la mujer es lo que debe
ser; nunca se dá
por satisfecha con que
la sirva la criada *A:*
todo lo mira por sí,
de todo cuida, y está
pendiente de todo, pues
sabe que debe cuidar
la hacienda de su marido
en lo que le cumple. Bah...!
cuándo habían de consentir
las casadas, como acá,
el despilfarro inaudito,
mientras que en blando sofá
están ellas cortejando
á su *primito* Roman,
quien les arranca el honor
y unos tejos de metal,
mientras que allá en la cocina,
criados y criadas están
requebrándose de amores,
sin atender á fregar
el brasero ni los trastos,
y charlando sin guisar...!

Nada de eso. Las casadas
de aquel país, siempre van
á ver lo que les importa;
y lejos de descuidar
sus domésticos que-haceres
cuidan de ellos con afan.

Son mujeres hacendosas,

son limpias, saben lavar,
y coser, y... todo lo hacen,
y no salen á... pasear
mientras que el pobre marido
á su trabajo se vá;
y... digo, allí sí se cumple
el tan sabido refran,
de:—*La mujer en su casa*
y el marido á trabajar.

Lope.—Hombre...! Y diga usted, amigo D. Simplicio, no me quisiera usted hacer un favor...?

Simp.—Cuál, querido papá...?

Lope.—Que fuera usted á traerme una de esas mujeres tan magníficas que hay por allá.

Simp.—Pues no era mala la embajada...!

Lope.—Lo decía yo porque con ellas debe uno pasar una vida anjelical, porque sin duda que son mejores que las de acá...!

Simp.—Ya lo creo; como que poco faltó para que olvidara yo á Leonor.

Lope.—Cómo está eso...? Qué dice usted, señor D. Simplicio...?

Simp.—Nada, hombre, nada... si por casualidad enviudo...

Lope.—A propósito. Cuénteme usted algo de las viudas.

Simp.— De las viudas quiere usted
que le cuente...? Vive Dios
que vá usté á quedarse mudo,
inmóvil de admiracion.
Las viudas de allá, D. Lope,
no ecsajeran el dolor
hasta poner en ridículo
su viudez y su afliccion;
ni alaban las buenas prendas

del marido que murió,
citando como testigo
de su mucho buen humor,
al hombre que al primer chico
de tan deliciosa union
á la pila bautismal
entre sus brazos llevó.
Nada de eso; allá no finjen
las viudas. Ese dolor
sin remedio que lo sienten:
no aparentan, pues no son
como las de acá, que lloran,
y que dicen: =*Espiró*
el bien de mi alma, mi vida,
el gozo del corazon.
=*Y de qué murió...?*—pregunta
el sobrino don Nabor.

=*Ay...! no sé cómo decirlo,*—
responde con compuncion
la viuda.— *El pobre tenía*
tuberculo en el pulmon.

=Ay...!—esclama una visita;—
Qué médico le curó...?
=*Fulano;*—dice la viuda.
=*Ay, niña...! Qué irreflecsion...!*
Ese es un tonto, un... un zote
que sin duda le mató.
Para otra vez, *llama á Claudio,*
que cura bien el pulmon.
=*Qué quieres...?*—dice la viuda.
Su muerte estaba de Dios.
Murió; mas yo no ahorré nada
para hacer su curacion,

porque le hice estrictamente
cuanto el médico mandó.
cáusticos y sanguijuelas,
y sangrías, y... qué se yo...?
así es que quedo conforme,
porque ya estaba de Dios.
Y dos ó tres dias despues
la viuda se consoló
de su desgracia, y al cuarto
hétela que se rió;
y luego encuentra quien la hable
de un reconcentrado amor,
que guardó dentro del pecho
mientra el marido vivió,
y la viudita se rinde
á tan grata sensacion,
y deja el traje de luto
y contrae nueva union,
dos ó tJes meses despues
de que el marido partió
á otro mundo ignorado,
que Colon no descubrió.

Nada de eso hacen las viudas
de la plateada rejion.
Si lloran por sus maridos
es sincero su dolor,
y no contrae nuevas nupcias
hasta que un año pasó
de la fúnebre catástrofe
que al esposo les quitó.

Lope.—Qué bueno es aquel país...! No es verdad, amigos mios...?

Todos.—Sin duda...! Qué bueno fuera poder marcharse

á vivir entre los lunáticos...! Vamos á la luna..! A la luna...!

SIMP.—Sí, sí; hagan ustedes la esperiencia, y ya verán como se arrepienten de emprender el viaje. Caramba...! Eso de ir subiendo, subiendo, sin saber cuándo ha de bajar uno, ni á dónde demonios ha de ir á caer...! Digo...! no es mala la danza.

LOPE.—Dejemos eso, y síganos usted refiriendo lo que observó por allá. Díganos usted algo de las muchachas.

SIMP.—De las muchachas, eh...? Con que todavía le gustan á usted las muchachas...? Vaya, papá; no lo creía yo á usted tan alegre.

LOPE.—Eh...! Hombre. No se admire usted. Es una curiosidad... Con que vamos, continúe usted, que le escuchamos sin resollar.

SIMP.— Pues señor, de las muchachas
Solo puedo decir bien.
Las hay tan bellas, tan bellas,
cual ánjeles del Eden.
Modestas y recatadas
sin hipócrita doblez,
no sonrien con los *leoncitos*
y los tratan con desden,
porque aprecian á los hombres,
no á esos dijes sin saber,
buenos... sí, para que sirvan
de muestra en un almacen
de ropa hecha. Allá en la luna
las bellas saben hacer
cuanto á su secso compete;
y, admírese su merced,
no sacrifican al padre
porque compre un neceser

con esencias y pomadas,
para el dia de San Andrés,
porque tienen que asistir
á un baile; ni sin comer
se quedan dos ó tres dias,
por la solemne sandez
de estrenar un rico traje
para el dia diez y seis
de Setiembre, ó para el dia
del santo del nóvio, que es
el mas ridículo mono
descendiente de Noé.

Si van á un baile, concurren
con decoro y sencillez,
y no se *hacen del rogar*
para bailar un minuet;
y cuando algun jóven las
oprime la mano, se
portan con seriedad
mas no afectan altivez;
y no se hacen las notables
porque allí está el jóven que
es el dueño de su vida;
y no se precian de ser
hermosas, ni perseguidas
por un famoso doncel.

Los domingos, no se empeñan
en ir á misa de diez,
á tal iglesia ó capilla
porque allí va no sé quién;
ni hacen señas en el templo
al pronunciar un *amen*,
para decir á su amante

que á la tarde se han de ver
en el paseo, ó en la casa
de su amiga la Alcocer.
Allá tampoco hay románticas
que cargan en un papel
ó en un pomito, veneno
para darse á Lucifer,
si es que burla sus amores
el jóven que forma el bien
de su lúgubre ecsistencia;
ni tampoco... escuche usted;
no hay allá de esas licurgas
que hablan de la redondez
de la tierra que habitamos,
jurando que fué Voltaire
quien descubrió el Nuevo-Mundo
ácia el fin del siglo seis.
En fin, allá no hay coquetas
que dizque aman á Miguel,
mientras que están engañando
cuando menos á otros tres.

Lope.—Pues sabe usted que decididamente, el país de la luna es el mejor país del mundo, amigo mio...?

Todos.—Sin duda...! Vámonos á la luna...!

Simp.—Y dále con el capricho...! No niego que el país de la luna es bueno, pero lo que es el viaje... corre uno riesgo de no acabarlo con bien; y ademas, nunca falta un Júdas en un apostolado, y no es oro todo lo que reluce, ni tampoco todo es vida y dulzura.

Lope.—Pero por qué dice usted eso...? Pues no nos está usted poniendo por las nubes á su país de la luna...? Cómo es que ahora...

Simp.—No lo niego; pero tambien hay allá una plaga.

Todos.—Una plaga...? Y cuál es...?
Simp.— Las viejas...!
Todos.— Diablo...!
Simp.— Las viejas...!
Lope.— Por vida de Belcebud...!
Simp.— Qué quiere usted... La ecsistencia
no siempre sabe á alcuzcuz,
y es necesario que tenga
algun tropiezo, y algun
inconveniente que ponga
á prueba nuestra virtud.
Allá como en todas partes,
las *chirriscas* son el *bú*,
el espanto de los nóvios,
de los maridos la cruz
mas pesada; pues quien casa
con mujer que tenga su
madre, y si es de aquellas
que rezan mucho, Jesus...!
se echa á cuestas una carga
pesada; juega un albur
que regularmente pierde
sin que le quede ningun
consuelo, mas que sufrirla,
hasta que se llega un
dia venturoso en que la suerte
la despache al ataud.
Como acá, *muelen* al prójimo
con su santa beatitud,
y al que no reza, le tratan
de malvado y de avestruz,
de hereje, de escomulgado,
y de réprobo, y de... Uy...!

Cuando *cuentan de sus tiempos*
refieren su juventud,
y alaban á los vireyes,
y lloran su senectud
porque no pueden usar
para vestirse el tizú;
y tienen tos de resultas
de que les dió un patatus
cuando murió su marido,
pariente de O'Donojú.
En fin, esa es una jente
como aquí y en el Perú,
con tantas ridiculeces
como hojas tiene un sauz.

TODOS.—Caramba...!

LOPE.—Pues con todo y eso, aseguro á usted francamente, que me iría gustoso á vivir entre los lunáticos; porque, en fin, tienen una cosa mala, en cambio de muchas buenas que nosotros no tenemos ni esperanza de poseerlas.

SIMP.— Tiene usted razon, papá.
Si pudiera yo elejir
entre los de allá y de acá,
prefiriera irme á vivir
sin duda entre los de allá.
Allá, el sol brilla esplendente
y sopla buena fortuna,
y sin la *chirrisca* jente,
todo, todo es escelente
en el país de la luna.



XXXIX.

A LA LUZ DE UN REVERBERO.

D. Simplicio acabó su cuento, y los espectadores aplaudieron.

En cuanto á nosotros, dejemos que concluyan de ver la comedia; y abandonando el gran teatro, volvámos á la relacion de los sucesos que nos ocupan.

Simon continuó paseándose en la sala de la casa de D. Pedro, hasta las cuatro y media de la tarde, hora en que salió Gerarda de la recámara, conduciendo en brazos á un hermoso é inocente niño, hijo de la desventurada Inés.

La campana no se detuvo ni un instante en la sala, pues no hizo mas que decir al Tiñoso, que todo estaba concluido; y salió inmediatamente de la sala, bajó la escalera, montó en el coche que la esperaba, y fué á dejar al niño á la taberna de la Lagartija, donde Manos-Largas debía volver para cumplir las órdenes del Hombre-Mómia.

Este último no salió de casa de D. Pedro, hasta que Gerarda volvió del Puente del Pipis; y encargándola que tranquilizara á los ancianos, diciéndoles que pronto volvería; dejó aquel sitio, y tomó apresuradamente la direccion de la casa de D. Jacinto.

Era la oracion de la noche.

Los concurrentes al Teatro Nacional salían del espectáculo, y llenaban el ancho pórtico, desapareciendo algunos por la puerta del café, y otros por las avenidas de la calle.

Agustin estaba parado al pié de la escalera que conduce á los palcos; y firme en su propósito de seguir á la jóven de ojos negros, echó á andar tras ella cuando ésta bajó la escalera; y siguiendo sus pasos, salieron del pórtico y tomaron la direccion de la calle del Coliseo, mientras que María que había estado pendiente de la hora en que acabara, la funcion estaba en el balcon de su casa esperando á su amado Agustin.

Manos-Largas, obedeciendo las órdenes del Tiñoso, condujo el coche al teatro para llevar á su casa á D. Pedro, á su esposa y al ama de llaves, quienes despues de haber reido con los chistes de D. Simplicio, subieron al carruaje con los semblantes tristes y los corazones comprimidos, porque el recuerdo de sus desgracias, volvió á presentárseles al caer el telon del último acto de la comedia que los había divertido.

El bandido montó en la mula, y dirijió el coche á la calle de Montealegre; y casi á ese mismo tiempo entraba Simon al gabinete de D. Jacinto.

El mayordomo estaba sentado en su sillon, con los codos apoyados encima de la mesa, y el rostro colocado entre las manos.

La luz opaca de la vela que tenía delante, alumbraba débilmente la figura del hipócrita, quien sumerjido en sus pensamientos no sintió la llegada de Simon.

El Hombre-Mómia se quedó parado en la puerta del gabi-

nete, contemplando al mayordomo con cierta espresion de lástima insultante; y luego avanzó poco á poco, tomó una silla y se sentó cerca de la mesa.

El mayordomo continuó sin moverse.

Simon, despues de un instante, levantó la mano y le dió dos golpecitos en el hombro.

D. Jacinto se estremeció, alzó bruscamente la cabeza, y se quedó mirando á Simon.

=En qué piensas, hijo mio...?—le preguntó el Tiñoso con benevolencia.

=En nada;—respondió Jacinto con indiferencia.

=Pues entonces,—continuó Simon.—Qué diablos estás haciendo ahí, con la cabeza entre las manos...?

=Recordaba.

=Luego pensabas.

=Ah...!—hizo el mayordomo, y volvió á inclinar la cabeza.

=Eh...!—esclamó Simon.—Deja de compunjirte, y escúchame. He venido á darte una noticia.

=Cuál...?

=El alumbramiento de Inés, ha sido feliz.

=Y mi hijo...?—preguntó empeñosamente D. Jacinto.

=Demonio, demonio...!—dijo Simon para sus adentros.—Mira como te interesa, eh...?—Tu hijo,—añadió en voz alta y apelando á su astucia inaudita.—Tu hijo nació muerto.

=Muerto...! Acaso tú le mataste, malvado...!

=Canario...!—chilló el Tiñoso.—Por quién me has tomado...? Parece que ahora me conoces, cuando me crees capaz de una supercheria. Te digo que tu hijo nació muerto, y te digo la verdad. Cáspita...!—añadió poniéndose en pié.—Estás insufrible esta noche, y... y... me marcho. Volveré otra vez que estés capaz de hablar razonablemente.

Y se dirijió á la puerta.

=Simon, Simon...! Espera,—esclamó el mayordomo con

acento suplicante. Tienes razon en incomodarte; pero qué quieres...? Al cabo era mi hijo...!

El Hombre-Mómia hizo un jesto pensó un momento, y se acercó á la mesa.

=Vamos,—dijo ocultando el disgusto que le causaba oír hablar á D. Jacinto de esa manera.—Aquí me tienes; hablemos formalmente.

=Qué tienes que decirme...?

=Que Inés está fuera de riesgo.

=Y sus padres, no han maliciado nada...?

=Ya sabes que no soy ningun zopenco. Esta tarde los envié al teatro mientras que pasaba el caso, de manera que ahora que vuelvan, ya no hay ni rastro.

=Pero cómo lograste...?

=Les dije que iba á hacer á Inés una operacion, y que para que no padecieran oyendo sus quejidos, era mejor que se marcharan á la calle. Resistieron, é insistí; y al cabo logré que me dejaran con la campana y con otra mujer de confianza, y á las cuatro y media de la tarde, todo había acabado. Gerarda está con la enferma, y la asistirá hasta su completo restablecimiento.

=Y el niño...?

=Lo mandé enterrar,—respondió el Tiñoso con admirable sangre fría.

=Pobre hijo mío...!—esclamó el mayordomo con tristeza.

Simon vió atentamente á D. Jacinto.

Las palabras que acababa de decir, y la manera con que las pronunció, hicieron una impresion desfavorable en el ánimo del Tiñoso, quien temiendo que el mayordomo se dejara enternecer por la pérdida de su hijo, hasta el grado de *meterse á buen vivir*, como el decía, recurrió á uno de los infernales medios, que siempre tenía á su disposicion para los lances apurados que se le presentaban.

Así es que, aparentando no cuidarse de la esclamacion del hipócrita, y como quien no atiende lo que hace, levantó el lienzo que cubría la estátua de Vénus, y dijo pausadamente:

=Buena escultura...!

El mayordomo, al oír á Simon, clavó la vista en la Vénus, se quedó inmóvil algunos segundos; y luego, atraido por los encantos de la escultura, se levantó de su asiento, inclinó el cuerpo ácia la mesa, é imprimió un beso en el frío mármol de aquella figura.

=Ya eres mío...!—dijo Simon para sí.

=Ah...!—esclamó D. Jacinto.

=Qué estás haciendo, hijo mio...?—le preguntó el Tiñoso.

=Besándola... Solo esa no huye de mí...!

=No has vuelto á ver á Antonia...?

=No. Y era tan linda...!

=Y á María, la has visto...?

=Sí; pero...

=Pero qué...?

=En tí consiste que sea mía.

=Lo será.

=De veras...?

=Y muy pronto.

=Simon...! Simon...!

=Vamos, vamos; modérate, y díme; tu pupilo...?

=Sigue como siempre; tratándome con cariño.

=Y por qué no lo traes á tu casa...?

=Ya sabes que me estorbaría.

=Tienes razon.

=Con que pronto me traerás á María...?

=Sí; pronto, pronto. Pero ya sabes que se necesita mucha prudencia para que todo salga bien.

=No tengas cuidado. Es tan hermosa esa morena...!

=Muy hermosa...!

=Desde que perdí á Antonia, no dejo de pensar en María, y solo tú has podido contenerme. Simon...! Simon...! No quiero estar solo...! Necesito una compañera, tan bella como Antonia, tan hechicera como María...!

=Tendrás á María. Ten un poco de paciencia, y así que pasen algunos dias... muy pocos...

=De veras...?—interrumpió el mayordomo.

=De veras,—afirmó Simon.—Por ahora me marcho. Voy á casa de Inés, á ver en que estado se halla, y á tranquilizar á los viejos.

=Y yo tambien voy á dar una vuelta para divagarme.

=Eso es lo que debes hacer.

Y los dos miserables salieron de la casa.

D. Jacinto cerró el zaguan con llave, y despidiéndose de Simon, tomó ácia la plazuela de S. Juan de la Penitencia.

El Hombre-Mómia dió vuelta por la calle de la Victoria, diciendo para su sayo.

=Ese hombre ha de ser lo que yo quiera.

Y tenía razon.

La pasion favorita de Jacinto lo ponía bajo el poder del Tiñoso; y ya hemos visto como éste sabía valerse de la influencia de esa pasion, para dominar al hipócrita mayordomo.

Satisfecho con lo bien que le salían todos sus proyectos, y alborozado con la esperanza de llegar á sus fines, se dirijió á la casa de D. Pedro, seguro de que los ancianos le recibirían con los brazos abiertos por haber salvado á Inés.

Pero esta vez el bandido se equivocaba.

El alumbramiento de Inés fué muy difícil; y á pesar de los cuidados de la campana y de la mujer que la acompañaba, no pudieron evitar una hemorrajia, que unida á una fiebre cerebral que la atacó, ocasionada por el esceso de la afliccion moral, acabó con la naturaleza de la desventurada Inés, causándola una muerte lastimosa.

Cuando Simon salió de la casa de D. Pedro, todavía no se presentaba en la enferma ningun síntoma alarmante; pero á la caida de la tarde, y cuando Inés, libre de sus dolores volvió á reflecsionar en su situacion, la calentura subió á un grado estraordinario, y su juicio se estravió.

La pobre mujer moría loca despues de haber vivido desgraciada...!

=Mi hijo...!—decía sollozando.—Mi hijo...! Mi hijo...! Démen á mi hijo...! No me importa que el mundo me desprecie... no me importa que mis padres me maldigan...! Si su padre es tan cruel que le abandone... si es tan desnaturalizado que le arroje de sí... yo no... Soy su madre, y quiero tenerlo entre mis brazos...!

=Caramba...!—murmuró Gerarda entre dientes.—Pues si sigue hablando así y llegan los viejos, buena la hemos hecho. Y ese Tiñoso endemoniado que se marchó y no parece...! Mal haya sea él y toda su raza...!

Inés había enmudecido.

Todos sus padecimientos, todas las circunstancias de su ecsistencia, pasaban una á una por su pensamiento; y de tiempo en tiempo, lanzaba algunos jemidos agudos y dolorosos.

Ninguna lágrima se asomaba á sus párpados; sus ojos estaban secos y cristalizados; y en su rostro, enrojecido por la fiebre, se señalaban algunas manchas moradas.

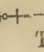
De repente volvió la vista ácia Gerarda, y la detuvo en ella con una espresion interrogadora.

=A dónde está mi hijo...?—la preguntó.

=Silencio, señorita, silencio,—contestó la campana.—Si vienen sus padres de usted y la oyen, todo se perdió.

=No me importa...! A dónde está mi hijo...?—No me lo quieren dar...? Pues bien...! Yo iré á buscarlo.

Hizo un esfuerzo para sentarse en el lecho; pero como su debilidad era mucha, volvió á caer á plomo sobre las almohadas.



Su respiracion era muy penosa, y despedía ya un olor desagrable; y sus párpados, lánguidos y pesados, iban cubriendo poco á poco los globos de sus ojos.

Su fisonomía tomaba distintas espresiones.

Unas veces de dolor, otras de tristeza, otras de amargura, y algunas de alegría.

Seguramente, cuando esta última pasion se revelaba en su semblante, era cuando en medio de su delirio, creía ver á su hijo, oprimirlo contra su seno; besar su frente tal vez...!

Pobre madre...! Despues de tantos sufrimientos, no la quedaba ni siquiera el consuelo de acariciar al desgraciado fruto de su deshonra...!

Ese martirio, era sin duda la expiacion que Dios la había impuesto por sus pecados...!

....

La noche había llegado.

Las campanas de las iglesias, tocaban el *Ave María;* y cuando sus vibraciones llegaron á los oídos de Inés, abrió lentamente los ojos, y con una voz trabajosa pidió una poca de agua.

La mujer que acompañaba á Gerarda, obsequió los deseos de la enferma, quien con mucho trabajo pudo beber algunos tragos.

Luego suspiró, y se quedó como anonadada de fatiga.

Pocos minutos duró ese reposo.

El delirio volvió á apoderarse de su cerebro; y mas ecsaltada que antes, se sentó en la cama, y comenzó á gritar.

=Castíguenlo...! Castíguenlo...! Abusó de mi sueño... me deshonró...! Todos duermen... las diez... Las diez y todos duermen...! Padre mío...! Madre mía...! Qué me ha sucedido...? Estoy perdida... estoy... Ah...! D. Jacinto...! Usted...! Usted fué el que me deshonró...! No quiero... no quiero... es imposible... no puedo resistir... Ah...!

Cayó de golpe sobre el lecho, y luego prosiguió:

=Soy madre... tengo un hijo.... A dónde está mi hijo...? Mis padres... no... no... que no lo sepan... me maldecirían...! Hijo mio...! hijo mio...! Perdon, padre mio...! Perdon... per...don...!

La última sílaba murió en sus lábios.

Y á ese mismo instante, D. Pedro, Doña Ricarda y el ama de llaves, pisaban el dintel de la puerta de la recámara.

Los ancianos se acercaron á la cama de Inés, tocaron su frente helada, y bañaron con sus lágrimas el rostro de aquella víctima del hipócrita mayordomo.

No nos detendrémos en esplicar su dolor.

Aquella hija, á la que amaban con todo su corazon, acababa de espirar, mientras que ellos se estuvieron divirtiendo con los chistes del *D. Simplicio de la Pata de Cabra*....!

No es eso una ironía...?

Mientras tanto, Simon llegó á casa de D. Pedro; y gozoso con sus esperanzas, subió la escalera de tres en tres escalones, atravesó el corredor y la sala, y se quedó en la puerta de la recámara, espantado con el espectáculo que se presentó á su vista.

Su admiracion era justa.

Cuatro velas de cera estaban colocadas en las esquinas de la cama de la muerta; y los ancianos, rezaban arrodillados á los piés del lecho mortuorio.

Pasado el primer momento, Simon recobró su aplomo; se disculpó con los padres de Inés, diciéndoles que la ciencia no hacia milagros, manifestó su sentimiento por la desgracia acaecida; y acompañado de Gerarda y de la otra mujer, abandonó aquella casa.

Perdámoslo por ahora de vista, y volvamos á D. Jacinto.

Cuando se separó de Simon en la puerta de su casa, se dirijió ácia la plazuela de S. Juan de la Penitencia; pero como

no tenía parte determinada á dónde ir, anduvo vagando por las calles, y sin quererlo, se halló en la calle de Corchero.

Casi al acabar la cuadra, distinguió á una mujer, quien inclinada ácia el suelo, estaba acomodándose bien un zapato á la luz de un reverbero.

Llegó á ella, quedósela mirando, y veloz como el rayo, la agarró de un brazo esclamando:

=Al fin te encontré...!

=Miserable...!—esclamó Antonia, pues era ella.

=Calla...! calla...!—dijo el mayordomo tapándole la boca con la mano que le quedaba libre.—Calla, y sígueme...!

Antonia empezó á luchar por desasirse de manos de D. Jacinto; y quién sabe lo que hubiera sucedido, si cuando la lucha estaba mas empeñada no se hubiera interpuesto entre Antonia y el mayordomo, un jóven que llegó por el lado de la calle de S. Felipe de Jesus.

=Hipólito...!—esclamó aterrado el hipócrita.

Hipólito se quedó en silencio y midiendo con la vista á D. Jacinto; y despues, se inclinó á él y le dijo en voz baja.

=Retírese usted.

El mayordomo no tuvo valor para desobedecerlo.

Antonia dijo al jóven.

=Gracias, caballero. Me ha libertado usted de un monstruo...!

=A dónde vive usted...?—la preguntó Hipólito.

=Aquí cerca... en la segunda calle de Mesones núm.***

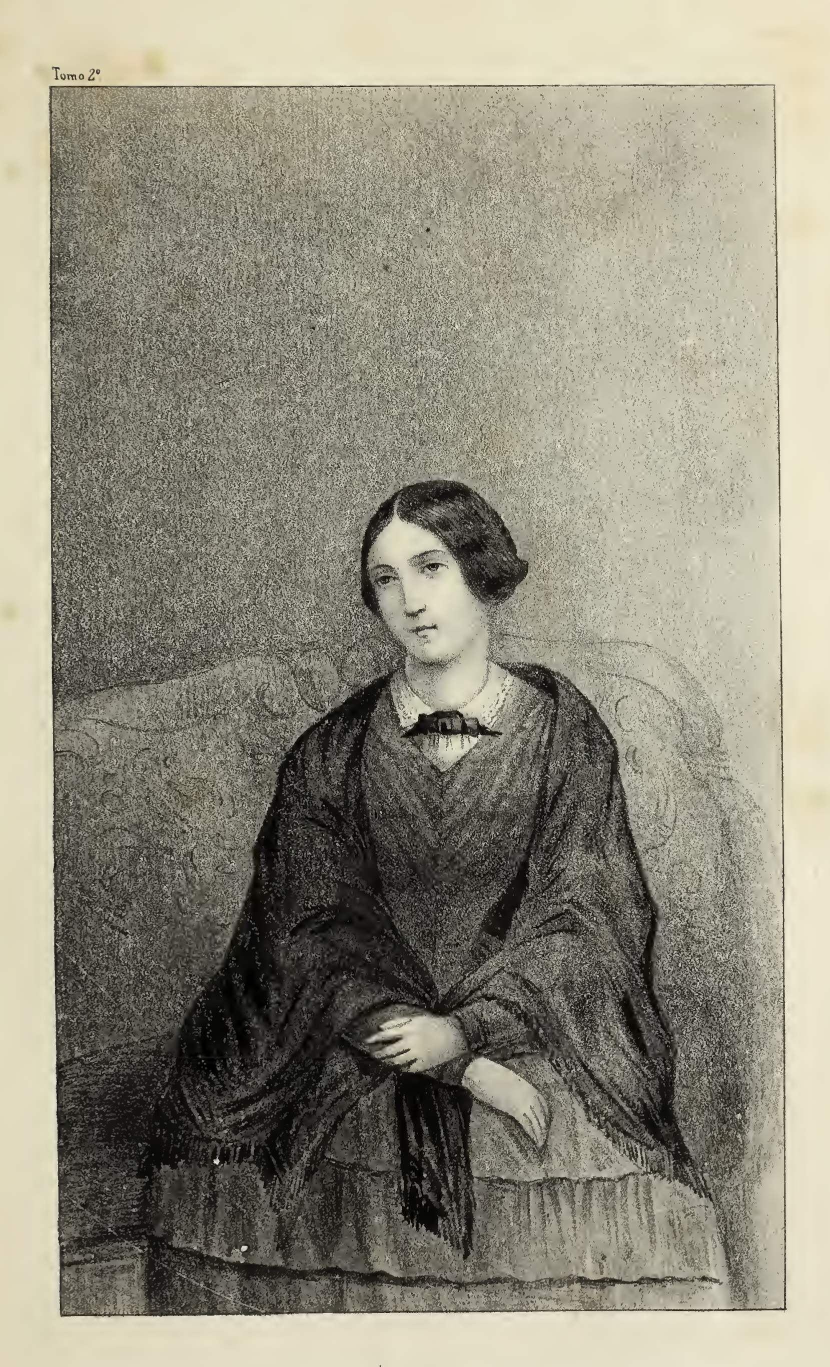
=Si usted gusta, la acompañaré hasta su casa.

=Oh...! Acepto, caballero;—respondió Antonia.

Y asiéndose del brazo de Hipólito, tomaron la direccion de la segunda calle de Mezones.



Tomo 2°



Antonia

XL.

DOS ESCENAS IMPORTANTES.

Cuando llegaron á la casa de la jóven, Hipólito se dispuso á retirarse; y en consecuencia, dijo á Antonia:

=La dejo á usted en su casa, señorita.

=Gracias, caballero,—respondió la jóven.—Su compañía de usted me ha servido de mucho; porque, hablando francamente, traía yo un miedo...

=Miedo todavía...? Y por qué...? Temía usted que la siguiera ese hombre...?

=Oh...! sí; ese infame es capaz de todo...!

=Pues qué, le conoce usted...?

=Que si le conozco...!—dijo Antonia con cólera reconcentrada.—Que si le conozco...! Ah...! Ojalá y nunca le hubiera visto...!

El acento colérico de Antonia, llamó la atencion de Hipólito, quien guiado por un presentimiento desconocido, continuó la conversacion, diciendo:

=Acaso ha hecho á usted algun mal...?

=Sí;—contestó la igualteca estremeciéndose.—Sí; y el mas grande que puede usted imajinar... el que nunca perdonamos las mujeres...!

=Segun eso, usted quisiera vengarse...?

=Lo quiero y me vengaré...! me vengaré...!

Hipólito guardó silencio.

Las palabras de Antonia, palabras pronunciadas con enerjía y con decision, dejaron asombrado al jóven, y acumularon á su cabeza un sin número de pensamientos.

Dotado de un talento nada vulgar, comprendió inmediatamente cual podía ser el daño que el mayordomo había hecho á la jóven; pero no le era posible concebir, de qué medios se había valido para consumar su perfidia.

Antonia, parada en el quicio de la puerta del zaguan, y con la mano puesta en el boton que servía para tocar la campanilla, miraba atentamente á Hipólito, quien encerrado en sus cavilaciones, no notaba la mirada de la jóven.

=En qué piensa usted...?—Le preguntó por fin.

Esta pregunta sacó á Hipólito de su distraccion; y despues de un momento contestó:

=Temo ser indiscreto, señorita; pero...

=Qué...?

=Quisiera saber de qué manera pudo ese hombre... agraviar á usted hasta el grado de haberla inspirado ese sentimiento... ese deseo de venganza.

Antonia pensó un momento, y luego dijo:

=Pase usted á mi casa, y todo lo sabrá.

Y tiró del cordon de la campanilla.

La puerta se abrió, los dos personajes subieron la escalera, entraron á la sala y se sentaron en el sofá.

=Déjanos solos, Gertrudis;—dijo Antonia á la Monja que estaba leyendo cerca del velador.

Gertrudis dejó su libro, y entró á las piezas interiores de la casa.

Antonia é Hipólito se quedaron solos y silenciosos.

Hipólito veía con admiracion á la bella jóven, quien sentada neglijentemente en el sofá, se había quedado pensativa; y trabajaba por esplicarse quién era aquella criatura cuya hermosura nada tenía de vulgar, y que, segun las apariencias, vivía sola en aquella casa, cuyo ajuar, si no era suntuoso era elegante.

Las sillas eran de madera fina perfectamente barnizadas; la cómoda y el velador eran de la misma madera, con las mesas de mármol blanco, y las paredes estaban pintadas al gusto y al capricho de la moda.

Las cortinas de los balcones eran blancas y encarnadas; una rica alfombra inglesa y dos sillones colocados á los lados del sofá, completaban el adorno de aquella pieza, cuya única dueña y señora era Antonia.

Su belleza se habia desarrollado; los contornos de su cuerpo estaban notablemente perfeccionados; el bozo que sombreaba su lábio superior estaba mas negro; el color de sus mejillas mas encendido; su talle era mas flecsible; su voz mas melodiosa; sus movimientos mas espansivos; y el fuego de sus ojos, siempre devorador, estaba mezclado con la dulzura del deleite que incita, que abraza y que adormece.

El traje que llevaba la noche de que hablamos, la hacia mas hermosa.

Un manton de gró azul turquí caía sobre sus espaldas, y un vestido color de paja, cuya falda tenía tres holanes, de manga hasta el puño, alto de escote y perfectamente ajustado á su cuerpo, dibujaba minuciosamente los encantos de su seno.

Hipólito veía todo eso, y se aumentaba su admiracion y su curiosidad, por saber quién era aquella jovencita seductora, á quien una casualidad le hizo conocer; y la que, sentada con

negligencia, como ántes dijimos, conservó el silencio por algun tiempo, hasta que al cabo lo rompió diciendo:

=Acaba usted de prestarme un gran servicio, caballero; es usted acreedor á mi gratitud. Acaba usted de manifestar cierto interés, por saber qué agravio me hizo ese hombre; y yo, por dar á conocer á usted mi agradecimiento, mas bien que por otro motivo, voy á referirle la historia de mi vida. Cuanto voy á decir á usted, es la verdad; y por penoso que me sea revelársela, la sabrá usted toda.

Antonia hizo una pausa; y luego, con un visible esfuerzo, refirió á Hipólito los acontecimientos de su ecsistencia, hasta la noche que durmió en el hotel de Paris.

Despues prosiguió:

=Desde entonces, el deseo, la sed de venganza, era el único pensamiento que me dominaba; pero para que ese pensamiento se efectuara, necesitaba yo recurrir á unos medios indignos, vergonzosos... Desee una venganza grande, terrible... no sabia yo cuál... no la sé todavía; pero como resolví que no tenga ejemplar, decidí ponerme fuera del poder de la justicia; es decir, vengarme y partir inmediatamente de México. Para que esto pudiera ser, necesitaba yo dinero... poseía las cien onzas que el mayordomo depositó en mi baul, y que estraje de él la noche de mi fuga; pero esa cantidad me pareció poca para mis designios; quise aumentarla; y para lograr ese objeto... me prostituí...!

La jóven calló ruborizada.

Las palabras que acababa de decir, lastimaron su corazon al salir de su boca; y como su alma no estaba desmoralizada, se avergonzó al hacer su tremenda confesion.

Hipólito se la quedó mirando con tristeza; y viendo que no continuaba, la animó á proseguir.

Antonia dirijió al jóven una mirada de gratitud, y continuó:

=Al otro dia de aquella noche, salí con Gertrudis del ho-

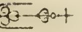
tel, con el objeto de buscar una casa, y encontré esta. Gustóme, tanto por las comodidades que presta, como por el sitio en que se halla, y desde luego me resolví á tomarla; pero no contaba yo con una dificultad, y era la de que el cobrador me mandó ecsijir un fiador por la renta... Otra mujer se hubiera desanimado; pero yo no titubee. Resuelta á llevar adelante mis proyectos, me mandé hacer inmediatamente una bata de balsorina blanca, compré un manton de terciopelo negro; y cuando todo estuvo hecho, me puse mi traje de modo que la trasparencia de la balsorina dejara adivinar mi seno; adorné mis piés esquisitamente; y ataviada de este modo fuí á ver al cobrador. Este es un soltero de regular edad, quien cuando me presenté delante de él, se quedó admirado con mi hermosura, y me invitó á que me sentara en el sofá. Admití su oferta, y díjele el asunto á que iba. Contéle que era una señora recien llegada á México, que no conocia á nadie, y que por lo tanto no podia darle ningun fiador, ofreciéndole que le pagaria la renta adelantada, y que le daría como garantía dos meses en depótito. El, atento y ceremonioso, rehusó mi oferta, disculpándose con que no podía admitirla. Yo insistí, y al mismo tiempo, aparentando sentarme bien, levanté mi vestido y dejé ver uno de mis piés. Entonces el cobrador comenzó á titubear en su resolucion; me dijo que *no*; pero me lo dijo de una manera que casi decia que *sí*. Viéndole en ese estado, finjí que la sisa de una manga me molestaba el hombro, y para ponerla bien, me fué necesario soltar mi manton, el que abriéndose por delante dejó descubierto mi pecho. El cobrador me miró con avidez. Observélo, y queriendo que mi triunfo fuera completo, me puse en pié, y me despedí diciéndole que sentía infinito no ocupar la casa; pero entonces el cobrador me detuvo, diciéndome que vería si le era posible arreglar el negocio, y que volviera á otro dia para que me diera la razon. Prometí que así lo haría, y á otro dia fuí; pero no sola, sino

acompañada de Gertrudis. El cobrador me recibió bien aunque con cierto disgusto, seguramente porque la presencia de Gertrudis le molestaba; pero con todo, me dijo que habia arreglado el negocio, que admitía mis condiciones, y que creyera yo que me había hecho un gran favor, lo cual equivalía á decirme que esperaba la recompensa. Dile las gracias por su oficiosidad, y al otro dia tomé posesion de esta casa. En cuanto á la recompensa que espera el cobrador, no le he dado ocasion de reclamarla, porque le he pagado puntualmente. Amueblé la casa tal como usted vé; y ayudada por Gertrudis, he continuado mi carrera... Me he prostituido... pero no soy como esas mujeres inmundas que hacen gala de su prostitucion... Tres meses hace que vivo de esta manera... he vendido mis besos á peso de oro... con lo que economicé de las cien onzas del mayordomo, he reunido dos mil pesos... y deseo vengarme pronto, para dejar esta vida que me repugna... Desde la noche de mi desgracia, no habia yo vuelto á ver á ese hombre... Como mi vida es tan triste; como no tengo distracciones, ni quiero tampoco presentarme en público, salí esta tarde á dar una vuelta; en esto me sorprendió la noche; y como venía yo de prisa, me dí un tropezon en la calle de Corchero, me paré á componerme el zapato á la luz del farol, y de repente sentí que me agarraron del brazo, alcé la vista y reconocí á D. Jacinto... Iba yo á gritar pidiendo socorro, pero él me tapó la boca; y ya me creía perdida, cuando usted se interpuso entre los dos y me salvó de sus garras...!

Antonia calló é Hipólito se quedó pensativo.

El jóven había escuchado á Antonia con una atencion casi relijiosa; y durante la narracion de la infeliz manceba, no cesaba de reflecsionar.

Cada una de las circunstancias pertenecientes ya á la vida de Antonia, ya á la de Gertrudis, cuya historia le refirió la primera, se grababan en su memoria, y aumentaban el ódio que



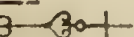
sentía ácia el infame que asesinó á su padre, deshonrándole despues.

=Este hombre,—se decía estremeciéndose de horror.—Este hombre que asesina por la espalda, que compra á una mujer, que destruye á una familia para poseer á otra, y que no pudiendo violentarla abusa de su desmayo... Este hombre, que por poseer oro, asesina á un hombre y escupe el rostro de un cadáver, merece ser castigado de una manera que iguale á todos sus crímenes... Pero... cual será ese castigo...? A dónde está la ley que lo señala...? La muerte...! La muerte sería su pena en este mundo; pero sería bastante para libertarlo del castigo que Dios le prepara en el otro...? Y la muerte, será tambien una pena bastante para vengar tantos asesinatos, tantas infamias...? No...! Cada una de sus víctimas ha lanzado mil jemidos, ha padecido mil dolores; y todos esos jemidos, todos esos dolores es necesario que los pague...! Pero cómo...? No lo sé. La Providencia, que en todo es justa y sábia, me ha reunido á esta desventurada mujer, que quiere vengar á su madre y á su hermano, justamente con su honor... y la Providencia, que sabe lo que hace, quiere que yo ausilie á esta criatura, y la ausiliaré... Acaso esta jóven, al vengar sus ultrajes va á vengar los mios... los de todos aquellos que han sufrido, los que sufren aún por ese malvado... Yo la ausiliaré...!

Antonia veía á Hipólito con inquietud, porque no podía esplicarse su silencio.

La desgraciada jóven temía oirle hablar, porque se le figuraba que iba á escuchar de su boca palabras de desden, de reprobacion y de desprecio.

En su orgullo, que ya nosotros conocemos, la espantaba la idea de no ser comprendida por ninguno, y de que lejos de compadecerla la reprocharan su proceder; pero todos sus temores se desvanecieron cuando Hipólito la dijo:



=Confianza por confianza. Me ha referido usted lo que la hizo el mayordomo... y yo, voy á decir á usted todos los males que me ha hecho. Quiere usted vengarse, y yo tambien quiero vengarme...! Escúcheme usted.

Hipólito contó á Antonia los sucesos de su desventura vida, y la encantadora jóven le eschuchaba embebecida.

La voz de Hipólito, acentuada con la espresion del dolor, del ódio, de la tristeza y de la cólera, segun las circunstancias que relataba, conmovía el alma de Antonia, imprimiendo en ella el sentimiento que lo dominaba.

Por la primera vez de su vida, la jóven sintió latir su corazon de una manera que le era desconocida; por la primera vez de su vida, lo sintió comprimido, no por una de las pasiones que antes había esperimentado, sino por una ansia de llorar, por una especie de arrobamiento dulce, inefable, y que sin embargo, la entristecía al mismo tiempo que la estasiaba.

Al ver á Hipólito tan jóven, tan desgraciado, á quien había revelado su historia, á quien había confesado su vergonzoso estado, y que lejos de despreciarla se unía á ella; al oirle hablar de una manera como nadie la había hablado, se sintió impelida ácia él, y pronta á hacer cuanto pudiera por servirle y agradarle.

Así es que cuando Hipólito concluyó su relacion diciéndola:

=He referido á usted los males que ese infame me ha causado: usted me relató lo que la hizo: los dos queremos vengarnos: unámonos para realizar nuestra venngaza,

Antonia le contestó con ecsaltacion:

=Sí...! sí...! unámonos. Pero si cree usted que puedo servirle de algo, concédame un favor...!

=Cuál...?

=Dejar á mi cargo la ejecucion de esa venganza...!

Hipólito se quedó estupefacto.

=No se admire usted,—continuó Antonia.—Soy mujer;

pero mi espíritu es varonil. El mayordomo me ha hecho padecer mucho, y ademas, usted tambien ha sufrido por él. Me ha salvado usted de sus manos, y este es un servicio que quiero pagar... Yo ya estoy perdida para el mundo... me he sumerjido en el vicio, y poco importa que manche mis manos con su sangre...; pero usted, jóven, sensible y desgraciado; usted que en medio de los infortunios de la vida, conservó su jenerosidad hasta que la arrancaron de su corazon; usted, repito, no debe ensuciar sus manos poniéndolas sobre ese miserable...! Oh...! Déjeme usted, deje usted que yo los vengue á todos...!

=Oh...! Gracias...! Gracias...!—esclamó Hipólito con ecsaltacion.—Gracias...! Pero ¿qué medios empleará usted para...

=No lo sé; pero qué importa...? Nos vengaremos...!

=Y esa venganza, cuál ha de ser...?

=Tampoco lo sé; pero,—añadió Antonia sonriendo;—soy mujer...!

=Es verdad...!—contestó Hipólito.

=Entonces, confie usted en mí...!

=Sí, sí, confio; y si necesita usted dinero...

=Ya dije á usted que tengo dos mil pesos. Dos mil pesos...!—añadió suspirando,—que son fruto de mi envilecimiento...!

Y al decir estas palabras inclinó la frente.

=Pobre criatura...!—dijo Hipólito compasivamente.—Su cuerpo de usted está prostituido, pero no su corazon... Ese deseo de venganza que se ha apoderado de él, es lejítimo, y no debe avergonzar á usted... D. Jacinto asesinó á su madre y á su hermano de usted... Deshonró á usted valiéndose de su letargo, y el envilecimiento en que está usted sumerjida, tambien es obra suya... El fué el que empujó á usted en la senda de humillacion en que vive, y él es, tambien, quien ha martirizado su alma de usted... Y no es esto solo... Ha

cometido muchos crímenes, ha hecho llorar á muchas criaturas; y seguramente Dios ha escojido á usted para que le castigue, y por eso permitió que se uniera usted con esa otra víctima de nuestro verdugo, y que nos encontráranos esta noche, para que conociendo todos sus delitos, le castigáramos en este mundo... Sí... sí... eso debe ser... Dios, en su infinita misericordia, quiere evitarle su condenacion eterna castigándole en esta vida... Y en cuanto á usted, pobre y desgraciada jóven, ya debe usted dejar la ecsistencia que lleva, consagrando el tiempo que aun debe vivir á la rehabilitacion de las faltas forzadas que ha cometido...!

Las palabras de Hipólito conmovieron á Antonia, y la arrancaron un torrente de lágrimas.

=Gracias...! Gracias...!—dijo al fin alzando la cabeza y enjugando sus lindos ojos.—Castigaré á ese perverso, y, se lo juro á usted...! Cambiaré de vida...!

=Bien. Adios. Cuándo nos veremos...?

=Cuando usted guste.

=Tal vez será pronto.

=Ah...! Ojalá...!

Hipólito saludó; y ya se retiraba cuando Antonia le llamó.

=Tenga usted,—dijo dándole el pañuelo blanco que tenía en la mano, y con el cual acababa de limpiarse las lágrimas.—Cuando vuelva usted, traiga este pañuelo y presénteselo á mi criada, para que sepa yo quién es la persona que me busca.

=Pero...

=Tómele usted. Si se lo doy, es porque de hoy en adelante á nadie quiero ver, y solo hablaré á la persona que traiga este pañuelo.

Hipólito comprendió y tomó el pañuelo.

Un momento despues, salió de la casa, anduvo el resto de la cuadra; y sumerjido en sus pensamientos, dió vuelta por la calle de las Ratas.

Antonia se quedó sola.

Con la frente levantada, la mirada tierna, los brazos naturalmente caidos y con las manos enclavijadas, la linda jóven estaba sentada en el sofá, pensando en todo lo que acababa de pasar, y esperimentando sensaciones que hasta entonces le eran completamente desconocidas.

La figura melancólica é interesante de Hipólito, unida á la bondad de su carácter y á la relacion de sus desgracias, ocupaban enteramente la imajinacion de Antonia; y sin saber por qué, deseaba volver á verle y tenerlo siempre á su lado.

Pobre Antonia...! Ignoraba que lo que ella sentía por Hipólito, no era otra cosa sino un amor irresistible...!

Duró aun mucho tiempo sin moverse, hasta que se levantó de su asiento, fué al velador, hizo saltar el muelle de la campana de sobre mesa, y volvió á sentarse en el sofá.

Un momento despues se presentó Gertrudis en la sala.

=Mande usted...?—dijo á Antonia.

=Desde mañana,—contestó la jóven con acento grave y seguro;—desde mañana no recibo á nadie mas que al caballero que acaba de estar conmigo, quien el dia que venga debe enseñarte el pañuelo blanco que me bordaste, entiendes...?

=Sí señora...!—respondió Gertrudis admirada.

=No te admires; si hago eso, es porque la hora de nuestra venganza se acerca ya.

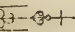
=De veras...?—dijo la Monja.

=De veras, Gertrudis. Ahora que nos acostémos, te diré cuanto acaba de pasar.

Dejémos por ahora á Antonia y á Gertrudis, y dirijamos nuestra atencion á otros sucesos que nos interesan.

Seguido de Gerarda y de la otra mujer, salió Simon de casa de D. Pedro, y no habló ni una sola palabra, en todo el tiempo que anduvieron en la calle.

Cuando llegaron á casa de la campana, el bandido se sen-



tó despechado en el sofá, hizo que Gerarda se sentara á su lado, y la dijo con un tono demasiado brusco.

=Quieres, decirme qué diablos sucedió...?

=De qué hijo mío...?—preguntó la campana con muestras de la estrañeza mas visible.

=Me gusta la pregunta...!—contestó impaciente el Tiñoso.—De qué ha de ser, sino de esa mujer...?

=Pues... se murió.—respondió Gerarda filosóficamente.

=Eso ya lo sé...! Pero por qué se murió...?

=Toma...! Porque se le llegó su hora.

=Mal rayo te parta...! Pero por qué no previste...

=Vaya ..! Eso no se prevé, hijo mío.

El bandido se levantó con impaciencia, dejó la antesala, bajó la escalera y salió á la calle.

Gerarda se quedó riendo.

Simon se dirijió paso á paso á casa del mayordomo, y en el camino iba reflecsionando.

Muerta Inés, acababa de perder uno de los apoyos que tenía para dominar al mayordomo, y esta razon era la que le tenía tan perplejo é impaciente.

Nada le hubiera sido tan fácil como ocultar á D. Jacinto la catástrofe; pero esto tenía el inconveniente de que si no lo sabía por él, lo sabría por D. Pedro; y ademas, tampoco le convenía ocultarlo, porque el mayordomo le serviría de mucho, en caso de que el anciano sospechara mal del finjido médico...

Pensando de esa manera, y sin haberse decidido á nada, llegó á casa del hipócrita, y tocó el zaguan.

D. Jacinto bajó á abrir, y los dos malvados subieron á la vivienda y entraron al gabinete.

=Te necesitaba...!—dijo D. Jacinto.

=Y yo te traigo una noticia.

=Cuál...?

=Ya se murió Inés.

=Eso no me importa.

=Ya me lo sabía;—respondió Simon.

=Escucha. Esta noche encontré á Antonia. Si la vieras qué linda se ha puesto...!

=Sí...? Y á dónde la viste, hijo mío...?

=En la calle de Corchero. Me apoderé de ella; y me la hubiera traido, á no haberse aparecido ese maldito de Hipólito...!

=Hipólito...!

=Sí...! No sé por qué casualidad pasaba por esa calle... Simon...! Esa mujer es muy linda... y yo... yo la adoro...! Ah...! Si supiera yo á dónde está...!

=Pero no lo sabes...!

=Es verdad...! Es verdad...!—esclamó D. Jacinto desesperado.—Pero escucha... No se adonde está Antonia, pero sé adonde vive María, y tú me la has prometido...!

=Y te la daré.

=Pero es que la quiero pronto...! pronto, escuchas...? Mañana... ahora mismo si es posible, aunque para que me la traigas te dé yo todo mi oro...!

Simon se quedó pensando para sí:

=Qué nécio era yo...! Este hombre siempre es mio...!

Y despues dijo en voz alta.

=Te trareré á María.

=Cuándo...?—replicó ávidamente el mayordomo.

=De aquí á tres dias,—dijo Simon.

=De veras...?

=De veras.

=No sabes cuanto te lo agradeceré...!

=Sí, lo sé,—contestó el Tiñoso;—y sé tambien que cumplirás tu palabra, recompensándome todos los servicios que te he hecho.



=No lo dudes.

=Bien, bien, hijo mio.

Y añadió para su coleto:

=Démosle á María. Se endiosará con ella... no hará caso de nada, y podré hacer de él lo que se me antoje... Oh...! Al fin y al cabo, me he de salir con la mia...!

=En qué piensas, Simon...?—dijo D. Jacinto estrañando el silencio del Tiñoso.

=Pienso en... en ir á disponerlo todo para de aquí á tres dias.

=Ah...!

=Adios, Jacinto.

=Adios, Simon. Te espero...!

=No faltaré.

....

A las cinco de la mañana del dia siguiente, un guarda del alumbrado que pasaba por la calle de Cadena, recojió á un niño recien nacido, que estaba arrimado al quicio de una puerta.

Ese pobre niño era el hijo de Inés.



XLI.

A LOS TRES DIAS.

La noche del tercer dia despues de las escenas que acabamos de referir, estaba Gerarda en la antesala de su casa, sentada cerca de la mesa redonda, y leyendo unos papeles que tenía delante, los que seguramente contenían alguna buena noticia, segun lo manifestaba la espresion alegre del rostro de la campana; y estaba tan absorta en su lectura, que no vió entrar á Simon, quien se paró junto á ella, y despues de contemplarla un momento, llamó su atencion diciéndola:

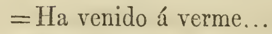
=Qué lees, brujita mia...?

=Ah...!—dijo Gerarda mirando al Tiñoso.—Te estaba deseando como á la salvacion.

=De veras...? Y para qué...?

=Para darte una nueva tan magnífica, que te ha de hacer brincar de alegría.

=A ver, á ver. Cuéntame eso.



=Ha venido á verme...

=Quién...?

=La comadre Francisca...!

=La comadre Francisca...!—dijo Simon azorado.

=Sí, hijo mio.

=Y qué cosa te ha dicho...? Ha descubierto...

=Ya te mueres de ansia por saber...! Tienes razon; toma y lee.

Simon cojió los papeles que le presentaba la campanita, y leyó ansiosamente lo que sigue:

=,, *La comadre Francisca*, dá parte de que ha descubierto ,, el paradero del cajoncito de ébano, el otro dia que por ca- ,, sualidad dejó olvidada el Sr. D. Francisco Loaza, la llave de ,, su bufete. Ese dia quiso estraer dicho cajoncito, pero cuando ,, iba á hacerlo, sintió pasos y se retiró del gabinete; y para ,, poder efectuar la estraccion, entrega el molde de la chapa ,, del bufete, y pide que se le dé una llave á propósito para el ,, caso."

=Soberbio...!—chilló Simon dando un brinco de alegría. —Mañana te traeré la llave, y se la mandas inmediatamente á la comadre Francisca, diciéndola que si le es posible, se robe el cajoncito inmediatamente, y que la daré una buena gratificacion.

=Está bien, hijo mio; y las prisioneras...?

=Ya sabes que su libertad consiste en la posesion de ese cajoncito. En cuanto lo tenga yo en mi poder, las vuelvo á su familia.

=Si vieras que tristes están... Sobre todo, la rubita. No sé por qué; pero ese anjelito me ha inspirado cierto cariño que hace que me interese por ella... Antes me pedía por favor que la dejara ver la luz; ahora ni siquiera eso... Está tan calladita, tan conforme con su suerte, que me parece una crueldad mantenerla por mas tiempo en la prision.

=Pues ya que tanto te interesas por ella,—respondió el Hombre-Mómia,—en tí consiste que sea libre: obliga á la comadre Francisca á que se robe pronto ese malditísimo cajon, y te prometo que inmediatamente pongo á la rubia en libertad.

=No tengas cuidado; trae mañana la llave, y yo me encargo de lo demas.

=Magnífico. Voy ahora á ver á ese gandul de Jacinto, porque tengo con él un negocio de importancia.

=Ya me supongo...

=Y supones bien. Ese endemoniado quiere consumirse como el agua al fuego, y por las quijadas de un buey que se saldrá con la suya...! Esta noche vamos á robar á una chica. El negocio ha estado algo dificultoso; pero tengo tomadas mis providencias con tal precision, que á las ocho debe estar la caza en nuestro poder. La noche está oscura, es miércoles, y no hay funcion en el teatro. La cosa marcha á las mil maravillas...! Adios, querida campana.

=Adios, tio Simon. No olvides la llave.

=No tengas cuidado.

Simon salió de aquella casa y se dirijió á la del mayordomo.

Cuando llegó iba á tocar la puerta; pero no le fué necesario, porque D. Jacinto estaba en el balcon, y al verle llegar le dijo:

=Allá voy.

No tardó mucho en bajar hasta el zaguan; cerró la puerta, se guardó la llave en el bolsillo, y en compañía del Hombre-Mómia echó á andar ácia la esquina de la calle de la Victoria.

Ya que hubieron atravesado dicha calle, dieron vuelta por la del Hospital Real, entraron luego á la de San Juan de Letran, y montaron al coche verde, que les esperaba en frente de la plomería que está situada junto del colejio.

Jarilla, que era quien servía de cochero esa noche, dirijió

el carruaje ácia la calle de Santa Isabel; y durante el tránsito, el mayordomo y Simon entablaron el diálogo siguiente:

=No llevaremos un petardo...?—preguntó Jacinto.

=No. He dispuesto las cosas de tal manera, que todo saldrá bien.

=Querrás decirme cómo...?

=No te importa. Te prometí que esta noche tendrias á María, y voy á cumplirte mi palabra.

=Sin embargo, quisiera yo saber...

=Lo que debes hacer...? Sí, voy á repetírtelo.

=Y tambien los recursos de que te has valido...

=Te atreverás á desconfiar de mí...!

=No. Pero como siempre tienes medios muy injeniosos para todo, me da gana de saber cómo sales de cualquier apuro.

=Ah...! Eso es otra cosa. Escucha. Esta tarde estuve en casa de María, y prolongué mi visita hasta la hora de tomar chocolate. Como era regular, me lo ofertaron, y despues de rehusar un poco, acepté. La criada sirvió chocolate para los tres, y nos pusimos á tomarlo tranquilamente; y cuando menos lo pensaban la morena y su madre, me levanté de mi asiento, me acerqué al balcon, y me quedé mirando atentamente para la calle. Las dos mujeres se sorprendieron de mi accion tan imprevista, y se sorprendieron mas, cuando las rogué que se acercaran adonde yo estaba. Ya que estuvieron á mi lado, las dije señalando á un individuo que pasaba por la acera de enfrente:

=Conocen ustedes á aquel sujeto...?

=No.—Me respondieron.

=Cuánto lo siento...!—contesté.—Es un tronera que fué inquilino de una de las casas de que soy cobrador, y que habiéndose cargado de renta, vació la vivienda sin decir á dónde se ha mudado. Tengan ustedes la bondad de ver por dónde

da vuelta, no desaparezca mientras tomo mi sombrero y salgo en su seguimiento.

=La madre y la hija se quedaron en el balcon, y yo fuí á tomar mi sombrero; volví la vista adonde estaban ellas, y seguro de que no me veían, eché en el chocolate de la madre, unos polvos que antes de narcotizarla la causaran estremecimientos nerviosos. Calculé tambien la cantidad, y estoy seguro de que á las ocho hará su efecto. Cuando eso suceda, es natural que María se aflija y que haga llamar á un médico; pero como ella no ha de salir por no abandonar á su madre, claro es que mandará á Manuela; la madre y la hija se quedarán solas, y ya sabes lo demas.

=Pero,—dijo D. Jacinto con desconfianza,—y si la madre no acabó de tomar el chocolate...?

=Te aseguro que lo tomó.

=Cómo lo sabes...?

=Cómo...? Escucha. Al tomar el sombrero, *dejé olvidado el pañuelo*; y despues de que *dizque* seguí al hombre que dió vuelta por la calle de San Andrés, volví á la accesoria por el pañuelo, y dije á nuestras conocidas que seguramente había entrado á alguna parte, porque ya no le encontré; y entonces, ví que la madre estaba apurando el chocolate.

=Ah...! Siendo así, el golpe es seguro. Gracias, querido Simon...! Eres un sábio...!

=Siempre con la lisonja...! Ya vamos á llegar á la esquina. Te apeas del coche, y va's hacer lo convenido.

En efecto; el coche llegó á la esquina de la Mariscala, el mayordomo echó pié á tierra, anduvo la calle de San Andrés, dió vuelta por la de Vergara, y se paró en la puerta de la sacristía del convento de Santa Clara, desde cuyo sitio se puso á observar la entrada de la casa de María.

La hermosa morena estaba en el balcon.

Con el codo de derecho apoyado en el barandal, y la mejilla

sobre la mano, la enamorada jóven daba vuelo á sus tristes pensamientos.

Sí, María estaba triste, y su tristeza tenía un oríjen demasiado poderoso para que no la compadezcamos.

Hacía tres dias, tres dias enteros que no veía á Agustin...! Tres dias pasados en la inquietud y en los recelos, tres dias de dudas y de tormentos...!

Acostumbrada á verle todos los dias, amándolo con lealtad y con entusiasmo, y poseyendo un corazon sincero y franco, la pobre María creía que todos los séres tenían una alma como la suya; y á pesar de que desde un principio temió que Agustin estuviera equivocado creyendo que la amaba, y no amándola en realidad, no podía menos de repeler los pensamientos de inconstancia que se acumulaban á su imajinacion, y que eran una acusacion contra su jóven amante.

Pero María no se engañaba.

Los presentimientos de su corazon se habian realizado.

Agustin, que en un principio se dejó alucinar por las gracias de María, rindió su alma á los encantos de la jóven que vió en el palco del teatro: olvidándose de la morena ya no iba á visitarla, y pasaba las noches parado en un zaguan, en frente de un balcon de la calle de Donceles.

Esto lo ignoraba María; pero lo que no ignoraba, era que desde la tarde del domingo anterior, no veía á aquel niño á quien amaba con tanta ternura.

Durante los tres dias que transcurrieron, la jóven no dejó de pensar en su amante; á cada momento, á cada ruido que oía en la puerta, creía verle llegar, y despues creía oír las disculpas que la daba por su ausencia.

Pero las horas transcurrieron, y tres dias pasaron, y Agustin no se presentó.

Los corazones que aman ó que verdaderamente han amado,

son los únicos que pueden comprender los sufrimientos que esa ausencia causó á la hermosa é interesante María.

La tristeza, que se apoderó de su alma desde el primer dia, se aumentó á cada minuto que pasaba; y la noche á que nos referimos, esa tristeza se había convertido en un dolor que la punzaba el alma.

Y no era todo.

María lloraba; pero sus lágrimas no bañaban sus mejillas, sino que se desprendían gota á gota de sus párpados; y esas gotas, puras y relucientes como unas perlas, caían en el piso de la calle, despues de abandonar las pestañas de la jóven.

Y acaso, las enlodadas plantas de los transeuntes, pisaban las huellas de esas lágrimas...!

Triste destino, por cierto, el del alma que padece...!

Sus dolores sirven de escarnio á la multitud; y su llanto, que casi nunca hay quien lo recoja en su seno, está destinado á humedecer el suelo, para que unos piés inmundos lo profanen...!

En tanto que María cavilaba tristemente sobre su suerte, el coche en que venía Simon desembocó por la esquina de la 1ª calle de San Francisco, y fué á pararse á la puerta del café del teatro de Santa-Anna.

El Hombre-Mómia se apeó, entró al café, pidió un vaso de grosella, y se puso á beberla aguardando el momento en que lo llamara el mayordomo.

Y al mismo tiempo que pasaba esto, un jóven atravesaba lentamente el enlosado de la calle; al llegar debajo del balcon donde estaba María, alzó la vista, suspiró, y siguiendo su camino, dió vuelta por la 1.ª calle de San Francisco.

En ese momento dieron las ocho.

El mayordomo, que como antes dijimos, estaba parado en la puerta de la sacristía de la iglesia de Santa Clara, se estremeció de placer al escuchar la plegaria; y, con mas tenacidad

que al principio, fijó sus ojos en la puerta de la casa de la jóven María.

Esta última continuó inmóvil en el balcon, hasta que pasaron algunos segundos; é intempestivamente dejó su puesto con rapidez, y se internó en la sala.

El mayordomo se sonrió.

Como Simon había previsto, los polvos hicieron su efecto: la madre de María estaba enferma.

La morena acudió prontamente á socorrerla, y viendo que las convulsiones no cesaban, mandó á Manuela por un médico, y la oficiosa doméstica salió de prisa para la calle.

D. Jacinto bajó del dintel de la puerta.

Manuela tomó por la izquierda; y cuando el hipócrita la vió llegar frente á él, echó á andar ácia el teatro, volviendo continuamente la vista al balcon de la casa de María.

Llegó al café y se presentó en la puerta: Simon, que no necesitaba mas para comprenderlo, se levantó de su asiento, salió del café, y los dos entraron en el coche.

Jarilla condujo paso á paso el carruaje, y se detuvo en la puerta de la accesoria.

Simon abrió la portezuela, saltó á tierra, y llamó á la puerta.

Viendo que no le respondían, llamó otra vez, y entonces María se asomó por el balcon, y preguntó:

=Quién es...?

=Yo;—respondió Simon.

=Ah...!—esclamó María.—Gracias á Dios que vino alguno que me ausilie...!

Y bajó á abrir la puerta.

Cuando la jóven se quitó del balcon, D. Jacinto se apeó y dió su capa á Simon.

María abrió la puerta, y el Tiñoso, que ya estaba prevenido, la cubrió con la capa, envolviéndole la cabeza y los brazos, de manera que no pudiera hablar ni moverse; y entre él

y el mayordomo, la echaron dentro del coche, y subieron tras ella.

Jarilla hizo galopar á las mulas, dió vuelta con el coche por la calle de San Andrés, y á las ocho y media de la noche se paró en casa del mayordomo.

Simon y el hipócrita condujeron á la jóven hasta la sala de la vivienda del último, hecho lo cual, el Tiñoso dijo á D. Jacinto:

=Ya la tienes... Despues nos arreglarémos.

Y dejándolo solo con María, volvió al coche y mandó á Jarilla que le condujera al puente del Pipis.

D. Jacinto desenvolvió á María, la que no pudiendo comprender lo que la había sucedido, volvió la vista á todas partes llena de espanto; cerró otra vez los ojos, y despues los abrió al mismo tiempo que dijo suspirando:

=Mi madre...!

=Yo te la devolveré,—respondió el mayordomo con un acento odiosamente tierno.

=Ah...!—esclamó la morena mirando á D. Jacinto.—Pero adónde estoy...? Cómo me encuentro al lado de este hombre?

=María...!—dijo D. Jacinto.

=Ah...!—volvió á repetir María, haciendo ademan de huir.

=Detente...! Detente...!—dijo el mayordomo agarrándola por la falda del vestido.—Detente...! Yo te adoro...! Te idolatro...! Quiero que seas mía...!

=No...! No...! No...! Dios mío...!—dijo María horrorizada y queriendo desasirse.

=No te irás...! No te irás...!—gritó D. Jacinto ecsaltándose por grados.—Amame, y te haré rica... dichosa... No seas tan nécia como Antonia... Amame...!

=No...!—replicó la jóven.—Déjeme usted ir...!

=Dejarte ir...! Que te deje ir...! Que te deje ir, cuando me ha costado tanto trabajo traerte...! já, já, já, já...!

=Oh...! Qué horrible es este hombre...! Socórreme, Dios mío...!

=Dios se ha olvidado de tí, y yo te tengo en mi poder...! —dijo el impío.—Como Antonia te resistes, como Antonia serás mia...! A fuerza...! A fuerza...!

Y ciego de torpeza se arrojó sobre ella.

María retrocedió espantada, procurando defenderse; y entonces empezó un combate parecido al que sostuvo la desdichada Antonia.

En uno de los ataques, cuando el mayordomo creía triunfar, María quiso arañarle la cara, y esta accion le hizo cojer los bigotes del infame, tiró con fuerza de ellos, y le hizo clavar en tierra la cabeza.

D. Jacinto gritaba como un energúmeno; y haciendo un esfuerzo desesperado, logró enderezar el cuerpo; é iba á echarse otra vez sobre la morena, cuando apareció en la puerta de la sala, el jóven que media hora antes pasó por debajo del balcon de la casa de María.

Era Hipólito.



Hipolito salva a Maria



XLII.

EL PAÑUELO BLANCO.

=Ah...!—esclamó María al ver al jóven.—Socorro...! Socorro...! Sálveme usted...!

Hipólito avanzó precipitadamente; pero no pudo evitar que el mayordomo, ciego de cólera, diera á la jóven un fuerte puñetazo en la sien, haciéndola caer al suelo sin sentido.

Entonces Hipólito cojió á D. Jacinto por los hombros, y empujándole con fuerza, le hizo caer boca arriba, dándole un golpe en el cerebro que le dejó sin movimiento.

Volvióse inmediatamente ácia María, y viéndola desmayada, y conociendo que no había tiempo que perder, la tomó en sus brazos y salió con ella á la calle.

Llegó con su preciosa carga hasta la esquina de la calle de Victoria, y allí se detuvo un momento, dudando qué camino seguiría.

Por fin se resolvió; dió vuelta por la calle del Sapo, luego por la de Revillagigedo, salió á la de Corpus-Christi, an-

duvo la que forman la Alameda y la barda del convento de San Diego, torció á la de San Hipólito, y por fin, llegó á casa de la señora de S. Leon.

Mientras que esto acontecía con Hipólito y la morena, pasaba otra escena interesante en casa de la hermosa viuda.

Hallábase ésta en la sala de su casa, acompañada de Rosa, de Clara y del acuitado Cárlos; y de los hermanos Loaza; y todos hablaban tristemente de la desaparicion de Luisa, cuando se presentó delante de ellos la Madre de María, diciendo con una zozobra inaudita:

=María...! Adónde está mi hija...?

La señora de S. Leon y las personas que la acompañaban, se admiraron al ver á Doña Dolores, y mucho mas al oír la pregunta que les dirijía; y todos respondieron á una voz:

=No ha venido...!

=No ha venido...!—repitió la señora con afliccion.—Pues entonces, dónde está...? Qué será de ella...?

=Pero qué ha sucedido...?—preguntó la señora de S. Leon con el mas vivo interes.

=No lo sé...—respondió Doña Dolores sollozando.—Cosa de las ocho me sentí enferma... María envió á Manuela por un médico... y cuando la criada volvió... ya mi hija no estaba allí... Creí que, mirándome enferma, habría venido acá á pedir algun dinero... porque como estamos tan pobres... y en cuanto me sentí mejor, vine á buscarla... pero no está, y... y no sé dónde encontrarla...!

=Qué desgracia...!—esclamaron todos.

=Oh...! Hija mía...!—continuó Doña Dolores... Adónde habrá ido...? Voy á buscarla...!

=Espere usted, señora,—dijo Cárlos poniéndose en pié.—Yo la acompañaré.

E iban á salir de la sala, cuando entró Hipólito conduciendo en sus brazos á María.

Un grito de asombro salió de los lábios de los circunstantes; Hipólito depositó el cuerpo de la morena encima del sofá; y Doña Dolores, al reconocer á su hija, se precipitó ácia ella, y la cubrió de besos.

Hipólito salió inmediatamente de la casa, y se dirijió á la suya.

Aguijoneado por sus pesares y por sus deseos de venganza, no andaba, sino que corría; así es que cuando llegó, se vió precisado á sentarse para descansar un poco de su fatiga.

Permaneció en ese estado algun tiempo, mostrando en sus facciones los negros pensamientos que le acometían; y al cabo, dijo estallando en cólera, y pensando en el mayordomo:

=Infame...! Ya colmaste la medida de mi sufrimiento...! Ya es necesario que te castigue...! No te bastaba haberme causado tantos males; sino que tambien era preciso, que á Maria, á esa mujer, á la que amo á pesar de sus desdenes, á la que adoro á pesar de que me ha hecho desgraciado... era preciso... era preciso, repito, que quisieras deshonrarla...! Oh...! Yo te castigaré...!

Levantóse de su asiento, tomó la luz que estaba en el velador, y fué á su gabinete.

Abrió el cajon de su bufete, y sacó de él el pañuelo de Antonia y un par de pistolas que se guardó en los bolsillos; y resuelto á arrostrar todos los peligros, con tal de castigar al mayordomo, salió de su casa, decidido á ir á la calle de Mesones.

Eran las nueve.

Antonia se hallaba enfrente del espejo de su tocador.

Era esta una pieza adornada con un gusto tan esquisito como aristocrático.

En la cabecera principal estaba colocada la luna, sostenida por dos pilastras de madera de ácero, y descansando sobre una mesa de mármol blanco, cuya mejor cualidad era ser del pais.

Muchos botes de pomada y pomos de esencias, acompañados

de figuritas de porcelana y de un precioso neceser de caoba, adornaban la mesa en cuyas esquinas había dos arañas de bronce de seis luces cada una.

Las paredes de la pieza estaban tapizadas de damasco color de paja, y el suelo estaba cubierto con una mullida alfombra.

Una butaca de madera fina, forrada de terciopelo encarnado, y cuyos piés descansaban en una media curva, era el asiento de que se servía la jóven, siempre que Gertrudis la arreglaba el peinado; y en esa misma butaca, estaba sentada la noche de que hablamos.

Pero esta ocasion, no era á peinarse, á lo que Antonia se había sentado allí.

Una nube de tristeza oscurecía su semblante; su vista estaba fija en su imájen reproducida en el espejo; y una sonrisa, que bien podía llamarse fúnebre, contraía sus nacarados lábios.

La jóven tenía el corazon hecho pedazos.

Desde la noche de su encuentro con Hipólito, habían cambiado, tanto el método de su vida como las afecciones de su alma.

Puesta frente á frente con su estado envilecido, avergonzada delante de aquel jóven, y enternecida con la relacion de sus desgracias, sintió que le amaba con delirio; y conociendo la imposibilidad de ser suya, lloraba en silencio su inmensa desventura.

Y ese mismo amor, esa misma vergüenza que la atormentaban, la conducían casi sin quererlo, á pensar contínuamente en el mayordomo.

En efecto; si ese hombre no la hubiera deshonrado, ella no se habría prostituido; y tal vez, hubiera podido esperar que Hipólito la amara.

Pero envilecida como estaba, era imposible que aspirara á la felicidad de verse amada, por el hombre que, por la primera vez de su vida, la hizo conocer el pudor.

Esta idea martirizadora, la hacía pensar de nuevo en su venganza, y encerrarse horas y dias enteros, á meditar en el modo mas cruel de realizarla.

En su imajinacion ecsaltada, se atropellaban los pensamientos y los proyectos; y por fin, se resolvió por uno, que ni antes tuvo orijinal, ni creemos tenga cópia.

=Ah...!—se decía estremeciéndose de rabia.—Ya encontré mi venganza... ya la encontré... Ay de tí, miserable...! Ay de tí...! Yo te haré pagar todos mis tormentos... todos los de Gertrudis y los de ese jóven... todas mis vergüenzas...! Soy hermosa... sí... me estoy mirando en el espejo... mi hermosura te alucinó... mi hermosura te matará...! Ahora mas que antes... ahora que amo, y que no puedo ser dichosa...! Ahora que aquel á quien amo, tambien ha sufrido por tí... Desdichado de tí...! Desdichado de tí...! Llaman á la puerta...! Si será él... Si ya será la hora...?

Efectivamente; Hipólito acababa de llegar.

Gertrudis, que estaba en la sala, oyó la campanilla, y bajó á abrir el zaguan.

Hipólito, que sabía lo que debía hacer, presentó á la Monja el pañuelo blanco, y la Monja le franqueó el paso y le condujo á la sala.

Hipólito se quedó en pié cerca del velador, y Gertrudis entró al tocador, y entregó á Antonia el pañuelo.

La jóven comprendió inmediatamente: dejó su asiento y salió á la sala, preguntando á Hipólito.

=Ya es hora...?

=Sí;—respondió Hipólito.

=Me concederá usted un plazo...?

=Sí.

=Pues venga usted á verme dentro de dos dias, á las nueve de la noche.

=Está bien. Pero me dirá usted...



=Cuál es nuestra venganza...? Sí. Le abrasaré de sed...!

Al decir estas palabras, Antonia echaba fuego por los ojos.

Hipólito se sorprendió; y luego dijo:

=Hasta pasado mañana en la noche...!

=Sí, adios.

Antonia se sentó á escribir un papel, é Hipólito salió de la casa, y se dirijió á la de D. Jacinto.

El golpe brusco que Hipólito dió al mayordomo, causó á éste un atarantamiento que le duró por algunos minutos; y cuando su cabeza se hubo despejado, y se encontró sin María, su rabia no tuvo límites.

Púsose á pasear en su casa lanzando gritos de cólera, tropezando con los muebles y arrojando espuma por la boca; y por fin, cansado ya de aquella locomocion, entró á su gabinete y se dejó caer en su sillon, quedándose tan inmóvil como un tronco.

Asi se hallaba cuando Hipólito llegó.

Paróse frente de él, y le dijo con voz imperiosa:

=D. Jacinto...!

=Hipólito...!—respondió el mayordomo levantando la cabeza.—Eres tú...!

=Sí; yo soy.

=Qué quieres, hijo mío...?

=Quiero,—respondió Hipólito sacando una pistola de su bolsillo, y montándola sin que D. Jacinto advirtiera nada.—Quiero que me entregue usted inmediatamente los papeles de mi familia...!

=Oh...! Es... imposible...!—respondió maquinalmente el hipócrita.—No puede ser, Hipólito.

=Es que lo quiero;—contestó el jóven con calma, y enseñando la pistola al mayordomo.

=Armas...!—esclamó aterrado el malvado.—Amenazas á tu padre con pistolas...!

=Usted no es mi padre...!—respondió coléricamente Hipólito.—Déme usted los papeles...!

=Que no soy tu padre...!

=No...! Los papeles...! O si no...

Y al decir esto, apuntó á D. Jacinto.

=Pero...—dijo temblando el mayordomo.

=Los papeles... ó la vida...!—dijo resueltamente Hipólito.

El mayordomo era malvado, y por lo mismo era cobarde; así es, que al verse amenazado tan de cerca, no tuvo alientos para resistir; y parándose de su sillon, abrió un estante, y se puso á sacar unos legajos, sin que pudiera hacer otra cosa, pues por donde volvía la vista, por allí se encontraba con la boca de la pistola que Hipólito tenía en la mano.

=Ahí están los papeles...—dijo D. Jacinto temblando de miedo.

=Son todos...?

=Todos.

=Es que... Si falta alguno me lo entregarás....

Y sin decir otra palabara, cojió los legajos y salió de la casa, volviendo siempre la vista para defenderse, en caso de que el mayordomo le siguiera.

Pero D. Jacinto no se atrevió á tal cosa.

Era demasiado cobarde para atacar al jóven, y no se movió del gabinete, porque la vista de la pistola le infundió un miedo estraordinario; y tampoco podía comprender cómo Hipólito había entrado dos veces á su casa, porque el infame no recordaba que se olvidó de cerrar el zaguan, cuando ayudado por Simon llevaron en brazos á María.

En cuanto á Hipólito, dirémos que la primera vez que la Providencia le hizo que salvara á la morena, iba á ver al mayordomo, con el objeto á que volvió la segunda vez; esto es, á arrancarle de grado ó por fuerza, los documentos en que cons-

taba su fortuna, pues ignorando cuál era la venganza que proyectaba Antonia, no quiso esponerse á perder sus bienes.

D. Jacinto no se atrevía á moverse del sitio en que estaba; y así habría permanecido toda la noche, si no le hubiera conmovido una voz dulce que le llamó.

Entonces dirijió la vista á la puerta de la sala, y al ver á la persona que le hablaba, esclamó con alegría:

=Antonia...! Antonia...! Eres tú...?

=Sí; yo soy.—Contestó la jóven sonriendo.

=Pero... es posible que hayas venido á verme...?

=Sí; y he venido porque te amo...!

=De veras...?—dijo D. Jacinto adelantándose á ella.

=Sí; pero detente, porque, mira;—añadió sacando su mano de debajo del manton, y tendiendo ácia Jacinto la punta del puñal que llevaba.—Si te acercas, te mato...!

=Pero si me amas, deja que te bese...!

=Me besarás, pero cuando yo quiera...!

=Cuándo...?

=Cuando hayas hecho lo que te digo ahí;—dijo Antonia arrojando á los piés del mayordomo el papel que escribió en su casa.—Con que hasta pasado mañana, Jacinto...!

Y veloz como un relámpago, atravesó la sala y la antesala, bajó la escalera, salió á la calle, y á las nueve y media de la noche llegó á su casa.





Hilarioncito. Tom. II



XLIII.

LAGRIMAS Y RISAS.

Al otro dia del rapto de María, estaban reunidas en la sala de la señora de S. Leon, todas las personas que lo estaban la noche anterior; y ademas, hallábase allí tambien, el petulante y ridículo Hilarioncito.

El peligro tan inminente que amenazó á la morena, llenó de consternacion á nuestras amables conocidas, y encrudeció mas el triste recuerdo de la desaparicion de Luisa.

De ahí es que, á pesar de las *gracias fastidiosas* del poetastro, quien hablaba sin cesar, pretendiendo distraer á los circunstantes, ninguna señal de alegría se mostraba en aquellos rostros que revelaban la pesadumbre de los corazones.

Al cabo, el *insigne* Hilarion se cansó de hablar, y nuestros personajes se quedaron en silencio durante mucho tiempo, circunstancia que dejaba oir los ténues y compasados golpes de la péndola del reloj de pared, colocado en un cuadro, que re-

presentaba la gran plaza de México, en un dia de Corpus, teniendo pintada al fondo la magnífica Catedral, y en primer término la procesion, seguida de la columna de honor, sin que le faltara la multitud de jente, ni las vendimieras y los coches, formando todo reunido, un esquisito conjunto de perspectiva nacional, obra debida al delicado pincel del artista mexicano D. Manuel M. Serrano.

María estaba en el sofá, sentada entre Rosa y la señora de S. Leon, quienes la tenían abrazada de la cintura; y Doña Dolores, colocada en una silla al lado de Clara, miraba á su hija con ternura.

La hermosa María tenía amarrada la cabeza con un pañuelo de seda, porque el golpe que recibió al caer en casa de D. Jacinto, la hizo una fuerte contusion; y aunque gracias á los cuidados que se tuvieron por ella se hallaba en mejor estado, tenía que servirse del pañuelo para detener la curacion.

De vez en cuando solía descansar lánguidamente la cabeza sobre el hombro de Rosa ó sobre el de la señora de S. Leon, las que siempre que lo hacía besaban con cariño su pura y delineada frente.

Sin embargo de todos esos cuidados, María estaba triste: la memoria de Agustin no la abandonaba ni un solo instante, y *la duda* de lo que le habría sucedido, la martirizaba sin cesar.

Por otra parte, el recuerdo de Hipólito, cuyo amor había desdeñado ella sin piedad, y quien á pesar de todo, no cesaba de amarla, tambien se apoderaba de su pensamiento, sobre todo, en el momento en que cuando iba á ser víctima del mayordomo, la tomó en sus brazos; y caballeroso y honrado, en vez de abusar de su situacion, la llevó á una casa conocida, en donde podía estar segura de que no habría quien se atreviera á ofenderla.

Esas dos ideas eran la causa de la melancolía de la morena.

La primera no tenía remedio: respecto de la segunda, tenía

un deber que cumplir: el de manifestar su gratitud al jóven que, aunque casualmente, la libertó de D. Jacinto.

María manifestó el deseo de cumplir con ese deber, y la señora de S. Leon encargó á Cárlos que llamara á su amigo.

Cárlos fué á casa de Hipólito, y le hizo ver el objeto á que iba; pero el poeta se negó abiertamente á ir á ver á María.

Cárlos se sorprendió con semejante negativa, é insistió en persuadir á Hipólito para que consintiera; mas las palabras del jóven le hicieron comprender que siendo María la mujer por quien Hipólito había sufrido tanto, no le sería posible conseguir que la viese; y aunque bien á su pesar, llevó á la morena la respuesta negativa de su amigo.

María recibió con sentimiento esa respuesta, y suplicó á la señora de S. Leon que fuera á ver á Hipólito; y la hermosa viuda, accediendo á los ruegos de María, se acercó al huérfano, sin poder obtener de él mas que la promesa de que, concluyendo un negocio que le interesaba, iría á su casa á recibir los agradecimientos de María.

Si Hipólito cumpliría su promesa, no sabrémos decirlo; pero sí, diremos, que el negocio tan urjente que le ocupaba en esos dias, no era otro mas que el castigo del infame mayordomo.

Ademas, Hipólito temía una entrevista con la mujer á quien tanto amaba, y que tan cruelmente le había tratado, y por eso se resistía á acudir á la cita que se le daba.

Temía que los recuerdos de cuanto había sufrido, despertaran en él el orgullo del hombre ofendido; y que ese orgullo, le hiciera pronunciar reproches tan amargos como justos que por lo mismo habían de hacer *avergonzar* á la mujer á quien adoraba como á Dios.

Por eso fué por lo que no pudiendo resistir á las súplicas de la señora de S. Leon, trató de eludir la cuestion prometiéndola ir dentro de algun tiempo, porque en caso de decidir-

se pasados algunos dias, no tendría que temer la ecsaltacion peligrosa del momento.

Tales eran las situaciones respectivas de nuestros personajes: ahora, prosigamos los sucesos.

Cuando comenzó á dar la plegaria, María se estremeció y dijo suspirando:

=Las ocho...! Anoche á estas horas...

=Oh...! No te acuerdes de eso, María,—dijo Rosa.—Qué necesidad hay de que te atormentes...?

=Oh...! Es que siempre que me acuerdo del riesgo que corrí, tiemblo de miedo, y me parece imposible estar al lado de ustedes...!

=Agradéceselo á Hipólito,—dijo Clara.—Sin él, quién sabe que te habría sucedido.

=Dios sabe que se lo agradezco...! Le he mandado llamar para manifestarle mi gratitud, pero no ha querido venir...

=Vendrá, María,—dijo la de S. Leon.—Me lo ha prometido, y estoy segura de que cumplirá su palabra.

=Ah...! Sin duda...!—dijo Rosa.

Y Cárlos dijo para sí:

=Puede ser...

=Ojalá...!—esclamó la madre de María. Deseo verlo para decirle que sin él nó tendria yo hija...!

=Es verdad...!—dijo tristemente la señora de S. Leon.—Agradézcaselo usted mucho... y... ojalá nosotros tuviéramos á quien agradecer la salvacion de Luisa...!

=Luisa...!—esclamó María.

=Luisa...!—esclamó tambien Cárlos con tristeza.—Oh...! Luisa...! Luisa...! Adónde estará ahora...? Dios lo sabe...! Yo la he buscado y no he podido encontrarla... y no la encontraré...!

=Y por qué no...?—dijo María con dulzura.—Dios no es injusto, y no ha de permitir que muramos sin ver mas á Luisa.

=Si fuera cierto...!—esclamó Cárlos desesperado.

=Duda usted...!—dijo la hermosa morena puesta en pié y acercándose al jóven.—Duda usted de Dios...! Ah...! pero yo no dudo...! No...! Mientras mas padezco, mientras mas lloro, tanto mas creo, tanto mas confío, tanto mas espero...!

=Dichosa usted, María, dichosa usted...!

=Y desgraciado de usted, porque no cree...!

=Y tengo yo la culpa...?—dijo Cárlos llorando.—Tengo yo la culpa de que el mundo haya desvanecido mi fé, y de que haya arrojado en mi corazon el veneno de la duda...? Adónde está Luisa...? Qué ha sucedido con ella...? La he buscado y no la encuentro... Puedo creer aún...?

=Sí; puede usted creer... puede usted esperar... puede usted rogar á esa Vírgen purísima, que recoja en su seno las lágrimas de los desgraciados...!

Dijo María, señalando con la mano un cuadro magnífico, obra delicada y poética del pintor mexicano D. Primitivo Miranda.

La Santa Madona estaba con el niño en brazos; su traje encarnado y su manto azul, hacían mas notable su rostro de tipo italiano, y cuyos ojos, de un color pardo oscuro, dejaban entrever la bondad innata de la Reina de los ánjeles.

En los contornos de sus facciones, en la posicion de la cabeza, y en las sombras causadas por las arrugas del traje, se dejaba ver la delicadeza unida á la enerjía del pensamiento; y el rostro del niño, lleno del dulce atractivo de la inocencia, revelaba á primera vista, que la mano que trazó aquel grupo, fué una mano guiada por la relijion del corazon y por la poesía de la imajinacion.

Cárlos volvió la vista ácia el cuadro que María le señalaba; y al fijar sus ojos en el rostro de la Vírjen, sintió que la fé y la esperanza renacían en su corazon.

Por una coincidencia singular, los ojos de la imájen se en-

contraron con los del jóven; y Cárlos creyó leer en aquella mirada el presajio de una pronta felicidad.

=Ah...!—esclamó despues.—Tiene usted razon, María... Puedo rogar... puedo esperar...!

=Sí,—dijo la jóven con una sonrisa anjelical.—Ruegue usted y espere; y acaso volverá á ver á Luisa...!

=Oh...! María, María...!—esclamó la señora de San Leon. —No nos alucine usted con una esperanza que nunca se ha de realizar... No, María...! El desengaño es mas cruel, cuanto mas grande es la ilusion...!

=Es verdad...!—dijo tristemente la morena;—pero acaso, ya no ecsiste Dios...?

=Padre mio...! Padre mio...! Querida tía...!—gritó una voz que se escuchó del lado del corredor.

=Luisa...!—esclamó María reconociendo la voz de la rubia y adelantándose á la puerta.

=Luisa...!—esclamaron todos llenos de asombro, poniéndose en pié y siguiendo á María.

=Luisa...!—volvió á gritar la última, abriendo la vidriera y saliendo al corredor.

=Sí... Luisa...! Luisa...!—repitió la rubia, cayendo entre los brazos de la morena, quien se apresuró á recibirla y á estrecharla contra su seno.

Y los demas tambien la rodearon, y casi en peso la llevaron al sofá.

Los sollozos y las risas, las esclamaciones de placer y las gracias que dirijian al cielo, ocuparon el primer momento de aquellas personas que acababan de recibir en sus corazones un manantial de alegría, tanto mas grato cuanto mas inesperado.

Por fin, María fué la primera que habló.

=Lo decia yo y no querian creerme...!

=Bendita sea tu boca...!—esclamó Rosa besando apasionadamente los lábios de la morena.



=Sí, bendita sea...!—dijeron los demas.

Y Cárlos añadió:

=Bendita sea usted, María...! Cuando todos dudábamos, usted creía; cuando todos desesperábamos, usted confiaba...! Luisa...! adorada Luisa...! Bendícela tú tambien...!

=Sí, Cárlos...! Yo tambien la amo y la bendigo...!

=Pero, querida hija,—dijo D. Francisco Loaza estrechando la cintura de la rubia.—Nos dirás qué fué lo que te separó de nosotros por tanto tiempo...? Habla, habla, te lo suplico, te lo ruego... Dime por qué estás tan demudada... dime, adónde has estado...?

Efectivamente, Luisa estaba inconocible.

Sus delicadas facciones estaban horriblemente pálidas; sus ojos azules, tan vivos en otro tiempo, estaban amortiguados; y en todos sus movimientos se notaba mucha languidez.

Cárlos, que al reconocerla sintió un placer indecible, recibió una lastimosa impresion al observar las facciones de su amada; y las dudas y los temores respecto de su fidelidad, volvieron á asaltarle nuevamente.

Así es que, cuando D. Francisco Loaza instó á Luisa para que le dijera lo que la habia sucedido, Cárlos temía que Luisa abriera los lábios, porque temblaba al pensar que podrían realizarse sus recelos.

Luisa comprendió el afan que manifestaban las facciones de su amante, y para tranquilizarlo, se decidió á referirlo todo de una vez.

=Ven acá, Micaela,—dijo á su recamarera que se habia quedado en la puerta.—Ven acá, compañera de mis desgracias; siéntate aquí, á mis piés. Este ha sido tu puesto en nuestra prision, y debe serlo todavía en este momento.

Micaela obedeció; y Luisa, con una voz sosegada como su conciencia, refirió sucintamente las circunstancias de su desaparicion, concluyendo de este modo:

=Todo este tiempo vivimos encerradas, y durante él no conocimos á ninguna persona, porque las mujeres que nos asistian siempre estaban enmascaradas. Esta noche, estábamos lamentando nuestra suerte y sin esperanza ninguna, cuando entraron por nosotras. Vendáronnos los ojos, nos introdujeron en un coche, y despues de andar cosa de una hora, paró el carruaje; nos apearon y nos dijeron en voz baja:

=Están libres; la familia de ustedes está en casa de la señora de San Leon: allí pueden ir á reunirse con ella; pero si se desvendan los ojos antes de que ya no se oiga el ruido del coche, en vez de dejarlas ir, las matamos...!

=Temerosas con esa amenaza, no nos atrevimos á movernos hasta que completamente dejamos de oír el ruido del coche ; entonces nos desvendamos, y nos hallamos en la plazuela de San Diego; y aunque temblando de miedo tomamos apresuradamente el camino de esta casa.

Creemos inútil referir las diversas impresiones que causó la narracion de Luisa, en los corazones de todos los circunstantes; nada mas diremos, que el alma del pobre Cárlos sintió un regocijo inmenso, al satisfacerse de que su amada se conservaba pura; y que D. Francisco Loaza, cuando su hija concluyó de hablar, fué á la cocina en busca de Francisca.

Pero la comadre, que ese dia se robó el cajon de ébano y que se lo entregó á Simon esa mañana, se marchó á la oracion de la noche de casa de la señora de San Leon, sin el menor ruido, sin que nadie la sintiera.

De ahí es que cuando D. Francisco Loaza no la encontró, volvió á la sala diciendo:

=Francisca ha desaparecido, y esa desdichada ha de saber quiénes son los hombres que te robaron...! Oh...! Yo la buscaré, y todo lo sabré...!

=Ah...! no, querido papá. Para que se ha de esponer usted á que le hagan algun mal...?

=En esto,—dijo Loaza reflecsionando.—En esto debe haber algun misterio, Luisa; porque esos hombres no te han de haber robado nada mas por robarte.

=Es verdad,—contestó el tío de Luisa.—En esto ecsiste algun misterio, y es preciso descubrirlo.

=Tambien usted, querido tío...? No les basta que haya yo sufrido tanto, y quieren darme el pesar de esponerse á un peligro...?

=Dice bien Luisa,—dijo María.—No la tienen ustedes á su lado...? No la han recobrado ya...? Quieren arriesgarse á perderla otra vez...?

=Otra vez...!—esclamaron todos.

=A lo menos, así lo creo,—continuó María.—Si ustedes se empeñan en querer castigar á los que la robaron, tal vez se venguen en ella...!

=Ah...! no. Que todo se quede así.—Dijeron los Loaza.

=Eso es, eso es,—dijo la linda Rosa.

=Gracias, padre mio...! Gracias, querido tío...!—dijo Luisa con toda la efusion del agradecimiento.—Olvidemos lo pasado, y en lo de adelante vivamos reunidos y felices.

=Sí, sí;—dijo la de S. Leon abrazando á su sobrina.—Y María tampoco nos dejará, no es verdad...?

=Señora...—dijo Doña Dolores.

=No hay que rehusar nada en el dia de la vuelta de Luisa,—dijo D. Francisco Loaza.—Tambien á usted la quisieron arrebatar á su hija, y...

=Es posible...!—esclamó Luisa asombrada;—pero cómo fué eso...?

=Yo te lo diré todo,—respondió la Señora de S. Leon.

Y refirió á Luisa la desgracia que amenazó á María.

=Pero quién es ese hombre...?—preguntó Luisa cuando la señora de S. Leon acabó de hablar.

=Te acuerdas del de las narizotas...?—dijo la traviesa Rosita, recobrando gradualmente su jénio picaresco.

=Ese...!—esclamó Luisa.

=Ese...!—replicó María, estremeciéndose de miedo.

=Pero, cómo se llama...?

=No lo sé.

=Y á dónde vive...?

=No te daré razon; porque cuando me metieron á su casa, llevaba yo envuelta la cabeza en su capa, y cuando Hipólito me sacó de allí, estaba yo desmayada.

=Ah...! Tú y yo hemos corrido mucho riesgo, y para que se eviten otros, no nos separaremos ya.

=Pero...

=Silencio...!—dijo la pálida rúbia.—Ya sabes que soy muy caprichuda, y que no admito escusas. Viviremos juntas, y lo que suceda á la una le sucederá á la otra.

=Y en caso de que alguno quiera robarlas otra vez,—dijo Rosa, con su tono lijero y jugueton,—si alguno lo intenta, repito, las defenderemos á pistoletazos...!

=Já, já, já, já,...!—hicieron todos al oír á la avispada criatura; y la señora de S. Leon añadió:

=Hasta que por fin recobró Rosita su carácter alegre...! Hacía tanto tiempo que no la veíamos reir...!

=Eso consistía en que ninguno reíamos, porque nos faltaba Luisa...! Pero ahora que ya la tenemos á nuestro lado, risas en vez de lágrimas, alegría en vez de dolores...! Y para que nada falte, apuesto á que Hilarioncito va á improvisar una estrofa á la vuelta de Luisa...!

=Con mucho gusto...!—dijo el mostrenco.

Y se quedó pensativo por mucho tiempo, hasta que hostigado por la maliciosa y burlona Rosita, se puso en pié; y en la postura y con el rostro que ya conocemos, dijo los siguientes perversos:

=“Luisita volvió con bien
de sus amigos al seno,
y yo de ventura lleno
la dirijo el... parabien.”

=Bravo...! Bravo...! Bravo...!—dijeron todos aplaudiendo, y Luisa dió las gracias al presuntuoso Hilarioncito.

=Ese no vale nada, Luisita. Yo compondré un *poema heróico* á su feliz vuelta de usted; y en cuanto lo concluya, que será muy pronto, tendré la satisfaccion de venir á leerlo una noche.

=Dios nos libre...!—murmuró Rosa; y Luisa dijo con afectada seriedad:

=Lo aceptaré con mucho gusto.



XLIV.

LA MANZANA DE VENUS.

Daban las nueve de la noche del dia señalado por Antonia, cuando Hipólito, fiel á su palabra, tiraba del cordon de la campanilla del zaguan.

Gertrudis abrió, y el jóven subió hasta la sala, en donde le esperaba la hechicera Antonia.

Contra todas las previsiones de Hipólito, la jóven no estaba engalanada como una mujer que intenta, y que quiere seducir.

Un ancho peinador de indiana envolvía su cuerpo; y sus cabellos, cuyas puntas recordarán los lectores, que eran naturalmente rizadas, caían sueltos sobre sus espaldas, las que tenía abrigadas con un manton de lana.

La espresion de su rostro era melancólica.

El amor que la inspiró Hipólito, amor imposible de verse premiado, se había aumentado con el obstáculo, y martirizaba el alma de la bella criatura.

Desde la noche de su primera entrevista con el huérfano,

había reflecsionado en su suerte, y se espantó del hondo abismo en que estaba sumerjida.

Muchas veces había puéstose delante de su tocador á contemplar sus hechizos, y otras tantas se había dicho:

=Si no me hubiera yo prostituido, podía aspirar á su amor... podía ser feliz... pero estoy deshonrada, envilecida, y ya no hay felicidad para mí...! Y de todos estos males, de esta vergüenza que me abruma, quién es la causa...? El mayordomo...! Sí... El y solo él...! El que me empujó al fango en que he vivido... El que me ha hecho padecer tanto, y tambien á Hipólito... á Hipólito tan bueno, tan desgraciado, y tan digno de ser feliz...! Oh...! Yo lo vengaré, y me vengaré tambien...! Aquí estoy... ahí está mi imájen reproducida fielmente en el espejo... Esos son mis ojos llenos de fuego... mi boca provocativa... mi seno, mi cuerpo en fin; mi cuerpo seductor... Oh... Hipólito...! Hipólito...! Yo me vengaré...!

Estas eran las ideas que continuamente ocupaban á la jóven.

Su amor la avergonzaba de su humillacion; y su humillacion la inspiraba la venganza.

Cuando Hipólito la fué á ver tres dias antes, y la dijo que había llegado el momento, Antonia se puso á pensar sériamente qué clase de venganza tomaría del mayordomo; y al cabo, se decidió por una que solo de pensarla, horripila y eriza los cabellos.

Llegó por fin la hora y Antonia se dispuso; y cuando Hipólito se presentó en la sala, se levantó del sofá adonde estaba sentada, asió el brazo del jóven, y le dijo:

=Vamos.

Salieron de la casa; y mientras llegaron al cuadrante de San José ninguno habló ni una sílaba, porque Hipólito, por cierto presentimiento horroroso temía saber qué era lo que intentaba Antonia; y ésta no quería tampoco descubrir cuáles eran sus designios.

Cuando llegaron á casa del hipócrita, dijo Antonia á su compañero:

=Párese usted en la puerta del cementerio de la Iglesia, y tenga usted cuidado cuando yo salga.

Hipólito atravesó la calle, y Antonia entró á la casa.

Eran las nueve y media de la noche.

El mayordomo estaba paseándose en su sala, la que, cumpliendo con las órdenes que le dió Antonia escritas en el papel, adornó de la manera siguiente.

Las paredes y el techo, estaban tapizadas de raso azul; en los costados principales de las paredes había cuatro espejos de cuerpo entero, que tenían colocados en su centro cuatro candiles de pared, con ocho luces cada uno.

Del techo pendia un candil con mas de treinta luces; y debajo del candil, en el centro de la sala, estaba una butaca igual á la de que se servía Antonia en su tocador; con la diferencia de que el cojin estaba forrado de raso camersí; y el piso de aquella pieza, que pronto iba á convertirse en infierno, estaba regado con pesos de plata y con onzas de oro.

En la mesa del gabinete había una espléndida cena, formando parte de ella varios platos con frutas de pasta de dulce; y en el centro de la mesa, estaba la estátua de la Vénus lúbrica, rodeada de flores y de botellas.

Y todos esos adornos, y esa cena, y sobre todo, las frutas de dulce de pasta, eran debidos al capricho de Antonia, pues todo eso debía servirle para realizar sus planes vengativos; y el mayordomo, no queriendo disgustarla y esperando tenerla en su poder, cumplió estrictamente los antojos de la jóven.

Cuando D. Jacinto oyó las ocho de la noche, encendió las luces del gabinete y las de la sala, bajó á abrir el zaguan para que entrara Antonia, dejó la puerta emparejada y la llave en la chapa, y volvió á su vivienda dejando abierto el porton.

Hacía hora y media que ardían las luces cuando llegó Antonia, quien despues de separarse de Hipólito, cerró el zaguan con llave, dejando ésta escondida al pié de la escalera; y con paso firme y seguro subió á la vivienda y entró á la sala.

=Ya estás ahí...!—esclamó D. Jacinto al verla.

=Sí; sí; pero no te acerques; vamos á cenar.

=Vamos, vamos, quiero darte gusto...!

Y entraron al gabinete.

Antonia, siempre recelosa y precavida, sacó del seno un puñal muy afilado que llevaba; y sin dejarlo de la mano, se sentó á la mesa.

=Desconfías de mí...?—la preguntó el mayordomo viendo el puñal.

=Vamos á cenar,—contestó Antonia.—No desconfío de tí, pero...

=Cenemos, Antonia, cenemos...!—dijo el mayordomo; y sentándose al lado de la jóven, comenzó á servirla.

Durante la cena, Antonia usó de todas las coqueterías que las mujeres tienen á su disposicion para perder á un hombre.

Los halagos, las sonrisas, las miradas, las palabras amorosas, los movimientos, nada economizó la seductora niña; y todo eso ecsaltaba á D. Jacinto, todo eso lo alucinaba.

Antonia apenas tocaba los manjares, y tan solo humedecía sus lábios en el vino; pero en cambio, hacía que el mayordomo comiera mucho, y que bebiera algunas copas de champagne.

Al fin, llegaron á los postres.

Antonia presentó á D. Jacinto algunas frutas de dulce, y el pobre hombre las devoraba, acariciando la linda mano que se las daba.

Cuando la igualteca conoció que D. Jacinto había comido y bebido lo suficiente, le preguntó señalando á la Vénus que ocupaba el centro de la mesa:

=Qué es eso Jacinto, mio...?

=Una Vénus de mármol, amada Antonia... una diosa de la mitolojía menos hermosa que tú...!

=Dices bien,—contestó la niña con un tono diabólicamente enamorado.—Dices bien, Jacinto de mi alma.

=Oh...! Antonia...! Antonia...!

=Sí, sí;—prosiguió Antonia;—acércate á esa Vénus... bésala...

=La besaré... lo verás...!—respondió el mayordomo; é inclinándose á la Vénus la besó con frenesí.

=Eso es... así...!—continuó la jóven.

=Ah...!!!

=Vete á la sala y espérame, que pronto saldré...!

El mayordomo salió á la sala.

Los vapores del vino y las coqueterías de Antonia lo conmovieron de una manera inaudita; y el acaloramiento de su imajinacion se aumentaba sin cesar.

Antonia, así que se encontró sola en el gabinete, sacó de la bolsa de su peinador una manzana de pasta dorada, cuyo dulce estaba mezclado con un fuerte narcótico; ciñó su cabeza con una diadema que llevaba escondida en el seno, diadema de piedras falsas, pero que brillaban hasta deslumbrar; descalzó sus piecesitos, y se despojó del manton y del peinador.

La criatura alucinaba.

El traje que llevaba debajo del peinador, eran dos túnicas de corte griego; y de esas dos túnicas, la que formaba el fondo era blanca, y la de encima azul...

Y con su cabello rizado echado ácia las espaldas, con la diadema en la frente, la manzana narcotizada en la mano izquierda, y el acerado puñal en la derecha, abrió la puerta del gabinete que conducía á la sala; y lijera como un gamo, fué á sentarse á la butaca...

Jacinto, al verla, lanzó una esclamacion ruidosa, éco fiel de su ecsaltacion y su torpeza.

=Ah...!—dijo estremeciéndose.—Tú... tú... tú eres la Vénus... Qué linda estás...!

=Sí... sí... yo soy la Vénus...!—dijo Antonia enérjicamente y tendiendo el puñal ácia el mayordomo que se adelantaba.—Pero no te acerques, Jacintito mio...

=Oh...! Antonia...! Antonia...! Si vieras cuánto te amo...!

=Y yo tambien te amo...!—respondió Antonia meciéndose en la butaca.—Toma, amado mío... toma esta manzana dorada que me dió Páris en premio de mi hermosura... toma... cómela... cómela pronto... sin desperdiciar ni una partícula...!

=Toda...! toda...!—respondió el desdichado cojiendo la manzana narcotizada, y comiéndola con avidez; y ya que hubo acabado la preguntó:

=Estás contenta...?

=Sí, amado mio... estoy muy contenta...!

=Oh...! Qué bella... que linda estás...! cómo seduces...!

Desgraciadamente, el mayordomo decía verdad.

Las ráfagas de las luces de los espejos que se centuplicaban en las lunas; la luz fosfórica que manaba del raso de las paredes y del de la butaca; y las chispas de las monedas de oro y de plata que alfombraban el suelo, iban á morir al foco que se desprendía del candil, y que formaba un pabellon de fuego sobre la cabeza de la endemoniada Antonia, bañando las formas de su cuerpo; y los destellos que vertía la diadema, destellos de colores variados por las fases de las piedras, rodeaban su cabeza con una luz fatídica y diabólica.

Antonia se mecía en la butaca encima de aquel Pactolo, como la Vénus marina se mecía en su concha de nácar impelida dulcemente por las olas del mar; y el mayordomo veía con ojos encendidos á aquella hermosura infernal, á quien, de miedo de su puñal, no se atrevía á tocar.

De repente, la jóven se puso en pié, recorrió la sala con la

vista, dando á su fisonomía un aire asustadizo, y esclamó llena de rábia:

=Jacinto...! Jacinto...! amado mío...! Libértame de Páris...! Libértame de él, porque me viene persiguiendo...!

=Te persigue...! pero por qué te persigue...?—dijo asombrado el mayordomo.

=Porque te dí la manzana de oro...! Míralo... míralo... ya se acerca... sálvame... sálvame...!

Y al acabar la frase, echó á correr en derredor de la sala, causando una especie de rechinido desagradable al asentar sus desnudos piés en las monedas, arrojando luz por todo su cuerpo, y reproduciendo su figura en el cristal de los espejos...

El mayordomo quiso seguirla, pero no le fué posible; porque la ecsaltacion y el narcótico de la manzana, le privaron de sus movimientos; así es que se quedó parado junto de la butaca, siguiendo con la vista á Antonia, la que áerea como una sílfide, continuaba corriendo...

El infeliz hipócrita lanzaba gritos desesperados, y manoteaba como un hombre que se ahoga; y la hija del Sur, multiplicaba sus vueltas, debilitándole mas y envolviéndole en una nube de lumbre...

Por fin, el hombre moduló un grito sordo, y cayó al suelo sin sentido.

Antonia detuvo su carrera, se lo quedó mirando, y dijo acercándose á él:

=Ya te narcotizaste...! Oh...! Ahora me vengaré...!

Poco tiempo despues entró al gabinete; arrojó al suelo la diadema y el puñal, se calzó los piés, se puso el peinador, se cubrió con su manton, bajó la escalera, abrió el zaguan y salió á la calle.

Hipólito, que observaba la puerta, la vió salir y fué á su encuentro; y ella tomando el brazo del jóven, le dijo:

=Vamos pronto, pronto...!

Y echaron á andar muy de prisa.

A la vuelta, como á la venida, no hablaron nada, porque Hipólito temía saber lo que había hecho Antonia, y ésta iba preocupada por lo mismo; pero ya que llegaron á la casa de la jóven, y cuando ésta hubo llamado, Hipólito no pudo resistir á su curiosidad, y la preguntó:

=Querrá usted decirme que hizo usted á ese hombre...?

=Qué le he hecho...! Qué le hice...!—respondió Antonia apretando los dientes.—Le he hecho,—añadió con cierta satisfaccion brutal; é inclinándose á él, le habló en voz baja.

Hipólito jimió con horror.

Antonia entró al zaguan; y luego, asomó su hermosa cabeza por entre las hojas de la puerta, y dijo al jóven:

=Ahora que nos vamos á separar para siempre, puedo decirlo en alta voz. Hipólito...! Yo adoro á usted...!

Dichas esas palabras cerró bruscamente el zaguan, dejando admirado á Hipólito, quien despues de un momento tomó tristemente el camino de su casa.

Esa misma noche, Antonia y Gertrudis fueron á dormir al hotel de calle de la Posta; y al otro dia salieron de México en la dilijencia del interior.



XLV.

LOS CUATRO INFIERNOS.

La misma mañana que Antonia y Gertrudis salieron de la capital de la república, entró Simon á casa del mayordomo.

Su fisonomía era festiva, y su corazon estaba en armonía con el placer que manifestaba; porque libre ya de los temores que le infundía el cajoncito de ébano que tenía en su poder, y persuadido de que Jacinto estaría hechizado con María, conoció que había llegado el momento de pedirle con resolucion y aun con altivez, la recompensa de sus servicios.

Estaba convencido de que el hipócrita no le negaría nada; mas sin embargo, siempre astuto y previsor, se armó de un puñal envenenado, para hacer uso de él en un caso inesperado.

Ocupado en esos pensamientos, subió la escalera, atravesó el corredor y la antesala, y cuando llegó á la sala, se quedó inmóvil de espanto, y hasta le faltó la respiracion.

Jacinto, semejante á una culebra, se arrastraba encima de aquella alfombra de metal...

El Tiñoso, despues de algunos segundos avanzó paso á paso, se paró á alguna distancia del mayordomo, y recorrió con la vista la pieza en que se hallaba.

Las paredes tapizadas de raso, los candiles, los espejos, la butaca, el dinero regado en el suelo, todo lo veía con admiracion, y nada podía comprender.

Por último, esperando saber el motivo de aquella transformacion, se inclinó á Jacinto y le llamó.

=Jacinto...!

=Ah...!!!—gritó desesperadamente el hipócrita.—No me hablen... que me aturden... me matan...!

=Ah, desdichado...!—murmuró Simon.—Ese hombre está perdido...! Pero qué es lo que ha sucedido aquí...? Por qué son estos adornos...? Adónde está María...?

=María...! María...!—dijo el mayordomo como contestándo al Tiñoso.—Me la robaron...!

El Hombre-Mómia no se sorprendió de que Jacinto oyera las palabras que decía en voz baja, porque los que por desgracia caen en el estado del mayordomo, tienen el oído tan fino, que perciben la mas leve percusion de los sonidos.

=Se la robaron...!—continuó Simon en el mismo tono de voz. Pero, quién fué el...

=Hipólito...!—gritó rabiosamente D. Jacinto.

=Hipólito...!—replicó Simon.

=Sí... sí... No me mates... no me mates...!—continuó el mayordomo estremeciéndose y tendiendo las manos como para evitar que alguno le hiriese.—No... No me mates, Hipólito... toma... toma tus papeles...! Vete... vete...! Antonia...! A qué vienes...? Me amas...!

=Antonia...!—balbució Simon asombrado.—Ah...! Sin duda esa mujer ha vuelto aquí...!

=Sí... sí... prosiguió Jacinto delirando.—Ves...? Así querias que adornara yo la sala...? Estás contenta...? Ce-

nas...? Vamos al gabinete... Oh...! Eres una Vénus...! Quieres que me coma esa manzana...? La de Páris...? Toda...! Corres...!—añadió alzando la cabeza, y viendo al rededor de la sala.—Te persigue Páris... Pareces de fuego...! Ah...!!!

Y queriendo levantarse sobre las manos, éstas se le resbalaron, y dió de cara contra el suelo, haciendo saltar una porcion de onzas y de pesos.

Simon comprendió parte de lo acaecido, y vió al mayordomo con lástima.

=Este desventurado vivirá poco; y lo que posee es mio;—dijo para sí.—Cuidémos de sus últimas horas, y destruyamos estos papeles, pues de nada me sirven;—añadió sacando del bolsillo, los documentos en que constaba el asesinato del padre de los Loaza.

Entró al gabinete con ánimo de encender una luz para ejecutar su designio; pero no fué necesario, porque todavía ardía sobre la mesa, la mecha vacilante de la vela que alumbró la cena.

Llegóse á la mesa y acercó á la llama el rollo de papeles, los que se inflamaron instantáneamente; y el bandido contemplaba sonriéndose aquel *auto de fé*, cuando atronó su oido un grito espantoso dado en la puerta del gabinete.

Volvió la vista y se aterró.

El mayordomo, atraido por el resplandor de la llamarada que alzaron los papeles, se levantó del suelo y anduvo ácia el gabinete; mas al llegar á la puerta, no pudo soportar el golpe de la luz, y cubriéndose los ojos con las manos, lanzó el jemido que azoró á Simon.

=Apaga esa luz, que me quema...!—gritó el infeliz.

Simon vió atentamente al mayordomo, y dijo cerniéndose de horror:

=Desventurado...! Antonia se vengó terriblemente...!

Y al decir estas palabras, arrojó al suelo los papeles que aun ardían, y se dejó caer en el sillon, cubriéndose el rostro con las manos.

La escena quedó á oscuras.

Los dos personajes se quedaron inmóviles durante un cuarto de hora.

El mayordomo, atormentado hasta el esceso, había caido en una especie de estupor; y Simon ni pensaba ni discurría, porque un terror pánico se apoderó de su espíritu.

Pero en el alma de este hombre, cinicamente burlesca, no tenían mucho dominio las sensaciones que paralizaban los proyectos; así es que pronto se serenó, y recobrando su natural carácter, dijo para sí:

=De todos modos yo soy el que ha ganado... Desde este momento soy el dueño absoluto del oro de Jacinto... Me llevaré el dinero poco á poco, y despues... le abandonaré á su suerte... le dejaré solo, porque si espero su muerte, que será pronto, muy pronto, quién sabe si la justicia se apoderará de mi persona; y... no; no me hace maldita la gracia semejante chasco...!

El miserable cumplió su palabra.

Cuatro dias empleó, con una paciencia estraordinaria, en estraer el dinero de casa de Jacinto, depositándolo debajo de las vigas de su accesoria del callejon del Monstruo.

Ni las alhajas que había en el nicho de la antesala, ni el oro y la plata que cubrían el piso de la sala, nada se escapó de la codicia de Simon.

Y durante esos cuatro dias, lo que Jacinto padecía no hallamos cómo esplicarlo.

Figuraos un infierno.

No; figuraos mas aún.

Figuraos á Prometeo atado á la roca del Cáucaso, y á su lado el buitre que le devoraba las entrañas, las que volvían á renacerle, y el buitre á devorárselas...

Imajinaos á los desgraciados habitantes del Tártaro, azotados cruelmente por Alecto, por Mejera y por Tisífona...

Figuraos á Ixion, rey de los Lapithas, atado con serpientes á una rueda que jiraba sin cesar...

Imajinaos á Tithius, jigante de un grandor estraordinario, encadenado á los infiernos, en donde un buitre le devoraba el hígado, que siempre le renacía...

Figuraos á las Danaides, condenadas á llenar de agua un tonel agujerado, que arrojaba por el fondo lo que recibía por la boca...

Imajinaos á Sísipho, condenado á subir á la cimá de una montaña, una roca que rodaba sin interrupcion...

Figuraos, en fin, á Tántalo, rey de Frijia, sentenciado á tener sed en medio de las aguas, y á tener una hambre contínua, sintiendo en sus lábios el aroma y el roce de las frutas, que pasaban delante de él, sin poder comerlas nunca;

Y despues de haberos figurado todos esos suplicios de la mitolojía, imajinaos los terribles tormentos, que nos pinta el infierno de que nos hablan las Santas Escrituras...

Y, no es todo.

Imajinad tambien, los tormentos del fuego, del potro, del agua y de las calcetas, con que esos miserables *ladrones y asesinos* llamados *inquisidores*, atormentaban á los acusados que la intolerancia y la codicia ponían bajo su mano.

Y, en fin, imajinaos todas las desgracias, todos los dolores, todos los tormentos, todos los martirios que ha habido y que hay en el mundo, sin olvidar uno solo, ni el mas leve, ni el mas pequeño, ni el mas insignificante...

Y lúego, reunid los tormentos y los suplicios del infierno mitolójico y del infierno en que creen los cristianos; y reunid tambien los de los otros dos infiernos; es decir, el mundo y la *inquisicion*.

No es verdad, que el conjunto sería tan aterrador, que en

todos los idiomas del mundo juntos, no habría palabras con que esplicarlo...?

Pues bien...! Todo eso es nada, comparado con lo que sufría el desventurado mayordomo...!

Antonia ejecutó su venganza de una manera inesplicable...!

Cuatro dias enteros, dias crueles y lentos, largos y espantosos, destruyeron completamente el fisico del mayordomo, hasta un grado inconocible...

Por fin, llegó el quinto...

Era de noche.

La luna, bella y resplandeciente, se ostentaba en el cielo como una lámpara de plata iluminada.

El balcon de la sala, teatro de la desdicha de Jacinto, estaba abierto de par en par; y la luz de la luna ya poniente, penetraba en aquella pieza, alumbrándola con un resplandor pálido y opaco.

El único habitante de aquella casa, era el mayordomo; porque Simon, despues de haberle robado todo su oro, lo dejó abandonado á su suerte...

Todavía las paredes y el techo de la sala estaban tapizados; todavía ecsistían allí los espejos, los candiles, y la butaca; y solamente, del Pactolo en que Antonia se había mecido, no ecsistían mas que algunas monedas esparcidas por el suelo...

En el gabinete, aun se veían los restos de la cena, y la estátua de Vénus sobre la mesa; y en el piso estaban arrojados el puñal y la diadema de Antonia...

Jacinto vagaba de una á otra pieza, como el viajero curioso que se pierde en medio de las catacumbas de Roma ó de Paris...

Su fisonomía, asquerosa y maltrada, revelaba un terror inaudito; sus ojos parecian dos lenguas de fuego; y sus dientes, apretados con una fuerza estraordinaria, rechinaban de cuando en cuando, de una manera horripilante...

El pobre hombre causaba lástima...

La noche de que nos ocupamos, había llegado á su último periódo el eretismo que lo martirizaba... iba á morir; pero antes de morir debía sufrir todos los tormentos de los cuatro infiernos...

Despues de haber dado algunos paseos, se detuvo en medio de la sala, y se sentó en la butaca...

Al posar su cuerpo sobre el asiento, la butaca cedió al impulso, y se empezó á mecer suavemente...

Entonces, Jacinto dió un salto semejante al de un potro; y volviendo la vista á la butaca, se la quedó mirando...

Un jemido, de esos que escocen el cuerpo de quien lo escucha, salió de su boca, se estremeció, y comenzó á gritar con frenesí:

=Antonia...! Antonia...! Yo te adoro...! Ven á mis brazos, hechicera jóven... Acércate á mí...! Oh...! Ven... ven...—prosiguió con voz temblorosa.—Ven... Yo te haré feliz... te colmaré de delicias... No huyas...! Qué linda estás...! Cómo embriagas con tus ojos...!

Calló un momento, y entró al gabinete que tambien estaba alumbrado por la luz de la luna que penetraba por la ventana.

Jacinto se accrcó á la mesa y paseó sobre ella su mirada torva, deteniéndola en el busto de la Vénus...

=Quieres que la bese, Antonia...?—dijo como si hablara con la igualteca.—Pues mira... mira...!

E imprimió su boca repetida y ávidamente en el frío mármol de la estátua; y al chasquido de cada uno de sus besos, brotaban chispas de lumbre de sus lábios...

Volvió á quedarse inmóvil y con la barba apoyada sobre el pecho; á intempestivamente, prorumpió en un grito agudo y estridente, se inclinó con presteza y levantó del suelo la diadema de Antonia...

Sus ojos, irritados y ardientes, confundían su siniestro brillo con los destellos que despedían las piedras de la diadema;

y en sus facciones se pintaba una satisfaccion brutal, horrenda y salvaje...

Luego, riendo como un endemoniado, salió á la sala, y se paró en el lugar que alumbraba la luna, mirando contínuamente la diadema...

De repente, el infeliz lanzó otro grito y arrojó la diadema contra el suelo...

Las luces de mil colores con que vibraban las piedras, lastimaron su vista, causándole un dolor tan agudo, que le hizo cubrir los ojos con las palmas de las manos...

Apartóse de allí con rapidez; se paró junto de la butaca, y volvió á quedársela mirando...

=Sí... sí...—dijo con un cariño infernal.—Mécete, Antonia... mécete mas...! Qué hermosa estás...! Cómo brillas...! Tu cabeza está rodeada de fuego... tus ojos queman... y todo tu cuerpo, brilla como el sol...! Eres Vénus...! Háblame... háblame...! De rodillas... sí... de rodillas...! Así, así;—dijo arrodillándose.—Estás seductora...! Qué quieres...? Toda...! sí... toda la manzana; no desperdiciaré ni una partícula...! Mira... mira... mira...!

Y al decir estas palabras, hizo como que llevaba algo á la boca, y se puso á mascar con avidez.

Luego prosiguió:

=Qué tienes...? Qué te sucede...? Por qué huyes...! Páris...! Te sigue Páris...! Quiere vengarse porque me diste la manzana de oro...! Cómo corres...! Ah...! no...! Vuelas como un silfo, y por donde pasas dejas un rastro de lumbre...! Tus piecesitos chispean cuando los posas en ese rio de oro...! Te multiplicas...! Ven... ven... oh...! Ven...! Te vas... te vas...! desapareciste... Ah...!!!

Hizo un esfuerzo violento, y cayó de espaldas contra el suelo...

Desventurado...!

Sus tormentos son de aquellos que no tienen nombre ni aun en el infierno...!

Revolcábase en el suelo como un gusano, y babeaba como un reptil...

Sus coyunturas crujian horriblemente; y de tiempo en tiempo, saltaba como una rana tocada á una pila voltaica...

Algunos instantes de reposo sustituían á esa ajitacion; pero bien pronto volvía á caer en ella, para descansar despues, y volver á comenzar de nuevo.

Arrastrábase en el suelo como el perezoso en los bosques; y sus ojos redondos y encandecidos, se asemejaban á los de un gato...

Cerniéndose como un resorte, costábale trabajo apoyarse sobre sus manos y sobre sus rodillas; y á cada paso que daba en esa postura, rechinaban horriblemente sus huesos, causándole un dolor tan agudo, que le arrancaba unos aullidos prolongados, semejantes á los que profiere un salvaje en el desierto.

Sus cabellos estaban erizados como el pelo de un jabalí; y de su frente, roja y calenturienta, corría un sudor espeso y ardiente; y en sus mejillas se veían unas manchas negras como el carbon, señales evidentes de su prócsimo fin...

Su vista le presentaba visiones horrendas; pero que por una estraña singularidad, le deleitaban al mismo tiempo que le aterraban; y en algunos de esos momentos en que contemplaba esas visiones, esclamaba sonriendo como un demonio, y con una voz entrecortada por su trabajosa y mefítica respiracion:

=Mujeres... mujeres... Cuántas bellezas... Todas forman mi córte, y yo soy su rey...! Sí... sí... venid...! Pareceis unas hurís... me amais, y yo os adoro... como los incas al sol...! Qué lijeras sois...! Bailad...! Bailad...! Sonreid...! Bailad como bailaban los romanos en los festines de Neron...! Venid...! Venid...! Pero, ah...! No canteis...—gritaba desesperado.—No canteis; porque me rompeis los oidos...!

Bailad,—añadía con asquerosa ternura.—Qué, ya no quereis bailar...? Idos...! Idos...! sois unos demonios... pareceis estátuas candentes que se mueven, y me estais quemando... Idos...! Idos...! Dejadme...! No quiero ir con vosotras... Visiones... demonios... ánjeles... mujeres...! Dejadme, no quiero ir...! Idos...! Idos...!

Y encabritándose como una cebra, cayó de espaldas...

Así permaneció media hora; primero piafando como un caballo; y despues inmóvil como un difunto...

Fuego, en vez de sangre, era lo que discurría por sus venas; y su cútis, seco y ardiente, habría abrasado la mano del que se hubiera atrevido á tocarlo...!

Flaco y estenuado, mas bien que un hombre parecía un costal de huesos; y sus tendones y sus cuerdas estaban tan tirantes, que parecía que iban á estallar al menor esfuerzo...!

De repente, y gruñendo como un perro ó bufando como un antropófago, daba fuertes botes contra las paredes, lastimándose el cuerpo, y haciendo brotar sangre por sus poros...

Ah...! aquello no era un infierno: eran cuatro infiernos...!

El infeliz, que por saciar su torpe apetito, robaba oro, ultrajaba la memoria de los muertos, hacía correr sangre y abusaba de las situaciones, moría atormentado implacablemente por el esceso de esa pasion infame, que semejante á la túnica del centauro Neso, incendia al desdichado que la usa...!

Sí;

Esa pasion es como Saturno.

Devora á sus propios hijos...!

Es el fuego del infierno, inoculado en las venas de los hijos de Satanás...!

Por eso, los hombres como Jacinto, padecen tantos horrores para comenzar á expiar en este mundo, los crímenes que les hace cometer su apetito desordenado...

Dios, siempre bueno y misericordioso, los castiga en esta vi-

da, sin duda para perdonarlos y evitarles las penas de la otra, que debían ser eternas.

Y si los tormentos que sufren en esta vida, nos espantan y comprimen nuestros corazones, la esperanza de que Dios se apiadará de ellos en la otra, es un bálsamo consolador que nuestras almas, cristianas y caritativas, reciben del seno de ese mismo Dios, que no vertió en vano su sangre para redimir á sus criaturas.

....

Por fin, los botes repetidos que daba el mayordomo, lo colocaron enfrente del balcon.

En ese sitio permaneció mucho tiempo sin moverse, postrado por la fatiga de su forzada evolucion; y al cabo, volviendo de la especie de vértigo que lo acosaba, prosiguió delirando con una voz estentórea.

=Loaza...—decía recordando los asesinatos que cometió.—Loaza... Romero... Inés...! sí... sí... yo te amo...! Qué te importa el mundo...? Tú me amas y yo te haré dichosa...! Tienes un hijo...! No...! Ese no es mi hijo...! Sí... sí... sí, padre Anselmo, todo lo repararé... me casaré con Inés... já, já, já, já...! Me ha creido el viejo...! Simon...! Simon...! Asesina á ese padre...! Sí... sí... Oh...! já, já, já, já...! *Deo gratias...!* María...! Qué linda... que hermosa es esa morena...! No me ama...! Ah...! La robarémos, no es verdad, Tiñoso del diablo...? Já, já, já, já...! Un veneno...! Sí... anoche... anoche murió la vieja...! Antonia es hechicera...! Ya... Simon... ya murió Ignacio... Toma los recibos de la casa de María... Antonia...! Antonia...! Me has herido...! Has huido...! Dónde estás...? Ah...! Ya te encontré...! Hipólito...! Tú eres mi hijo...! Antonia...! Ya se fugó Antonia...! Inés...! Ya murió...! Antonia...! Al fin te hallé, y no te me escaparás...! Hipólito...! Oh...! María...! María...! Simon... Yo quiero á María...! Sí... sí... La cubrirémos

con la capa...? Dices bien; para que no grite...! María...! María...! Yo te amo...! Hipólito:..! . Ah...!!! Qué quieres...? tus papeles...! Pistolas...! tómalos, tómalos; pero no me mates...! Antonia...! me amas...? Oh...! Yo tambien te adoro...! Sí... sí... haré lo que quieres...! Raso... espejos... luces... cena... todo, todo...! Estás contenta...? Corres...? te fuiste...! Ah...!!! Inés...! María...! Antonia...! Sí... sí... allí está Antonia...! Antonia...! Está en medio del infierno...! Circundada de fuego... me vé... se sonrie conmigo... me llama... Allá voy...! Allá voy...!

Al acabar de hablar, hizo un esfuerzo desesperado y se puso en pié; armó un brinco igual al de una pantera; describió una curva en el aire; y saliendo por el balcon, cayó en un charco que se hallaba en medio de la calle, hizo algunos movimientos, y espiró.

Su destino se cumplió.

Vivió sumerjiéndose en el cieno;

Murió revolcándose en el lodo.

Era justo.



XLVI.

INJUSTICIAS DE LA SUERTE.

Hipólito no salió de su casa en todos los cinco dias que duró la espantosa agonía del mayordomo.

Permaneció solo, sin ver á nadie, sin hablar ni aun con sus criados.

La venganza de Antonia, venganza que solo la acalorada cabeza de la jóven pudo concebir, ocupaba de tal manera la imajinacion de Hipólito, que no le permitía ni aun recordar sus padecimientos ni sus dolores.

Su corazon, noble y blando, se estremeció cuando escuchó su oido, lo que la hija del Sur hizo con Jacinto; y la compasion sucedió al deseo de venganza que por tanto tiempo se había poseido de él.

Sensible, como lo son todos esos séres desdichados que escriben lo que sienten, el huérfano se figuraba con los mas negros colores, todos los tormentos que estaría sufriendo el des-

venturado mayordomo; y mas de una vez habían rodado las lágrimas de sus ojos, al imajinarse esos martirios.

No nos admirémos de semejante contradiccion.

Los poetas como Hipólito, por mas que quieran ser hombres, no pueden serlo enteramente; y sus almas, dispuestas siempre al perdon y á la piedad, jimen cuando se ven precisadas por la suerte á ejecutar un acto de santa reparacion, semejantes á esos jueces dignos, íntegros y honrados, que con el corazon llorando y con mano temblorosa, firman la sentencia de un reo de muerte.

Entonces olvidan sus injurias y sus dolores, y lloran por las lágrimas que otros vierten, por las desgracias que sufren aquellos á quienes deben sus pesares y sus infortunios...

Para ellos, la venganza es un acto forzado; pero nunca voluntario...

Semejantes á esas piedras que se desprenden de una fábrica, y que al caer matan á un hombre, se vengan impelidos por la ley del destino, sin poder oponer á esa ley, ni la lójica fría del raciocinio, ni la ardiente pasion del sentimiento...

Y los hombres, sin comprender esa situacion tan escepcional como enigmática, echan en cara al poeta, una venganza que si algunos la han causado, son los mismos que se espantan de ella...

O, si por el contrario; el poeta sufre todos los ultrajes, y revestido de jenerosidad y abnegacion, perdona todas las injurias y sufre todos los dolores, entonces, los hombres que son unos injustos, tratan al poeta de imbécil y de cobarde, sin conocer que lo que ellos llaman imbecilidad y cobardía, es un sacrificio sublime hecho en las aras de la humanidad...

Pero el mundo... es mundo; y lo que es el mundo es un idiota.

. . . .

Al dia siguiente de la muerte del mayordomo, estaba el

triste Hipólito sentado en el sofá de la sala de su casa, cuando un criado entró á decirle:

=La señora de S. Leon, quiere hablar con usted.

Hipólito vió al criado con sorpresa; mas sin responder palabra, fué á encontrar á la persona que se le anunciaba.

La hermosa viuda saludó al huérfano con su acostumbrada dulzura, y conducida por él, entraron á la sala.

Hipólito se sorprendió con la visita; pero adivinó su objeto. Había prometido ir á ver á María y no había cumplido su promesa; é indudablemente la señora de S. Leon iba á reclamarle la ejecucion de su palabra.

Efectivamente; instada por la morena y por su madre, la bondadosa viuda iba ese dia á ver á Hipólito, decidida á llevarle consigo, ó cuando menos, á obtener de él la promesa formal de que cumpliría su palabra.

Y como para los séres como Hipólito, cada acontecimiento de la vida, por leve é indiferente que á otros parezca, trae un cambio notable de circunstancias, la llegada de la señora de S. Leon, hizo variar completamente los pensamientos de Hipólito, arrancándole de la mente la memoria del mayordomo, para hacer que la ocuparan los tristes recuerdos de su amor, tan vehemente como desgraciado.

Y como tambien, el mundo no es mas que una cadena de desventuras, esos recuerdos apasionados conducían á Hipólito á pensar otra vez en D. Jacinto; temblaba cuando recordaba el riesgo que corrió María y del que casualmente la había libertado; luego traía á la memoria las escenas que tuvo con Antonia y con el mayordomo; y por esta continuacion de pensamientos, volvía á pensar sin intentarlo, en el espantoso fin de su verdugo...

Así es la vida.

Huimos de un pensamiento que nos lastima, refujiándonos en otro que nos complace; y este mismo pensamiento á que

nos refujiamos, nos conduce sin que podamos evitarlo, al pensamiento triste de que huimos.

Mas, dejémonos de reflecsiones y volvamos á los sucesos.

Como acabamos de decir, Hipólito adivinó el motivo de la visita de la señora de S. Leon, y se preparó á disculparse por no haber ido á ver á María, al mismo tiempo se decidió á resistir de nuevo, hasta donde le fuera posible, las instancias de la viuda.

Despues de que la señora de S. Leon hubo tomado asiento, se dirijió al huérfano, diciéndole con un acento de dulce y cariñosa reconvencion:

=Creía yo á usted mas formal, caballerito.

=Señora,—respondió Hipólito.—Mis muchas ocupaciones me han impedido cumplir la promesa que hice á usted; sin eso...

=Sin eso,—contestó la señora de S. Leon.—Sin eso, tal vez hubiera sucedido lo mismo.

=Señora...

=Lo sé todo, Hipólito.

=Todo...!

=Todo lo que Cárlos pudo entrever, ó mejor dicho, todo lo que usted ha dejado adivinar.

=Ah...!

=Si como parece es cierto,—continuó la hermosa viuda,—no creo que ese sea un motivo para que usted no quiera ver á María, sobre todo, ahora que ella quiere manifestar á usted su gratitud.

=Es que lejos de ella soy fuerte; pero á su lado soy débil...!

=Lo concibo; pero la sociedad tiene sus ecsijencias...

=Y qué me importa la sociedad...?

=La sociedad tiene sus ecsijencias,—prosiguió la señora con dulzura;—y es necesario cumplir con la sociedad.

=Con todo,—dijo Hipólito resueltamente;—yo no cumpliré con ellas; no veré á María.

=En eso,—dijo bondadosamente la de S. Leon.—En eso, hay su orgullo.

=Tal vez sí, señora.

=Su soberbia.

=No soy soberbio.

=Pues entonces, por qué rehusa usted ir á recibir los agradecimientos de María...?

=No los rehuso. Los acepto; pero lejos de ella.

=Quiero creerlo así.

=Gracias, señora.

=Pero, sin embargo,—prosiguió la viuda.—Creó que cederá usted á mis ruegos, y que irá á oir de boca de María y de su madre, las espresiones de su gratitud.

=Señora...

=Nada obtendré del hombre; pero lo espero todo del poeta. Los hombres son el pensamiento, los poetas son el alma; y usted que siente y que ama, sabe bien que no hay placer mas grande en el mundo para los corazones agradecidos, que el de manifestar personalmente la gratitud, á aquellos á quienes debemos el beneficio; y esto, ademas de ser un deber sagrado, es una especie de felicidad, una verdadera felicidad, que tambien se debe al que nos la proporciona... El verdadero amor, lo sacrifica todo por la dicha del bien que ama; y usted, que tanto ama, no ha de querer privar á María de esa ventura... Para cometer esa injusticia, es necesario ser egoista, y los poetas no son egoistas...!

=Señora...! Es un sacrificio...!

=Y si no lo hubiera, qué tendría esa accion de meritoria...? Nada. Hipólito, los que comprenden como usted la grandeza del sacrificio, tienen la abnegacion necesaria para ejecutarlo...!

=Señora... por favor...!

=Vamos, vamos; vaya usted á ver á María; haga usted el sacrificio; y despues, pregunte usted á su corazon.

Hipólito luchó un momento consigo mismo, y al fin dijo:

=Iré, señora.

=Ah...! Ya lo esperaba yo. Cuándo...?

=Mañana en la tarde.

=Creo en esa promesa. Adios, Hipólito.

=Adios, señora.

Despues de dejar á la señora de S. Leon en el pié de la escalera, Hipólito volvió á la sala, y se paseó en ella mas de un cuarto de hora, hasta que al cabo, se paró junto del balcon.

La cabeza del pobre jóven era un volcan.

Sin querer tal vez, la señora de S. Leon acababa de cometer una injusticia...

Acababa de abusar de la sensibilidad del poeta, imponiéndole un sacrificio supremo...

Acababa de abusar de la vehemencia de su amor, para arrancarle ese sacrificio, que nunca tendría recompensa...

Quién comprenderá el valor de ese sacrificio...?

Quién podrá esplicarlo...?

Quién podrá entenderlo...?

Para que los hombres lo comprendan y lo aprecien, es necesario esplicárselos descendiendo al fango del *positivismo.*

Oid, hombres, oid:

Figuraos que os obligan á dar mas dinero, al ladron que os lo está robando.

Me comprendeis ahora...?

Sí...

No es verdad que os lastimaría demasiado esa injusticia...?

Sí...

Pues mas padecía Hipólito que vosotros, con el sacrificio que le impuso la de S. Leon; porque vosotros daríais al ladron *oro,* ó CIENO, porque CIENO y *oro* son dos cosas iguales; pero Hipólito no daba eso, sino un pedazo de su corazon, un destello del fuego divino que iluminaba su espíritu...!

Y sin embargo, acababa de prometer solemnemente ir á ver á la morena; y esta vez no faltaría á su palabra...

Lo habían vencido con sus propias armas, y no intentaba rehacerse de su derrota...

Decidido á sufrir, se sometió á arrostrar el momento con resignacion; á ver á María, que tanto lo hacía padecer; y á sufrir que en aquella entrevista, le hablara de gratitud, cuando él quisiera hablarla de amor...

Todo eso era muy duro para el alma de Hipólito; y con todo, todo lo iba á sufrir; pero queriendo apurar de una vez las heces de aquel cáliz, resolvió anticipar el dia de la entrevista, é ir la misma tarde á casa de la señora de S. Leon.

Efectivamente; á las cinco de la tarde entró al zaguan.

Toda la familia y las visitas estaban paseando en el jardin, y solo María se hallaba en la sala, sentada en un sillon, y leyendo en un tomo del *Fistol del Diablo.*

Hipólito llegó á la puerta de la sala, y se quedó inmóvil al ver á María.

Titubeó un momento y llevó la mano á la frente; pero al cabo, el poeta llamó al hombre en su ausilio, y el hombre y el poeta atravesaron el dintel de aquella puerta.

María alzó la cabeza al sentir sus pasos, é Hipólito se acercó á ella.

=Me ha mandado usted llamar, y aquí estoy.

=Sí; deseaba ver á usted, para manifestarle mi profunda gratitud.

=Gratitud...!—contestó Hipólito.—Y por qué...?

=Por qué...!—esclamó asombrada la morena.—Acaso no me salvó usted de las manos de ese hombre...?

=Ah...!!!

=Sí, Hipólito. Sin usted, estaba yo perdida, porque ese monstruo me habría deshonrado...!

=Pero no es á mí, sino á *la casualidad* á quien debe usted dar las gracias por su salvacion.

=A *la casualidad...!*

=Sí,—respondió amargamente Hipólito.—Me habla usted de gratitud...? Y qué es lo que he hecho para merecerla...? Otro habría hecho lo mismo, si hubiera llegado en el momento que yo... y si ninguno se hubiera aparecido, ese miserable habría dejado á usted libre, ó se hubiera hecho pedazos el cráneo contra la pared, y de todos modos usted se habría salvado...! De ahí es que no es á mí, sino á *la casualidad* á quien es usted deudora de su gratitud...!

=A *la casualidad...!*—volvió á repetir María;—y por qué se empeña usted en desvanecer de mi corazon esa gratitud, que es el único sentimiento que puedo profesar á usted...? Es eso noble...? Es acaso jeneroso...? Respóndame usted...!

=Ah...!—contestó Hipólito con abatimiento.—Es que *la casualidad* ha rejido siempre los pasos de mi ecsistencia...! Si supiera usted, qué causas tan pueriles han tenido los acontecimientos mas importantes de mi vida...! Un dia, hace diez años, me paseaba yo tristemente en *las cadenas... la casualidad* hizo que un amigo me encontrara, y me invitara para ir á un baile... Acepté el convite y fuí... como se vá á todas partes... sin objeto; sin intencion... y en ese baile, en ese baile aristocrático en el que había mil bellezas reunidas, fué donde conocí á usted, tan hermosa, tan virtuosa, tan digna de ser amada...! Y desde entonces, María...! Desde entonces comenzaron mis desgracias...! Pues bien...! *La casualidad* pudo haber hecho que ese amigo no me hablara, que hubiera ídose por otra calle en vez de ir por *las cadenas;* y de este modo, yo no lo habría encontrado, él no me hubiera invitado para ir al baile, y no habiendo conocido á usted, no la habría amado; y acaso, en este momento, no se viera usted precisada á manifestarme esa gratitud...! Conviene usted, pues, en que á *la*

casualidad es á la que le debemos todo...? Respóndame usted, ahora...!

=Caballero...!

=Sí;—continuó Hipólito en el mismo tono.—Las causas mas fútiles enjendran esos dramas lastimosos, que el mundo no conoce... Hay acontecimientos en la vida, que contemplados aisladamente, son tan insignificantes que no valen ni una lágrima, ni una sonrisa; pero que reunidos, forman una vida de dolor ó de alegría...! Quién, al verme sonreir como sonrío en este momento, se atrevería á decir:

=*Hipólito es desgraciado...!*

=Véame usted al rostro, María...! No es verdad que somos muy dichosos...!

=Hipólito...!

=Y por qué no...?—prosiguió el jóven:—Dudar...! Hé ahí la verdadera desgracia...! Esa es la muerte en la vida... es la condenacion...! Por eso los hombres se arrojan y se aturden en el torbellino de lo positivo; y para compadecer á los que padecen, es necesario que sus ojos ávidos y devoradores, vean heridas y vean sangre...! Pero si les dice usted que su corazon sufre, vuelven el rostro al otro lado, con la indiferencia estóica de un salvaje; porque como sus ojos no ven ni sangre ni heridas, no creen en el sufrimiento intelectual, mas digno de compasion que todos los dolores del cuerpo...!

Hipólito calló, y María permaneció impasible.

Fría ante el dolor del jóven, é indiferente á sus lamentos, no comprendía que el espantoso escepticismo de sus ideas, no tenía mas causa que su desdeñado amor y sus desgracias.

No quería comprender, ó mas bien dicho, negaba que ella, y solo ella, era la que había dado pábulo á las esperanzas amorosas del jóven, desvaneciéndolas despues con una soberbia inaudita; y en su interior se burlaba tambien de los pesares de Hipólito... Ella...! que tambien padecía por amor...! Ella...! que tambien había llorado por amor...!

Ah...! Pero así es el mundo...!

Hay sentimientos, que cuando nosotros los poseemos, nos parecen divinos, y que los creemos ridículos y nos mofamos de ellos cuando otros son los que los tienen...!

Así, ella, que rebosaba ternura por un niño imbécil, revistió su corazon de hielo, para que no penetrara en él el fuego volcánico del amor que la profesaba Hipólito...!

El silencio se prolongó por algun tiempo, hasta que Hipólito lo rompió otra vez:

=Hace diez años, María, nos vimos por la primera vez... entonces era yo feliz... admiré sus gracias de usted, y adoré sus virtudes... pero con todo... los presentimientos de mi corazon, María, me decían que usted no me había de amar... Callé... sufrí mucho tiempo... muchos años... hice mas aún... busqué otras mujeres á quien amar...! Loco de mí...! No sabía yo lo que hacía...! Ignoraba que mi amor es eterno...! hasta que un dia... un dia...! Por que no morí entonces...! Habria ido al sepulcro, precedido por la imájen de la felicidad....! Hace un año.... desatendiendo á mis presentimientos, oprimí á usted una mano, y usted no la retiró... y despues, atrevido, pero apasionado, besé la misma mano que antes oprimí, y... Por qué, si no había usted de premiar mi amor, sufrió usted ese beso que para toda mujer es un ultraje, cuando no es un amante correspondido el que lo dá...? Por qué no castigó usted mi atrevimiento, dándome una bofetada...? Respóndame usted, María...!

María permaneció imperturbable.

Hipólito prosiguió.

=En lugar de castigarme, correspondió usted á mis miradas, con otras que querían decir:

=*Te amo...!*

=Esas miradas me dieron *el derecho de esperar*... Me oye usted...? Y despues... Despues, solo yo sé lo que he sufri-

do, lo que sufro todavía...! No sueño ya, María... Estoy despierto...—continuó Hipólito pasándose la mano por la frente. —Cuando tenía esperanzas, sentía; ahora que no las tengo, discurro... Cuando sentía, sufría y callaba; ahora que ya discurro, pido á usted cuenta de la única felicidad á que aspiraba en la tierra... Respóndame usted, María; qué ha hecho usted de mi corazon...!

María no respondió.

Las quejas de Hipólito, en vez de conmover su alma, iban despertando en ella el orgullo, la soberbia de la mujer; y con los ojos clavados en la vidriera de la ventana, parecía que ni escuchaba lo que Hipólito la decía.

=Ah...!—prosiguió el huérfano dulcificando gradualmente el acento de su voz.—No la creo á usted una mujer vulgar... Sé que es usted buena, virtuosa, digna de ser amada... Si no fuera usted así, no la hubiera yo amado... No la amara aún á pesar de todo cuanto me ha hecho padecer... Pero tambien, no comprendo por qué, ha tenido usted conmigo ese manejo irreflecsivo é imprudente, que dándome la esperanza me ha perdido.. Y sin embargo, en mi corazon ecsiste su imájen de usted; en mi corazon vive, jermina el amor que la profeso, grande, inmenso, sagrado... ese amor irresistible, que hace del justo un criminal, y del criminal un santo...! Amor que nace y no muere... Amor emanado de la divinidad, que Dios solo concede á sus escojidos... Sí,—continuó con una voz llena de lágrimas.—A pesar de la triste certidumbre que tengo, amo á usted... No está en mí... no puedo arrancar de mi alma, esta pasion que es mi dicha y mi desgracia... mi vida y mi muerte... No sé todavía cuantos contratiempos me están reservados en la vida; pero siempre amaré á usted... Hallará usted quien la ame; pero nunca como yo... La habrán amado á usted... pero nunca como yo... porque no todos, María, comprenden el amor como yo lo comprendo;...

porque todos adoran á la belleza del rostro, sin conocer la hermosura del corazon...! Yo he hecho de usted mi ídolo... mi esperanza, mi fé... y si la amo, es porque cuando Dios me mandó al mundo, me mandó para amar á usted; y por eso no puedo sofocar este amor que me embriaga el corazon... Es porque cuando Dios hizo á usted, se estasió contemplando su obra, y al adorarla á usted, adoro á Dios...!

Hipólito dejó correr silenciosamente sus lágrimas, y la morena continuó inmutable.

=Sea usted feliz,—prosiguió Hipólito con una dulce y resignada tristeza, de esa que al enternecer lastima, y que al estasiar acusa.—Sea usted feliz, María... merece usted serlo... Ninguna mujer en el mundo, tiene como usted el derecho de pedir á Dios la felicidad... y Dios, que es justo, rodeará á usted de toda la ventura apetecible... Pero cuando sea usted feliz... cuando halle usted un hombre que la ame, aunque nunca como yo... y en medio de las dulzuras de una union santa y pura... María...! Acuérdese usted de mí...! Y, créame usted; el único consuelo que me queda en mis desgracias, es la esperanza de ver á usted venturosa... En brazos de otro hombre, para quien sin duda salvé á usted...! Yo no seré dichoso; pero rogaré á Dios por usted sin quejarme, porque... cuando se padece como yo... se llora en silencio... y se dice á los que nos han hecho sufrir:

=*Sed dichosos, muy dichosos; yo... rogaré por vosotros...!*

=Adios, María... sea usted feliz... yo seré el desventurado...!

Hipólito salió de la sala, y María se quedó diciendo friamente.

=*No me importa.*



XLVII.

LA GLORIA DEL POETA.

Veinticuatro horas despues estaba Hipólito en su gabinete.

El resultado de su entrevista con María, no le dejó dormir la noche anterior; y en la tarde del dia de que hablamos, se había recostado en una poltrona, logrando conciliar el sueño.

El pobre jóven dormía, y su sueño, tranquilo y sosegado, era la calma que sigue á la tempestad.

Su rostro, melancólico y sombrío, era el intérprete fiel de los dolores de su alma; y la sonrisa que alguna vez asomaba á su boca, tenía toda la amargura del sufrimiento.

Pero al mismo tiempo, en aquella frente altiva y soberbia, había un reposo profundo; y en el conjunto de sus facciones se adivinaba una dulce resignacion.

El poeta y el hombre, que tanto habían sufrido, llegaron á acostumbrarse al dolor; y cada nuevo ultraje del destino, lo recibían con paciencia, soportándolo con conformidad.

Empujado por esa ley de hierro, que condena al talento á

caminar siempre adelante, llevando la frente luminosa y el corazon vertiendo sangre, Hipólito acabó por connaturalizarse con los pesares, recibiéndolos con desden, y acaso tambien, deseando que no pasara un dia sin sentir algun dolor; é identificado con los padecimientos, acabó de llorar por padecer, é iba á empezar á dar indolencia en cambio de pesares.

Y no se crea que ese cambio tan irónico era una burla sangrienta que quería hacer de la sociedad.

No.

Sin esperanzas, sin ilusiones, sin vida, en fin, y agobiado por el infortunio, el poeta cayó en el abismo de la indiferencia; y el hastío, crudo é inevitable, se apoderó de su corazon, como en otro tiempo lo había dominado la pasion.

La vida y la muerte eran dos cosas perfectamente iguales para él; poco le importaba ser ó dejar de ser; víctima del frío escepticismo, dudaba de todo, y sin embargo, se confiaba en Dios...!

Estraña contradiccion...!

Pero qué cosa es un sér escéptico, sino un laberinto de dudas y de creencias, de confianza y de desesperacion...?

Hipólito, á pesar de la evidencia que lo abrumaba, tenía toda la calma necesaria para hacer justicia á María, creyendo y confesando su virtud; y sin embargo, la conducta de María, fué la que desvaneció su fé, la que le hizo renegar de la vida y desconfiar de Dios.

En el transcurso de su ecsistencia había sufrido muchos infortunios; pero en medio de todos ellos, confiaba y esperaba en la bondad infinita del Sér Supremo...

Llegó un tiempo en que amó, como ama un poeta; creyó ser amado *porque pudo creerlo;* pero el desengaño vino, y el creyente dudó.

Para un cerebro organizado como el de Hipólito; para un carácter tan escepcional como el suyo, la conducta de una mu-

jer como María, oscurece el oriente de la intelijencia; y la intelijencia, que todo lo investiga, quiere disipar las tinieblas para encontrar la luz, se afana buscándola, y cuando no la halla, desespera y duda.

Lastimosa situacion, por cierto...!

Y el mundo, que no comprende los pesares íntimos, porque se paga de esterioridades, se rie del que padece, si ciego é imprudente, deja escapar de su seno el jemido del dolor...!

Cuántos, que no pueden llorar delante de ese mundo, mueren devorando en silencio sus dolores, porque saben que si los confian á alguno, obtendrán mofa en vez de consuelos, porque sus quejas se estrellan contra el helado egoísmo de todos los que no conocen el infortunio...!

Cuántas tumbas guardarán los restos de muchos séres, que habrán brillado y reido en medio del bullicio del mundo, despues de haber humedecido sus lechos con las lágrimas del dolor...!

Fuerza inecsorable, la que nos condena á reir, cuando quisiéramos llorar...!

Pero así es el mundo; y cuando se vive en el mundo, es preciso hacer lo que hace el mundo.

Hipólito continuaba durmiendo.

El sol moribundo hacía penetrar sus rayos al traves de las vidrieras del gabinete del jóven, y doraba su pálido rostro con los reflejos de su luz descolorida.

En aquel aposento no se oyó mas que la respiracion sosegada de Hipólito, hasta que el silencio que reinaba se interrumpió por el ruido de unos pasos.

Cárlos levantó el pasador de la puerta, y penetró en el gabinete.

Al ver la tranquilidad con que dormía Hipólito, se quedó parado en un lugar, dudando si lo despertaría, y contemplándolo con una especie de éstasis amoroso y compasivo.

Por fin se decidió.

Acercóse al sillon paso á paso, y llamó cariñosamente á su amigo.

Hipólito abrió los ojos; y volviendo el rostro ácia donde venía la voz, se quedó mirando á Cárlos.

=Amigo mio...!—repitió el último.

=Cárlos...!—esclamó Hipólito.—Qué me quieres...? A qué vienes...?

=Vengo á verte... Ya lo sabes. Nuestra amistad es íntima; tus pesares son los mios... y no porque ahora soy feliz debo olvidarte...!

=Eres feliz...!

=Ah...! Sí.

=Has olvidado á Luisa...!

=Ah...! No. Luisa ha parecido, y me ama siempre...!

=Ha parecido Luisa...!—dijo Hipólito asombrado.—Pero cómo no lo sabía yo...? Cómo no me lo dijo la señora de S. Leon...?

=No te lo dijo porque quería causarte una dulce sorpresa... Esperábamos que fueras hoy á ver á María, para que abrazaras á mi amada; pero anticipaste el dia, y...

=Sí... Anticipé el dia, porque quería acabar de una vez...!

=Tienes razon...! Los dolores, cuando son lentos, asesinan; cuando son violentos, matan...!

=Me has comprendido, Cárlos...! Pero... dejémos eso; y, díme, qué sucedió á Luisa...?

=Luisa fué robada por unos hombres, ausiliados por la criada Francisca. Estuvo encerrada mucho tiempo en una casa, y asistida por unas mujeres enmascaradas, hasta que la otra noche la pusieron en libertad.

=Y quiénes son sus raptores...?

=No los conoce. Cuando la robaron la vendaron los ojos, y lo mismo hicieron al ponerla libre.

=Pero yo...—Hipólito iba á decir que podia dar luces respecto de los raptores de la rubia; pero se contuvo, diciendo para sí:—No amarguemos su ventura.

=Tú, qué...?—preguntó Cárlos viendo que su amigo había enmudecido.

=Yo... nada.—Respondió Hipólito con indiferencia.—Dime, Cárlos, cuando te casas...?

=Muy pronto...!

=Y serás feliz...?

=Oh...! Muy feliz...!

=Y mientras, yo...

=Tú, amigo mio, serás muy desgraciado; lo sé.

=Lo sabes...!

=Sí. María se lo confió todo á Luisa; y ya sabes que no hay secretos para los amantes.

=Ah...! Ya no me queda nada en el mundo...!

=Sí, Hipólito. Te queda el cariño de los que te conocen...!

=El cariño de los que me conocen...! Lo aprecio en mucho; pero no basta para mi corazon...!

=Te quedan tus virtudes...!

=Sé yo si las tengo...?

=Te queda una esperanza consoladora. Tu gloria de poeta.

=Mi gloria de poeta...! Sabes tú lo que es esa gloria...? Es una corona de espinas, que baña el rostro con sangre...!

=Hipólito...!

=Sí...—continuó el huérfano con tristeza.—Nada me queda ya... Los golpes de la desgracia se embotan en mi corazon, y mi pensamiento ya no tiene ilusiones... Hijo de hombre con inspiracion de ánjel, he buscado la felicidad, y el infortunio se ha interpuesto en mi camino... He buscado relijion, y he encontrado las creencias prostituidas... he buscado fé, y he encontrado dudas... he buscado amor, y solo he hallado egoísmo... he buscado lealtad, y he encontrado hipocre-

sía... he buscado la luz, y caí en la oscuridad...! Nécio de mí, que dejé que mi corazon se embriagara con la esperanza, para que la desesperacion me lo destrozara...! En este mundo de indiferencia y de egoísmo, de apariencias y de materialismo, de maldad y de mentira, el pobre poeta es un sér sin nombre, es un ánjel de luz, que viene á apagar la lumbre de su frente en la sombra de la tierra...! Colocado entre el bien y el mal, ve triunfar al mal sin poder socorrer al bien; y por mas que se esfuerza, no puede hacer escuchar su voz, cuyo acento ha robado á las armonías del coro celestial...! Ah...! Trasunto purísimo de la divinidad, llora por las desgracias de la humanidad, mientras que el mundo se mofa de sus infortunios; y recibiendo de Dios parte de su esencia divina, reasumida en un amor inefable, espiritual y verdadero, no halla un corazon que corresponda á los latidos del suyo, y ahoga en el fondo de su alma la llama de ese amor sagrado...! Semejante á Prometeo, roba el fuego del cielo para animar á los hombres; pero los hombres huyen de ese fuego, y el fuego vuelve á su oríjen, abrasando antes al poeta...! Su herencia es la intelijencia y la imajinacion, y su gloria es la desgracia...! Los pesares son el alimento de su ecsistencia; pero esos pesares no los pueden comprender los demas hombres, porque el dolor del poeta, no es el dolor que llora, sino el llanto que sofoca...! Ah...! Cárlos...! Al traves de esa amalgama tan penosa, comprendes cuál es la gloria del poeta...?

=Hipólito...! Desciende mas al mundo, y acaso la encontrarás; la ambicionarás tal vez...!

=Que descienda mas al mundo...! Te comprendo. Y qué encontraré en el mundo...? El aplauso de unos pocos; algunas líneas en los periódicos, y la envidia de esos miserables que se creen poetas, y no son mas que unos ánjeles malditos, que quieren imitar las melodías del vate...! Qué me queda, pues...?



=Oh...!—esclamó Cárlos dolorosamente.

=Escucha,—continuó Hipólito.—Desde niño amé á la gloria... sentí la inspiracion bajo mi frente, y el sentimiento en lo íntimo de mi corazon... Canté á Dios y canté al amor... en mis vérsos no se ven los adornos de la intelijencia; pero se adivinan la fé del creyente y la verdad del alma... La sociedad no me ha comprendido; y si ha aplaudido mis trovas, las ha aplaudido por la cadencia del consonante, y no por el sentimiento... Lo que es el desahogo del corazon, lo cree obra del talento; y muchas veces, ignorante y estúpida, silba una obra que no se atreve á hacer... Escribe tú, Cárlos; y despues de que pases en la vijilia muchas noches; despues de que arrojes la plúma lejos de tí, porque tu cerebro, ya cansado, no puede discurrir, acaba un drama y dalo al teatro... Y la noche de la representacion, si es que logras que se represente; cuando mil hermosas damas que ocupando los palcos forman cinco coronas de flores al derredor del salon; cuando luchando con esperanzas y temores, paseándote detras del foro y oyendo tus versos, creas que vas á ceñirte los laureles de la gloria, y en lugar de oír un aplauso escuches un silbido... entonces, Cárlos, entonces, ven á mí, y díme si esa es la gloria del poeta...!

=Hipólito...! Hipólito...!

=Y... escucha, escucha...! Sabes quiénes te habrán juzgado...? Un número muy corto de sábios, y por lo mismo induljentes; otro corto número de imparciales; una multitud de envidiosos, y otra multitud imbécil, nécia é ignorante... esa multitud de *ceros sociales que no saben ni leer*, y que han silbado tu drama, sin considerar que acaso no es inspiracion tuya, sino que *te lo mandaron hacer*, y que tal vez te has visto obligado á ceñirte á un hecho histórico, y por lo mismo inviolable...! Y á otro dia, leerás en un periódico los consejos majistrales que te dá uno de esos hombres fátuos y presuntuo-

sos, que sabe menos que tú...! Y no es todo, si por casualidad das un drama para que se ejecute donde no estés, el director lo destrozará, quitándole escenas y desacreditándolo (1); y un drama, que acaso lo han aplaudido en México, lo silbarán en otra parte, gracias á la perfidia y á la infamia...! Cárlos, cuál es la gloria del poeta...?

=Si los contemporáneos son injustos, te queda el porvenir.

=El porvenir...! Para mí no ecsiste ya...! He padecido demasiado, para que pueda yo esperar... Si fuera yo amado, mi porvenir sería la gloria, porque mi porvenir sería mi amor... Para mi corazon leal y ternísimo, no puede haber ventura sin amor... pero mi destino es enseñar á amar á otros, y que no me amen á mí... Mis versos han de haber inspirado á muchos la conciencia de este amor que me abrasa, sin que encuentre yo un corazon que lo comprenda; y esos amantes, al estrecharse entre sus brazos, ni siquiera se habrán acordado del poeta que les inspiró el amor... Ah...! Cárlos...! Cárlos...! Nada tengo ya en el mundo, ya no puedo ser feliz...!

=Pobre Hipólito...!—dijo Cárlos suspirando.

=Sí,—repitió el huérfano abatido.—Pobre Hipólito....! Hay séres en el mundo, que cuando les abruma la desgracia, vuelven al seno de su familia, y encuentran los brazos de una madre que los estrechan... La voz de una hermana los consuela, y el valor de un hermano los anima... Yo, nada tengo ya... Perdí á mi padre en mi infancia; recibí en mi seno el último suspiro de mi madre, y no tengo ni una hermana que me consuele, ni un hermano que me anime... No me queda mas que una imajinacion enloquecida que en todas partes mira sangre, y que si alguna vez sueña con la dicha, ese sueño de felicidad forma un terrible contraste con las llagas de mi corazon...! Escribiré, porque ya no puedo hacer otra co-

[1] Así hicieron en Puebla cierto actor y cierta dama, españoles, con dos piezas de un mexicano.—Muchas gracias.

sa... pero no guiará mi mano la ambicion de la gloria; y todavía, tendré que padecer al escribir...!

=Ah...! Con todo y eso, yo quisiera ser poeta...!

=Quisieras ser poeta...! Eres un niño...!—dijo Hipólito suspirando, y viendo con ternura á su amigo.

=Dí lo que quieras, Hipólito,—respondió Cárlos;—pero quisiera yo tener ese fuego, esa alma, esa inspiracion... ese tesoro riquísimo de sensaciones que hace adivinar el paraiso, y que acerca al hombre á la divinidad... Oh...! sí... quisiera yo ser poeta...!

=Delirios...! Ilusiones...!—dijo amargamente Hipólito.—Tendrías ese fuego, esa alma, esa inspiracion... tendrías ese tesoro riquísimo de sensaciones... adivinarías el paraiso... Y de qué te serviría...? De llorar y padecer, y nada mas...!

=Oh...! no. Me serviría de consuelo en el infortunio...! Cuando ya no tuviera yo nada que esperar de los hombres, me aferraría al porvenir; abandonaria la sociedad; y encerrado en mi gabinete, solo, libre, feliz en mi desgracia, invocaría las inspiraciones, y cantaría á Dios y al amor, adorando á una mujer ideal...!

=Eres un niño...!—repitió Hipólito con lástima.

=Ah...! sí.—Continuó Cárlos entusiasmado.—Cuando se tiene una alma como la tuya, una alma que comprende lo grande, lo sublime, lo poético... entonces... oh Hipólito...! se tiene un recurso sagrado en esas inspiraciones divinas... pero cuando en vez de esa alma grande, solo se tiene una alma vulgar y mezquina, la desgracia es un abismo sin fin... una maldicion...! Oh...! Yo quisiera tener esas inspiraciones... esos delirios... esas ilusiones... quisiera ser poeta...! y si lo fuera, me burlaría del mundo; y á pesar de los hombres, y á pesar del mundo, sería yo venturoso...!

=Mentiras...! Desvaríos...! Escucha, Cárlos;—dijo Hipólito temblando y con un tono cada vez mas amargo y mas

irónico.—Si fueras poeta y desgraciado como yo, te encerrarías en tu gabinete, invocarías las inspiraciones, y escribirías tus versos... adorarías á esa mujer ideal... bella, resplandeciente, divina... pero al invocar esas inspiraciones, y al escribir tus versos, tendrías que descender hasta el fondo de tu corazon; y sus latidos, enfermos y pesados, te harían dejar el cielo y volver al mundo; y cuando creyeras encontrar tu dicha ilusoria, despertarías acosado por tus dolores reales... y cuando, embriagado de amor y radiante de felicidad, estuviera adorando tu imajinacion á una mujer ideal, los jemidos de tu alma te recordarían á la mujer del mundo, que causó tus desgracias; escribirías tus dolores, y las jentes pasarían el tiempo leyendo tus quejas, creyendo que leían la relacion de las desgracias de un personaje ficticio; y entonces... pobre de tí... Cárlos... pobre de tí...!

=No; porque volvería á mi sueño, y sería feliz...! Te lo repito, Hipólito. Quisiera yo ser poeta...!

=Eres un niño...!—repitió Hipólito mirando tiernamente á su amigo. Y despues, impulsado por sus dolores, sin imajinarlo, sin sentirlo, y con un acento tristemente compasivo, comenzó á improvisar las siguientes estrofas:

=Quisieras ser poeta...? Pobre niño...!
Si quieres que en tu lánguido ecsistir
No encuentre recompensa tu cariño,
Ambiciona el laurel que aun no me ciño;
Pulsa la lira; lánzate á escribir.

Mas no te aterres si, empezando tu obra,
Te atormenta implacable la ansiedad;
Que el pobre bardo hastío á la vida cobra,
Rebosa amor, el corazon le sobra,
Y buscando ese amor, halla crueldad.

Que el mundo no comprende en su estoicismo
Del alma poética el sublime fin;

Porque hundido ese mundo en el cinismo,
Contempla con indómito egoísmo
El lloro del poeta en el festin.

La gloria del poeta es la amargura
Desleída en el cáliz del clavel;
Es el gozo mezclado con tristura,
Irónico reír... cruda tortura
Que ocultan los fulgores del laurel.

El lauro del poeta es luz que brilla,
Que deslumbra escondiendo la afliccion...
Es peso horrible que la frente humilla...
Llanto que no nos quema la mejilla,
Porque cae gota á gota al corazon...

De esa gloria fatal, los resplandores
Nublan la vista al abrasar la sien...
La gloria del poeta son dolores,
Causados por los férvidos amores
Que paga la mujer con frío desden.

Por eso, pobre niño...! no te asombre
Saber que un poeta por amor murió;
Que ese amor que en la tierra no halla nombre,
Es la expiacion que Dios impuso al hombre,
Si tierno vate el infeliz nació.

La gloria del poeta...! Se imajina
Tu mente, que es un bien esa ovacion...?
Esa gloria falaz que te alucina,
Es una aguda, torcedora espina,
Que punza sin cesar el corazon.

La gloria del poeta es un martirio
Que Dios dá al bardo bajo el cielo azul...
Es un luciente y fúnebre delirio,
Hermoso cual la rosa y cual el lirio,
Y negro cual el lúgubre abedul.

El lauro del poeta, con su fuego
Consume el corazon en el dolor...
Y quieres ser poeta...? Niño ciego...!
No busques esa gloria, te lo ruego;
No seas poeta; muérete mejor...!

Hipólito calló, y Cárlos le miró asombrado.

La improvisacion del poeta, monótona, pero sentida, le convenció de que aquella alma lastimosamente herida, no tenía ya consuelo en este mundo.

Había hecho todos los esfuerzos posibles, para despertar en el corazon de Hipólito algun sentimiento nuevo, alguna esperanza consoladora; pero todo su empeño se desvaneció delante del poder de los pesares que sufría el poeta.

Desesperado y sin saber qué decir, tendió la mano á Hipólito, se la oprimió afectuosamente y salió del gabinete.

Hipólito se quedó solo. Abrumado por la desventura, espantaba á todos los que se le acercaban; y desencantado de sus ilusiones, ni temía, ni esperaba. El dolor, desleído en su sangre, y alimentado en su corazon, le hacía huir de esa sociedad indolente, que abre los ojos cuando ve reír, y que los cierra cuando ve llorar... Mártir del mundo, era inocente de su martirio; pero como el mundo se cree omnipotente, arroja de su seno á todos esos séres que padecen, y que, desnudando á la sociedad del oropel con que encubre sus miserias, le muestran el asqueroso lodo de su cuerpo.

Ah...! Cual es la suerte que Dios impuso al poeta...? El aislamiento, la orfandad. El aislamiento en medio del mundo; la orfandad en el seno de la familia... Y, como Hipólito acababa de decir á Cárlos, el poeta, con sus versos eróticos y apasionados, enseña á amar al mundo que lo escarnece y que lo befa... Escribe inspirado por sus desgracias, y el mundo se duele del personaje ficticio, olvidándose del personaje real...

Aplaude al talento, cuando lo que lee, no es la concepcion de la intelijencia, sino la queja del dolor...

Pero ese es el destino del poeta.

Hipólito continuará el suyo por la senda de la gloria, caminando con la frente circundada de luz, y con el dardo del dolor en el corazon... Cada dia que pase, añadirá una hoja mas á la corona de su gloria; y la sociedad, aturdida con las armonías de su canto, no escuchará los jemidos de su infortunio... Asitirá al duelo del poeta sin comprender sus enigmas, y le atronará con mil aplausos cuando le pida piedad...

Y cuando Hipólito refiera uno de sus dolores; cuando escriba con llanto las negras pájinas de sus recuerdos, el mundo creerá ver allí una nueva inspiracion debida á la fantasía del poeta, ignorando que esas dolorosas pájinas en las que se ceba su imajinacion, son hijas de una tristeza lúgubre y sombría, que consume lentamente la vida del escritor...

Identificado con el dolor, no puede vivir un dia sin un padecimiento, semejante á esos hombres que, no pueden ecsistir sin tomar diariamente un veneno, cuya menor dósis daría á otro lamuerte...

Injusta ley...! Maldita...! la que impele al jénio para que siga su mision...! Le arroja de pesar en dolor, hasta que le hunde en el abismo de la desgracia...!

Pero todo eso, qué le inporta al mundo...? Nada.

Quién se cuida de las hojas que arrebata el huracan....? Ninguno.

Sigan volando...!

Jirarán en el vacío, sin saber adónde van...!

Así es el poeta. La dicha no brilla nunca en su camino... La vida puede ser para él un tormento ó una ilusion; pero nunca un bien... Con la frente serena; la mirada indiferente; la boca risueña y el corazon llorando, el poeta es una ironía palpitante, y la mas dolorosa, la mas cruda de las ironías...

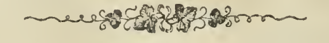
Aniquilado bajo el peso del sufrimiento, tiene que vivir para expiar el crímen de haber recibido la inspiracion; y respirando la atmósfera viciada del mundo, tiene que reír para que no se mofen de su llanto... El suplicio es injusto y cruel; pero se lo ha impuesto la sociedad; y la sociedad siempre tiene razon, como la tiene el asesino, como la tiene el verdugo... Mirando la luz, se calcinan las pupilas de sus ojos con la fuerza de los fulgores que le deslumbran; y creyendo pisar sobre flores, camina sobre abrojos; y sufre en silencio, para que no se burlen de sus quejas... La gloria es su crímen; el amor es su expiacion; sus obras son sus jemidos; la sociedad es su mordaza... Pobre loco, con los ojos fijos en el templo de la gloria, no mira el mundo que está bajo sus piés; y cuando menos lo piensa, tropieza y cae en él... Misionero de felicidad, alivia á la humanidad; y los hombres se apoderan de la dicha que trae, sin dejar nada para él... Anjel de luz desprendido del cielo, se vé forzado á bajar á la tierra revistiéndose de forma humana; y aquí sufre el tormento de amar como ama Dios, y de no hallar quien lo comprenda... Recibe dolor por amor, desesperacion por felicidad... Y al cabo muere, dejando solamente una memoria...

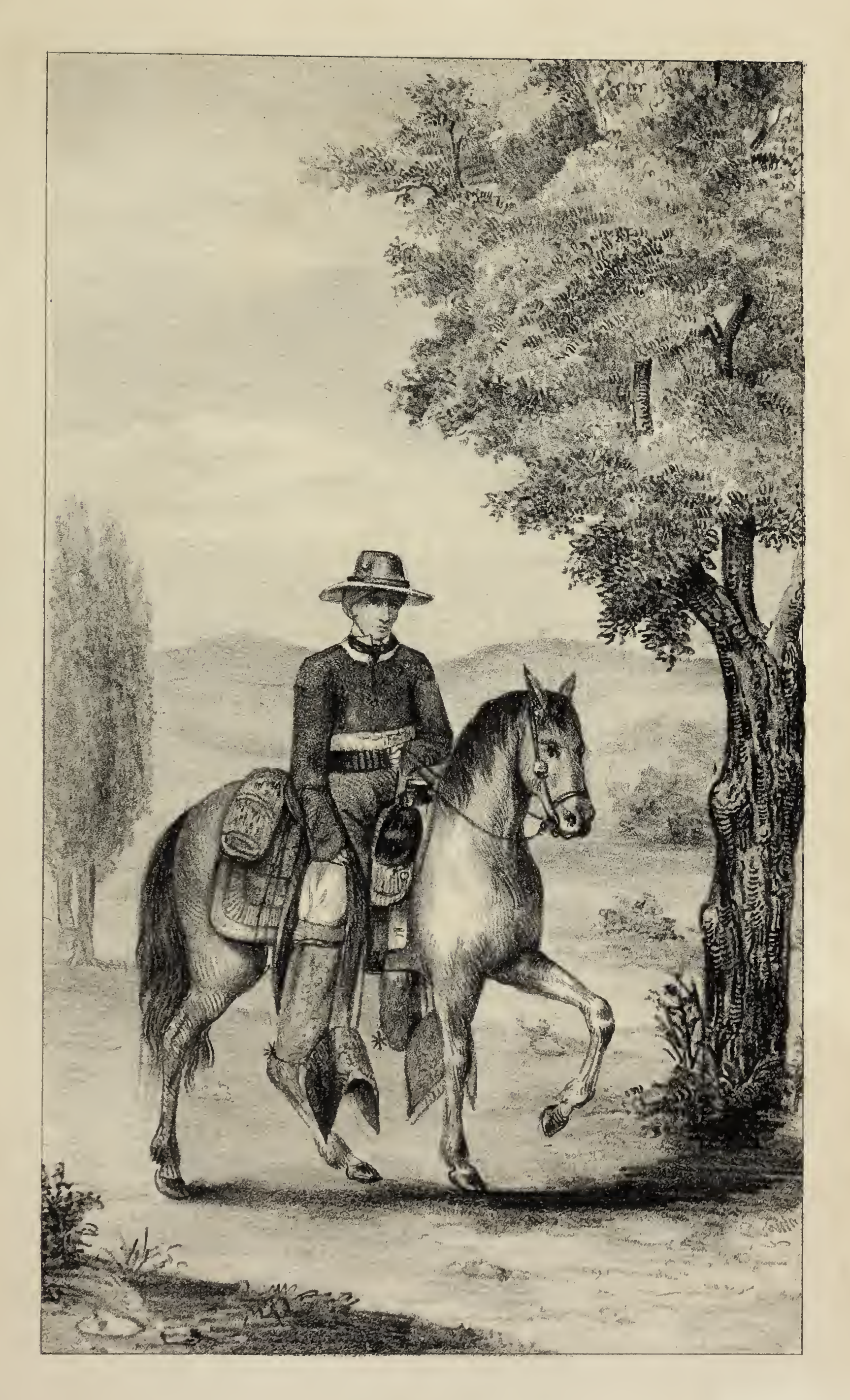
Y todo eso, por qué es...?

Es porque el poeta, antes de rodear sus sienes con el lauro de la fama, tiene que ceñirlas con la corona del martirio...

Es porque el fuego de la aureola de la gloria, brilla en la frente; pero abrasa el corazon del que la ciñe...

Así murió Rodriguez Galvan.





Simon se vá

XLVIII.

CONCLUSION.

A las cuatro y media de la mañana del cuarto dia que siguió á la muerte del mayordomo; estaba Simon parado junto de un paredon arruinado, situado en el barrio del Cármen, ácia la parte que el vulgo conoce con los nombres de *la Quinta*, ó de *la Beata*.

El bandido permaneció inmóvil en el sitio en que se hallaba; y pasados algunos minutos, se inclinó, tomó una linterna sorda, y abriendo la pequeña tapa del vidrio, alumbró débilmente el lugar, recorriéndolo en seguida con una mirada inquieta é indagadora.

Despues echó á andar marcando un cuadro con sus pasos, é inclinándose en cada estremo, para asegurarse de que nadie había tocado unas gruesas y largas estacas que él había clavado en tierra; luego entró al centro del cuadro y enterró en él un puñal afilado que llevaba, haciéndolo entrar en el suelo,

hasta que la cacha se niveló con la superficie; borró perfectamente las huellas que imprimieron sus pasos, y sonriendo con satisfaccion, apagó su linterna, y se quedó en pié.

El dia llegaba ya.

Los primeros reflejos de la aurora empezaban á confundirse con las sombras de la noche, derramando sobre la tierra una media luz que oscurecía los objetos en vez de aclararlos; y la estrella matutina, brillaba con todo su fulgor.

El Hombre-Mómia, continuó parado en aquel sitio, hasta que conociendo que ya iba á salir el sol, se decidió á marcharse.

=Aquí te dejo,—dijo mirando á la tierra.—Aquí te dejo depositado mientras vuelvo... Eres mío...! mi oro...! sí...! Para poseerte he trabajado mucho; y, sobre todo, he tenido mucha paciencia... He querido brillar, y tú me ayudarás á brillar... Somos uno los dos... Sin tí no valgo nada... no soy nada mas que Simon... el renegado... el sacrílego Simon... Pero contigo... Oh...! Contigo seré *D. Simon Latorre*... Poco importa que te haya yo robado... poco importa que estés lleno de sangre... En México, el oro lo hace todo... y yo, conozco muchos ladrones consentidos y tolerados por el gobierno, y que sin embargo, son considerados como ciudadadanos, y les llaman, *D. Fulano de tal*, cuando debían ahorcarlos...! yo seré uno mas; y lo seré contigo... Pero tambien sin mí, no serás nada; tu sonido no lo oirá nadie, y tu brillo ninguno lo verá... Si yo no vengo á sacarte de ahí, te quedarás enterrado, porque estás en un sitio, y en un hoyo tan hondo, que juzgo muy dificil que te saquen... Adios...! me voy á... los Estados-Unidos, que es el arca de salvacion, adonde se refujian todos los infames... Pero pronto volveré, y nos abrazarémos otra vez...!

Dichas esas palabras, echó á andar con direccion á la ciudad, volviendo la vista ácia el lugar en que se quedaba enter-

rado su dinero, como un enamorado que parte, se vuelve á ver la casa de su amada; y despues de haber atravesado muchas calles, llegó á un meson de la de Santa-Ana.

El zaguan estaba abierto; Simon entró y llamó al huésped.

=Buenos dias, señor Simon,—respondió el mesonero.—Qué se ofrece...?

=Mi caballo...!—respondió el Tiñoso.

=Ya está ensillado. Voy á traerlo.

=Pronto, que se me hace tarde...!

El huésped entró á la caballeriza, y luego volvió al zaguan, conduciendo un soberbio caballo, perfectamente ensillado y enfrenado.

El Hombre-Mómia montó en el noble bruto, y ya que se hubo colocado bien en la silla, preguntó al mesonero:

=Cuánto te debo...?

=Cuatro pesos por todo.

=Toma, y adios.

=Adios, señor Simon.

El huésped cojió el dinero que le alargaba el Tiñoso, y éste picó los ijares del caballo, y salió del zaguan dirijiéndose ácia la garita de Peralvillo.

Los deseos del bandido se habían cumplido.

Deseaba oro para brillar, y ya poseía ese oro...

Siempre prudente y diabólicamente inspirado, conoció que no le convenía quedarse en México, sino desaparecer de él por unos dias, yéndose á vivir á los Estados-Unidos, para volver despues á la capital de su país, y ostentar en ella un lujo tan suntuoso como asiático.

Respecto de Gerarda, de la Lagartija y de Pascuala; y respecto de Jarilla, del Enano, Manos-Largas y todos los demas bandidos, podemos asegurar que continúan en México, ejerciendo su perniciosa y criminal industria.

Algunas personas que han leido nuestra obra, nos han su-

plicado que no dejemos sin castigo á esos malvados; pero por grande, por santo que sea nuestro deseo de imponer una pena á esos infames, nos hemos visto precisados á dejarlos impunes, porque nosotros no podemos hacer lo que no hace la ley, lo que no hace la sociedad.

Ni quitamos, ni añadimos.

Dejamos á nuestra sociedad, sus mismos dolores, sus mismas alegrías, sus mismos crímenes, sus mismos malhechores...

No la robamos, no.

Nuestra conciencia es demasiado recta para cometer una injusticia con esa sociedad, y no queremos tener el remordimiento de robarla uno de sus ladrones, á quienes ella alimenta con su aliento y con su sangre...

No hemos hecho mas que indagar algunos de sus males; inspeccionar guna parte de su esqueleto; y al verlo tan súcio y tan asqueroso, nos hemos aterrado...!

Hemos descendido hasta el fondo de esas vergüenzas sociales, cuya profundidad espanta...!

Y, sabeis en qué consiste, el horroroso cinismo en que está hundida nuestra sociedad...?

En la falta de educacion.

Y esta falta de educacion, sabeis en qué consiste...?

En la indolencia criminal, en la mala fé de todos los gobiernos; y tambien, fuerza es decirlo, en los mismos ciudadanos, que ven con desden el bien de la sociedad.

Imbéciles y egoistas no cuidan de la gloria de su pais; y dejan que hombres de una conducta *muy equívoca,* se apoderen de los puestos públicos...

Los escaños del congreso los ocupan dos clases de hombres.

Los hijos ignorantes del favoritismo, y los abogados y hombres de instruccion.

A los primeros, los reprobamos altamente: á los segundos los aceptamos, pero no solos.

Al lado de los hombres de instruccion, es necesario colocar á los hombres que hayan estudiado filosóficamente las costumbres, los vicios, los crímenes del pueblo que van á gobernar, y cuyos males no deben aumentar, sino aliviar.

Un congreso formado de esas dos clases de hombres, haría muchos beneficios á la nacion.

El hombre que conociera nuestros males, descubriría la llaga; y ayudado por el hombre de instruccion, propondría el remedio y la manera de aplicarlo.

Pero estamos muy lejos, dudamos mucho que semejante congreso se reuniera.

Entre nosotros, las dignidades elejibles, con muy pocas escepciones honrosas, se obtienen á fuerza de intrigas y de humillaciones, de bajezas y de infamias; y los hijos de semejantes elecciones, no son mas que ricos ignorantes, y hombres sin dignidad y sin decoro, que lejos de aliviar las desgracias de la nacion, la empujan á su pérdida, con un *sí* ó un *no*, dicho sin reflecsion, sin talento y sin conciencia.

Todo esto no consite mas que en nuestra indolencia miserable, y en que nos dejamos alucinar por puras esterioridades.

Entre nosotros basta ser rico ó abogado, para serlo todo; como si el ser rico ó abogado, bastara para gobernar á un pueblo, de quien no se conocen las costumbres.

Ah...! Podemos asegurar sin temor de ser desmentidos, que muchos de esos hombres se han quedado asombrados al ver lo que revelamos en nuestra obra, porque ni siquiera imajinaban la espantosa desmoralizacion en que está sumerjida nuestra pobre patria...!

Y que, todavía no es todo.

Todavía ecsisten en el fondo de nuestras costumbres, vicios que espantan, crímenes que aterran...!

Todavía no hemos descorrido completamente el velo que encubre tantas miserias, tantas infamias...

Levantamos una de sus puntas, y al ver el negro cuadro que se nos presentaba, jemimos con dolor, y apartamos de él la vista, llenos de consternacion...

Ah..! En qué piensan nuestros gobernantes...?

Ya lo hemos dicho.

En vivir con el *hoy*, sin cuidarse del *mañana*.

Las cuestiones del mas vital interes, las tratan con lijereza, olvidándose de que toda cuestion política, es una cuestion humanitaria.

El bienestar de una sociedad importa á todas las sociedades; porque todas las sociedades están compuestas de hombres, y los hombres forman la humanidad.

Pero á pesar de todo, tenemos la dolorosa conviccion de que nuestra voz no será atendida; y de que la prostitucion y el abandono del pueblo seguirán *en progreso*, y con ellos la completa disolucion de nuestra sociedad.

Para concluir, permítansenos aún algunas palabras, que justifiquen el título de nuestra obra.

A esa amalgama de virtudes y de crímenes; á ese contraste tremendo é impasible que forman las sonrisas y las lágrimas, es á lo que nosotros hemos llamado:

IRONIAS DE LA VIDA.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.


INDICE
DEL
SEGUNDO TOMO.

COLOCACION

DE LAS ESTAMPAS

DEL SEGUNDO TOMO.



